

L U I S C A L D E R O N V E G A

C U B A 8 8

—Memorias de la UNEC—



ITAM
BIBLIOTECA
LIC. RAÚL BAILLERES JR.



83001

SEGUNDA EDICION

MORELIA, MICH.

1963



L U I S C A L D E R O N V E G A

C U B A 8 8

— Memorias de la UNEC —



SEGUNDA EDICION

MORELIA, MICH.

1962

BIBLIOTECA DEL
INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO
Apartado Postal 99-078
Unidad de Independencia
Villa Alvaro Obregón
MEXICO, D. F.
04510

02 MAR 1960

83001
922.2972
C146C

Registrado conforme a la Ley.
México, D. F., 1959.

GENERAL
922.2972
C146C
e.1
BRB

ITAM
BIBLIOTECA
LIC. RAÚL BAILLERES JR.



83001

BIBLIOTECA PARTICULAR
DR. LUIS JOSÉ CASTELLANO AYALA

AL LECTOR

El Pontificio Seminario de Montezuma, por mediación de Jorge Eugenio Ortiz, me hizo el alto honor de invitarme a dar unos cursillos en su Círculo de "Acción Católica y Social". Fue en Agosto de 1956.

Como otros muchos viajes que Dios ha trazado en mi itinerario terrestre, éste fue una aventura, la aventura que consiste no en frívola encrucijada, sino "en la riqueza de los lazos que establece, de los problemas que plantea, de las creaciones que provoca".

Llegamos al Colegio. Jorge Eugenio me hizo detenerme un minuto a la entrada del cementerio de los seminaristas muertos y allí empecé a oír las voces de la nutrida tradición de Montezuma. Después... ¡las cien rutas hacia cien mundos nuevos que eran los cien muchachos de mi auditorio!

Ocho pláticas sobre "Problemas de la Tierra", agrarios y agrícolas, sociales y económicos, y ocho más sobre la Universidad, la Acción Católica Universitaria y la historia de los movimientos estudiantiles y del pensamiento católico en la Universidad Mexicana.

Los Padres Misioneros del Espíritu Santo, en Lima, y los Rectores de los Seminarios de Lota (Chile) y Quito (Ecuador) ya me habían dado la oportunidad de hablar a seminaristas. Pero esta lección de Montezuma fue nueva y prodigiosa: en las miradas y en las preguntas de aquel puñado de muchachos, ví ponerse a flor de labio y de pupila, viva, nítida y deslumbrante el alma del joven Sacerdote de mi Patria.

Adolescentes que en sus Diócesis ingresaron a los estudios de Latinidad; jóvenes apenas que llegaron al campo de la Filosofía y del Teologado en aquel rincón lejano y tranquilo que tiene mucho de universalismo y mucho de honda mexicanidad, ¿cómo y cuándo hubieran

podido asomarse a la cruda y fuerte, turbulenta y gloriosa, compleja y desconcertante realidad mexicana?

Y, sin embargo, o acaso por ello, quieren saber. En sus horas de descanso se convierten en gambusinos que dragan en su espléndida biblioteca —una de las más completas que conozco en su Sección de Historia de México—, en busca de la pepita dorada de la verdad de la tierra mexicana. Pero no es suficiente. Nos llaman para ayudarles a encontrar la veta milagrosa.

¡Y con qué extraordinario afán siguen nuestro discurrir de "prácticos", ellos que están llamados a ser "técnicos" en el alumbramiento de las vetas espirituales de México! ¡Con qué limpio interés siguieron el curso de mis memorias por los campos estudiantiles, y cuántos de ellos, por primera vez, entendían la realidad universitaria y la problemática del alma de los estudiantes del país... y se apasionaban por ella!

Universitarios también, con dramáticos problemas intelectuales que dilucidan allí, al pie del Sagrario y al amparo tutelar de la Iglesia, Maestra presente en aquel claustro selectísimo de Profesores, ¿cómo no iban a entender los problemas de sus hermanos seculares que, en las Universidades, no sólo no tienen ni Sagrario ni maestros, sino que se debaten en la más desgarradora anarquía intelectual y en la más completa soledad de espíritu?... Sacerdotes ellos, llamados a ser directores sociales, ¿cómo no iban a entender la existencia y la gravedad de la crisis de dirección social que constituye el abandono de las clases directoras e intelectuales de México?...

Bien lo entendieron los montezumenses. Los largos interrogatorios prolongados más allá de las horas habituales —gracias a un régimen de tolerancia de su época de vacaciones— me hicieron confirmar mi convicción de que apenas habían quedado enunciados los problemas, en aquel cursillo. Y entonces me propuse concluir estas "Memorias".

Reencendí con pasión, sí, las verdades históricas y los ideales de mi generación, en servicio de la verdad de México, precisamente para saldar una deuda contraída con el Seminario de Montezuma, sus Rectores, Profesores y seminaristas que fueron mis Mecenás. Les ofrecí una colaboración para su revista "Montezuma". Les entrego un libro.

A ellos, pues, en primer lugar, va dirigida esta obra. Con ellos, a todos los jóvenes Sacerdotes de los Cleros Diocesanos que ya tienen o tendrán mañana la responsabilidad de la orientación del pensamiento católico y de la organización católica de estudiantes e intelectuales. Al dedicarles estas páginas, pienso que ellos me darán algún día —cuando lleguen a los Principados de nuestras Diócesis— el derecho de tirarles de la manga de la sotana —“enérgica aunque respetuosamente” como dicen los reaccionarios— para recordarles que subestimar la clase estudiantil e intelectual es un infortunio y, olvidar la Universidad, un suicidio.

Y, claro está, va también, cómo no, a los estudiantes de hoy que buscan con afán una operante —no sólo teórica y contemplativa— coordinación de su Ciencia y de su Fe y una técnica de salvación que haga posible lo que el Maestro Vasconcelos quiso expresar en nuestro lema universitario: “Por Mi Raza Hablará El Espíritu”.

Estas páginas son fundamentalmente un testimonio: el de una época y una historia que no deben olvidarse. Constituyen una experiencia extraordinaria que, a través de muchos de quienes la vivieron en plenitud, sigue influyendo de modo característico en las formaciones sociales y en la opinión de la Nación.

No propongo esta experiencia como un ideal. Lo fue para su época. Solamente como un ejemplo de lo mucho que puede hacerse y de lo más que ha dejado de hacerse.

Antes de ir a Montezuma tenía escritos los cuatro o cinco primeros capítulos que aquí aparecen corregidos y que el P. Ramón Martínez Silva, S.J., fundador de la UNEC, del Centro LABOR y del Seminario de Montezuma, revisó en el Hospital de Cardiología, de donde habría de salir a continuar su misión, por algunos meses, pero al que habría de volver a morir el 22 de julio de 1957.

Cuando Armando Chávez Camacho, Luis Hinojosa González, Jesús Manzano, Felipe Mendoza D.B., Adolfo Pimentel, Antonio Aguirre y yo salimos al sol del medio día, desde la infinitamente lejana, oscura y caliente humedad de la cripta que los Padres de la Compañía de Jesús tienen en el Panteón de Dolores, a la que bajamos en hom-

bros el amado cuerpo del maestro, nos dimos cuenta de que atrás se quedaba una época: allí, abajo, había estado el cuerpo del Padre Pro, el del Padre Castiello: allí estaba aún el del Padre Vértiz; allí quedaba ahora el del Padre Fundador: los cuatro grandes capitanes de nuestro Movimiento.

"Tienes muchas omisiones" me había dicho Don Ramón.

Estoy convencido de que en todo el libro abundan las omisiones. Escrito sin archivos a la vista y aprovechando sólo los recuerdos de algunos camaradas que en sabrosas pláticas los desempolvaron, sin duda quedaron omitidos numerosos nombres y hechos que debieron ser consignados aquí. No es posible conservar en la memoria siquiera los datos más importantes de aquel torrente de sucesos, hombres y circunstancias que nos nutrió durante diez años.

Más aún: es posible que algunos de los compañeros citados en estas páginas deban ser ubicados en otras promociones, o épocas o circunstancias distintas de aquéllas a las que confusamente les recuerdo vinculados.

Al mismo tiempo que pido perdón por omisiones y confusiones, espero que, con quienes vivieron la historia recogida en estas simples "Memorias", podamos hacer, así sea en colaboración epistolar que solicito, una segunda edición en la que se corrijan estos y otros defectos, en tanto que, quien pueda, se eche a cuestras el grato y pesado quehacer de escribir la Historia de la UNEC.

Hasta aquí, el prólogo de la primera edición (1959) que prácticamente quedó agotada en dos meses, gracias a la jubilosa recepción que le tributaron los universitarios de mi generación.

Gracias también a su insistencia y correspondiendo a ella va esta segunda, un poco corregida: enmendando omisiones, suprimiendo datos innecesarios y el "Apéndice" que contenía el texto completo de las Conclusiones de la Convención Iberoamericana de Estudiantes Católicos (1931); reuniendo en notas los numerosos catálogos de nombres que en la primera edición aparecen en el texto general haciéndolo pe-

sado y, poniendo igualmente como nota, el contenido del capítulo VIII ("Proa"); en fin, añadiendo varias notas explicativas y de circunstancia que esperamos darán mayor interés a nuestro libro.

Confiamos esta edición a "Fimax Publicistas", cuya labor editorial, tan callada, es ya de sobra conocida en Morelia y fuera de Morelia, por su sobriedad y limpieza, y a cuyo entusiasmo y amistad se debe esta segunda edición.

De antemano agradecemos la acogida a este nuevo esfuerzo editorial.

Morelia, Mich., Septiembre de 1962.



I

"ENTRE LAS PATAS DE LOS CABALLOS"

Esta Historia empieza "entre las patas de los caballos", en los albores de la gesta de los Cristeros: en el año 1926.

Y esta historia empezó a escribirse "Entre las Patas de los Caballos, Diario de un cristero" (1), donde su autor, Luis Rivero del Val, se oculta bajo el nombre ficticio de uno de sus personajes —real prototipo de los miles de muchachos que encarnaron los héroes de aquella epopeya mexicana— para escribir, con sencillez, las primeras páginas de nuestro movimiento estudiantil. Dicen así:

—“En julio de 1926, los atentados contra la libertad de enseñanza se sucedieron en toda la República. Un grupo de estudiantes, decididos a asociar a los *alumnos de las escuelas particulares* para defender nuestros intereses, invitamos a elementos representativos de los colegios a una junta...

“Cuando los convocados estábamos ya en suficiente número, Raúl inició la sesión y explicó el motivo de la misma...

—“Se ha fundado la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, con la que todos debemos cooperar; pero, además, nosotros debemos *actuar como estudiantes* ya que, como tales, tenemos intereses y derechos muy particulares que defender. El ataque principal viene contra la Escuela y somos nosotros los llamados a responder.

“Se impone urgentemente aprestar una fuerza capaz de impedir la corrupción del elemento estudiantil al que el Gobierno trata de emplear como formidable factor de agitación social bolchevizante. Esta fuerza no conviene que sea extraña, porque desvirtuaría lo que debe ser el nervio de esta acción defensiva y protectora: el ejercicio de nuestros propios derechos y responsabilidades...

“Así nació la *Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de México*, creada para luchar por la libertad de enseñanza, defender nuestros derechos de conciencia, procurar la sólida formación cristiana y velar por los intereses profesionales del gremio estudiantil.

“Simultáneamente inscribíamos a sus miembros en los cuadros de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa.

“Constituida la *Confederación*, organizábamos Círculos de Estudio para los socios registrados como conferenciantes en la sección de propaganda oral de la Liga...”

Un día “comentábamos burlescamente la actividad policíaca... cuando llegó Pablo, trayendo el primer número del minúsculo periódico clandestino llamado “Desde Mi Sótano”, el cual íbamos a distribuir”... Y el *Pichón* dijo:

—“...A propósito, quiero anunciarles la creación de... una sociedad secreta, cooperativa y limitada, que se llamará Compañía de Compañeros Explotadores de Explosivos... La Compañía... saboteará con cápsulas detonantes los actos vergonzosos, como... las festividades organizadas por el Gobierno y... sobre todo, las famosas representaciones culturales de propaganda atea a las cuales obliga a asistir a los sufridos empleados...”

“Enterados los jefes del movimiento de resistencia de las actividades de este grupo de acción directa, lo aprovecharon confiándole comisiones de extrema importancia, especialmente encaminadas a contrarrestar golpes de la Policía... Al grupo del *Pichón* le pidieron con urgencia pusiera a todos sus miembros en actividad para salvar la costosa prensa donde se hacía el periódico “Desde mi Sótano”...”

* * *

Hasta aquí, Luis Rivero del Val.

No hay necesidad de decir que Luis, el de las hazañas estudiantiles de la novela, es el propio Luis Rivero del Val, aunque el personaje de la novela recuerda también al *Anciano*, nombre cariñoso que daban sus amigos a Luis Beltrán y Mendoza, hermano mayor

de aquellos muchachos de dieciséis años. Y Raúl no es otro que Raúl Fernando Cárdenas.

Yo no quiero saber, ni al caso viene, si las hazañas de la vida real pueden identificarse con las de la fantasía de Luis Rivero, con las gestas que se narran en las otras páginas del "diario de un cristero"; pero sí sé que aquellos dos camaradas formaron en el "grupo de estudiantes" que convocó a otros "elementos representativos de las escuelas particulares para defender sus intereses", y con ellos se creó la *Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de México*.

¿Cómo nació la idea? Lo pregunté al propio Rivero y la respuesta es otra página en la historia azarosa de la Escuela Mexicana:

—"Nació la idea en los patios de la Nacional Preparatoria, la "Prepa"... Los alumnos de los colegios particulares teníamos que acudir allá para presentar nuestros exámenes a título de suficiencia y, al sentir el ambiente hostil de los "de casa", caímos en la cuenta de la necesidad de unirnos allí y para todo".

Había un denominador común en los muchachos católicos más valiosos del país: su filiación *acejotaemera*. Era un honor que hacían por merecer muchos más de los que uno se imagina. Entre estudiantes era, además, un orgullo de clase y tradición pertenecer a la A.C.J.M.: había nacido ésta del Centro de Estudiantes Católicos y estudiantes eran y fueron, por mucho tiempo, los componentes de sus cuadros directivos. El Centro, a su vez, había sido fundación de la Liga Nacional de Estudiantes Católicos (2).

Casi todos los muchachos de nuestra historia eran acejotaemeros y miembros del que había llegado a ser el "grupo estrella" de la A.C.J.M.: el Grupo Daniel O'Connell, de Santa María de la Ribera.

Todas las noches —era la costumbre en todos los Grupos del país— había reunión en el O'Connell: en el Círculo de Estudios, en la sala de juego, en el oratorio. Y, quienes en la zozobra, a la puerta de una sala de exámenes, en el ruidoso ambiente celosa y naturalmente hostil de la Prepa, habían esbozado la idea de una central estudiantil, al llegar a su casa del O'Connell, tenían que trabajar mejor aquel esbozo hasta trazar sus líneas generales y concretas. Así fue.

Así fue como se amasó el núcleo inicial de la C.N.E.C.M. ¿Como "sección especializada" de la A.C.J.M.?... He aquí un nudo gordiano que no ha querido tajarse en México —y el tajo intrépido es su única solución—. Pero aquellos iniciadores acejotaemeros de honda convicción y de acendrado apego a su propia tradición, tenían clara y realista visión:

—“Nunca pensamos en una sección especializada de la A.C.J.M. porque se hubiera reducido a los estudiantes ganados ya por la Asociación y eso hubiera sido tratar de convertir a los ya convertidos. Por otra parte, los estudiantes tenían necesidades específicas y requerían una planeación general de sus propias actividades” —nos aclara Luis.

Por lo demás, aquellos voluntarios urgidos por la acción y por la limpieza de su ideal no tenían por qué plantearse un problema inexistente y artificial entonces y después.

Se echaron a andar. En abril de 1926 encontramos ya un sólido grupo de muchachos de varios Colegios, capitaneados por del Val y Cárdenas.

¿Sobre qué bases operaba este grupo?... He aquí los artículos esenciales de los Estatutos de la Confederación, publicados en 1928:

“Artículo 1º—La unión permanente de las Federaciones y Sociedades libres de estudiantes católicos de México constituye la *Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de México*.

Art. 2º—La C.N.E.C.M. tiene por fines:

- a) la protección y fomento de los *intereses de los estudiantes*;
- b) *la libertad de enseñanza*,
- c) la cristianización de la juventud estudiantil;
- d) la *educación social y cívica* de sus socios;
- e) la mutua ayuda entre éstos.

Art. 3º—La C.N.E.C.M. cooperará, en cuanto sea compatible con su carácter propio, a la acción social de los católicos e interpondrá, cuando crea su deber hacerlo, en los asuntos de interés general para la Religión y la Patria...

Art. 5º—El lema de la C.N.E.C.M. es: “Ad Lucem Per Crucem”...

Art. 33.—El R.P. Consiliario es el representante de la autoridad eclesiástica en el seno de nuestros organismos y sus atribuciones son:

- a) presidir las reuniones de carácter religioso,
- b) dirigir los estudios y reuniones doctrinales,
- c) aconsejar y guiar en todo lo demás,
- d) decidir las votaciones, en caso de empate...

Como se ve, el más juvenil espíritu campea en las palabras y en la intención de los renglones transcritos. Destaca este aliento de muchachos en el último artículo citado. Más de un *acemista* de nuestros días, con más conocimiento de las fórmulas del caso, podría calificar de heterodoxa esta regulación de las facultades del Consiliario. Pero esto era usual entonces: el artículo es “de época”.

Para el 30 de junio de 1926, ya estaban formadas varias sociedades Libres y Federadas. Nada fácil, por cierto, pues, a pesar de que se contaba “con la anuencia de la mayor parte de los Directores” (de los Colegios), como dice el autor de “Entre las Patas de los Caballos”, lo cierto es que esta anuencia había sido dada más a fuerza que de ganas —y esto es de todas las épocas—. Pudieron, no obstante, en aquellas fechas, reunir su “1ª Asamblea en el Distrito Federal” y elegir las mesas directivas Federal y Confederal. Los componentes de ésta fueron: Luis Rivero del Val, Presidente; Oswaldo Robles Ochoa, 1er. Vicepresidente; Manuel Nava, 2º Vicepresidente; Raúl F. Cárdenas, Secretario del Interior; Andrés Barquín y Ruiz, Secretario del Exterior; Juan Urquiaga, Tesorero; Daniel Silva, Prosecretario del Interior; Eduardo Olmedo y Cotilla, Prosecretario del Exterior, y Gustavo Tagle, Vocal.

Uno de los primeros pasos que dieron los organizadores fue solicitar Asistente Eclesiástico (Consiliario se decía entonces) y tocó a un mártir asistir a los muchachos: el R.P. Miguel Agustín Pro, S.J. quien estaba vinculado por afecto al Grupo O’Connell. En la casa de Luis Rivero celebró algunas veces la Santa Misa, “en un pequeño altar que mi madre arreglaba con arte y primor. En esas ocasiones...

el Padre Pro llegaba de cachucha y en bicicleta y nos estimulaba con su jovial alegría y sincera piedad. . .”

Pero la batalla sangrienta había empezado ya y no podía el Padre dedicar su celo apostólico a los estudiantes. Más que un Asesor Eclesiástico (cargo para el que no tuvo una delegación jerárquica, aunque sí muy probablemente tuvo permiso expreso de su Provincial), fue un amistoso consejero y un alegre e ilustrado compañero. Poco después habría de morir bajo las balas asesinas de aquella bestia que se llamó Palomera López y por la sevicia de aquel Inspector de Policía que todavía se llama General Roberto Cruz.

La Directiva Confederal se dio a la firme tarea de obtener un Consiliario. Luis Beltrán dio una pista: habló a los estudiantes de un Sacerdote llegado recientemente de Europa. No era fácil en aquellos días localizar a un Sacerdote. Empero, localizaron a éste en la casa de unas tías suyas, las señoritas Arce. Se encontraron con Don Ramón Martínez Silva. Quien le conoció sabe que era impresionante. Debe de haber sido mucho más cuando estaba en su recia y colosal juventud.

Don Ramón oyó a Luis y a Raúl y les dio la obligada respuesta del religioso: “Vayan a ver al Provincial”. Por las calles de Niza encontraron al Padre Mayer. Pero el encuentro tampoco fue de resultados halagüeños: el Padre Martínez Silva —les explicó aquél— había venido destinado a las obras sociales femeninas en Puebla.

Mas la persecución salvó de ello a Don Ramón y salvó a la Confederación. En vista de que “por ahora” el plan femenino-social no podía realizarse, se autorizó a Don Ramón para asesorar a la Confederación.

Luis nos explica en su novela cómo simultáneamente inscribían a los miembros de la Confederación en ésta y en los cuadros de la Liga, “unos como conferenciantes, otros, como jefes de manzana. . . un tercer grupo. . . los dispuestos a distribuir en las calles o donde se les indicara, la propaganda. . .”

La Liga adquirió importancia vertebral en la vida católica de México. A ella convergían y de ella partían todos los movimientos. Y los estudiantes, como nos relata tan emotiva y realistamente Luis,

también estaban entregados en cuerpo y alma a las épicas tareas de la Liga. Aprendieron en ella a hablar y escribir, pero también a conspirar alegremente y a preparar, más alegremente aún, las bombas detonantes y lacrimógenas para sabotear los mítines callistas; aprendieron a burlar a "los de la Secretaría" y a reírse del miedo, a lanzar globos, vistosos globos (¡oh, los miles de globitos que el 4 de diciembre de 1926 se elevaron de toda la Ciudad de México, inalcanzables por los soplones y los rabiosos callistas que inútilmente abrían los brazos para capturar los miles de volantes que aquellos alegres propagandistas aéreos regaron por todo el Valle!...); aprendieron a pegar engomados en las charreteras de los "tecolotes" y a obtener informaciones del Estado Mayor del Ejército, y a proteger la Basílica y los Sacerdotes, y a hacer circular, con velocidad inaudita, sus periódicos clandestinos, y a desmontar y escamotearle a la Policía las prensas y la maquinaria tipográfica donde se hacía "Desde Mi sótano"...

Aprendieron —como toda aquella generación— una cuestión vital: ser responsables. Porque estaban entre la vida y la muerte y, lo que es peor, entre dos posiciones doctrinarias encontradas: la de los "pacifistas" y la de los "belicistas". Y, en cada posición, figuraban ilustres personajes. Y todos sufrían persecución.

Había que tomar una decisión que resultaba de la exclusiva y clara responsabilidad personal: decisión de matar o dejarse matar, cuyas consecuencias tenían que gravitar, con todo su peso y su dolor, sobre la propia conciencia... o sobre la propia tumba.

Aquella generación que nació de una indestructible disciplina a la Iglesia y a sus Ministros y, lo que es más, con una tradición de sometimiento a ellos —actitud que ahorró a las generaciones precedentes el difícil problema de la opción moral autónoma, cargándolo a las futuras cuentas—, tuvo que aprender a resolver por sí misma y a optar, guardando siempre fidelidad a la doctrina que debía guardarse y respeto y obediencia a quienes había que respetar y obedecer.

Los estudiantes participaban en el movimiento general porque la Confederación quiso ser y fue institución de su tiempo y para su tiempo. Sus fundadores nunca pensaron hacer de ella una entelequia ni una institución químicamente pura. Por ello fue nutriéndose con

los elementos morales de su tiempo, y adquiriendo también sus propias características.

Con su crecimiento vino la necesidad de buscarle casa. La encontraron en las calles de Serapio Rendón y la inauguraron con el más estudiantil y mexicano espíritu: un cilindro amenizó los momentos de ocupación de aquel cuartel general.

De allí salió el primer "Manifiesto" de la Confederación, el 29 de octubre de 1926, hoja de protesta contra la intromisión jacobina del Estado en la Escuela.

—“En respuesta dada a la Unión de Colegios Católicos de México, el Secretario de Educación Pública acordó la supresión de las imágenes de Jesús Crucificado, en el interior de dichos Colegios, a varios de los cuales han ido después inspectores oficiales, a exigir, fijando plazo, que sean quitados los crucifijos.

“La Confederación Nacional de Estudiantes Católicos protesta enérgicamente contra tal determinación... Los Colegios Católicos, reducidos a una mínima expresión, han subsistido, no obstante... Prodigiosamente, benéficamente viven... Mas, lo que ahora se les exige, dentro de lo excesivo, es demasiado: ¡quitar los Cristos de las escuelas, o sea, renegar de Cristo en las escuelas católicas!... ¡Los Colegios de México no habrán de expulsarlo de sus aulas!... Una escuela católica no se concibe sin un Cristo...”

Pero... “los Directorres de los colegios se vieron obligados a ceder” —escribe caritativamente del Val— y los muchachos substituyeron las cruces de madera desterradas, por cruces pintadas en los pupitres. Entregaron a la prensa su “Manifiesto”; pero la prensa ya estaba amordazada... Su protesta apareció en una hojita. Eduardo Olmedo fue el autor de este juvenil manifiesto y su impacto fue sorpresivo. De varias partes recibieron cartas de adhesión. Recuerdan ellos especialmente la de Ernesto Santiago López, residente en Guadalajara, inquieto y laborioso estudiante entonces que, al escribir a Rivero del Val, a quien no conocía, puso las bases de unas relaciones que darían pie a la posterior organización de los estudiantes católicos de Jalisco.

Aquel año se cerró con una inmensa alegría para la naciente

Confederación: en el Consistorio Secreto reunido en Roma el 20 de diciembre de 1926, Su Santidad Pío XI dio a conocer sus sentimientos sobre los trabajos de los muchachos, pues, al referirse a México, dijo:

—“Las noticias que Nos acaban de llegar Nos dicen que la persecución se hace cada vez más feroz e impía, arrojando a los Venerables Prelados de sus Diócesis, concentrando, encarcelando y asesinando a virtuosos sacerdotes, haciendo sangriento estrago entre los fieles inermes que se reunían a orar en su venerable Santuario de la Virgen Santísima, profanando el Augusto Sacramento, *arrancando la Imagen de Cristo, Señor y Redentor, de las escuelas privadas, a despecho de las nobles protestas de los jóvenes estudiantes, a quienes, con indecible afecto de Nuestro corazón de Padre, aplaudimos y enviamos Nuestra bendición...*”

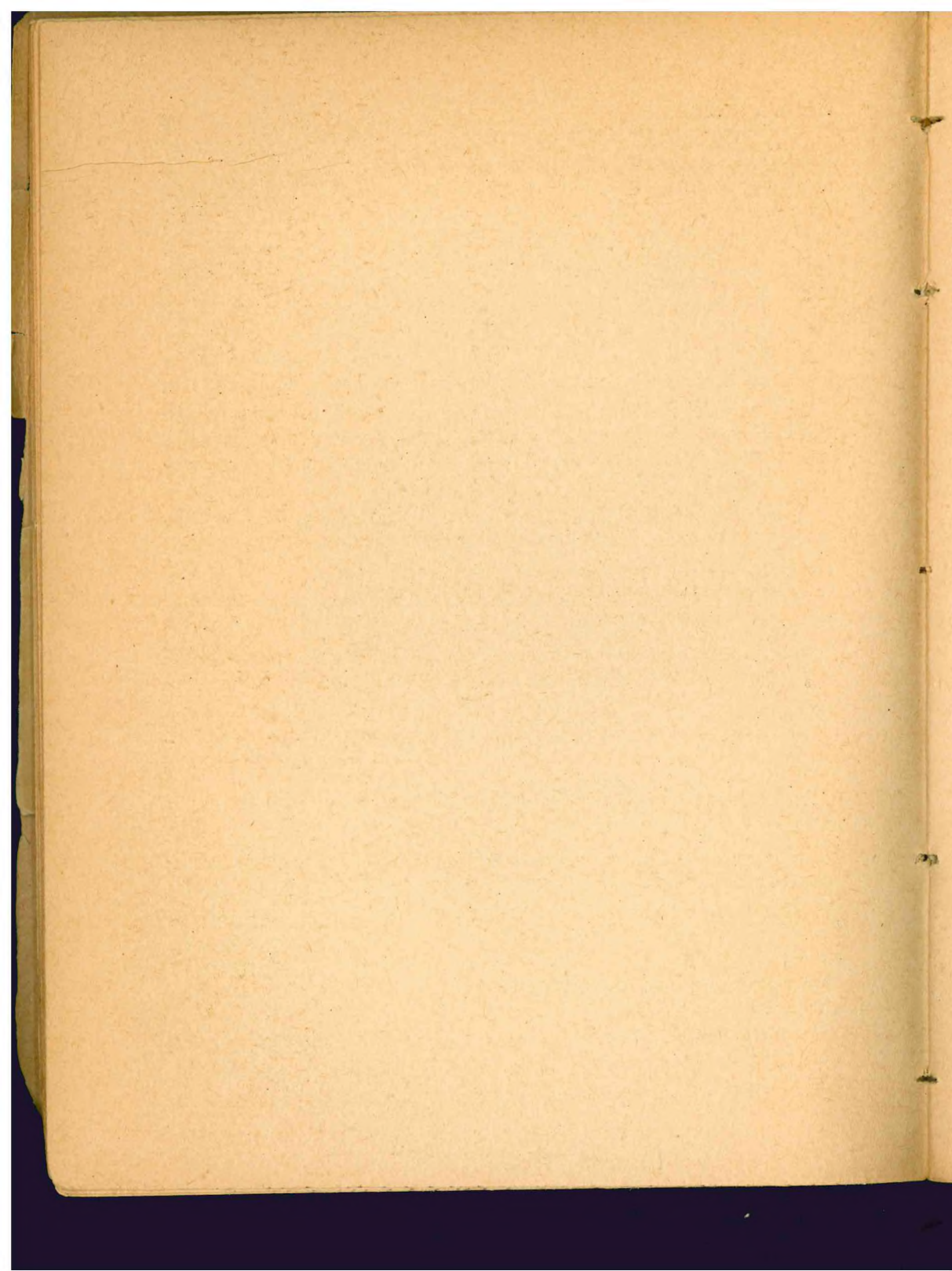
La C.N.E.C.M. conoció este texto hasta febrero de 1927, y el 9 de este mismo mes, se dirigió a Su Santidad, en los siguientes términos:

“Confederación Nacional Estudiantes Católicos agradece profundamente bendición, palabras aliento dignóse favorecerla Su Santidad, Consistorio último. Protesta esforzarse por corresponder paternal benevolencia, luchando ardentemente Evangelio en Escuela. Con filial amor besa sus plantas”.

Se obtuvo la siguiente contestación, fechada el 16 del propio febrero:

“Su Santidad, complaciéndose actividad estudiantil católica, agradece mensaje. Bendícelos.—Gasparri”.

—“El que el Santo Padre se refiriera concretamente a nuestras actividades y nos bendijera “con indecible afecto” —comenta Rivero del Val, en su “diario de un cristero”— nos llenó de júbilo y contribuyó grandemente al auge de la Confederación, cuya influencia se hacía sentir vigorosamente, alentada por la viril y entusiasta postura de Don Ramón, nuestro Asesor Eclesiástico”...



II

EL PLEITO GRANDE

Don Ramón Martínez Silva tenía una formación típicamente francesa y en su formidable cultura se destaca un dato que habría de encajar, "comme il faut", en la realidad mexicana a la que iba a enfrentarse: la huella profunda del pensamiento católico francés opuesto directamente al positivismo francés. Si no fuera malentendido, podría decirse que poseía una destacada nota de racionalismo cristiano que hacía operar como un enérgico corrosivo de las estructuras del racionalismo ateo. Era, desde luego, un escolástico de la Escuela de Suárez, con una lógica implacable. Y uno de los más altos teólogos de la Compañía de Jesús.

Con esta dotación, su ingreso a una acción de juventud tenía que caracterizarse por el acento cultural de su apostolado. Más aún: ingresaba a un mundo virgen, el estudiantil, en el que no se había iniciado ni el menor movimiento de cultura católica moderna. Puede decirse que el estudiante mexicano vivía crucificado por el primario y devalorado positivismo mexicano —ya no, siquiera, el elegante y aparatoso de Justo Sierra— y la rudimentaria apologetica de las asociaciones pías. Claro está que en México había, como siempre ha habido, hombres católicos de selectísima cultura que vivían al día de los movimientos de ideas. Pero formaban elegantes cenáculos cerrados para las mayorías y ni una luz se filtraba hacia abajo.

La crisis de la Fe en los muchachos era el primer problema por atacar para hacer que el estudiante fuese "católico no a pesar de su cultura, sino precisamente (en el orden natural) por su cultura misma".

Don Ramón empezó su acción forjadora de dirigentes juveniles fundando Círculos de Estudio. El 24 de febrero de 1927 fundó el primero en el domicilio de la *Phala* (una de las tantas expresiones im-

provisadas de la desesperada acción defensiva). Más tarde organizó las "Academias" de Medicina e Ingeniería, para egresados de las dos especialidades, y con estudios fundamentales de Deontología. La primera de aquéllas estuvo dirigida por el Dr. José Meza Gutiérrez y el alma de la segunda fue Francisco Gómez Pérez.

Naturalmente seguía su curso el plan de organización de sociedades. El equipo dirigente mantenía sus cabezas de puente en los Colegios. Según un informe rendido por del Val y Cárdenas, hasta marzo de 1927 habían realizado 39 reuniones y visitas a escuelas particulares, entre las que no podía faltar el Francés de San José, de señoritas, al que los estudiantes llamaban de las "yeguas finas", pues en la puerta del edificio, en San Cosme, se ostentaba este letrero muy francés: "Pension pour Jeunesses Filles"... En siete de estas escuelas habían formado Sociedades. Simultáneamente se tenían trabajos y reuniones con estudiantes de escuelas oficiales.

La "1ª Asamblea Confederal de Estudiantes Católicos de *Primaria*, Comercio, Secundaria y Preparatoria" tuvo lugar el 1º de septiembre de 1927. En el discurso pronunciado por el Presidente Nacional, Rivero, se lee este pensamiento patético del muchacho madurado a golpes, que refleja el estado real de adolescentes convertidos en capitanes de aquel grupo:

"...es necesario abandonar nuestros pasatiempos de niños. Las circunstancias nos obligan a ser hombres".

En el mismo mes de septiembre fue celebrado el CVI Aniversario de la Consumación de la Independencia. Como se tratara de una "primera salida" al campo social, la Velada del día 27 se preparó cuidadosamente. Un grupo de damas ayudó, como sólo ellas saben hacerlo, y los jóvenes de entonces recuerdan todavía con cariño a doña María Sáenz de Cervantes, doña Guadalupe Couto de Orvañanos y doña Guadalupe G. de Arce.

Los dirigentes invitaron a Jesús Guiza y Azevedo quien preparó un estupendo discurso que, "a iniciativa de Don Ramón", naturalmente, se imprimió para ser distribuido en la Velada. Guiza había vuelto poco antes de Lovaina, y muy poco después tendría que volver a salir acosado por la enemiga callista que le ganaron sus escritos.

La C.N.E.C.M. estaba, pues, en plena marcha. De aquí que Don Ramón y Luis solicitaran audiencia del Excelentísimo Señor Arzobispo para informarle de los trabajos. Fruto de aquella entrevista fue la carta que el Prelado entregó a sus visitantes y que a la letra dice:

“A los Respetables señores Directores de los Colegios Católicos de Nuestra Arquidiócesis.

“Siendo uno de los deberes más sagrados de Nuestro ministerio pastoral y especialmente recomendado por los cuidados de Su Santidad el Papa Pío XI, la formación cristiana y la preservación de la juventud estudiosa, mediante la organización de los estudiantes *a que desde niños* conviene que se acostumbren, y habiendo Nos hace tiempo aprobado y bendecido para estos fines la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de México, recomiendo insistentemente a Ustedes, señores Directores, se sirvan atender eficazmente, para la participación de sus Colegios respectivos, en dicha Asociación, al Comité Confederal, representado por el joven Luis Rivero del Val.

“Participo así mismo a Uds. que ha sido nombrado por Nos Asistente Eclesiástico de la Confederación el Reverendo Padre Ramón Martínez Silva, S. J., con quien podrán tratar Uds. en el caso oportuno los asuntos relacionados con esta obra importantísima.

“Dios guarde a Uds. muchos años.

“José, Arzobispo de México.”

La entrevista tuvo lugar y la carta fue firmada y entregada por el Prelado el 16 de abril de 1927. Cinco días más tarde, el mismo Excmo. Sr. Arzobispo Don José Mora y del Río fue expulsado del país,

A cualquiera hubiera parecido aquel documento una sólida base definitiva. Ya se verá que no lo fue.

Por lo demás, se habrá advertido el criterio arzobispal sobre “la organización de los estudiantes *a que desde niños* conviene que se acostumbren”, que era llevado a la práctica en los trabajos y sociedades que la Confederación tenía entre escolares de escuelas primarias.

Los Círculos de Estudio siguieron el curso más o menos intermitente que tenía todo lo institucional aquellos días. La batalla en los campos —en donde había más de veinte mil católicos sobre las armas—

canalizaba todos los esfuerzos. No obstante, los organizadores de la Confederación hacían lo posible por consolidar sus cuadros, tanto más urgentes cuanto que aquello de la "corrupción de la juventud estudiantil" no era un recurso enfático de predicador cuaresmal, sino una hiriente verdad monda y lironda, agravada, en el orden intelectual, por los anticlericalismos a lo Morones que algunos educadores venían poniendo de moda y, en el orden religioso, por los intentos de cisma prohibidos por el callismo.

La "2ª Asamblea de la Federación de Estudiantes Católicos de Primaria, Comercio, Secundaria y Preparatoria" se reunió el 19 de abril de 1928, en el Salón de Actos del Centro Unión. Ese mismo año le C.N.E.C.M. se extendió a Guadalajara.

Por acuerdo de la Directiva Confederal, Luis Rivero fue allá a fundarla. En el curso de noviembre y diciembre, dejó constituidas las directivas de las Sociedades de Alumnos de Leyes, Normal Libre, Medicina, Ingeniería; organizó una especie de federación de Colegios particulares; quedaron fundadas la Federación Femenina de Estudiantes, con la Presidencia de Carmen Martínez Rosas y teniendo como Consiliario al R. P. Vicente Camacho, S.J., y la Federación de Estudiantes de Preparatoria de Jalisco, con el mismo Consiliario.

En una reunión general de escuelas universitarias, se fundó la Federación de Estudiantes Católicos Universitarios de Jalisco, de la que fue electo Presidente Guillermo Gómez Arana, y se constituyó la Delegación regional de la C.N.E.C.M. El Padre Leobardo Fernández, S.J., fue designado Consiliario de la Delegación. Al hacer esta designación, el Excmo. Sr. Arzobispo, Don Francisco Orozco y Jiménez, escribió al Padre Fernández: "Mucho me temo que la Confederación mate a la A.C.J.M.; pero, si esto es lo que a la juventud conviene, hay que hacer el sacrificio".

El presentimiento se cumplió exactamente al revés.

Por aquellos días (octubre de 1928) el R.P. Martínez Silva tuvo que salir a Europa (3). El R.P. Eduardo Iglesias, S.J. (4) quedó de sustituto en la Asesoría de la Confederación y... todo vino inesperadamente para la Confederación.

Del Val narra así los sucesos, en un informe rendido a la Directiva, el 16 de julio de 1929:

"...Ya en Guadalajara, entrevistamos al R.P. Fernández, quien se mostró sumamente sorprendido cuando le dije que la Confederación continuaba trabajando, pues, según me explicó, ésta no existía ya y, en su lugar, se había creado la *Extensión Universitaria*, como Rama de la A.C.J.M...; que esto se había hecho en virtud de un tratado con la A.C.J.M., por conducto de los RR.PP. Iglesias y Ocampo, como representantes nuestros, y los Padres Bergoend y Méndez Medina, como representantes de la Asociación... Para probar lo que me había dicho, me leyó parte de una carta que le dirigió el Ilustrísimo Señor Don Miguel de la Mora, Secretario del Comité Episcopal, en la que le decía que "*las posibles dificultades que se creía hubieran podido surgir entre la A.C.J.M. y la C.N.E.C.M.*", quedaban por completo conjuradas, pues, de las dos sociedades, no quedaba sino una: la A.C.J.M., en virtud de un arreglo que habían tenido entre sí sus directores..."

"Le manifesté que era la primera vez que oía hablar de tales "tratados"..."

¿Qué había pasado?... No habían surgido en las infanterías las "posibles dificultades" que se temían y un "estado mayor", el de la C.N.E.C.M., nada sabía de ellas ni de arreglos.

Sucedía que el prestigio del Padre Bergoend y el amor a su obra, habían pesado definitivamente en la balanza de quienes podían decidir la suerte de los muchachos.

La Confederación, pues, fue "congelada" por "órdenes superiores".

Pero el Padre Martínez Silva volvió en esos días de Roma con una bendición especialísima de Su Santidad para la Confederación... Su sorpresa no tuvo límites.

Para el ánimo limpio y esforzado de muchachos de 18 años, fue aquélla una dura lección. Desde entonces, varios de ellos, entusiastas apóstoles de la causa estudiantil, se dispersaron y se perdieron para la Acción Católica.

Esta fue la primera etapa del "pleito grande". Así llama la Historia al litigio de jurisdicciones diocesanas, mantenido durante varias décadas por los santos e insuperados Obispos primeros de México y Michoacán: Fray Juan de Zumárraga y Don Vasco de Quiroga.

"Pleito Grande" se me ocurre llamar a este conflicto de jurisdicciones (?) juveniles.

III

MOVILIZACION NACIONAL

Jesús Pérez Sandi, Jesús Toral Moreno, Luis de Garay y Manuel Ulloa Ortiz iniciaron el movimiento católico universitario de México.

En su casa de Naranjo 188, Chucho Pérez Sandi guardaba reposo por una antigua dolencia y le visitaban frecuentemente su viejo amigo y paisano (los dos tapatíos) Toral Moreno y Luis de Garay.

Dos temas fueron precisándose en las conversaciones: la situación individual y colectiva del estudiante católico en la Universidad y la gran movilización espiritual de Iberoamérica hacia el Tepeyac, en ocasión del IV Centenario de las Milagrosas Apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe.

¿Por qué no ligar los requerimientos de la vida intelectual con el centro primordial de la vida religiosa de México? ¿Por qué los universitarios iberoamericanos no habrían de rendir la pleitesía de su amor filial a la Guadalupana?... ¿Por qué no hacer un Congreso Estudiantil Iberoamericano?

Y, puesto que todo convergía a la Basílica, fueron a hablar con el Abad, Don Feliciano Cortés. El señor Abad les habló de la "Confederación de Estudiantes Católicos" y del Padre Martínez Silva. Toral ya conocía al Padre y, contra la opinión un tanto antijesuítica de de Garay (quien después sería uno de los más adictos y brillantes discípulos de Don Ramón), fueron a hablar con él.

Si "las circunstancias" o "el tiempo" o "razones que no son del caso exponer" habían paralizado de momento la acción organizadora de la Compañía, ni ésta ni Don Ramón podían quedar inactivos para el apostolado estudiantil.

El Padre Mayer, Provincial de la Compañía, había ordenado al P. Martínez Silva que se entrevistara con el P. Bergoend para planear las obras estudiantiles. El P. Bergoend, después de "rechazar la base doctrinal que define las Ramas Quinta y Sexta de la Acción Católica Italiana —Universitarios y Universitarias, naturalmente distintas de las dos de Juventud—, expuso como razón práctica contra la especialización estudiantil en México la dificultad de encontrar recursos suficientes para ella".

—Si para una organización general yo he tropezado con tantas dificultades, imagínese Usted las que encontrará para poder sostener una organización especializada y estudiantil.

—Dios proveerá, Padre —fue la respuesta de Don Ramón.

Y veinticinco años después comentaba, dándome una palmada en el hombro, en tanto su "Plymouth" último modelo, corría rumbo a Pátzcuaro, en aquel que habría de ser mi último viaje con él:

—Y Dios proveyó... y proveyó muy bien, ¿verdad, hijo?

El Padre recogió el núcleo de la Confederación que quedó más ligado a Rivero del Val —estudiantes de Ingeniería— y se dedicó a organizar con aquél y otros muchos y magníficos muchachos, el *Centro Labor*, ya no una empresa de acción externa —aunque sí extensiva—, sino de trabajo interno —e interior—: formación intelectual y moral de los muchachos de Ingeniería, Arquitectura, Ciencias Químicas, ESIME, en fin, todos los que no cabían en los otros dos *Centros Bíos y Lex*, de estudiantes de Medicina y de Derecho (5).

El Grupo iniciador de *Labor* tuvo su primera sede en el tercer piso de esa vieja casa que aún se conserva en la esquina de Brasil y Cuba (contraesquina de la Tesorería del Distrito Federal). Ese mismo año (1930) se desocupó una vieja casona, en la misma calle de Cuba: Cuba 88.

En ella, Pérez Sandi y Toral entraron en formal conversación con Don Ramón.

—¡Magnífico! ¡Lo hacemos... haremos el Congreso de Estudiantes!... —fue la feliz respuesta, ¡siempre fue la feliz respuesta de Don Ramón!

Y empezaron los contactos. En la Biblioteca conocieron a Islas García, recientemente convertido a la Fe; allí afianzaron su amistad con Manuel Ulloa y reanudaron las relaciones que, con Ernesto Santiago López, iniciaron en Mascarones, durante unas reuniones culturales presididas por González Rubio. Allí también, José Herrera Rossi, entonces pasante en un Juzgado de Distrito, con quien y en dónde ensayarían más tarde hábiles y juveniles alegatos en defensa de los derechos de la Iglesia.

Esto era en febrero de 1931.

Entre Naranjo 188 y Cuba 88 fue perfilándose el temario y el ideario del Congreso. O mejor: de los Congresos, porque simultáneamente a la movilización iberoamericana se hizo la extensión nacional de los cuadros de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos para la que Don Ramón había buscado la oportunidad de fortalecimiento.

En abril se iniciaron las conferencias preparatorias sobre el Temario de la Convención Iberoamericana, en la casa de la Acción Católica, calles de Motolinia, y en Cuba.

En el aniversario de la muerte de Germán del Campo, vasconcelista, fecha elegida intencionadamente para relacionar la vida de la Universidad y de los universitarios con los trabajos de la Convención, el Ingeniero Agustín Aragón, uno de los últimos positivistas mexicanos, habló al auditorio católico, confesando la honda impresión que siempre le causó la universalidad de la Iglesia, a la que perteneció en otra época.

Otro hombre de otras filas ocupó también la tribuna católica: el ingeniero Andrés Molina Enríquez —y aquí se buscaban las vivencias revolucionarias—. Su tema: el Mestizaje. Sobre el Mestizaje también disertó el maestro Ezequiel Chávez.

Los problemas económicos fueron tratados en varias pláticas por un cristianísimo y caballeroso amigo, J.V.; los filosóficos, por Jesús Guiza y Azevedo (que esta vez había vuelto, pero no de Lovaina, sino de los Estados Unidos, donde estuvo desterrado). Del Padre Francisco Stens se recuerdan sus macizas conferencias sobre Vitoria y los

grandes temas del Derecho Internacional. No menos recordadas son las que, sobre asuntos sociales y educativos, dio el Dr. Leopoldo Escobar.

En el mismo mes de abril, el siempre inquieto Ernesto Santiago López (6) ya residente en México, estaba escribiendo a todo el país. El país respondió unánime y tuvo que hacerse la división del trabajo: un corresponsal para cada Estado. Y se iniciaron las jiras: Toluca, Querétaro, Puebla...

Por otra parte, Don Ramón desenvolvía su plan-clave: movilización del Episcopado nacional e iberoamericano. Contó con todo el apoyo, no sólo decidido, sino cariñoso, del Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Don Leopoldo Ruiz y Flores quien, desde su destierro en San Antonio, Tex., dirigía excitativas a sus Venerables Hermanos.

El 31 de abril se instaló formalmente el Comité Organizador de la "Convención Iberoamericana de Estudiantes Católicos". Estuvo presidido por un joven, viejo acejotaemero que acababa de dejar la Presidencia del Comité Central de la A.C.J.M.: Salvador Noriega. Con él integraron el Comité Organizador, Islas García, como Secretario General; Enrique de la Mora y Palomar, en la Secretaría de Organización; Ernesto Santiago López, en la del Exterior, y en las de Estudios, Pérez Sandi, Toral, De Garay, Ulloa, y José Herrera Rossi, y los socios de Labor: Alfredo Baranda, Jorge López, los Cortina, Juan Manuel Sánchez y muchos más.

Comité Organizador de la Convención Iberoamericana era aquél; pero Comité que operaba a nombre de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de México, con el respaldo jurídico y efectivo de los antiguos dirigentes, Rivero del Val y Cárdenas.

De la Convocatoria a la Convención, fechada en marzo de 1931 y redactada por Islas, son estos párrafos:

—“La Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de México ha creído necesario convocar a una Convención Iberoamericana de estudiantes católicos que se reunirá, con motivo del IV Centenario de las Apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, en la ciudad de México, del 14 al 21 de Diciembre del presente año.

“Todos los criterios y teorías, unas veces los hombres selectos, otras el clamor popular, han tomado posiciones para resolver los actuales problemas de Ibero-América, porque es imposible desinteresarse de las urgencias de nuestro ambiente, del porvenir y porque entrañan la preparación y la posición de las clases directoras. La gran fuerza católica de la que somos parte se mueve, como otras veces, para salvar al mundo, obligándonos, bajo el cargo de inactivos o indiferentes, a ocupar sin excesos, con justicia y con valor, nuestro lugar de juventud católica.

“Contar nuevos efectivos, estrechar nuestros filas, conjugar nuestros elementos y aplicarlos íntegramente a la resolución de tales problemas, ése es nuestro anhelo. Por cuanto nunca nos hemos alejado de las necesidades que apremian a los hombres, ahora, vigilantes, como en toda la Historia, queremos captar y ordenar las inquietudes que tanto han preocupado a la generación actual. Estamos seguros de que los grandes problemas sólo pueden ser resueltos por series de vidas y, así queremos empezar a tomar contacto más íntimo con nuestras realidades para que, al ocuparnos plenamente de dar soluciones, no sean improvisadas sino engendradas por el estudio, por las inteligencias cultivadas, por los hombres puros.

“Esto nos obliga a reunirnos en una Convención Internacional. Esto nos fuerza a invitar a todos los estudiantes católicos de Iberoamérica a nuestras jornadas de Diciembre. . .

Temas

- 1) La Posición de los Estudiantes Iberoamericanos ante la Invasión Político-religiosa del Protestantismo.
- 2) Los Estudiantes y su Participación en los Problemas Sociales.
- 3) Los Estudiantes Católicos y el Abolengo Científico de su Fe.
- 4) El Laicismo de la Enseñanza y sus Consecuencias.
- 5) La Repartición Proporcional Escolar y la Libertad de Enseñanza en los Diversos Países.
- 6) El Sistema Clásico de Enseñanza frente al Sistema Actual.
- 7) La Crisis de la Fe: sus Causas, sus Caracteres y sus Remedios.
- 8) La Crisis Económica y sus Lecciones (6).

- 9) El Panamericanismo, el Iberoamericanismo y la Sociedad de las Naciones ante el Derecho Tradicional Católico.
- 10) El Mestizaje como Problema Iberoamericano.
- 11) Una Bibliografía del Estudiante Católico (6).
- 12) La Organización de los Estudiantes Católicos Iberoamericanos.

* * *

“Nuestro fin, claramente enunciado en la Convocatoria, es un estudio serio del problema iberoamericano, dirigido a la acción.

“No tienen razón de ser las discusiones platónicas, los trabajos difusos, las sutilezas, el brillo predominante de la exposición.

“Se trata de problemas extremadamente vitales, en que tendremos que fijar nuestra posición de una manera concisa, categórica, perfectamente documentada y que asegure a la verdad su imperio en las inteligencias.

“Nuestra Convocatoria y nuestro Programa se dirigen a los grupos de estudiantes católicos e iberoamericanos.

“México, Marzo de 1931.

“*Ad Lucem Per Crucem*”.—El Presidente, Salvador Noriega; el Secretario General, Luis Islas García”.

IV

LAS CONVENCIONES FUNDACIONALES

Un Temario de la amplitud y de la complejidad del que se deja apuntado no ha sido nunca propio de un Congreso, ni menos de un Congreso estudiantil. Pero lo era de aquél, con requerimiento urgente, pues su fin no era elaborar teorías sino recoger las ya maduradas por siglos, en esquemas substanciales que entregar a una juventud desorientada y ávida, para que los adoptara y desarrollara según sus angustiosas necesidades.

Téngase en cuenta que entonces (hace 31 años) y ahora los temas elegidos son de ingente actualidad. Téngase en cuenta, además, que están inspirados en el más cabal realismo circundante. Y piénsese en este dato que, por fortuna, ha sido superado en mucho (y que, por haberlo sido, suele perderse de vista como caracterización de aquel tiempo): que, por complejas razones, casi todos estos temas eran acallados en las reuniones católicas; algunos escrupulosamente excluidos de la consideración de nuestras instituciones porque, dada la urgencia de otros problemas, no había tiempo para pensar en éstos, o porque, debiendo aquellas instituciones mantenerse oficialmente "sobre toda política de partido y sobre todo partido político", se entendía esta posición como una sistemática abstención de todo criterio claro y concreto sobre los problemas punzantes que agredían a cada paso.

Y la ausencia del pensamiento católico en el ámbito de esta problemática esencial dejaba libre el campo al desarrollo de todas las doctrinas y desviaciones y daba a los ignorantes o menos preparados la impresión de que el Catolicismo no tenía *mensaje*.

La Convocatoria llegó por diversas vías a los centros estudiantiles de Iberoamérica. A pesar de que no es un documento que incen-

die porque es frío, a pesar de su estilo disparejo y de sus giros tan poco elegantes, la Convocatoria incendió. Su buena nueva se extendió: ¡era posible, pues, conocer y estudiar oficialmente, en una asamblea católica, los graves problemas públicos, sociales y políticos de la hora!... ¡Iba, por fin, a poderse hablar claro y en público! Los estudiantes católicos, inexpertos pero responsables, jóvenes pero llenos de problemas personalísimos, podrían exponer su propio criterio y confrontarlo fuera de conciliábulos domésticos o de catacumbas y de autoritarias incomprensiones, bajo el amparo y a la luz de la Iglesia.

Clave de la propaganda preparatoria de la Convención fue el primer periódico estudiantil católico que toda una generación recuerda: "Proa". "Proa" fue obra y creación, en Guadalajara, de Antonio Gómez Robledo, una de las más brillantes cabezas universitarias (7). En el prólogo a los dos ensayos, "ecos del ciclo de conferencias ilustrativas de los temas planteados en la Convocatoria" sobre "El Mestizaje como Problema Iberoamericano", de Alfonso Gutiérrez Hermosillo, y "Catolicismo y Sociedad de Naciones" del propio Gómez Robledo, ya entonces cultísimo internacionalista, dice éste:

—"En los umbrales de la Convención Iberoamericana... ofrecemos a nuestros compañeros la expresión fragmentaria pero fiel de lo que ha sido nuestra vida (de la Federación de Estudiantes Católicos de Jalisco) en estos meses preparatorios de aquella..."

"Desarrollamos... un ciclo de conferencias... Luego fundamos un quincenal cuyo nombre preside esta editorial en su primer vagido. Y fue, con toda su pobreza de forma... una confortante revelación. Porque... la menuda plana ha sido hogar de entusiasmo, abrazo múltiple y ferviente, comunión nacional de la nueva generación católica..."

"Los estudiantes católicos de México ya somos una clase, en el estricto valor sociológico de la palabra: grupo orientado y compacto, vinculado por la comunidad de intereses, de creencias y de fines..."

"La oposición adversaria, a veces contundente y aflictiva, otras sorda e hipócrita, siempre tenaz, no ha contribuido poco a mantener nuestra sinergización. Porque "toda fuerza a la que se resiste se or-

ganiza", según la ley sociológica. En los destinos de la Providencia, aquella nos ha dado coherencia mecánica, haciendo que nos ensambláramos estrechamente delante de la brutalidad y del cinismo. Pero la coherencia orgánica habrá de ser labor exclusivamente nuestra. De rectitud, de estudio, de fatiga, de jefes, de organización.

"Son los imperativos que nos imponen —haciéndonos adoptar una actitud enérgica y pura frente a la vida— la crisis total de nuestra Patria, el desequilibrio general del mundo y la ley de Dios, que es la ley de caridad".

* * *

Llegó diciembre. La gloria jubilosa de las fiestas guadalupanas; tras de la época sangrienta, de catacumbas, era el primer estallido público y limpio de clamor religioso.

El día ocho se inauguró la Convención Nacional, con una Misa —en el domicilio social de las Congregaciones Marianas, con lo que, en cierto modo, quería bautizarse mariano nuestro movimiento—. Ofició el Asistente Eclesiástico de la Juventud Femenina, hoy Excelentísimo Señor Arzobispo Primado, Dr. Dn. Miguel Darío Miranda quien también nos dio una plática sobre el poder de la verdad.

En el mismo domicilio se tuvieron las primeras reuniones de estudio y, las últimas, en Cuba 88.

El Temario fue eminentemente práctico: Estatutos, Plan de Trabajos, elección del Comité Directivo Nacional.

Allí conocimos la historia de la C.N.E.C.M. a la que nuestra Convención daba proyecciones nacionales; pero a la que, para diferenciarla claramente de la C.N.E. (Confederación Nacional de Estudiantes, neutra), se convino en llamar *Unión Nacional de Estudiantes Católicos*, la "Unec", con espíritu más renovado, más universitario, más moderno.

Allí conocimos a Rivero del Val quien entregó la Presidencia al primero de nuestros jefes electos en Asamblea Nacional, libérrima y plenamente responsable: Manuel Ulloa Ortiz. A pesar del tiempo

transcurrido y de la afortunada madurez de los hombres, Manuel sigue siendo reconocido como jefe moral de nuestro grupo.

El 12 de diciembre se inauguró la Convención Iberoamericana a la que el anterior Pontífice, como Secretario de Estado que era, dirigió un mensaje de salutación y bendiciones del Papa Pío XI.

Eran delegados: de Guatemala, Humberto Vizcaíno y Roberto Arzú Cobos, los dos del Servicio Diplomático de su patria, aunque en regímenes muy distintos; de El Salvador, León E. Cuellar, prestigiado ingeniero hoy, y Miguel Valle y Peña, doctorado en Ciencias Químicas; de España, Fernando Menéndez Artamendi, Presidente de la Juventud Universitaria Católica Española quien, radicado en México desde unas semanas antes de la Convención, en México ha permanecido, siendo hoy un afortunado promotor industrial; del Perú, César Arróspide y de la Flor, distinguido catedrático de la Universidad Católica de Lima. Las organizaciones estudiantiles de Chile y Santo Domingo delegaron sus representaciones en Alfredo Baranda y Ernesto Santiago López, respectivamente.

México tuvo como representantes Numerarios a Miguel Estrada Iturbide, Antonio Gómez Robledo, Luis Islas García, Enrique de la Mora, Manuel Ulloa Ortiz y Raúl Fernando Cárdenas. Este último y Rafael Regil fungieron como Secretarios de la Convención; y, como representantes colaboradores, los Delegados a la Convención Nacional (8).

Siempre he pensado que lo menos importante de un Congreso de este tipo son sus conclusiones, por mejores que éstas sean. Y las de la Convención Iberoamericana fueron, no sólo importantes para su tiempo. Siguen siéndolo por su macidez, por su claridad, por la exacta ubicación de los problemas dentro del pensamiento católico, por la lealtad con que fueron aquéllos recogidos y considerados. Estas Conclusiones son actuales hasta por la emoción juvenil, reconfortante. Quítense de ellas, aquí y allá, los datos circunstanciales; substitúyase, en otro lugar, un nombre antiguo (Liga de Naciones, por ejemplo), por uno nuevo (Naciones Unidas, por ejemplo); añádanse, en otra parte, los elementos históricos sobrevivientes y podrán subscribirse todas las

Conclusiones, aquí y ahora, e inclusive, algunas de ellas, con más fuerza y actualidad (9).

Pero, con ser esto así, no fue lo más importante de las jornadas del 31. Más que las Conclusiones importaron los diálogos suscitados, la confrontación de criterios personales, el roce con otras mentalidades, la visión de otras conciencias, las perspectivas de diversos mundos espirituales y conceptuales, entrevistados en el giro de las respuestas, en el acento de las palabras, en este *cantico* diverso del idioma que habla de otros ritmos mentales, de otra armonía sensorial, y de otras formas de intuición y de otras estructuras vitales.

Todo confluyó, además, a la creación del ambiente. Las mismas circunstancias negativas exteriores, "la oposición adversaria que contribuyó no poco a la sinergización", según el pensamiento de Gómez Robledo, y la avidez interior que, como a egresados de largos exilios espirituales, acicateaba a todos para compartir el pan de la misma mesa.

Y la calidad de aquel puñado de muchachos. De muy diversos rumbos del pensamiento, de muy diversas extracciones sociales y culturales. Empero, con la evidencia jubilosa de un denominador común: la inquietud por los problemas del tiempo y el "ansia más o menos consciente de unidad orgánica".

Y los maestros. Al lado del equipo más brillante de la Compañía de Jesús —Padres Martínez Silva, Mariano Cuevas, Eduardo Iglesias, Francisco Stens, Francisco Portas, Joaquín Cordero, Joaquín Sáenz, el Padre Saavedra, colombiano— otros hombres de altísima cultura y calidad universitaria, entre quienes recuerdo a don Francisco de P. Herrasti que, en inolvidable conferencia, arrastrado por la emoción, tuvo un desliz teológico que, humilde, ejemplarmente, confesó al siguiente día; y al doctor Escobar, entre los más venerados; y, entre los más jóvenes, a Alfonso Junco de quien recibimos un alto ejemplo de modestia cuando, en las oficinas de la empresa donde trabajaba (angosta calle que hoy es la ancha de 20 de Noviembre), de pie, junto al alto escritorio de contable, atendió a los comisionados de la Convención.

Dos nombres ilustres sonaron como metálica voz de clarín: Chesterton, el primero. Las breves líneas de su mensaje agradecido por la

"elegante invitación" (redactada por Emmanuel Amor, padre de Pita) y su excusa por no poder asistir a la Asamblea, se recibieron con delirante aplauso. Georges Goyau, el segundo, cuya carta nunca leo sin renovada emoción:

— "... Permítame agregar —decíale al Presidente de la Convención—, ya que en tierra mexicana va a recibirse mi mensaje, que mi pensamiento se refiere con especial fervor a esa juventud mexicana que valiente y piadosamente arrodilla su ciencia al pie de los altares. Ni las más tempestuosas sacudidas han podido quebrantar su fidelidad... Juventud orgullosa de su razón porque la razón humana es hija del Verbo Divino: juventud orgullosa de su Fe porque el Verbo Divino es también el Autor de la Revelación... "

¡Y el estilo le las deliberaciones!... "¡Esto sí es un Congreso!", diría, lleno de contento, cuando asistía a uno posterior de la UNEC, el Excelentísimo Señor Arzobispo Martínez. Y, al decirlo, sacaba un gran habano, lo encendía y, con vivo interés, seguía la polémica. Era ésta del estilo de los claustros universitarios. No era el tedioso y bizantino discurrir de las especulaciones; ni menos las acostumbradas repeticiones doctrinarias. Era la diáfana disección de los problemas, su juvenil y audaz enunciación (audacia intelectual que se elude con infinita frecuencia), su cotejo con el criterio católico. Para todo lo cual se empleaba el instrumental de un lenguaje directo, a veces tomado de la literatura de la izquierda y, por directo o izquierdamente, desusado en asambleas católicas. Desterrado de allí el argumento de autoridad, quedaba esta impresión en todos: que el problema, su solución y la decisión al respecto eran responsabilidad de cada uno. Y esa impresión liberaba la personalidad. Creaba al hombre responsable.

Yo aprendí aquellos días la liturgia: se hizo espíritu en mí el alma mater de mi Iglesia. Una "hora santa" en San Felipe, el día 12 de diciembre, dirigida por el Padre Portas, fue una iluminación inextinguible. Y algo de barrunto universalista, una Misa en la Iglesia de la Balvanera.

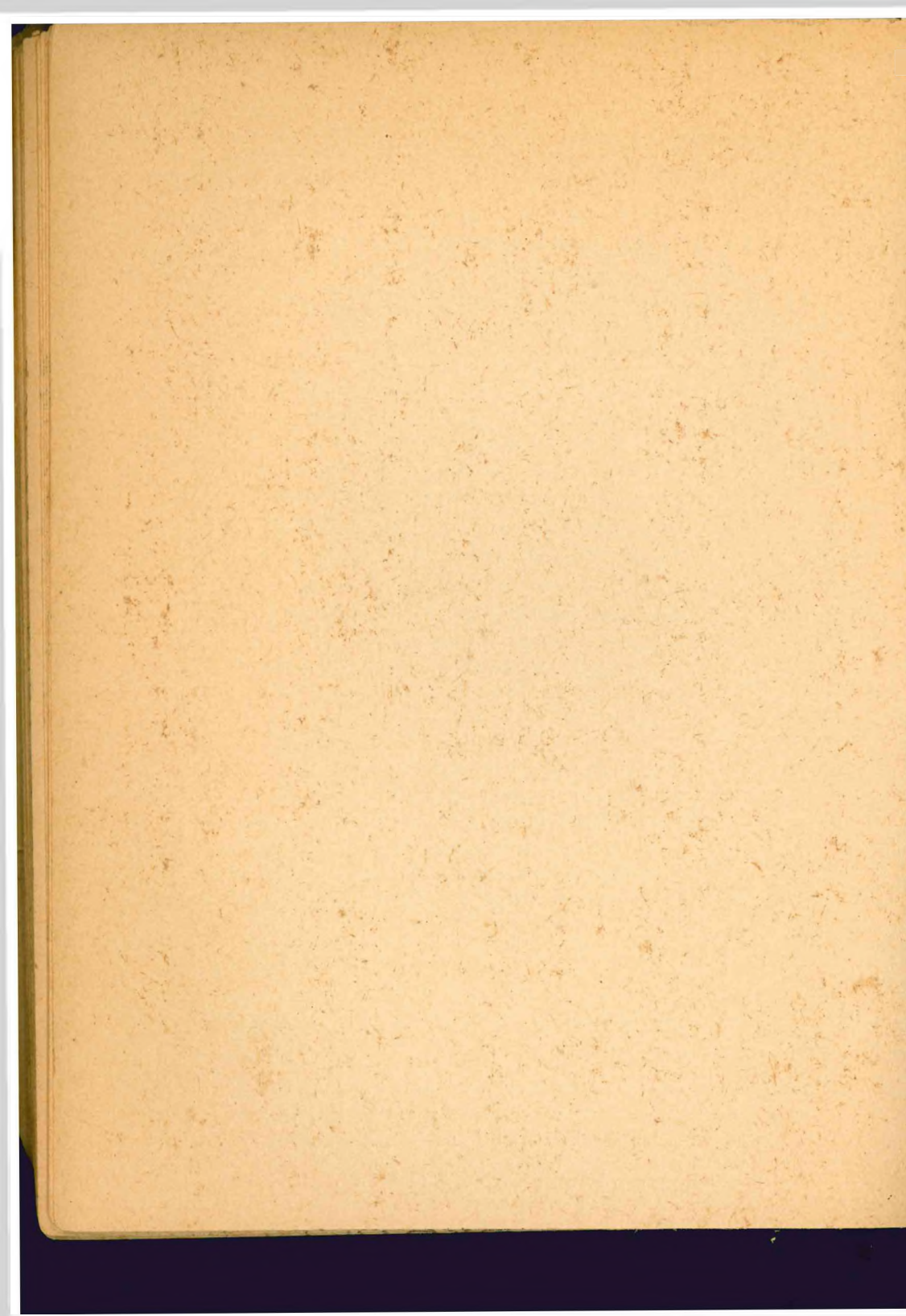
Las más entrañable amistad nacía entre nosotros, en las conversaciones, en los desayunos de "La Blanca", en los almuerzos del "Concordia", en las cenas del "Manhattan".

Hubo viajes que fueron un descubrimiento, guiados por virgilia-nos arquitectos, tan ilustres como el Pelón de la Mora, a quien debemos la revelación de los ritmos en piedra del convento de Yecapixtla, "único ejemplar del gótico mexicano", como él nos enseñó repetidamente y... "con lógica"; y la elocuencia del mensaje de las pirámides de Teotihuacán, y el venerado silencio de San Cristobal Ecatepec, y el pictorismo turístico de Xochimilco y Aguacaliente...

Las dos Convenciones nos dieron una jefatura unificada: Manuel Ulloa presidió al mismo tiempo el Comité Ejecutivo de la UNEC el cual se encargaría de promover la organización, en cada nación iberoamericana, y de convocar al I Congreso, para marzo de 1933, en Lima. En este Secretariado colaboraron con Ulloa, Ernesto Santiago López, Antonio Gómez Robledo, Erique de la Mora, José Herrera Rossi, Jesús Toral Moreno, Luis de Garay, Ramiro Torres Septién, a quienes habría de sumarse un poco más tarde Armando Chávez Camacho (10).

Tenían ya los universitarios de México e Iberoamérica un instrumento de acción católica. México iba a iniciar su lucha universitaria alrededor de un equipo de dirigentes que también lo era del movimiento estudiantil católico de Iberoamérica.

Uno y otro movimientos tenían una misma casa: Cuba 88.



"EL CENTRO LABOR"

Cuba 88... "El Centro" o "Cuba" simplemente llamábamos a nuestra casa.

Cuba 88 hoy es apenas una calle. La prolongación de Palma Norte demolió la venerable construcción, enclavada en la vecindad del viejo "barrio universitario", Plaza de Santo Domingo (de la Corregidora o, mejor aún, del "23 de Mayo"), de por medio con la Facultad de Medicina; a un paso de Leyes, de San Ildefonso...

Era una típica residencia porfiriana de dos patios y dos pisos. Quizá lo único elegante y digno de mención arquitectónica en ella era la escalera, muy amplia, de dos tramos arrancados bajo un arco de cantera de tres centros y gran claro. Y, lo más recordado, sin duda, "el salón de los espejos": plafond y paredes de voluminosos cordones de yeso para enmarcar, arriba, "amorcillos" versallescos y, en los muros, entre puertas y balcones, y en superficies libres, grandes espejos de época.

En 1931, el salón —la suntuosa sala de los señores Escudero— ya había perdido su desagradable respetabilidad, muy fin de siglo, para convertirse en un revolucionario "local" de sesiones. Una mesa ministerial, que generalmente servía para sentarse en ella, dos sofás y unas butacas de cuero en los que... ¡la siesta resultaba perfecta!

Labor ocupó la casa y remozó la finca. Se echaron abajo varios muros y se abrió un salón para exhibiciones cinematográficas y para reuniones de Congresos. Este sería el recinto parlamentario de las más apasionantes polémicas que he seguido y el auditorium de conferencias que a muchos nos dieron rumbo y sentido. Allí estaban las mesas de ajedrecistas que no alcanzaron fama y allí, andando el tiempo,

habría de resonar, arrancado al viejo piano, un personalísimo "Parsifal" creado por las manos artistas de Don Jaime Castiello. El mismo viejo piano en que Chapela, llegando de la Semana de Estudios de Chihuahua o de la huelga de Saltillo, elaboraría mejor los temas musicales de las canciones que *le salieron* con el rasgueo de la guitarra, alguna noche de vivac estudiamil.

Reinaron siempre en la planta baja los ingenieros de *Labor* ¡y en la alta también... "hasta que llegaron los abogados"! Un gimnasio regularmente equipado era de todos. Allí boxeaban los hermanos Macías, hacía paralelas Polo Hernández, jugaban lucha libre Peimbert y Martínez Peñaloza; Julio Chávez dominaba todos los sistemas gimnásticos y Pedrito González Jáuregui daba lecciones de esgrima a un grupo de mozalbetes.

Casi a lo largo de la casa, frente por frente del salón de actos, estaba la biblioteca atendida por muchachos que fueron toda una institución: Gustavo Ramírez, José Cardona y Mario Gantús y donde hubo, durante diez años, dos indefectibles lectores: el Padre Lanteri y Rafael Aguayo.

Vieja biblioteca, no era, por cierto, para el estudio de las lecciones escolares. Sólo tenía uno que otro texto de los que en la Universidad "se llevaban". Salvo mil o dos mil volúmenes adquiridos por Don Ramón en sus últimos viajes a Europa, principalmente, la biblioteca era la misma de Don Francisco Escudero cuya había sido también la propiedad de la casa. De las más completas, aunque anticuadas, las Secciones de Derecho, de Historia Universal, de Literatura Española, de Filosofía (últimos siglos) y de Religión —ésta muy modernizada—. Grandes colecciones de revistas, casi todas francesas del decimonono. Pero, además, muchas obras de indiscutible valor, dispersas y "descubiertas" muchas de ellas, en inolvidables excursiones que organizamos, a pesar del celo muy profesional del bibliotecario o ayudándole en las clasificaciones.

Cada quien espigaba a su placer en aquel semillero y cada quien lleva todavía el sello de lo allí leído. Aguayo y el Bachiller Rojas Garcidueñas, por ejemplo, recordarán sus crónicas de la Conquista, sus clásicos castellanos y sus tratados de Internacional; de Garay, Ulloa,

Gómez Robledo, Pérez Sandi, Toral, los pesados volúmenes de antiguos autores como Clemente de Jesús Munguía, o modernos como Cathrein, Grandmaison, Delos, Leclerc, Sertillanges, o bellezas como "El Espíritu del Derecho Romano" de Ihering, o las Instituciones de Renard, o autores contemporáneos como Del Vecchio y Radbruck, o valores olvidados como el Romano del viejo Sohm... Otros se lanzaban sobre Menéndez y Pelayo o Unamuno para echar leña a la hoguera polémica de llamar al siglo pasado "Siglo de Unamuno" o "Siglo de Menéndez", o buscaban la oratoria de Lacordaire, Bossuet y Donoso; otros, la de Sánchez Santos, o las crónicas revolucionarias y los libros de combate de Blas Urrea, o los estudios agrarios de Mendieta o de Molina, o las Ordenanzas de Gremios de Estrada, o la revolución del pensamiento católico social de Max Turmann. Muchos, tarde o temprano, llegaban a Hegel, a Scheller, para desembocar en Santo Tomás, en Suárez, en Vitoria... ¿Quién no a Spengler, a Berdiaeff, a Dostoiewsky, a Pablo Luis Landsberg?... Y, por supuesto, a León Bloy, a Maritain, a Robinot Marcy, a León XIII, temas de Círculos, conferencias, debates, artículos...

Había en la biblioteca un pequeño salón, con balcón a la calle, donde solían desaparecer durante horas los viejos lectores como Moto Salazar, o nuevos estudios como, por algunos meses, Jesús S. Sodi; o bien, algunos pasantes que vivían la angustia de la preparación de la tesis profesional.

En otra sala, los lectores "menores" que, por no ser habituales ni tener antigüedad, no habían adquirido el "derecho de apartado" que a los primeros se les reconocía. Por aquí, de Medicina, Luis Hinojosa Berrones, Clemente Herrera, Salvador Ibarrola o el Gato Mauricio Martínez, lector empedernido de novela moderna, o Martínez Peñaloza, estudioso de Biología y de lírica contemporánea. Y, en una y otra sala, Alfonso Robina, lector asiduo y comentarista amenísimo que mantenía tertulia intelectual en la que no faltaban Delgado Pastor, Diego Tinoco, Ramón Molina y otros varios lectores flotantes.

Como incrustado entre la Biblioteca y "el salón de los espejos" había un reducido estudio, el de los Asistentes. Tenía un balconcillo que caía sobre el patio de adoquines de negra piedra china. No sé

por que me recordaba ese balcón al Palacio Venecia desde el cual Mussolini arengaba a los facistas. En el nuestro solía retumbar la voz robusta de Don Ramón, y Don Julio J. Vértiz lanzaba desde allí catilinarías demoledoras a los fantasmagóricos guasones de la "hermandad sideral", un ingenioso y chiflado sainete que se mantuvo por largos años y en el que campeaban las farsas de Manuel Altamirano, "el gran pontífice", de sus hermanos Enrique y Javier, las divertidas imitaciones de respetables personajes que hacía Pedro González Jáuregui, las mofas poéticas y eruditas de Pancho Liguori y las "puntas siderales" de Aristófano Bahabajita, tío de éste, espiritista y teósofo que un día quiso demostrar la tesis "sideral" del poder de los "destructores" y voló (?) con alas de petate...

Labor era un colmenar. En las salas de la planta baja se encerraban los ingenieros, los químicos y los dentistas, ante sus restiradores, sus proyectos, sus mesas de experimentos y sus temibles sillas odontológicas. Del laboratorio de los químicos salieron no pocas bombas de gases lacrimógenos para usos "de comando".

Cada martes nuevas caras se veían en el Círculo de Apologética de Don Ramón. Y los domingos, por la tarde, pletórico el salón en las sesiones cinematográficas. Más que las películas se recuerdan los variados y ricos dulces que expendían la queridísima "tía Pita" Portillo de Morales y sus bellas hijas y sobrinas... "Y cuántos noviazgos que se iniciaron en el Centro Labor cuajaron en matrimonios que en mucho deben su felicidad al P. Martínez Silva".

Multitud de familias se reunían estos domingos, atendidas gentilmente por esa incansable y prodigiosa cooperadora que era —y sigue siendo inolvidable— Meche Olavarría, madre y madrina de todas las generaciones *Unec*.

El Centro organizaba por aquellos primeros años "tés y kermeses, en los desaparecidos jardines de La Tabacalera... La obra, pues, del Centro —escribe Manuel Gurza— iba también encaminada a crearnos una base social que nos permitiera vivir en forma adecuada, y a formar hogares cristianos... El proporcionarnos un refugio agradable

donde pasar los múltiples ratos desocupados que tienen los universitarios, sería, por sí solo, suficiente para justificar su existencia...".

Y claro que se recuerdan las excursiones, una especialísima que hizo historia, a los volcanes; pero quizá el paseo de mayores características fue un viaje a San Luis Potosí, a la hacienda de los Meade, cuando "por el cantil de la Gringa, el automóvil quedó materialmente colgando sobre el precipicio".

Por el tipo de estas excursiones, el Pelón de la Mora (Premio Nacional de Arquitectura, por su Purísima, de Monterrey) habría de decir que eran de "talla directa": mal comían y peor dormían; aunque siempre llegaban a la meta.

De ese tiempo también las novilladas, en la Plaza Merced Gómez de Mixcoac y, la última, en el Rancho de los Morales. Toretes obsequiados casi siempre por don Antonio Llaguno. De una de esas corridas nos quedó una crónica de "Proa" (11, Junio de 1932):

"Los jóvenes del Centro "Labor" organizaron una novillada con fines benéficos y, aunque en realidad no consiguieron sus nobles propósitos, sí pusieron cuanto estuvo de su parte para lograrlos...".

"Abrió plaza la distinguida señorita Elena Alcázar... El primer bicho, que fue el de mayor tamaño, causó asombro entre los espectadores... El joven Manuel Arce se encargó de darle los buenos días... y, el pasaporte, el aventajado... diestro José Quijano... Luis Gómez se encargó del segundo... El tercero fue para Alfredo Baranda... De la gente menuda se distinguieron Ernesto Velasco, que puso una gran vara, recargando la suerte, por lo que se le aplaudió mucho, y dos pares de banderillas que correspondieron a Cervantes y Barbosa. No faltaron Tancredos, pues Limón y Aguirre (Eduardo y Gabriel) dejaron en pañales al hombre del pedestal...".

Lo de "en realidad no consiguieron sus nobles propósitos" era habitual. Los balances siempre arrojaron pérdidas. Pero era lo de menos: la venta del boletaje, que corría siempre a cargo de Manuel Gurza, Presidente dos veces del Centro, era una operación en la que participaban todos, como en la tarea periódica más pintoresca del Cen-

tro, aunque las más disputadas eran las "Comisiones" de atención y agasajos a las reinas de la fiesta (11).

Cuba 88 no era propiamente una residencia estudiantil, sino un centro social. Residencia tuvimos en las calles de Academia, casa a la que naturalmente se llamaba "la Academia" pero la que, por supuesto, era lo menos académico que pudiera darse: era el campamento del primer equipo UNEC. Residencia hubo también en las calles de Uruguay, la "Casa de Chihuahua" de la que fue alma y director espiritual el Padre Emiliano Soria. Residencia fue también Iturbide Uno, fundada y dirigida por el Padre Vértiz y cuyo núcleo integran los muchachos de Monterrey y los estudiantes de Ingeniería, amén de numerosos "becados". Los primeros, con otros muchachos de familias acomodadas, fundaron después otra residencia en el Paseo de la Reforma, primero y, posteriormente, en la Plaza Río de Janeiro, bajo el mando de la distinguida señora Viuda de Goroztieta, el Jefe Cristero.

No obstante, en Cuba 88 vivieron sucesivamente algunos pequeños grupos, cuya historia anecdótica teñía con especial colorido la forma y estilo de la acción externa.

En el tercer piso —originalmente tres cuartos— fundaron "la Gloria" un distinguido, serio y amabilísimo amigo a quien llamaremos Juanito, Julio Chávez Montes, el "muñeco" Enríquez, Manuel Ruiz Oronoz y Lorenzo Alvarado. ¡Ah!, y un visitante asiduo: el flaco Barragán, al que denominaremos el políglota, por su proverbial y perfecto dominio de todos los matices del castellano picaresco! En este grupo, al que habrían de sumarse el Güero Müller y Roberto Ordóñez, de Chihuahua, predominó el estilo bromístico del revolver: Julio Chávez empezó allí a hacer su museo de armas.

En un segundo grupo pueden contar Armando Chávez Camacho, aunque brevemente, Antonio Aguirre, Roberto Arenas, Gustavo Llorens y José Luis Sandoval y, un poco después Gonzalo Chapela, Adolfo Pimentel, Andrés Morales y Andrés Mora. El ingenio chispeante del gordo Llorens, José Luis, Chapela y Pimentel y, el musical de los dos últimos, dieron a las tertulias de "la Gloria" un clima de carcajada y de canción.

A los anteriores inquilinos se agregaron, al cabo de unos meses, Luis Islas García, Armando Ramírez, Porfirio Martínez Peñaloza y Luis Calderón Vega. La endémica penuria de éstos y la agudizada de los anteriores obligaron a la reapertura de la época de asalto a los cafés y de tertulias en los bares. Habrá que explicarse.

Con frecuencia, era de empezarse el día con un arqueo a fondo. El total no alcanzaba ni para un café. Se decretaba entonces gimnasia hasta el agotamiento. El ejercicio permitía un grato sueño reparador. Pero no siempre estaba el ánimo para heroicidades y entonces entraba en acción el afán teológico. Discutíamos para llegar a la conclusión de la perfecta licitud moral del robo famélico. Y emprendíamos la aventura a los cafés. A la vuelta de Cuba 88, en República de Chile, había uno —lo hubo para nosotros hasta el día de la aventura—: el café "Asia" de *Felelico*, donde por larga temporada nos reuníamos en el café de siesta. Pero el día *ceró* caíamos a desayunar. Opíparamente, sí, por lo que es de temerse que hayamos cruzado ilegalmente las fronteras de la licitud. Y... claro: la estampida y los gritos locos de *Felelico*, a media calle, persiguiéndonos con el enorme cuchillo del pan.

Al medio día, que llegaba a veces cuando aún no habíamos echado nada al estómago, solían presentarse invitaciones a tomar el aperitivo. Y no era solamente esa cierta vanidad de dionisiaco que gusanea en la juventud, sino que había cerca de casa dos maravillas de servicio: por un tiempo, "¡Dios Nunca Muere!", cervecería en cuya barra podía beberse un tarro de cerveza, de diez centavos, y otro en su extremo opuesto, ¡y haber almorzado entre taro y tarro! Variadas y abundantes cuanto tentadoras e indigestas botanas se ofrecían a lo largo de la barra y... a discreción.

Por otro lado, sobre la misma República de Chile, estaba —y sigue estando— la vieja Tequilería "Manrique". Dos tequilas —actualmente de un peso y, por entonces, de 10 ó 20 centavos— bastaban para dar derecho a doble ración de papas con rajadas de chile fresco, patas de cerdo en vinagre, charales doraditos, tostadas y un vaso, un "chato" diremos, de caldo de camarones... "¡No se vayan, muchachos, que ya les voy a traer el *show!*" —nos decía nuestro guasón mesero habitual.

Por largos meses abandonamos el recurso y refugio de la Tequilería "Manrique" pues, en la esquina misma de nuestra calle y el Portal de Santo Domingo, Chapela hizo un descubrimiento prodigioso. Se instaló allí una taquería de tacos descomunales y "tornillos" de tepache definitivos. Esto ya lo habíamos comprobado. Pero Chapela logró "identificarse" con el propietario, que resultó ser una familia michoacana y de cristeros. Desde aquel día, el taquero y la taquera empezaron a hacer mal las cuentas para cobrarnos dos en vez de cuatro tacos... y la casa regalaba el tepache.

No alcanzaron a gozar de este privilegio los últimos grupos de inquilinos o "cubanos" que fueron Jesús Juárez García, Guillermo Castilla, Roberto Maltos, Enrique y Roberto Narro, Pablo Cadena y algunos otros, varios de los cuales pasaron a Hidalgo 120 cuando se desmanteló Cuba 88.

Pero sí alcanzaron a conocer y a soportar al institucional matrimonio de nuestros porteros: Modesto y Catalina, dos indígenas texcocanos que llegaron recién casados a la casa y ya pasaron a Hidalgo 120 con ocho críos. Por supuesto, ellos mandaban abajo y arriba. En un principio su habitación estaba en la planta baja; en los últimos años se les construyó un departamento en el tercer piso. Pero fue igual el resultado para nosotros. Eran inflexibles, especialmente para cerrar la casa a las diez de la noche. Y puede decirse que eran insobornables, pues, aún en aquellos casos en que aceptaban dinero, "se olvidaban" de abrirle al interesado.

Por demás está decir que muchas veces tuvimos que deambular hasta el siguiente día y no lo hacíamos siempre gracias a otro descubrimiento: un tubo, o mejor, una canal del desagüe de aguas de lluvia que, bajando de la azotea, pasaba en medio de los balcones, amarrada a la pared por endeble tirantes. El método de escalamiento surgió inmediatamente, a pesar del peligro de que nos cazaran los agentes de tránsito cuyo cuartel estaba al lado: antes de salir, nos deslizábamos al "salón de los espejos" para quitar los pasadores a las vidrieras de un balcón. Subir por la canal no era difícil y muchísimas veces fue nuestra entrada. Pero sí lo era bajar. Y no pudo bajar Chapela una noche

que encontró cerrado el balcón. De dos a siete de la mañana, él allá arriba, y Pimentel en el quicio de una puerta, hicieron gala del mejor... y más resistente ingenio.

Un refugio más tenían los "cubanos" y algunos, al cabo de 25 años, todavía forman "peña" allí. Esta llegó a ser tan habitual antaño que hubo varios antiguos clientes de la casa que a la peña se sumaron y de sus problemas e inquietudes se hicieron partícipes, y el estilo universitario dio carácter al rincón de las reuniones: "Las Chufas" —"Orchatería Valenciana"— de las calles de Bolívar. De éstas de Bolívar llegó a desprenderse otra peña: la de los muchachos de la Escuela Libre de Derecho, especialmente morelianos, que la formaron por años —toda la carrera de Alfonso Rubio y Miguel Castro— en "las chufas de López". Pero aquella primera tenía un sello de más abolengo. En las dos, empero, algunos adquirieron "la funesta manía de la literatura", en las dos se cometieron los más graves pecados poéticos —más graves en López, porque más poéticos—, y en una y otra todos ajustaron las antenas del espíritu para captar los canales más claros de los tiempos.

Las Chufas no eran simplemente una peña, ni fue nunca sólo un "mentidero": fue como una necesaria prolongación de la Universidad, un llegar todos con la Universidad a cuestras y allí mismo vigorizar la convivencia espiritual de universitarios de todas Facultades. Ir a las Chufas se hizo un hábito, pero también una necesidad psicológica, y se hizo tan fértil y tan propio el ambiente que aún nos parece que, de ésta o aquella silla nos llegan las réplicas de encendidas polémicas; nos imaginamos aún percibir, en las mesas que la costumbre nos tenía reservadas, el olor de la tinta fresca de las "galeras" de artículos y libros que allí corregimos; recordamos todavía, escritas en las servilletas de papel, y marcadas con una letra o un número y un verbo rotundo ("c) sostenemos", "r) afirmamos"), la tesis o la "conclusión" de una ponencia de un Congreso, que allí adoptábamos o que allí sometíamos a la dura crítica de aquella Academia, para ir después a sostenerlas en la tribuna de una Asamblea... Grata y prolongada costumbre que hizo que capítulos enteros de estas "Memorias" allí se elaboraran y algunos, se escribieran, dictados por los fantasmas de antaño.

VI

EN RUMBO

Manuel Ulloa Ortiz presidió la UNEC desde diciembre de 1931 hasta diciembre de 1934. Electo en la primera de las fechas citadas, fue reelecto en el I Congreso que se reunió del 10 al 20 de septiembre de 1933.

Este I Congreso tuvo un Temario por demás atractivo: "El Imperialismo", "El Problema Agrario" y... "Bibliografía del Estudiante Católico", tema éste último que había dejado de lado la Convención Iberoamericana y que empeñosa cuán inútilmente incluiríamos en Congresos posteriores, hasta convencernos de la imposibilidad de ponernos de acuerdo, no ya sobre 100, ni siquiera sobre 60 y menos sobre 25 libros fundamentales.

Del primer tema habló el P. Cuevas y, sobre cuestiones agrarias hubo una acalorada e inolvidable polémica entre los Padres Vértiz y Sáenz, perfilándose encontradas posiciones de "izquierdas" y "derechas".

El Pelón de la Mora, práctico, lógico y arquitecto, propuso una brillante conclusión: "que en cada Comunidad Ejidal sea levantada una capilla"... ¡Eramos estudiantes empapados en mexicanidad!

En la última sesión de este Congreso nos hizo una viva historia de la Liga de Estudiantes Católicos quien fue su Presidente, Don Pedro Durán, en presencia del fundador, el P. Carlitos Heredia, y de Don Gabriel Fernández Somellera, Presidente que fue del Partido Católico Nacional.

En el año de 1932 no hubo Congreso UNEC —para no dispersar el esfuerzo y los recursos puestos en la preparación, organización y asistencia al *I Congreso Iberoamericano de Acción Católica Universi-*

taria (reunión fundacional de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos) que tuvo lugar en Roma del 10 al 29 de diciembre de aquel año—.

Del II Congreso UNEC, en septiembre de 1934, sólo recuerdo dos cosas: la elección, por aclamación del Segundo Presidente Nacional, Armando Chávez Camacho, valiente franco-tirador que “descubrieron” Toral y De Garay, en el Congreso de la Confederación Nacional de Estudiantes, de la que más adelante hablaremos, en Toluca (1932), y una vigorosa conferencia del Padre Vértiz.

En el primer Comité de Ulloa figuraron, entre otros, De Garay, que fue Secretario General; Bernardo Sepúlveda, que lo fue del Interior; Islas García, Pérez Sandi, Toral Moreno, Juan Cortina y José Herrera Rossi. En el Comité 1932-34 participaron los anteriores y Juan Landerreche Obregón, Julio Chávez, José Uribe Michel (apenas adolescente) y quienes colaboraban directamente en el Secretariado Iberoamericano.

Con Armando Chávez Camacho trabajaron todos los anteriores, excepto, quizá, Ernesto Santiago López que, Delegado al Congreso de Roma, se quedó a estudiar en París y posteriormente ingresó al Servicio Diplomático, ocupando una Secretaría de nuestra Embajada en Francia; Bernardo Sepúlveda, quien optó por otras vías, y Herrera Rossi, quien volvió a su Guadalajara donde, hasta hoy, ha hecho labor espléndida. En cambio, se sumaron al Comité Jesús Hernández Díaz, Manuel Pacheco Moreno, Armando Ramírez, Daniel Kuri Breña y Roberto Carriedo.

Singular, católica y mexicanísima composición la de aquel grupo, en el que contaban, por ejemplo, el hijo de un general en servicio activo, el hijo de otro general revolucionario sonorenses, el hijo de un pastor protestante. Y, a pesar de su diversa formación, iban a ser de excepcional ejemplaridad la armonía de su obra, la coordinación de sus criterios y el alto espíritu que lograron.

Naturalmente el acento de la acción en este período se cargó sobre la formación personal, la organización interna y... la lucha que se echó encima.

Don Ramón se multiplicaba para atender sus dos fundaciones: *Labor* y UNEC.

El grupo *Labor* iba adquiriendo una personalidad cada día más atrayente y una cohesión ejemplar. Sin perder sus metas propias y sin dejar su propia organización, *Labor* fue uno de los núcleos básicos de las actividades de la UNEC, tanto en las desarrolladas en Cuba 88, como en las Facultades.

En las grandes campañas nacionales siempre se contaba con eficientes equipos *Labor*. Y no era la menor contribución la de aquellos muchachos responsables de los dos o tres automóviles propios de Cuba o puestos a disposición de la UNEC y que en todo momento aquellos tenían listos y pilotearon en cien viajes y campañas —con generoso abandono de sus ocupaciones profesionales—, que no se hubieran hecho, ni con la eficacia ni con la amplitud que tuvieron, sin estos elementos técnicos. Esta colaboración de *Labor* en la vida de la UNEC fue tan constante y natural que, en adelante, será innecesario citarla en cada caso, pues obviamente debe presuponerse.

Una cosa semejante debe decirse del grupo *Bios* que pronto se trasladó a Cuba, centro al que pertenecían estudiantes UNEC de Medicina, Ciencias Químicas y Biología.

Por los campos de la UNEC de aquel tiempo, fue célebre el curso de Lógica que sustentaba Don Ramón; posteriormente, el de Sociología. Sobre el material bronco y aguerrido de aquel heterogéneo, indisciplinado e informal grupo de muchachos, plasmó el Padre Martínez Silva el estilo intelectual de la UNEC.

Ya en los preparativos de las Convenciones del 31 había dictado una conferencia sobre el neomalthusianismo, que aún anda por ahí en manos de estudiosos: "Fecundidad y Economía". Iniciados los trabajos institucionales y orgánicos, el Padre elaboró un amplio programa apologético sobre la obra civilizadora del Cristianismo, la alta dirección secular del Pontificado, las grandes tesis del pensamiento moderno de la Iglesia: el Dogma, la Ciencia, la Libertad, la Justicia.

Hemos dicho antes que la formación de Don Ramón era francesa. Situado dentro del movimiento de la *Action Populaire Francaise*,

en la que colaboró por alguna temporada, tenía entrenado su pensamiento para la lucha contra el positivismo y el racionalismo francés. Situarse en el 31, en medio de la intelectualidad mexicana, en la Universidad, era repetir la lucha contra el positivismo y el racionalismo francés en México, un tanto menos respetable que en Francia. No hemos lamentado nunca no haber contado con ningún Renán mexicano.

Todavía se recuerda y comenta, por ejemplo, la teoría católica sobre la evolución de las especies y el ancho abrazo que el pensamiento de la Iglesia da a las contribuciones científicas de esta teoría. No menos importante para el criterio estudiantil fue el fervor con que Don Ramón encaminó el estudio de los temas polémicos de nuestra Historia y la actitud revisionista que se suscitó. Y esto es rasgo importante en la caracterización del estilo UNEC.

Por aquellos años, la "Historia de la Iglesia en México", del Padre Mariano Cuevas, S. J., desencadenó una sucesión de estudios y de preocupaciones históricas que fueron ampliándose como ondas en el agua. Desde luego, el P. Cuevas postuló algunos criterios novedosos, unos con singular acierto, otros de discutida calidad. Pero, sin duda, todavía dentro de la dogmática histórica que divide la interpretación en dos vertientes que se dan la espalda: la historia de los liberales y la historia de los conservadores. El Padre Cuevas replanteó, aunque con nueva y, desde luego, valiosa documentación, esta desafortunada y anti-científica disyuntiva. Pero con ello no hizo menudo servicio a la verdad de México. Esta se buscó afanosamente por encima y por debajo de las fórmulas y prejuicios consagrados.

En la UNEC se desarrolló este afán por el estudio de la historia, con objetividad realista y no sin pasión, sino con sinigual pasión —que no es lo mismo que parcialidad—: afán de encontrar la esencia de nuestra Historia y hacerla operar, en substitución de los mitos y, lo que es peor, de las glorias frustradas que han venido queriendo polarizar fraudulentamente el destino de nuestro pueblo; anhelo de que nuestra substancia histórica rescate a los cristianos de esa pesadumbre que traen aparejada los recuerdos de los ídolos caídos, de las Utopías que no pudieron ser y que han hecho perder el pulso de las direcciones históricas, hundidas en las luchas liquidadas; ansia de ubicar a los cristianos, ya no —según hasta entonces nos habían enseñado las doctrinarias direc-

Don Ramón se multiplicaba para atender sus dos fundaciones: *Labor* y UNEC.

El grupo *Labor* iba adquiriendo una personalidad cada día más atrayente y una cohesión ejemplar. Sin perder sus metas propias y sin dejar su propia organización, *Labor* fue uno de los núcleos básicos de las actividades de la UNEC, tanto en las desarrolladas en Cuba 88, como en las Facultades.

En las grandes campañas nacionales siempre se contaba con eficientes equipos *Labor*. Y no era la menor contribución la de aquellos muchachos responsables de los dos o tres automóviles propios de Cuba o puestos a disposición de la UNEC y que en todo momento aquellos tenían listos y pilotearon en cien viajes y campañas —con generoso abandono de sus ocupaciones profesionales—, que no se hubieran hecho, ni con la eficacia ni con la amplitud que tuvieron, sin estos elementos técnicos. Esta colaboración de *Labor* en la vida de la UNEC fue tan constante y natural que, en adelante, será innecesario citarla en cada caso, pues obviamente debe presuponerse.

Una cosa semejante debe decirse del grupo *Bios* que pronto se trasladó a Cuba, centro al que pertenecían estudiantes UNEC de Medicina, Ciencias Químicas y Biología.

Por los campos de la UNEC de aquel tiempo, fue célebre el curso de Lógica que sustentaba Don Ramón; posteriormente, el de Sociología. Sobre el material bronco y aguerrido de aquel heterogéneo, indisciplinado e informal grupo de muchachos, plasmó el Padre Martínez Silva el estilo intelectual de la UNEC.

Ya en los preparativos de las Convenciones del 31 había dictado una conferencia sobre el neomalthusianismo, que aún anda por ahí en manos de estudiosos: "Fecundidad y Economía". Iniciados los trabajos institucionales y orgánicos, el Padre elaboró un amplio programa apologético sobre la obra civilizadora del Cristianismo, la alta dirección secular del Pontificado, las grandes tesis del pensamiento moderno de la Iglesia: el Dogma, la Ciencia, la Libertad, la Justicia.

Hemos dicho antes que la formación de Don Ramón era francesa. Situado dentro del movimiento de la *Action Populaire Francaise*,

en la que colaboró por alguna temporada, tenía entrenado su pensamiento para la lucha contra el positivismo y el racionalismo francés. Situarse en el 31, en medio de la intelectualidad mexicana, en la Universidad, era repetir la lucha contra el positivismo y el racionalismo francés en México, un tanto menos respetable que en Francia. No hemos lamentado nunca no haber contado con ningún Renán mexicano.

Todavía se recuerda y comenta, por ejemplo, la teoría católica sobre la evolución de las especies y el ancho abrazo que el pensamiento de la Iglesia da a las contribuciones científicas de esta teoría. No menos importante para el criterio estudiantil fue el fervor con que Don Ramón encaminó el estudio de los temas polémicos de nuestra Historia y la actitud revisionista que se suscitó. Y esto es rasgo importante en la caracterización del estilo UNEC.

Por aquellos años, la "Historia de la Iglesia en México", del Padre Mariano Cuevas, S. J., desencadenó una sucesión de estudios y de preocupaciones históricas que fueron ampliándose como ondas en el agua. Desde luego, el P. Cuevas postuló algunos criterios novedosos, unos con sigular acierto, otros de discutida calidad. Pero, sin duda, todavía dentro de la dogmática histórica que divide la interpretación en dos vertientes que se dan la espalda: la historia de los liberales y la historia de los conservadores. El Padre Cuevas replanteó, aunque con nueva y, desde luego, valiosa documentación, esta desafortunada y anti-científica disyuntiva. Pero con ello no hizo menudo servicio a la verdad de México. Esta se buscó afanosamente por encima y por debajo de las fórmulas y prejuicios consagrados.

En la UNEC se desarrolló este afán por el estudio de la historia, con objetividad realista y no sin pasión, sino con sinigual pasión —que no es lo mismo que parcialidad—: afán de encontrar la esencia de nuestra Historia y hacerla operar, en substitución de los mitos y, lo que es peor, de las glorias frustradas que han venido queriendo polarizar fraudulentamente el destino de nuestro pueblo; anhelo de que nuestra substancia histórica rescate a los cristianos de esa pesadumbre que traen aparejada los recuerdos de los ídolos caídos, de las Utopías que no pudieron ser y que han hecho perder el pulso de las direcciones históricas, hundidas en las luchas liquidadas; ansia de ubicar a los cristianos, ya no —según hasta entonces nos habían enseñado las doctrinarias direc-

ciones vitales, liberales y conservadoras— como víctimas y comparsas en el drama de México, sino como participantes activos en la vida y en los problemas de la Patria que es una y de ninguna bandería.

Naturalmente esta tarea de revisión no iba a contar con el consenso de todos. No. La novedad ciertamente no fue compartida, desde luego, por todos los Padres de la Compañía que eran habituales conferenciantes en Cuba 88: Cuevas vs. Vértiz, Vértiz vs. Iglesias, Iglesias vs. Martínez Silva . . .

Y esto mismo era otra novedad que sirvió a la maduración y dirección del estilo UNEC: la inmensa libertad para pensar que allí se cultivó. Una auténtica libertad de cátedra que hacía viva y fértil realidad el apotegma del Apóstol: "En lo esencial, unidad; en lo secundario, libertad; en todo caridad".

Para Santo Tomás de Aquino el último argumento de razón es el argumento de autoridad. Pero, en la práctica, especialmente tratándose de educación de la juventud y más particularmente, cuando la de ésta se dirige a la acción, el sistema ha sido el casi de exclusivo argumento de autoridad. Esto significa, en primer término, una falta de respeto al rango de la inteligencia, un lamentable desconocimiento del valor que la razón humana tiene ante el Verbo Divino —primogénita aquélla de éste, nada menos—. Y, como resultado de esta educación aparecen, primero, una desastrosa congelación del espíritu de iniciativa, un triste temor y una grave carencia de curiosidad intelectual y de afán investigador, una ausencia de "courage intellectuel" que hacen, a veces, que los grupos de juventud semejen una juventud mutilada. Y, en segundo lugar, puesto que se vive en época de crisis de autoridad, cuando el joven educado en la línea fundamental del argumento de autoridad, encuentra que ésta pierde sus prestigios, se queda indefenso ante el poderío de ese enemigo que lleva dentro: la soberbia.

Y he aquí de qué modo y por qué camino se desemboca fatal y precisamente en el estuario del que ese sistema del "magister dixit" ha intentado preservar a la juventud: la soberbia se enseñoera, no de quienes tienen el hábito de pensar por sí mismos, sino de quienes no lo tienen.

Por esta razón, bajo la sana —indiscutida y atractiva— tutela moral del Padre Martínez Silva, la UNEC fue campo de una experiencia educativa de la libertad de crítica y autocrítica.

Eran de oírse aquellas sabrosas polémicas sostenidas por los propios Padres, ante el juvenil auditorio. El choque de dos espadas germinaba en chispas de fermentos intelectuales. O en definitivas y radicales posiciones. Como la adoptada por la mayoría de miembros de la UNEC que, bajo los cartelones de sus Escuelas —la Escuela Libre de Derecho, al frente, capitaneada por el Presidente de su Sociedad de Alumnos, Gumersindo Galván—, formaron en la manifestación pública de respaldo a la expropiación petrolera. Toda la larga noche anterior “el salón de los espejos” había sido recinto parlamentario donde dos espadas chocaron: Gabriel García Rojas, por un lado, sosteniendo que se trataba del “tercer gran despojo” de nuestra historia —los bienes de los jesuitas, por Carlos III, y los de la Iglesia, por Lerdo, eran los otros dos— y Antonio Gómez Robledo, apoyándose en la tradición jurídica que arranca directamente de las Siete Partidas y se concreta en claros textos constitucionales para sostener la alta y fundamental justicia de la expropiación petrolera y la vindicación del derecho de propiedad eminente de la Nación sobre la tierra y el subsuelo y sus productos.

De este modo, la actitud de independencia intelectual de los Padres fue instrumento de educación que instituyó el respeto a quienes discrepaban en opiniones sobre asuntos opinables. Pero su misma actitud de unidad en el sometimiento a las enseñanzas tradicionales de la Iglesia y a la Jerarquía, fue mucho más educativa para la condenación de las transgresiones al espíritu.

La biblioteca de Cuba era otra fuente de educación; pero, para llegar a *poseerla* había que saltar muchos obstáculos: la mesa de ajedrez o dominó, el gimnasio, la tertulia. Mas, tarde o temprano, se imponía la biblioteca. Un día u otro, ora porque Don Ramón ordenaba la preparación de una conferencia, o de un artículo, o recomendaba un texto como ilustración de alguna charla o de alguna lección oída en la Universidad; ora porque había llegado un libro nuevo, o porque nada había que hacer, o porque picaba la curiosidad, el hecho era que se entraba a la biblioteca.

Aunque una misma ansia de saber sacudía a todos, dos metas inmediatas podrían señalarse como polarización de las lecturas: la pura preocupación intelectual o académica, y la preparación para la lucha. El arsenal daba armas a estudiosos y combatientes. Aquéllos llamaban a éstos "los políticos".

Estos requerían, sí, la sólida preparación remota sobre las grandes líneas de la cultura; pero una inmediata, ciertamente amplia, sobre la temática de la época, como doctrina para la orientación de los trabajos de organización y propaganda de la UNEC. La cultura como un bien querido por Dios; pero también como instrumento egregio para abrir y hacer atractivo al universitario el camino hacia el orden religioso.

Otra íntima actividad, silenciosa e intensa, se desenvolvía corporativamente.

Había junto a la escalera una minúscula capilla apenas suficiente para las medidas rituales de un altar, apenas capaz de contener las colosales proporciones de Don Ramón. No estaba allí el Santísimo habitualmente, aunque es de suponerse que Él se sentía a gusto y satisfecho del rinconcillo, cuando nos visitaba. Los tiempos no permitían el lujo de tener en casa al Dios-Eucaristía; pero Don Ramón solía llevarle algunos domingos y viernes primeros, y los muchachos de *Labor* y UNEC recibían la Sagrada Comunión. No siempre podían hacerlo, ni pudieron nunca regularizarse allí las Misas dominicales de los "cubanos". Tenían que seguir a su Asistente a donde sus compromisos ministeriales le llevaban. Era Cuba, o Enrico Martínez, o San Francisco, o la Villa o la Enseñanza. Cuando las Misas eran en el centro de la ciudad, parte obligada del programa era la visita a "La Blanca" de 5 de Mayo, para el desayuno. Cuando aquéllas se celebraban en la Villa, el asalto se consumaba a un puesto de tamales y de atole de cáscara o de zarzamora. Con prodigio señorío, Don Ramón pagaba siempre.

Esta variación para las Misas tenía algo de militar y, aún mejor, de universal. La devoción que engendraba no era una devoción doméstica, "de capilla", sino ecuménica, pública, catedralicia. Enseñaba a orar en todos los altares y daba flexibilidad ritual y litúrgica.

"No paraban allí esas misas". El salón de cine solía convertirse en recinto de pláticas cuaresmales. Allí, la oratoria sagrada, arrebatada-

dora y moderna del Padre Vértiz; la sobria y alta del Padre Iglesias; algunas veces, la tranquila y profunda de los Padres Cesáreo Alba o de la Peza.

Año tras año, una o dos tandas de ejercicios de encierro —algunas veces, en ciudades de provincia, en comunidad con los muchachos de los Comités Regionales —completaban las prácticas cuaresmales. Las peregrinaciones a la Villa, a principios y fines de cursos, lo iniciaban todo y todo lo terminaban.

Había más. La vida interior se fortalecía y se intensificaba en el diálogo frecuente y breve que con Don Ramón tenían los muchachos en la intimidad de “el despacho”. Para eso estaba allí Don Ramón. El lo sabía. Y estaba para orientar o reorientar la lección aprendida en la Universidad, o para comentar el libro o el acontecimiento social o político, o recomendar la noticia periodística o la novedad editorial. Pero, cualesquiera que fuesen los temas cuya consulta llevaba a todos a pedir audiencia —un ligero toque con los nudillos, a la puerta, y un inolvidable, sonoro, metálico “¡adelante!” —y viniese o no a cuento, pocos escapaban a esta clásica cuanto paternal e inevitable orden: “¡Híncate, que voy a confesarte!”

Era la orden tan natural y tan obedecida, tan gustosamente obedecida y, además, tan agradecida después, como aquella otra que pronunciaba el Padre cuando el automóvil tomaba rumbo por la carretera: “¡Tres Aves Marías y... pícale que se nos hace tarde!” Y, antes de que fueran por la primera Santa María, el guayín o el “Mercedes”, ya iba más arriba de los cien. Don Ramón no tuvo nunca virtudes de tortuga.

Estas excursiones espartanas de los primeros años, al parecer sin objetivos precisos, eran todo un método de educación. La orden era salir a Acapulco y, de pronto, se paraba en Cuernavaca; o bien, “vamos a comer a Puebla y por la tarde estamos de regreso” y tres días después aún recorríamos Veracruz o estábamos almorzando en “Fortín de las Flores” o en el mercado de Córdoba, para acudir, al siguiente, a una huelga a Saltillo, o a una Conferencia a Monterrey.

Don Ramón colocaba a su equipo en los más distintos “centros de interés” y en el seno mismo de conflictos y problemas —¡que en

todas partes tenía el Padre tareas que realizar, órdenes que cumplir!— Y enseñaba a observar, juzgar y actuar. Ora llevando de la mano, ora abandonando a las propias fuerzas, no sin antes convencernos de nuestra capacidad para triunfar. No sé de otro modo más eficaz de formación del criterio y la conciencia para los problemas sociales, sean morales o políticos, sindicales o universitarios. . . . En todos nos colocó don Ramón, de modo tal que pudiéramos intervenir y dar testimonio de nuestro pensamiento en los más diversos cenáculos y asambleas. Hoy, después de treinta años, todavía solemos ocupar muchas tribunas en el país.

Pero nos enseñaba también a estar sobre la fatalidad. Como aquella vez que, camino a Monterrey, el coche manejado por Antonio Alvarez Urquiza se estrelló contra un árbol, a la entrada de Montemorelos. Don Ramón, que venía atrás, en otro coche, encontró a Gustavo Ramírez destrozado y a los demás con la natural angustia y desconcierto. En unos cuantos minutos bendijo, absolvió, recogió heridos, los mandó a Monterrey y . . .

— . . . ¡En marcha, hijos! . . . ¡Al volante, Toño, que aquí no ha pasado nada! . . . Nuestras tres Aves Marías, con mucho fervor y . . . ¡aprisa, Toño, que quedan cien kilómetros por delante y tenemos que alcanzar la ambulancia antes de que llegue al Mugerza! . . . “Dios te salve, María . . .”

Estos viajes nos dejaron, además, experiencias y conocimientos inalcanzables de otro modo: el conocimiento de la geografía física y de la geografía humana, indispensables para quien quiere hacer geografía espiritual y emprender campañas nacionales. Con esa experiencia, una gran riqueza íbamos atesorando: la de los lazos de afecto que anudamos, y no son los menores los de tantas familias que nos dieron posada, que nos sentaron a su mesa, que abrieron para agasajarnos los roperos de su mantelería y el arca de sus afectos, a través de los cuales nos hacían paladear el vino añejo del alma de nuestra provincia.

Una grata costumbre, íntima, inolvidable, nos quedó de esas andanzas: el Rosario en comunidad, la larga y disciplinada oración que, lo sé muy bien, rezan aún los unécicos y les aleja de muchas solicitudes, cuando van en campaña.

VII

UNIVERSIDAD 1931

La Huelga de 1929 aún no había rendido sus frutos. Los líderes paladeaban su gloria y, tal vez sin calar sus consecuencias, la entregaban a las maniobras iniciales del lombardismo, operante a través del flamante Consejo Universitario, de las Sociedades de Alumnos, de la Federación Estudiantil y de la Confederación Nacional de Estudiantes, la máxima corporación estudiantil, eficaz siempre y siempre seguida por los estudiantes de todo el país.

La Universidad de Justo Sierra seguía siendo napoleónica dependencia del Estado. A pesar de los anteriores esfuerzos de los fundadores de la Escuela de Altos Estudios, de las cátedras luminosas de Vasconcelos y de Caso, y del interno anhelo filosófico, la Universidad persistía oficialmente en dar con la puerta en las narices a la Filosofía y en conformarse con su condición burocrática que la sometía a las fluctuaciones caprichosas de los maestrescuelas de las oligarquías reinantes.

Quizá por esto mismo, la Universidad era una institución metida hacia adentro y, por tanto, todo su poderío espiritual se desenvolvía en su seno, con fuerza centrípeta tal que más que nunca imponía un fuerte e inconfundible carácter a los universitarios.

El estudiante iba a la Universidad más que a estudiar: iba a vivir, a vivirla, con pasión y devoción. Esto hacía que, pues la Universidad era estatal —la generación del 29 también era estatal—, lo burocrático resultara uno de los caracteres universitarios; pero rebasaba este rasgo, frecuentemente. Y como, por otra parte, la Universidad no era académica sino política, de ello tomaba el estudiante sus preocupaciones y orientaciones. Formación técnica, dotación intelectual, dirección social,

filiación política, todo se aprendía de la Universidad y en ella se vivía. Con una inmensa gama de criterios, es cierto; pero todos con el mismo signo del alma mater, la misma substantiva dirección y el mismo entusiasmo social que tanto enaltece a aquella generación.

Pero muy poco más allá de las puertas de la Universidad llegaba su ímpetu: la Universidad estaba cerrada a las angustias de México y las inquietudes de los universitarios se desenvolvían y agotaban en sentimentalismos.

Los grandes movimientos político-universitarios del mundo eran conocidos en la Universidad. La Universidad Popular Española y las tesis del Ateneo de Madrid, principalmente, eran digeridas por los universitarios mexicanos; pero sólo en lo que aquéllas tenían de políticas y más concretamente, en lo que tenían de negación, de "rebel-día" —se decía entonces— contra un orden político y social establecido.

Todo esto, por supuesto, llegaba aquí por los cauces de la izquierda, aquella izquierda a la vez positivista y romántica, juvenil y bárbara, anticristiana y generosa que los Gobiernos mismos tutelaban y que, despojada de todo prestigio por los "idiotas útiles" comunistoides, ha llegado a convertirse en el Gobierno de "la izquierda dentro de la constitución".

Por entonces seguía siendo objeto común de preocupaciones e inquietudes la ocupación de Nicaragua por los marinos yanquis... y otras invasiones. Y este tema era explotado con inteligencia por la izquierda, a través de la Liga Antimperialista Mexicana. Como era explotada toda tendencia o todo matiz antimperialista. Era la nuestra, aquélla, una juventud antimperialista. "¡Muera el imperialismo!" gritaba la sección comunista del Socorro Rojo Internacional y "¡Muera el imperialismo!" teníamos que gritar todos.

Otros temas catalizaban también las inquietudes del tiempo. Uno era el sentido popular de la Revolución, al que "era preciso identificar con el sentido popular de la Universidad". No un programa —inexistente— sino un difuso pero ardiente sentimiento sacudía el espíritu de los estratos superiores de la masa estudiantil; un sentimiento

ya matizado por tópicos marxistas, frases de moda que cristalizaban en largas discusiones bizantinas sobre un indigenismo cojitranco, extasiado ante las ruinas y las tumbas, pero que sacó del olvido las plásticas bellezas del arte p^recortesino. Vasconcelos había sido uno de los creadores de esta mística. Como lo fue —secundado por Pereyra— de la otra que saturaba la oratoria estudiantil: el iberoamericanismo que, en el Congreso Bolivariano celebrado en México por aquella época, se desfiguró con “pastiches” de un vago internacionalismo político inspirado en una vergonzante Internacional; iberoamericanismo que no alcanzó la expresión cultural, fragante y juvenil que esperábamos y se quedó en el “indoamericanismo” de nuestro malinchista comunismo criollo, que en nuestros días ha quedado en fide-cárdeno-marxismo.

La vinculación formalista y sentimental de la Universidad “con el pueblo y la Revolución” tuvo un instrumento simpático y generoso en una institución de época: la UEPOC. Estas siglas fueron por algunos años emblema de muchachos idealistas y su sentido está claramente expresado en el nombre: Unión de Estudiantes Pro Obrero y Campesino. La UEPOC fue fundada por Roberto Atwood, comunista y con el apoyo de este grupo. Pero había en su seno otras tendencias: la liberal estaba encabezada por un estudiante de nombre Benito Juárez; y Alberto de la Rosa y Manuel Cantú Méndez, francotiradores por entonces, representaban el pensamiento católico. Atwood fue el primer Presidente; el segundo de la Rosa, sorpresivamente, y el tercero, Cantú Méndez, a pesar de los esfuerzos comunistas en contrario.

Otro denominador común tenía aquella generación y aquella Universidad: el anticlericalismo y, en mucho, la irreligiosidad. Dirigentes estudiantiles y profesoriales coincidían en estos signos negativos. Se identificaban con ellos, como estaban identificados entre sí los dirigentes de los diversos grupos estudiantiles en el ejercicio de un unificado monopolio de la “opinión estudiantil”.

No había, por su puesto, en esta actitud antirreligiosa o simplemente anticlerical, ninguna nota positiva. Más bien un temor vergonzante, ese miedo tradicional y pueril que tienen los ateos a que Dios se les aparezca en persona; miedo encorajinado de los jacobinos

a que resulte verdad lo que presienten. Porque, incluso, ya habían abandonando el barco del positivismo que hacía agua, pero que antes había torpedeado los valores espirituales, encarnizándose contra los sagrados; ya habían salido de aquel punto muerto y, por ventura, marchaban con la frente alta por la vía luminosa de un intuicionismo que Bergson había enseñado a la Generación del 15. Pero entonces todavía se combatía, como reaccionario, el dogma cristiano, sin conocerlo, queriendo suplantarlos con otros dogmas, éste o aquél, no importaba cuál, si era de moda: el acuñado por la Zárrega, o por Ingenieros, o por Morones, o por Puig Cassauranc. La razón de ello era una razón de Estado, que era la razón de la Universidad. Aun cuando ya habían militado en el Vasconcelismo, muchos dirigentes de jóvenes aún no entendían el Vasconcelismo.

Por fortuna para quienes daban el tono al ambiente, no había en la Universidad quienes dieran ilustrado y moderno testimonio intelectual de la Fe Católica —sí muchos que lo daban moral y heroicamente—. Hacía largo tiempo que las tesis católicas estaban desterradas de casi todas las cátedras. Ni como mera curiosidad intelectual, ni como valores histórico-culturales se recordaban.

Y, en cuanto a los muchachos católicos, estaban simplemente ausentes de la vida universitaria. Bastaba, por otra parte, que su filiación religiosa fuera conocida, para que automáticamente quedaran excluidos de la vida corporativa estudiantil. Pero no sabemos que, por entonces, haya habido algún intento serio y orgánico de los católicos para participar en aquélla. No era fácil, en verdad. Quienes hubieran sido capaces de actuar en los claustros universitarios, vivían bajo el peso amargo y frío de nuestra frustración de 1929.

Claro está que la aparición de una opinión católica, denodada y realista, agresiva y moderna, que venía, desde luego, a dejar testimonio público de su religión y de la estirpe católica de su cultura, ardió como una ofensa personal a quienes ejercían el monopolio de la opinión. Ya no podrían seguir impunes, pues calculaban —calculaban bien— que una presencia orgánica, independiente, de base católica y con estilo netamente universitario, era el único peligro para la personal tranquilidad y el arrogante monopolio sostenido por la selecta o simplemente audaz minoría de liberales, jacobinillos y socializantes que usufructuaban la organización estudiantil.

Por aquel entonces había en la Prepa un grupo majadero y alegre que se llamaba la "Jija", saturado de literatura rusa y de versos de Verona. Era éste casi un santo y seña (¿"Quién eres tú?" —solía preguntar como un fiel Cancerbero, el Negro Dorantes— ... "Yo soy un caminante— que viene de un reino de muertos... — ... ¡Camina, esqueleto, camino, — la vida comienza mañana...!"!). Y no menos majadero y alegre era el otro de la "Santa Cofradía de los Buzos Diamantinos" a la que Renato dio bandera lírica, con aquello de: "Una nítida noche —en que la pedrería sideral deslumbra, — los buzos diamantinos — en santa cofradía — descendimos al mar... Lunarios opalinos, — academia rutilante — de nácar y coral... — dialéctica sucinta — de un sobrio calamar..."

La "Jija" tenía sus problemas —cuenta Pepe Cardona, ("el hombre de la capa y el chambergo")—: problemas de gente hambrienta que se veía obligada a asaltar los cafés de chinos... (¡aquí andaba el Chato de la Rosa, el respetable Padre de la Compañía de Jesús muerto el 8 de Octubre de 1962, cuando dirigía con singular acierto la acción estudiantil católica en la Escuela Normal Superior de México!).

Parece que estas huestes móviles "de dialéctica sucinta" fueron las primeras en entrar en contacto, por "descubrimiento", con las nuevas formaciones católicas. En Leandro Valle 8 tenían su sede los Centros *Bíos* y *Lex*, donde el Padre Portas dictaba algunas conferencias sobre Derecho Natural y el Padre Lanteri, algunas sobre Deontología médica. La entrada era libre y no había ninguna dificultad de conocer el sentido de aquellos Centros que, por lo demás, querían ser conocidos. Allí la "Jija" oyó, además, hablar de la UNEC.

Sin embargo, el informe que de ello dieron a los líderes, no tuvo ninguna importancia para éstos. Mas el asunto adquirió caracteres de alarma cuando una tarde apareció por la "Jija" el Gordo Islas, demacrado. ¿Tifoidea?, ¿malaria?... ¿"males opalinos"?... No. "Vengo de unos ejercicios espirituales", contestó. Luis se había convertido a la Fe Católica saliendo de las filas comunistas. Su confesor y padrino: el Padre Martínez Silva.

Aquello sí fue importante ya. Fue para los comunistas una traición; para los dirigentes de la opinión estudiantil, una clara señal de reto. Y se enojaron.

Aquello fue, sin embargo, sólo el principio.

Las acciones multiplicadas, repetidas día a día aquellos años, deben ser recogidas en una historia posterior de la UNEC; están escritas en la biografía espiritual de muchos universitarios; se hallan señaladas y comentadas en muchas columnas periodísticas de la época. Recogemos aquí sólo algunas hazañas que ni en unas simples "Memorias" como éstas pueden quedar olvidadas.

* * *

Subido en el pedestal de la estatua del Moisés (copia del Miguel Angel, dos metros y medio de altura), el chaparro Rivas Cid clamaba: —¡Me siento inmenso! . . .

Pancho López Manjarrés hablaba de la "pálida juventud soviética", y Enrique Ramírez y Ramírez arengaba en su espesa y mordiente media lengua.

Esto sucedía en el patio central de la Escuela de Artes Plásticas —San Carlos— el "Día Panamericano" de aquel abril de 1932. El "inmenso" Rivas Cid y los demás celebraban un mitin de la Liga Anti-imperialista, preparando uno de mayor envergadura en el "Generalito" de la Prepa, donde pontificarían los maestros marxistas Ramos Pedruza y González Aparicio. En Artes Plásticas tenía la Liga una ancha base para sus operaciones de agitación.

Con "porras" recibió la Prepa a los dirigentes izquierdistas, a cuyo frente iba, entre otros, el Chino Hernández Díaz, líder de Artes Plásticas. Reventaba el "Generalito" en muchachada y en bríos inteligentemente polarizados hacia el "¡Manos fuera de . . ." ¡Nicaragua, China, Cuba! . . ., prevaliéndose de la noble, insatisfecha e inilustrada generosidad juvenil.

En medio del hervor estudiantil, clamando también contra el imperialismo, formaban grupo alerta Julio Chávez Montes, Toral Moreno, Alberto de la Rosa, Luis de Garay, Islas García, Lorenzo Alvarado y otros.

Penetraron los maestros entre aplausos frenéticos que se iniciaron desde que aquéllos bajaron del auto último modelo. Hablaron ya en medio de un silencio sagrado, con la soltura y el cinismo habituales en quienes saben que tienen el auditorio en el bolsillo.

Y, de pronto, cuando González Aparicio, modelando el traje inglés, con un tímido ademán que quiso ser de puño cerrado, tiraba alfilerazos contra el capitalismo y repetía los lugares comunes contra el clero y la burguesía, sonó como clarín, el grito:

—¡Te compro el automóvil, proletario!...

Y hubo, por momento, desconcierto, algún gesto o grito de indignación; pero, sobre todo y en aumento, interés por lo que era, a la vista de todos, un reto. Lo era; pero el maestro marxista continuó su arenga, perdiendo terreno en su auditorio, a pesar de que redobló sus ataques a "la reacción". Los muchachos se arremolinaban, sin el menor respeto a aquél, para recoger y leer los volantes que, con toda altanería, repartían Julio y los demás inodados en la maniobra de sabotaje. Porque claro que de esto se trataba. Y el ensayo tuvo éxito. La arenga perdió vigor y el presidium, como mal pudo, apresuró el fin del mitin.

Y no hay uno sólo de aquellos muchachos que asistieron con afán sincero aunque equivocado a la asamblea popular, que de un modo u otro no recuerde aún el reto inesperado de Islas, que era apenas la punta de lanza del pensamiento católico. Por asalto, éste recobraría su puesto en el ánimo estudiantil y en los debates de las grandes cuestiones. La hojita lanzada en el "Generalito" no se parecía a las reaccionarias que, de cuando en cuando, distribuían suprepticamente los católicos. Aquella novedosa hojita era una convocatoria a la lucha anti-imperialista, a título de causa justa, conforme a los principios del Derecho Internacional; era la vindicación de éste y de su egregio origen salmantino y vitoriano; y era una denuncia de la farsa que allí representaban teatralmente los agentes comunistoides.

Pero, qué, ¿el pensamiento católico está interesado en cuestiones internacionales?... ¿Puede, siquiera, establecer un juicio sobre los conflictos de naciones?... ¿Los católicos pueden ser antimperialistas?... En este plano se desenvolvían las interrogantes de los muchachos que de buena fe venían dando su contingente a las maniobras de las Ligas comunistas. Y, para muchos, la respuesta que en aquel volante —y en aquella actitud de reto— encontraron fue luz, camino y, lo que es más, Fe.

Fe reencendida por aquel gesto llevó al día siguiente al Chino Hernández Díaz a las puertas de Cuba 88. Ese día quedó inscrito en las filas de la UNEC. Después de él lo mejor de su grupo de Artes Plásticas formaría en nuestros cuadros para convertirse en uno de los equipos móviles más capaces para la lucha anticomunista.

Aquel día escribió "Proa", en su "Índice" la siguiente croniquilla que resume nuestra actitud católica en la Universidad de aquella época:

—"Nuestra esperanza crece al ver que el sentimiento unánime del estudiante es antimperialista. Las banderas levantadas con motivo de ese día de ignominia que se llamó "Día Panamericano", fueron bajadas de la Universidad por los alumnos. Y, al tiempo que las banderas se doblaban, crecía la dignidad universitaria" (12).

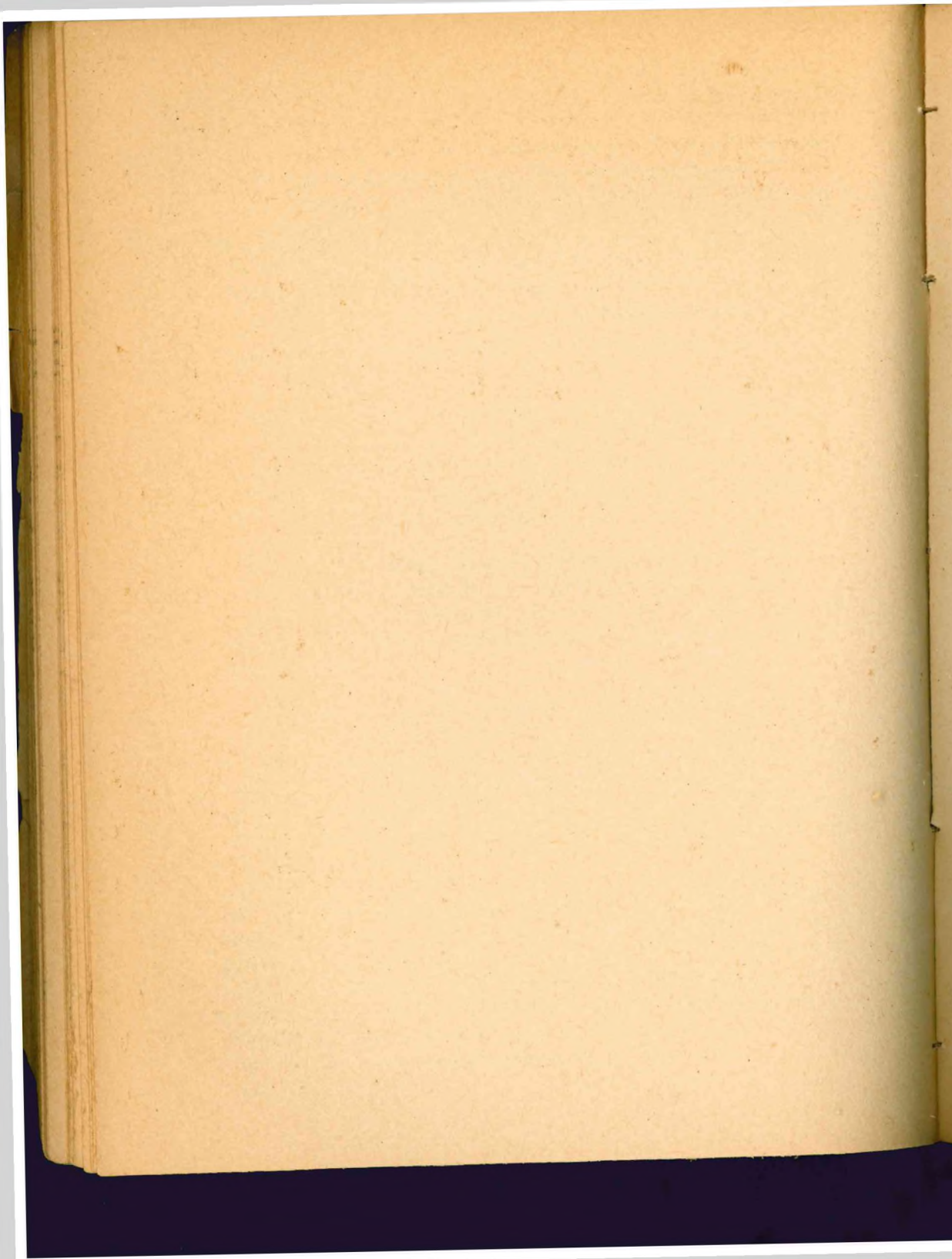
No fue el único asalto. Se repitió innumerables veces. Puede decirse que cada mitin estudiantil o, mejor, cada maniobra de masas que Lombardo o los suyos organizaban con células estudiantiles, era una ocasión para la presencia y testimonio católico. Un equipo, un grupo pequeño era suficiente.

Los mitines de masas se centraban entonces en cuestiones capitales: la orientación de la Universidad hacia el marxismo, la coeducación, la educación sexual, temas muy queridos por Lombardo. Sobre él llovía como confetti nuestra propaganda —la hoja, el grito, la porra, el mural, el disparo de la pregunta al orador...—. Ya no podría en adelante contar con el respetuoso silencio de otros tiempos que mucho tenía de cobardía.

El "Manifiesto" que el Comité Ejecutivo Nacional de la UNEC lanzó el 23 de mayo de 1932, apenas un mes después del mitin en el "Generalito", Día del Estudiante y aniversario de la Huelga del 29, fue como la oficialización de la presencia de una fuerza nueva en la Universidad, que venía a defender la Autonomía amenazada, "en peligro constante, combatida por intereses creados (ofensiva que tiene una de sus más claras manifestaciones en la sorprendente rebaja del subsidio...): esa Autonomía... que debemos defender a toda costa

porque garantiza cierta independencia de criterio indispensable para todo organismo que aspira a ser, no el portavoz de las opiniones de un partido, sino el eje de orientación espiritual de la Nación. . .”

En aquella fecha, la proclama firmada por la UNEC, impresa en un mural de 50 x 80, en llameante tinta roja, pudo leerse en las esquinas de las calles del primer cuadro de la ciudad, y especialmente, en la vieja zona universitaria.



VIII

INTEGRACION

Estupor fue lo primero que en los muchachos católicos de provincia provocaron las reuniones de diciembre de 1931. En algunos porque les parecía increíble que el pensamiento católico hubiera alcanzado el desarrollo y la amplitud de horizontes que vimos desplegarse en aquellas Jornadas, insospechados dentro de las indigentes fronteras culturales de la anticuada Universidad provinciana que vivíamos. En otros porque, llevando clavado desde antes el anhelo vital que movió las Convenciones, no pensaban encontrar, como encontraron, la formulación de sus propias inquietudes que ellos mismos no habían sabido formular anticipadamente. En otros más porque les sorprendió la audacia intelectual del grupo del Padre Martínez Silva y la extraordinaria dotación cultural de algunos jóvenes de provincia. En todos porque, ante nuestros sentidos y a medida que el trabajo avanzaba y se anudaban los sólidos lazos espirituales y personales que aún perduran, iba desenvolviéndose el pensamiento y concretándose la aplicación de la doctrina hasta las más humildes situaciones, tan habituales que pasaban ya inadvertidas o desenfocadas y que, de pronto, a la nueva luz de la nueva y radical posición doctrinaria y espiritual, readquirían realidad y medida.

Así llegamos a una ardiente convicción, desenvuelta en dos direcciones. La primera, interior: el inmenso valor de nuestra Fe y el prodigioso desarrollo del Catolicismo, no sólo en la estructura substancial de la dogmática, sino también en la concepción de la vida y del mundo; su inconfundible estirpe intelectual y su valor en la cultura universal. Derivados de esto, el deber y el derecho de la juventud católica de pensar por sí misma y por sí misma afrontar sus responsabilidades.

Y la otra dirección: el sentido de proyección histórica del Catolicismo. El Catolicismo y el católico como protagonistas insubstituíbles

en el mundo, como fuerzas insospechadas —muchas veces desaprovechadas o frustradas— en el desenvolvimiento social, con un imperativo riguroso y un derecho inalienable. Y, consecuentemente, el Catolicismo y el católico como protagonistas y corresponsables de la Historia y del destino de México.

Muchos encontramos allí la solución del aparente dilema que se nos había planteado: o Catolicismo o Revolución, que siguen planteando los más tenaces e ilustres reaccionarios. La respuesta, en las Convenciones del 31, fue: Catolicismo y Revolución. Porque el católico no sólo tiene el derecho de ser portavoz de los anhelos de justicia del movimiento popular, social, económico y político que engendró el estallido de 1910, sino que tiene el deber de rescatar los valores indiscutibles que hay en ese movimiento y hacerlos valer en la vida pública.

Naturalmente estas ardientes convicciones —la del valor eterno y actuante del Catolicismo y la de nuestra propia e insustituible actualidad, "terrible y gloriosa", como decíamos con Spengler—, crearon en nuestra comunidad estudiantil un clima de extraordinaria alegría, la alegría del propio encuentro, de la propia y clara identidad. ¿Qué liberación no la ofrece como un gajo de gloria?...

Claro que lo alegre no se lleva con lo solemne, que es simulación fraudulenta de grandeza; y como, además, la alegría no nace de las cosquillas de un incidente, sino del goce estremecido del alma, la alegría tampoco se lleva con lo inferior, lo mediocre, lo parcelario. La alegría empuja a lo grande.

No había en esto desprecio a la naturaleza mínima, a la pequeñez, ni siquiera a lo provisional y accesorio. Por el contrario, para esto había un mejor aprecio, puesto que el gozo es un poder que descubre en lo humilde e inferior sus mejores fulgores y valores y los inserta en una economía de felicidad.

Por esto mismo, en nuestra comunidad no cabía tampoco lo sentimental. El "no te pongas solemne", "no te pongas sentimental", nos tumbó de la silla o de la tribuna a muchos y a los más nos salvó de sombras y de frustraciones.

* * *

El clima de la Universidad Michoacana a la que pertencí era antimetafísico y antirreligioso por esencia. Allí hasta las conclusiones de las ciencias fácticas estaban sometidas a motivaciones histórico-políticas del tiempo en que se forjó el espíritu nicolaita: formas muy siglo XIX aunque ribeteadas de marxismos que son refugio obligado de la inquietud juvenil de quienes allí no quieren ser arqueología espiritual. Y tal vez las tesis marxistas que algunas veces se han sostenido allí —con Natalio Vázquez, por ejemplo, cuando fue Rector— sean lo único positivo, auténtico y congruente con la posición de algunos de los pocos doctrinarios (13). Porque no son ni auténticas ni congruentes las declamaciones de una deformada tradición que, o es católica, apostólica y romana, lisa y llanamente, o, si quiere dar la espalda a lo mejor de la tradición, es liberal y jacobina. La demás no es tradición; es traición al espíritu.

Los adolescentes que ingresan católicos, dejan en la Universidad, en jirones, lo único que llevan: su Fe y su buena fe, su pudor social y su honradez intelectual. Una a una sus defensas adolescentes van cayendo. Lo que en esa edad más defiende y educa, que es el buen ejemplo y la sanción social, se hace polvo allí: el espíritu tribal, la ardiente obsesión antimoreliana —que es toda una psicología de la impotencia, germinada en la mediocridad rural—, rompe todos los diques. El nicolaita hace alarde y tiene como galardón el hacer burla de las costumbres de la ciudad, llenar de cieno sus tradiciones y su constitución moral —todas esas formas que constituyen la “elemental técnica de vivir con gracia” y a las que se acogen, sin vergüenza, después de combatirlas, no pocos de los profesionales que van saliendo de la Universidad—. Y este ejemplo es el ejemplo propuesto al muchacho que empieza a vivir.

Así andábamos algunos venidos del seno de familias católicas. No diré que en crisis de Fe, pero sí, por lo menos, en angustioso azoro ante la vida. Y pudimos escapar a la hecatombe del mundo espiritual debido sólo a que, como a pocos, entre muchos, Dios nos había dado oportunidades inmensas de abastecimiento. Teníamos algo que valía una fortuna: una mística forjada en las trincheras. Habíamos vivido de muy cerca o de muy lejos, pero con intensidad de vida y con

claridad de madurez apresurada, la lucha Cristera. Y no era fácil acabar con esta mística.

La empresa de organización estudiantil se emprendió sin tardanza en Morelia, cuyo contacto fue establecido por Jesús Pérez Sandi y Luis Hinojosa González, con Miguel Estrada Iturbide, prócer alumno de la Escuela Libre de Michoacán y fundador y Presidente de la UNEC. Y, habida cuenta de que los miembros de ésta eran alumnos de aquélla —con excepción de Luis Ramos y Luis Calderón Vega, nicolaitas—, la tarea consistía en crear en los muchachos de la Libre el estilo bronco, realista y dinámico de la UNEC. No era fácil tarea, pues, aunque la Escuela tenía abiertas las puertas a la inquietud social e intelectual, era preciso evitar que los muchachos de las generaciones más jóvenes se dejaran ganar por el riesgo que ya había hecho muchas victorias: el aburguesamiento. Por fortuna, el Padre Francisco Avela, cerebro de la Escuela, comprendía que la UNEC era necesaria y, por entonces, dio su apoyo a nuestros trabajos. Fruto de esta comprensión fue, poco después, una de las jornadas que más resonancia y proyecciones tuvieron en la ciudad y en el Estado y que era resultado tanto del espíritu de la Escuela como de la dinámica de la UNEC: un ciclo de conferencias públicas sobre "El Problema Social" (1934), en las que no faltó el grupo de la Universidad ya Socialista de San Nicolás, con intenciones de torpedearlas y cuyas maniobras tuvieron principio de polémica y dieron calor y trascendencia a las conferencias. Estas fueron sustentadas, en su orden, por Luis Calderón Vega —"Planteamiento de la Cuestión Social"—, Pedro Sánchez Catillo (q.e.p.d.) —"La Tesis Liberal"—, Gonzalo Chapela y Blanco —"La Tesis Socialista"—, Francisco José Chávez —"La Tesis Católica"— y Miguel Estrada Iturbide —"Síntesis y Conclusiones"—.

En cuanto a la Universidad, la UNEC se hizo presente antes y después de las Convenciones del 31 por medio de "Proa" y "Proa" siguió apareciendo y leyéndose en cátedras y corrillos estudiantiles, con sorpresa y no sin escándalo de algunos jacobinillos, profesores y estudiantes, a quienes personalmente les entregaba el periódico Calderón Vega. La camaradería y amistad de varios socialistas no fueron suficientes para impedir que éste tuviera que salir de la Universidad, por presiones de muy distintos órdenes, que hacían inútil la dura per-

manencia allí. Pero la simiente quedó echada y otros grupos vendrían a repetir esfuerzos más fecundos.

Como en Morelia, en muchas otras ciudades prendió el fuego de la UNEC.

Guadalajara, en primer lugar; pero dejemos por ahora a Guadalajara para dedicarle algunas líneas merecidas, en capítulo especial.

Mérida, representada en las Convenciones por Rafael Regil y Francisco y Joaquín Casasús, no pudo consolidar su grupo sino hasta los últimos años de la UNEC; pero se mantuvo allí el contacto con francotiradores meritísimos.

Puebla, que tenía un magnífico Centro de Estudiantes ("Scientia"), dirigido por los Padres Stens, Cordero, de la Peza y Sáens, sucesivamente, nunca integró formalmente el Comité Regional de la UNEC, aunque ésta contó siempre con la colaboración de aquel Centro y muy especialmente con sus miembros Macotela, Sidaoui y José Antonio Pérez Rivero. Para acciones y movimientos de mayor penetración en la clase popular estudiantil, la UNEC tenía la colaboración muy leal y entusiasta de otros camaradas, como Manuel Cubas y quienes éste nos recuerda, Rafael Sánchez, Manuel Gil Barbosa, Antonio Barranco, J. Oscar Cuéllar y Carlos Urdanivia.

De Oaxaca recuerdo por ese tiempo a Moisés López, quien ya debe restituirse a su lugar y a su origen espirituales.

Monterrey fue siempre ejemplo. De la vieja y venerada Iglesia de Nuestra Señora de El Roble salió el primer grupo UNEC. Allí funcionaba el Círculo de Estudiantes "Federico Ozanam", al lado de las Congregaciones y bajo la dirección del santo Padre Hinojosa y, posteriormente, del Padre Pablo Cervantes.

A este Círculo llegaron las Convocatorias del 31 y se preparó la Delegación a ellas. En el primer grupo UNEC encontramos, además de los citados en capítulos atrás, a Juventino Villarreal, Leonardo González Lozano, cuyos hermanos Roberto y Albino pertenecerían a grupo posterior; los hermanos Oscar y Lorenzo Morales, Antonio Aguirre, Martín Martínez (hoy jesuita), Rubén Castillo, Pedro Martínez

Torres, todos los cuales habrían de mantener allá los cuadros de la UNEC y apoyar, hasta su desaparición en 1945, los trabajos de las generaciones que les siguieron.

De Torreón, cuyos últimos grupos fueron decisivos para la historia del movimiento estudiantil católico, no recuerdo de la primera época sino a Alejandro Zarzar. De Jalapa, sólo a quien fue nuestro dignísimo enlace con la muchachada: el Padre Abascal, hoy Obispo Coadjutor de Puebla. Y, de Orizaba, ¿cómo no citar, por aquellos años, al siempre optimista camarada Gustavo Llorens, al "panzón" Etcharri y a Pancho Liguori y Jaime Aínés (hoy Sacerdote), reunidos y organizados por el Padre Carlitos Heredia?...

Durango tuvo entre sus dirigentes a J. Trinidad Peña Vicario y a Cipriano Chaires, éste último fiel hasta ahora. Con ellos, al malogrado y buenísimo Padre Luis Cortina.

León y Querétaro fueron singular caso de constancia en la adhesión y colaboración a la UNEC. Desde luego, en cada una de estas católicas ciudades, encontramos al Asesor adecuado: al señor Luis Cabrera, en León, y al señor Salvador Cabrera, en Querétaro; éste Canónigo de su Catedral y aquél, Obispo de San Luis Potosí, en la actualidad. Por ser quienes eran pudieron contar con equipos recios y siempre renovados (14).

Aguascalientes también mantuvo uno de los mejores Comités Regionales. URECA se llamaba: Unión Regional de Estudiantes Católicos Aguascalentenses. Fueron de México a fundarla, en 1933, Luis Islas y Manuel Cantú (15).

Al Círculo Juvenil de Chihuahua, fundado por el Padre Vértiz en los primeros años treinta, se debe, en gran parte, el éxito de la UNEC en aquella ciudad. Círculo deportivo y, por lo mismo, con cierto espíritu de desenfado, pero realista, sus adherentes hacían las cosas más grandes sin la menor solemnidad y con la mayor despreocupación.

Miembros de este Círculo iniciaron la lucha contra la "escuela socialista" y, aún antes de formalizar su incorporación a la UNEC, se sentían a ésta vinculados y, apoyados moralmente por ella en sus trabajos. Entre sus campañas más brillantes ellos recuerdan una jira anti-

comunista que realizaron por todo el Estado y en la que tomaron parte Edmundo Meouche, Francisco García y Humberto Reinal, entre otros, con el Padre Emiliano Soria a la cabeza (16).

De nuestro grupo en Chihuahua fueron Asistentes los Padres Grijalva, Martínez Cabrera y Francisco Espino, hoy dignísimo Prelado éste, y la UNEC siempre tuvo el apoyo de los Excelentísimos señores Guízar y Valencia y González Valencia, Obispo de Chihuahua y Arzobispo de Durango, respectivamente.

Entre los grupos que surgieron inmediatamente después de las Convenciones del 31, mencionaremos a Zacatecas. Jenaro Borrego, Eugenio del Hoyo, José y Juan Manuel Alvarez y Daniel Kuri Breña formaban con otros estudiantes en las filas de la A.C.J.M., y se reunían a estudiar sus problemas en el Sagrario o en Santo Domingo. Allí recibieron "Proa" y "Proa" les incitó a organizar la UNEC. A tiempo ciertamente de parar una maniobra de Minero Roque y el Güero Rubio para convertir el Instituto en Socialista. Daniel Kuri ocupó la Presidencia de la Federación de Estudiantes de Zacatecas. Como tal asistió al Congreso Nacional de la Confederación de Estudiantes, en Toluca, donde planeó con los líderes nacionales un ciclo de conferencias y de "extensión social" en Zacatecas.

Como aún se padecía la inculca persecución callista, los estudiantes de la Federación hacían los volantes y citatorios en una pequeña imprenta y los repartían al amanecer, clavándolos en los nopales, a la salida de las minas, de donde los recogían los barreteros y los hacían circular en el interior de los tiros.

Era el tiempo de lucha por la Libertad de Cátedra y la Autonomía Universitaria y la Confederación Nacional de Estudiantes, con Alfonso Guerrero Briones, Benito Coquet, Pacheco Moreno y Chávez Camacho, "actuaba en grande". Y un domingo se convocó a un mitin popular, en la Plaza de Toros de San Pedro, para escuchar una conferencia de Benito Coquet. Cuauhtémoc Esparza (Gobernador suplente de Matías Ramos), lo impidió por la fuerza y sus soldados asesinaron al minero José López Acero. El pueblo entero, reunido para escuchar la conferencia, se trasladó a las oficinas telegráficas, con ánimo de denunciar el crimen al Gobierno Federal. Pero la tropa impi-

dió el paso a las oficinas y los líderes estudiantiles tuvieron que usar de toda su energía para salvar al pueblo de una nueva agresión. Y, para salvar sus propias vidas, hubieron de abandonar la ciudad. De la estación de Caldera, Coquet se dirigió al Presidente de la República denunciando el asesinato y atropellos cometidos por "el cafre chichimeca Cuauhtémoc Esparza".

Daniel Kuri Breña, con alma, indumentaria y altivez de auténtico refugiado, apareció una noche en Mérida 42, de la ciudad de México, residencia de los Delegados al I Congreso Nacional de la UNEC. El Congreso le tributó merecida ovación.

Lamentablemente este brote libertario y católico en Zacatecas no pudo formalizar un grupo, debido a la constante presión del caciquismo que ha sufrido aquel Estado y que se refleja en el ambiente universitario, a través de una dirección asustadiza y tímida, cuando no complaciente y servil, cómplice del Gobernante en turno. Empero, allí habrían de mantener muy en alto la integridad cultural y la dignidad personal gentes como Eugenio del Hoyo y Jenaro Borrego, por muchos años avanzada de la UNEC en tierras de López Velarde.

IX

RENOVACION UNIVERSITARIA

Bastaba que cualquier estudiante, aún aislado, entrase en contacto con la corriente UNEC para que advirtiera otras perspectivas en los problemas estudiantiles. Quien antes pasaba indiferente a la vida corporativa de su Escuela o de su Universidad, ahora era miembro interesado en el movimiento de su central estudiantil, un universitario más universitario porque, reincorporado o iniciado en la corriente católica, se hacía mejor católico, en pensamiento y en conducta. Al ahondar el muchacho en el sentido e integridad de su doctrina, sentía la necesidad de realizarla en su propio vivir y en su propio ambiente.

Por otra parte, la UNEC era una obra de formación y no de *deformación*. No podía mutilar la educación cristiana —que es integral o no es formación— de los muchachos que se acogían a sus enseñanzas y que, con frecuencia, estaban ya iniciados —por vocación o por necesidad— en la lucha universitaria. La UNEC no tenía derecho a obligarles a ser neutros en su vida universitaria, a dejar en la puerta de Cuba 88 su calidad de miembros vivos de su comunidad estudiantil. Formarles consistía precisamente en darles la necesaria preparación para que ellos, solos, con responsabilidad clara y personalísima, resolvieran los problemas de su vida, en el lugar y la hora que a cada uno se le presentaran. La solución era de ellos, no de la UNEC. La responsabilidad era personal, no corporativa. Su Corporación sólo respondía —respondió— de su dirección y sentido, de su espíritu.

Difícil sería seguir, así fuera esquemáticamente, la historia que los muchachos UNEC vivieron y escribieron dentro de la historia de las organizaciones estudiantiles. Sería tanto como seguir, paso a paso, la vida de nuestras Universidades, durante diez años y buscar, en ca-

da momento, el pulso, la tónica y la inspiración estudiantiles. Estas páginas no tienen tan grandes ambiciones. Pero sí debe tenerse presente que, cualesquiera que hayan sido los alcances de los movimientos estudiantiles de aquellos días, las gentes de la UNEC no cometieron el pecado público de quedar como espectadores de las luchas por su Universidad y por su Escuela; fueron peso decisivo en las deliberaciones estudiantiles, grano de mostaza enterrado en los surcos de la conciencia social de México de donde han nacido nuevas direcciones históricas.

Sin embargo, no podemos dejar de mencionar hechos en los que parece concretarse la misión histórica de la UNEC, cuyas consecuencias han sido llevadas muy lejos por la dinámica social y dicen a la UNEC que su misión fue cumplida y, a quienes la vivimos, que no en balde entregamos a ella lo mejor de nuestro afán.

De las muchas batallas inolvidables, quiero recordar la lucha y la derrota del lombardismo en la Universidad y la lucha contra la Escuela Socialista y el Estado comunizante, a lo largo del país.

En la Escuela Central de Artes Plásticas, la lucha de Lombardo contra los alumnos estaba entablada desde un año atrás... y Lombardo la había perdido ya.

Su primera derrota le fue inferida cuando los estudiantes impidieron la exposición de unos carteles rusos.

Artes Plásticas había sido considerada —lo hemos dicho— como una base de las operaciones izquierdistas. Era general, además, su desprestigio moral y su corrupción. Pero las cosas estaban cambiando y Lombardo no se daba cuenta de que perdía terreno bajo su silla de Director, en tanto que la masa estudiantil ganaba prestigio por su decidido empeño en hacer de su Escuela, no el refugio de bohemios dionisíacos que era, sino semillero de arte y Facultad Universitaria. A pesar de haber inscrito en ella a sus mejores agitadores —como Carlos Sánchez Cárdenas—, Lombardo no pudo dominar la muchachada. Perdida por éstos, sostuvieron en la Asamblea de Alumnos la tesis de la “representación proporcional” en la elección de Consejeros. Admitida la proposición, Hernández Díaz y Salvador

Moreno —aliado después al grupo chico-azuelista— planearon la conquista de las dos representaciones y Hernández Díaz ganó como candidato mayoritario y Moreno, minoritario.

Era activísimo e inteligente aquel grupo de muchachos, algunos de los cuales estaban ya en la UNEC y todos, estrechamente unidos en cuanto a los intereses de su Escuela se trataba. Figuraban en él, además de los citados en otro capítulo, Lorenzo Alvarado, Pedro Campos, Joaquín Arias, Trinidad Peña, Manuel Fuentes Verduzco, Alejandro Cruz González, Teófilo Nieto, Manuel Montiel Blancas, Alfredo Flores Saiffe, Tomás Montero Torres, Alejandro McKinney... Fue la época en que las muchachas reconquistaron también su respetada posición de mujeres y de compañeras, por obra de la Sección Femenina de la Sociedad de Alumnos, bajo el mando, la simpatía y la camaradería de Emma Donat y Ludivina González.

Plan maestro de aquella Sociedad del 32-33 era la comunicación constante de su Directiva con todos los estudiantes. De aquí que la gente de Artes Plásticas haya estado en contacto, desde luego, con la Confederación Nacional de Estudiantes (17) al rededor de la cual, el año de 1933, en célebre sesión del Consejo Universitario, se inició un movimiento que fue uno de los episodios más agudos y fecundos en la lucha nacional por la libertad de enseñanza que la UNEC y el país entero librarían victoriosamente.

"...La Confederación Nacional de Estudiantes —dice una crónica de la época— tenía sus oficinas en un salón de la Facultad de Derecho que dirigía y dirige el Lic. Rodolfo Brito Foucher. Por motivos que no son del caso recordar, el Licenciado Brito... ordenó a los directivos de la mencionada organización que abandonaran el local. La Academia aprobó y sostuvo la resolución del Director y los dirigentes de la Confederación, en respuesta, publicaron un pasquín injurioso para el Lic. Brito. El Rector Medellín se puso de parte de sus incondicionales amigos de la Confederación y los autorizó a desobedecer la orden del Director de Jurisprudencia... Los estudiantes de Derecho, por su parte, arrojaron fuera del salón los muebles de la Confederación...

“El Rector Medellín decidió plantear el problema ante el Consejo Universitario. . . . Los que asistimos a tal reunión (10 de octubre de 1933), nos dimos cuenta de que, a pesar de que se había anunciado la sesión como “secretá”, allí se encontraban estudiantes y consejeros de varias escuelas que, por confesión de algunos de ellos, iban “a servir en lo que se ofreciera” a los directivos de la Confederación. También pudimos darnos cuenta de que, a pesar de que ya estaban presentes casi todos los consejeros, la sesión no principiaba y varios de ellos comenzaron a ser llamados al despacho del Rector, en donde también se encontraba Lombardo Toledano. . . .

“La sesión se inició por fin, y el Secretario Jiménez Rueda leyó un larguísimo documento que firmaba el Rector y en el cual se atacaba duramente al Lic. Brito, pero no se proponía solución ninguna. . . .

“Cuando Jiménez Rueda terminó la lectura del documento, y después de leer, además, una adhesión previa de los Directores que anticipaban su juicio sin conocer las acusaciones, el Lic. Brito comenzó su discurso llamando al Rector a la cordura. . . ., pulverizando y ridiculizando los cargos del Rector. . . .; lo acusó de inepto, de ser instrumento de la camarilla de Lombardo Toledano, de ser empleado de una facción, de haber autorizado a los dirigentes de la Confederación para desobedecer sus órdenes y de traicionar a la Universidad, yendo a recibir consignas del Ministro Bassols, citando fecha, hora y testigo. Terminó el Lic. Brito proponiendo que, pues él mismo y el Rector habían sido acusados, que fueran consignados a la Comisión de Honor para que ésta rindiera su dictamen ante el Consejo. Cuando terminó de hablar el Lic. Brito, sólo seis personas, ante la expectación del Consejo, aplaudimos fuertemente, y de ellas una sola pertenecía al Consejo: Salvador Moreno, representante de Artes Plásticas.

“El Rector Medellín estuvo de acuerdo con la proposición del Lic. Brito; pero, con una incalificable falta de elemental decoro, sometió al Consejo su consignación y aceptó el fallo de la asamblea que —servil—, votó su inocencia.

“En seguida, Luis F. Martínez Mezquita y Perfecto Gutiérrez Zamora —dirigentes de hecho de la Confederación, aun cuando en ella no tenían ningún puesto ya— insistieron hasta el cansancio en los cargos que contra el Lic. Brito había enderezado el Rector y que el

acusado había deshecho. Pero el problema era serio para la aplanadora... (y) era menester que se oyera la voz del jefe, y entonces Lombardo Toledano... desvió la atención hacia el camino que hubiera sido más difícil y peligroso para un Consejo de gentes decentes: el de la orientación marxista de la Universidad..." (postulada por él poco antes en un Congreso de Universidades, como respuesta al "grito" de Calles en Guadalajara, declarando a la niñez y a la juventud propiedad del Estado).

"Antes de la votación preparada, y como si aún se creyera que podía haber oposición, Lombardo Toledano interpeló varias veces a Jiménez Rueda para que éste certificara que el Lic. Brito había dicho no sé qué cosas del servilismo del Consejo y de los consejeros, y Jiménez Rueda resultó ser testigo y espía de todo.

"La camarilla de Lombardo, decidió romper el último escrúpulo y terminar de una vez. Así se propuso votar la destitución del Lic. Brito, sin aludir al motivo que exigía el reglamento. Solo cuatro votos hubo en contra de la destitución: el del propio Lic. Brito, el del Lic. Zebada, Profesor de Leyes, el del estudiante Papiño Córdoba, Consejero de la misma Escuela, y el del Consejero de estudiantes por Artes Plásticas, Salvador Moreno..."

"Así fue destituido... el Director de la Facultad de Derecho. Los resultados de tan injusta y arbitraria determinación no se hicieron esperar: al día siguiente declaró la huelga la Facultad de Derecho que fue secundada en todas partes. Los farsantes salieron de la Universidad..."

La huelga estudiantil se vio fortalecida con la renuncia que a sus cátedras habían presentado con anterioridad 35 Profesores de la Facultad, inconformes con el estado de indisciplina auspiciado por el Rector, al que en esta forma negaban su complicidad en la política demagógica (18).

En vano los quemados líderes estudiantiles pugnaron por llevar a los estudiantes en apoyo de Lombardo, dando la espalda a sus corporaciones como la C.N.E. Luis de Garay y Ernesto Santiago López, miembros del Consejo de ésta, convocaron a las Escuelas del Distrito

Federal y a las Federaciones Estudiantiles del país a la huelga que, apoyando al Lic. Brito Foucher y solidarizándose con los maestros citados, significaba ya la lucha nacional por la Libertad de Enseñanza. Respondían así a las exigencias de su calidad universitaria, a las urgencias de la Universidad, a la verdadera opinión estudiantil y a la opinión unánime de la Nación que ya se preparaba a la lucha contra la reforma socialista del artículo 3º Constitucional. El Consejo de la C.N.E. llevó a la Presidencia, para la lucha a Alfonso Guerrero Briones.

El mismo día se obtuvo el apoyo de Artes Plásticas, votado por unanimidad en Sesión general y, desde entonces, la constante colaboración de sus equipos de lucha, pues, vivo en ellos el espíritu de solidaridad, acudían en apoyo de sus camaradas, como antes habían acudido en apoyo de Manuel Cantú Méndez y el Chato de la Rosa, dirigentes de la UEPOC, que estaba siendo asaltada por los comunistas (19).

Las huestes lombardistas, empero —más obreros que estudiantes—, se apoderaron del edificio de la Universidad y de la Prepa. Los "autonomistas", de la Facultad de Derecho. Durante 24 horas sostuvieron un duelo a tiros, sin consecuencias de sangre, que se sepa. Y, al día siguiente, lombardistas y Lombardo salían de la Universidad, éste para no volver a poner los pies en ella, desde entonces; aquéllos, para ser batidos y excluidos por completo, durante algunos años de las directivas estudiantiles.

Amenazados en su libertad por el fallido intento lombardista de convertir al marxismo nuestra Universidad, los estudiantes comprendieron y sintieron, en carne viva, la amenaza que a las libertades de la Nación entrañaba la reforma del artículo 3º Constitucional, propuesta a las Cámaras y que, en su primer proyecto, comprendía el ciclo universitario.

La Confederación Nacional de Estudiantes, capitaneada ya por tres brillantes universitarios —Guerrero Briones, Chávez Camacho y Benito Coquet—, se irguió como bandera y baluarte de la Libertad de Enseñanza en todo el país. Ningún estudiante fue ajeno a la lucha. No podían serlo los estudiantes de la UNEC. Y a la lucha se entre-

garon en apoyo de la Confederación, constituyendo nuestros equipos el sistema nervioso y motor de aquella Central, pues su prestigio católico fue el aglutinante de las fuerzas sociales que, de otro modo, se hubieran dispersado en esfuerzos estériles.

Como soldados de la C.N.E. y en solidaridad con sus líderes, los nuestros apoyaron la defensa de la Universidad y de la Escuela Mexicana, en todas partes. Los muchachos de la UNEC ocupaban sus puestos en la cátedra, defendiendo las tesis católicas y su libertad; en el mitin, irrumpiendo con la proclamación de nuestras soluciones; en las Sociedades de Alumnos y Federaciones, con sus trabajos de dirección y su participación en la depuración de las directivas. Al frente de los grupos estudiantiles, con la intrepidez de la convicción que no podían tener los grupos neutros, lanzaron huelgas escolares, organizaron a los padres de familia, crearon frentes de trabajadores en defensa de sus Escuelas y movimientos de solidaridad del comercio y de la industria de la República.

Todas las tribunas fueron buenas: plazas de toros, teatros, colegios, sindicatos. Autonomía Universitaria y Libertad de Cátedra eran banderas que honraban todos los lugares.

La lucha fue dura. Iniciada en el 33 y proseguida hasta el 36 violentamente, varios estudiantes cayeron —siguen siendo símbolos Francisco y Víctor Manuel González, uno de Puebla y otro de Monterrey, que en esta ciudad fueron asesinados por los pistoleros callistas, durante un Congreso de la C.N.E.— Y cientos más entregaron su sacrificio y su juventud —persecuciones, cárceles, golpes, sangres, dificultades profesionales, miserias— para abrir el camino que ha conducido hasta la tolerancia y peligrosa libertad de hoy y hasta el convencimiento que las autoridades tienen, a pesar de ellas mismas y de sus viejas fobias, de la necesidad de la libertad para la dignificación y suficiencia de la Escuela Mexicana.

A medida que el Estado Mexicano, con el callismo y el cardenismo, iba hacia la izquierda, extremando la demagogia en la Escuela, la Universidad se convertía en un verdadero estandarte nacional. Los legisladores de la marxización habían tenido que excluir de su proyecto de reforma al artículo 3º, el ciclo universitario.

La Universidad de México había entendido su misión de ese tiempo. Y, en un amplio abrazo de pleno sentido cultural, quiso salvar su Prepa y, con ella, el ciclo Preparatorio de la República, atomizado pocos años antes por la división en Secundaria y Bachilleratos. El Consejo Universitario, en el que daban alta y valiente cátedra los maestros Antonio Caso, Fernando Ocaranza y, poco antes, Manuel Gómez Morín, tuvo que aceptar la extraordinaria defensa que nuestro líder, Armando Chávez Camacho, hizo de la Secundaria y votar la creación de "Extensión Universitaria" dentro de la Universidad Nacional, simbólica Institución que tal vez haya sido la carta de triunfo de la Libertad de la Cultura en México.

Cuando el Maestro Caso, elegantemente alegaba en el Consejo que la Universidad debía de beber la cicuta de Sócrates que el Estado le imponía, Armando hizo la defensa más brillante de su vida universitario-parlamentaria. "Si Sócrates hubiese escuchado a sus discípulos y hubiese arrojado la cicuta al rostro de los imbéciles tiranos de Grecia, la juventud helénica se hubiera salvado y Grecia con su juventud".

Y "Extensión Universitaria" se fundó como un reto al Estado y para bien de México.

Pero la lucha de nuestras gentes sólo había empezado. Era preciso depurar, hasta las últimas formaciones, los grupos dirigentes de la Universidad.

José González Jáuregui fue destacándose líder en la Nacional y un buen día, con su paisano Francisco González de Cosío, se lanzó a la FEU y, en un movimiento de inteligencia con la mayoría de las Sociedades de Alumnos, echó de la FEU a los izquierdistas y se mantuvo en su Directiva por largo período.

Por supuesto, no siempre había triunfo, aunque cada operación iba abriendo más honda brecha y tarde o temprano se alcanzaban los objetivos superiores —decoro de la Universidad y vigencia de los valores superiores—. Pareció no haber triunfo en la campaña antichiquista.

Chico Goerne —el que "tenía dos millones para la Universidad—: uno que le han ofrecido —y otro que le van a dar"—, había logrado

provocar, con su política demagógica, un descontento general que aumentó por la represión a base de equipos de atletas que parecían tutelados por el Departamento de Extensión Social Universitaria y que, por procedimientos de lucha libre, habían acabado por apoderarse de la FEU, con oficinas en la propia Universidad. Los estudiantes optaron por recuperar éstas por asalto. Destacados miembros de la UNEC tomaron parte en esta operación.

El Rector gitanamente convocó al Consejo Universitario para obtener de él un voto de confianza contra las acusaciones que le hacían los estudiantes. Pero Chico sabía que no contaba con el Consejo y, en vez de presentarse ante una asamblea respetable y serena, en el recinto oficial de las más altas decisiones universitarias, llevó a los Consejeros al Anfiteatro Bolívar e instaló una asamblea política, popular y tumultuosa.

Aún allí, si todos los Consejeros hubieran respondido con entereza, Chico hubiera caído. Pero muchos Profesores "se enfermaron", por curiosa coincidencia. En medio de porras ensordecedoras hablaron los estudiantes contra el Rector presente; en medio de vítores bien dirigidos, el Rector Chico pronunció un discurso doliéndose de la ingratitud humana. Era tal su emoción que lloró, lloró mucho.

Toda la pasión, el insulto tumultuario, la ceguera colectiva se vació contra Armando Chávez Camacho.

"¡Va a hablar el Papa!", gritó un porrista.

Y se hizo célebre la respuesta de Armando:

—"El Papa habla de cuando en cuando; pero, cuando lo hace le escucha todo el mundo".

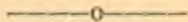
Fue célebre también el discurso de Azuelita respondiendo a Armando; tan célebre por su violencia, su desusado tono intemperante que preferimos no recordarlo. Creo que tampoco aquél desea recordarlo.

Aquella asamblea votó la expulsión del Consejo y de la Universidad de los estudiantes Armando Chávez Camacho, Luis Islas García, Carlos Athié, Jesús de Anda, Antonio Aguirre, Gustavo García Travesí y Teodoro Shumacher. Y solamente dos, únicamente dos maestros votaron en defensa de los estudiantes.

Ante tamaña indignidad, el representante de la C.N.E. y Vice-Presidente de la misma, Horacio Caballero Palacios, secundado por Manuel Cantú Méndez, hizo pública su solidaridad con los expulsados y su asco por la demagogia del Rector; pero su gesto generoso, elegante, digno, fue contestado por la grita de las porras y pistoleros chiquistas.

Tal era la violencia soez de aquella turba que tuvimos que rodear —y la presión física de cientos de porristas sobre nosotros obligaba a hacerlo estrechamente— a nuestros líderes expulsados, pasándonos esta única consigna: "Que nadie caiga al suelo". Lo hubiera aplastado la caballada.

En Cuba 88, las muchachas de la UFEC, ya preparadas, restañaron las heridas de algunos camaradas.



La UFEC (Unión Femenina de Estudiantes Católicas) fue ala entrañable y lealísima de la UNEC.

La creó un Sacerdote meritisimo, a iniciativa de un aguerrido grupo de universitarias y con la autorización de un egregio Prelado, el Exmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. Dn. Pascual Díaz.

El Sacerdote era el R.P. José Mier y Terán, S.J., quien merecería un capítulo aparte en estas Memorias. Baste para perfilar los rasgos esenciales de su figura hablar, además de su bondad —y podría decirse dulzura, si no hubiese sido jesuíta de una pieza—, de su Doctorado en la Universidad de Isbruck (Austria) alcanzado con una tesis laureada sobre los eclipses; de su prestigio como Director del Observatorio Astronómico de Granada (uno de los primeros de Europa, en aquella época), y de su traslado súbito, casi sin transición, a la Misión de la Tarahumara, donde convivió con nuestros indios tal vez más de doce años.

En el grupo fundador de universitarias se contaban María de los Angeles González de Cosío, primera Presidente (1935-36), María Teresa Méndez, María Fernández, Rebeca Bucheli, Rebeca y Raquel Tello, Carmela Sargeant, Margarita Canale, Josefina Muriel, Pilar Ruiz,

Francelin Castañeda, Marta Christlieb, Marta y Carmen Dupont. El 12 de octubre de 1935 hicieron la formal y solemne fundación (20).

Hacer la historia de la UFEC sería repetir en mucho la de la UNEC. Como ésta y con ésta, la UFEC participaba en la lucha estudiantil, con tanta eficacia que, entre nosotros, llamábamos a los escuadrones de muchachas "la caballería ligera". Como la UNEC, también ellas tomaban parte en las luchas sociales. Puede citarse por ejemplo, su participación en impedir un desfile de muchachas normalistas "en shorts" que costó la cárcel a María Angelina Servín de la Mora y a otras compañeras.

Como la UNEC, la UFEC centró la formación en dos polos: sus Círculos de Estudios y su vida religiosa. Pero, por supuesto, las muchachas lo hacían mejor que nosotros. Su Círculo de Apologética fue un prodigio de sistematización y ejemplar para México y otros países, y les permitió establecer en 1941 el Grado de Maestra en dicha disciplina. Para estas Maestras se establecieron cursos superiores de Dogma, Lógica, Psicología e Idiomas.

Su Congregación Mariana (agregada a la Prima de Roma, como posteriormente estuvo la nuestra) y su Apostolado de la Oración (que fomentó en grado sumo las comuniones de los Viernes primeros), obtuvieron frutos palpables. Pueden mencionarse como notables las *primeras comuniones* de 35 socias, casi todas de la Facultad de Medicina, el año de 1941, la *conversión a la Fe Católica* de otro grupo considerable y el *bautizo*, en la capilla de la UFEC, de tres universitarias que previamente hicieron abjuración de sus errores.

Como obras técnico-sociales aún se recuerdan con emoción su Pensionado para las estudiantes y su Consultorio médico.

Como la UNEC, la UFEC también fue mantenida —y desaprovechada— al margen de la A.C.M., en amenaza constante de desaprobación para dejar "la exclusividad del campo femenino estudiantil" a la Juventud Católica. Sólo después de largos esfuerzos la UFEC obtuvo una delimitación de su campo. En carta que el P. Mier y Terán dirigió a la Presidente de la UFEC (Delfina Esmeralda, por aquel tiempo, en Tlacotalpan, Ver.), el 9 de febrero de 1940, le informa: "...Re-

solvió el Sr. Director Pontf. de A.C. y así nos lo comunica en una carta dirigida a "las Señoritas Presidenta y Secretaria..." ... que, en las Diócesis donde se halle independiente la UFEC, continúe así, y sólo se *confedere* a A.C. en general. Y he aquí la solución esperada por largos años...: ni se disuelve, ni se incorpora a J.F.C.M..."

En aquellas universitarias todo adquiriría gracia y profundidad, hasta aquel irritante desprecio con que nos llamaban entre sí "¡los hombres!" porque, ciertamente, en nuestra brusquedad con que la lucha nos acorazó, nos faltó muchas veces cortesía para ellas. Pero no siempre. Desayunos (en ocasión de Misas en común), meriendas (los sábados) y "posadas", nos acercaban. Y motivo de trato cordial y gentil fue un "cuadro dramático" —que posteriormente se llamó "José Mier y Terán"—, teatro que cultivaron muy especialmente Edmundo Meouchi, Fernando González Berazueta, Alberto Urueta Septién, José Luis Sandoval, Adolfo Pimentel, Luis Villoro, Enrique López Astorquiza, Julián McGregor y quien un tiempo fue director del "Cuadro": Eulalio Ortega.

Varios grupos UFEC se fundaron en la provincia, casi todos a instancias de nuestros propagandistas. Así nacieron los Grupos de Querétaro, del que fue Presidenta Consolación Fernández, hoy religiosa Carmelita; de Saltillo —encabezado, desde luego, por Celia González García, hoy de Cantú Méndez—, de Orizaba —con Alma Virgen Rella—, de Morelia —con Josefina Cervantes—, de Zacatecas —con Julieta Franco—, de Tampico, de Aguascalientes y de San Luis Potosí, alas vigorosas de nuestros respectivos Comités.

Asistentes Eclesiásticos de la UFEC fueron su fundador, el R.P. José Mier y Terán, S.J., muerto el 30 de diciembre de 1942; el R.P. Joaquín Sáenz, S.J. y, desde fines de 1947, el R.P. David Mayagoitia, S.J., quien continúa al frente de este organismo que, por muchos títulos, merece su realización y apoyo episcopales, en escala nacional.

Muchos años han pasado de aquellos años y, sin embargo y a pesar de aquella "distancia" que guardaban en lo personal, cada vez que hemos vuelto a coincidir en una empresa común, a las chicas les salta a flor de piel su lealtad a la UNEC y nosotros sabemos siempre que contamos con una aliada en cada muchacha.

Así pasó en Roma, cuando tuve que presidir el IV Congreso CIDEC que transformó la organización en CIDUC (universitarios post-graduados y no sólo estudiantes), en medio de los más sutiles elementos en contrario que, al fin, logramos contrarrestar con el apoyo de miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante el Vaticano.

Varios años hacía que no había vuelto a encontrar a la Presidenta UFEC, Delfina Esmeralda. Y he aquí que, cuando más abrumado me encontraba, apareció por las oficinas de la CIDEC (en la Iglesia Española de Guadalupe y Monserrat). Desde aquel momento conté con una aliada, a tal punto eficaz, activa y generosa que, tras mi reelección como Presidente, ella fue aclamada como Secretaria del Comité Ejecutivo. Y apenas medió entre nosotros explicación del conflicto y de la posición del Presidente. Ella era una UFEC. Yo, un UNEC. Y era suficiente para establecer entendimiento y solidaridad.

Así fueron siempre —y siguen siendo— todas aquellas muchachas de los escuadrones que formaban la UFEC, “nuestra caballería ligera”.

* * *

La fuerza estudiantil católica ya estaba, pues, en marcha en el país.

La presencia del nuevo tipo de estudiante católico fue advertida por los no católicos. Pronto se nos calificó: “neo-católicos”, por quienes antes habían subestimado al muchacho cristiano.

De las mucha crónicas —un tanto despistadas por la novedad— que por entonces se escribieron sobre la aparición del nuevo protagonista universitario, cito estos párrafos del viejo amigo Arturo Núñez:

“Fue para nosotros una verdadera sorpresa saber que la mayoría de los estudiantes de la República se encontraban controlados por los grupos católicos. . . El Congreso de San Luis Potosí (de la C.N.E., en 1934) difiere fundamentalmente del resto de los Congresos (en que) como en ningún otro se marcaron dos tendencias perfectamente distintas, dos caminos a seguir: el camino de la derecha y el camino de la izquierda. Como ya dije, la inmensa mayoría, sin titubeos, eligió el primero y sólo unos cuantos nos prendimos el listón rojo del ala izquierda. . .

“Ya habíamos sospechado que en el Distrito Federal, Jalisco, Durango y San Luis Potosí se estaba llevando a cabo la reforma universitaria por un grupo de burgueses y de reaccionarios y ahora hemos tenido la oportunidad de confirmarlo. El Congreso de San Luis, puede decirse, fue un Congreso católico: la mayoría de los Delegados son o han sido miembros de la A.C.J.M. (?) y su actuación es ya bastante conocida en México, pues algunos de ellos escriben en el periódico “Proa”, órgano del partido católico (???) de la República. . .

“A mi juicio, ha llegado el momento en que el estudiante no puede ser más que dos cosas: o es católico, o es socialista. . .” (21).

Muy cierta y clara era una cosa: la UNEC había alzado bandera: o con Cristo o contra Cristo.

X

INTERPRETACION DE LA UNEC

La UNEC "es un grupo político estudiantil" decían algunos de nuestro mismo frente, y otros, más caritativos (?): "un grupo de bohemios". "Una cofradía de beatos, una secta de congregantes" nos calificaban los décimonónicos jacobinillos; quienes se decían informados: "un partido católico nacional"; y, algunos inteligentes amigos de la izquierda: "es un movimiento neo-católico".

Era sólo —pero nada menos— una integral posición frente a la vida, una cabal concepción católica, sin mutilaciones de espíritu, sin congelación de criterios. El mismo Catolicismo milenario y universal. Era la vieja y sencilla enseñanza del viejo, insuperado e insuperable Ripalda, el de no basta la Fe para salvarse sin la caridad y las buenas obras.

Cuando el muchacho se sentía UNEC —ya lo hemos dicho— le nacía la necesidad de participar en acciones de cuyo resultado dependía el respeto que se debía a su filiación católica. Donde dominaba una correcta neutralidad postulada por las organizaciones estudiantiles, los muchachos UNEC actuaban como fuerza de apoyo de su corporación oficial, garantizando con su presencia su propio derecho y su libertad de vivir y hacer vivir su Catolicismo. Donde la neutralidad era careta de demagogia, el muchacho UNEC defendía su derecho a ser lo que era. ¿Por qué si los militantes de otras tendencias tenían el derecho de participar en la vida de las Sociedades de Alumnos, los católicos no habrían de estar en condiciones de igualdad estudiantil, por lo menos? Aquello era sólo la vindicación del derecho del estudiante, como tal, a participar en su corporación escolar, y el ejercicio

de un deber olvidado: el deber de solidaridad de clase que la ética cristiana ennoblece con la tesis de la "gracia de estado".

Imponía ésta a nuestros muchachos una misión de apostolado. Más aún: se hacían tan palpables las tan especiales gracias que se purificaba la intención de los trabajos, a medida que el espíritu se adentraba en el sentido de la UNEC. Se hacía imperiosa la tarea de catequización y aún de conversión del compañero que se sentaba al lado. Y en aquellos universitarios desaliñados y rebeldes era un orgullo practicar el bien y sentían una inmensa satisfacción cuando se daban cuenta de que el mensaje de Cristo llevado por ellos se había entendido. Pero todos comprendían que su obra no sería perfecta en tanto no igualaran con su vida el pensamiento y más se empeñaban en ser mejores, no por un narcicista afán de parecer mejores, sino por la urgencia diaria de hacer el bien y de ganar con ella el mérito de lo alto.

Poco se ha pensado en esta calidad unéica: la dimensión apostólica de los muchachos. Ellos mismos poco hablaban de este carácter porque tenían la humildad de sentirse incapaces de tal misión; mas, por esto mismo, cuánta mayor valía en sus diarias acciones y cuánta mayor pureza en sus intenciones y en su conducta respecto de sus compañeros, de sus grupos, de sus Sociedades, en la clase, o en el discurso del mitin, o en el Congreso, o en la plazuela. Sabían que allí, dentro de la esfera de su actividad social, su mensaje cristiano tenía más resonancia y no frustraban la ocasión, deparada por la Providencia, de convertirse en "magnavoces de las Encíclicas Pontificias", misión que concreta y personalmente entregara a la Delegación UNEC, al Congreso Fundacional de la CIDECA, en Roma, (1932-1933) Su Santidad Pío XI.

Por otra parte, "el ayuntamiento de maestros e escolares fecho en algún lugar con entendimiento e voluntad de aprender los saberes" era para la UNEC una definición tan clara y tan viva como lo fue para Alfonso el Sabio. Y la "voluntad e entendimiento", aquí y ahora, significaban lucha y polémica, acción democrática pero inteligente, participación en las vicisitudes de la corporación y no ausentismo de la "política universitaria".

Los grupos jacobinos y comunistas venían excluyendo de las organizaciones estudiantiles y combatiendo en las cátedras no sólo al

Catolicismo sino al católico mismo. A éste no se le consideraba compañero; contra él valían todos los recursos. Esta actitud mental era una de las manifestaciones de aquella falsa neutralidad política y burocrática de quienes, en la Universidad, actuaban contra sus compañeros, como en la vida pública actuaba el Estado contra la masa católica mexicana.

Dos órdenes de ideas empujaban a la acción. El primero, válido aún para los tibios o de ideas religiosas inoperantes, era ese rescatado y reencendido concepto de Universidad, tan sabiamente definido en las Siete Partidas. Se debe al Movimiento Autonomista del 29 el inicio de este rescate; pero sólo el inicio, simplemente, formalista y lírico. La idea motor del co-gobierno universitario no fue ahondada suficientemente por los líderes del 29. Se quedaron en la superficie política de la cuestión. Y aún más: al ligar esta idea a los intereses de grupo, perdió prestigio. Era preciso rescatarla de este sentido particularista, hacerla superar su indigente y exclusivo contenido político y vertebrarla dentro de una cabal concepción de la Universidad.

En el afán del saber y en el elemental sentido orgánico y dinámico de la cultura, como misión de la Universidad, radica la esencia de ésta y, consecuentemente, en ello se basa la jerarquía y unidad de su organización pedagógica y social y la ordenada ubicación de sus miembros dentro de la función docente. Concebida así la Universidad, la participación de los estudiantes en el gobierno de la misma no nace de la categoría política del universitario, sino de la categoría orgánica y de la misión de la Universidad.

A difundir esta visión de la Universidad contribuyó en grado máximo ese inmenso breviario sobre la Universidad que Don Jaime Castiello presentó como modesta "ponencia" en el I Congreso CIDECA, cuyas ideas centrales coincidían con las tesis que venía sosteniendo Don Ramón Martínez Silva, en Cuba 88, y con la inolvidable estirpe de nuestra Universidad.

Cuando el muchacho juntó a la concepción de su Catolicismo "a la jineta" y del católico como protagonista de su propia historia la concepción de una Universidad como corporación de maestros y estudiantes, con una misión única, común, orgánica, se rescató a sí mis-

mo y empezó a ser miembro activo de su Escuela. Y, si el ambiente y algunos grupos de sus compañeros estaban contra él, contra ellos disputó su derecho y el de su Universidad.

Así formaba la UNEC. Pero no mandaba ni dirigía las acciones estudiantiles en la Universidad. Capacitaba para ellas y exigía suficiencia y dignidad en la vida activa, como las exigía en la práctica de las virtudes; pero dejaba en libertad, y aún más, inculcaba el hábito de aceptar la propia responsabilidad y el de deliberar sobre la propia conducta.

Cuántas veces, al concluir una sesión de "asuntos internos" y transformarse la misma asamblea en comité de acción universitaria, Don Ramón se levantaba de su sitial de Asistente Eclesiástico y, en tanto la polémica se encendía entre los muchachos, él paseaba y sólo de cuando en cuando resumía con una sentencia una tesis moral, confusamente manejada por los polemistas; o bien, confirmaba su posición, repitiendo: "Hay cosas que el Asistente no debe saber".

Don Ramón nos enseñó con la palabra y el ejemplo a *decidir*. La UNEC ni hacía política ni necesitaba hacerla porque cumplía su misión: formar para la responsabilidad. No era una suplencia de deficiencias o de cobardías. La doctrina misma no opera en vez de la conciencia individual. Ni la misma Fe suplanta a la razón y a la personalidad. Otra vez, aquí: "El que te creó sin tí, no te salvará sin tí".

Cuántas veces he recordado esto al ver a algunos pobres cristianos indecisos para optar en una cuestión vital, simplemente porque hasta para estornudar esperan la decisión del Sacerdote — en lo que, por cierto, se ve la meritísima tradición de disciplina de México a su Jerarquía—. Y cuántos otros confunden el deber y la conducta del párroco o del Prelado con el deber y la conducta del seglar y del ciudadano. Por supuesto que muchas veces éstos, para eludir responsabilidades, solapan sus cobardías en la conducta de aquéllos que, acaso, siguen el consejo evangélico. Hay seglares que no quieren entender que el mandato de poner la otra mejilla, si es válido para todo cristiano en su conducta personal, no puede aplicárselo un General que pierde una batalla: no puede, evangélicamente, dejarse ganar la otra.

Envuelven estas conductas la tendencia confusa de utilizar el valor religioso como trampolín en los asuntos temporales (como lo hacen algunos mentecatos que para su propaganda electoral utilizan la imagen de la Guadalupan). Cierto: Dios preside todos los actos humanos y el buen cristiano debe dirigir la intención aún de los menores movimientos de su vida y su razón a su Fin superior. Pero de muy diversa estirpe es la idea o la intención de convertir a Dios en salvavidas. Una cosa es que el nadador ore fervorosamente antes de lanzarse de "clavado", y otra de muy distinta laya que, antes de lanzarse, arroje al agua el sagrado madero de una cruz para mantenerse a flote sobre ella.

Por lo menos así pensábamos en la UNEC. Y de acuerdo con ello obrábamos. De los aciertos o errores en nuestros movimientos, somos los responsables. Y conste que no es por la boba distinción que pudieran haber hecho quienes tienen la religión "como cosa de conciencia individual": "dentro de Cuba 88, católicos; dentro de la Universidad, universitarios". ¡Jamás se nos ocurrió una imbecilidad de este tamaño! No: en Cuba 88 y en la Universidad, universitarios católicos y católicos universitarios.

Así obrábamos conforme al espíritu que se enraizaba en nuestro origen y en nuestra constitución.

Nuestro Estatuto era claro, además de ser sólido y original entre los de organizaciones católicas. Decían así sus artículos esenciales:

"1.—La UNEC tiene por fin la *coordinación de las fuerzas vivas de la juventud estudiosa* para atender los intereses de su clase según los principios católicos.

"2.—Para conseguir dicho fin la Unión procura:

- a) dar ayuda económica corporativa a sus miembros;
- b) *luchar* por el mejoramiento de la función educativa y docente en los centros de enseñanza (*);

*) "Para ello, entre otras cosas, fomenta el estudio de las Humanidades" —Nota de los mismos Estatutos—.

c) oponerse a las ideas disolventes, fomentando especialmente la alta cultura católica, en el terreno filosófico y social (**);

d) *formar en la clase estudiantil una conciencia católica en los problemas que nos agitan;*

e) oponerse a la inmoralidad creciente fomentando la cristianización de los estudiantes y la convicción del valor que tiene para el individuo y para la sociedad, en todos sus aspectos, la vida sobrenatural del Catolicismo”.

Traigamos a cuento, para mayor claridad, nuestro artículo 57:

“La UNEC y sus dirigentes son ajenos a todo partido político y a toda política de partido”

Adviértase que muy otra de la de la Confederación de Luis Rivero del Val era la mentalidad de la UNEC. Aquélla se dirigía especialmente a los estudiantes de las escuelas particulares; la UNEC, especialmente a los estudiantes de los centros oficiales de enseñanza; aquélla postuló la “libertad de enseñanza”; ésta, “el mejoramiento de la función educativa y docente”; aquélla buscaba la “educación social y cívica de sus socios”; ésta, “formar en la clase estudiantil una conciencia católica en los problemas que nos agitan”.

Sí: los dos idearios expresan el mismo anhelo; pero cada uno a su manera, a la manera de su tiempo. En 1926 era la mentalidad defensiva y el mantenimiento del “modus vivendi” tradicional, dentro de la hipótesis histórica de la libertad de enseñanza y del estilo de vida muy siglo XIX; en 1931, era una mentalidad formativa dentro de la tesis de la más alta tradición católica y de lo más avanzado de la cultu-

**) “Quiere la Unión desarrollar la personalidad intelectual de los estudiantes, por medio de círculos de estudio, clases, ciclos de conferencias, publicaciones, lecturas como indiscutibles las corrientes deras, certámenes, etc., a fin de que no se asep ideas infundadas que pasajeramente y, por diferentes causas, prevalecen; antes bien, el conocimiento de la filosofía y de las Encíclicas de los Papas sea medio de preservación, orientación para la vida y unidad de criterio en la clase estudiantil católica” (*Ibidem*).

ra moderna. En 1926 urgía mantener siquiera la cohesión de los estudiantes católicos de las escuelas particulares; en 1931 se planeó la asimilación católica de los muchachos de las Universidades. Y, en fin, para no alargar este catálogo comparativo, en 1926 fueron acejotaemos de 16 años los forjadores heroicos de la Confederación, y en 1931 fue el Padre Martínez Silva el forjador de la UNEC.

El hecho de que la UNEC haya preferido trabajar por su extensión en la Universidad más bien que en las escuelas particulares no quería decir que no le importaran éstas. Explica simplemente que la UNEC consideró de mucho mayor urgencia llevar el testimonio católico a los muchachos más abandonados espiritualmente. Al fin las escuelas particulares tenían un mínimo de garantía de formación y moralidad del que carecía la Universidad. E incluso los universitarios venidos de las escuelas particulares tuvieron siempre el apoyo corporativo de su Federación de Colegios Particulares con una fuerza respetable que mucho bien logró, por algún tiempo, en la Universidad. Fue el tiempo de los grandes líderes estudiantiles de aquella Federación, a quienes no podemos olvidar en estas páginas porque, católicos como nosotros, con lealtad sirvieron a la Universidad y al Catolicismo. Me refiero a Juan Sánchez Navarro, Leopoldo Baeza y Bernardo Ponce principalmente, entre los más distinguidos, cuyas ocasionales discrepancias con la UNEC, en asuntos secundarios, no empañaron nuestra amistad, ni menos su caballerosidad que siempre debió ser norma para los líderes estudiantiles de las escuelas particulares... y no fue así, como más adelante veremos.

Y ya que tratamos de ubicar a la UNEC dentro del cuadro de la organización católica mexicana, digamos que Manuel Ulloa asistió durante varios años a la Junta Central de Acción Católica, en representación de la UNEC que era organización Confederada.

Este carácter fue discutido en una memorable Asamblea de Asesores Eclesiásticos de AC, sosteniéndose la "fundamentalidad" de la UNEC, esto es, su categoría de Quinta Rama de la Acción Católica, tesis defendida, entre otros Sacerdotes, por Monseñor José María Soto y el P. Guillermo Ibarrola, los dos de Morelia.

La respetable Asamblea se caldeó indeciblemente al punto que la Presidencia de Honor, que tenía el Excmo. Sr. Arzobispo de México, vetó el debate y se reservó el derecho de decir la última palabra.

Y la última palabra, por entonces, la pronunció el propio Señor Díaz, en el siguiente documento cuyas consideraciones y partes resolutivas reproducen, casi textualmente, las de la carta que, al respecto, le dirigió desde San Antonio, Tex., el 22 de julio de 1935, el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Don Leopoldo Ruiz y Flores, y que transcribo de una copia fotostática:

“Comunicación Oficial que, en su carácter de Director Pontificio de la A.C.M., dirige el Excmo. Sr. Arz. de México a la Junta Central y demás Organos Dirigentes de la A.C.M.

“En la comunicación del V. Comité Episcopal de 3 de Fbro. pp. se expresaba claramente el juicio de la razón que asiste a la U.N.E.C. para obtener el que en adelante se la considere como organización FUNDAMENTAL de la A.C.M., y para que se consolide la EXCLUSIVIDAD de su campo, que desde los comienzos de la A.C.M. le fue concedida.

“Tal es igualmente el respetabilísimo parecer del Excmo. Sr. Delegado Apostólico, en carta que se dignó dirigirme, con fecha 22 de Julio de 1935 y en su última comunicación sobre este asunto.

“De igual modo juzga la mayoría de los Excmos. Sres. Obispos de cuyo parecer he podido tener directamente noticia.

“Por lo cual, después de haber estudiado también por mí mismo este asunto, que juzgo de grande trascendencia para el bien de la Iglesia, creo llegado el momento de DAR UNA RESOLUCION. Espero, entre otros bienes, una mejor inteligencia y armonía de esfuerzos de las dos organizaciones igualmente queridas: la A.C.J.M. y la U.N.E.C. que tan bien trabajan en el campo de la A.C.M. Así pues:

“1.—En cuanto a la FUNDAMENTALIDAD:

“Se reconoce que la U.N.E.C. tiene todos los requisitos de organización Fundamental y que merecería ser reconocida inmediatamen-

te como tal. Pero, dadas las circunstancias de lucha y la visibilidad de su acción, es mejor posponer la declaración oficial de ese grado de la A.C.M.; otorgándole, sin embargo, desde luego, todos los derechos que, para el desarrollo de su acción, le corresponderían como a tal: exención del art. 16, representación permanente en las Juntas Central y Diocesanas, etc. Cuando cesen las circunstancias que ahora lo impiden, se procederá, sin más trámites, a darle la FUNDAMENTALIDAD, conforme propone el Excmo. Sr. Delegado Apostólico y opina el Ven. Comité Episcopal.

II.—En cuanto a la EXCLUSIVIDAD:

“a) se confirma el que el campo universitario, a saber: Universidades, Escuelas Técnicas Superiores, Escuelas Preparatorias y Normales, le corresponden exclusivamente a la U.N.E.C. y en ella tendrá la dirección de la A.C.

“b) “Aunque de suyo, de la misma manera que sucede con las otras organizaciones Fundamentales, todos los estudiantes universitarios que quieran trabajar en la A.C. deberán ingresar a la (U.N.E.C.) Unión Nacional de Estudiantes Católicos, se comprende muy bien que es preciso tener ante todo un amplio espíritu para aceptar frecuentes casos de excepción, los que pueden ser: los universitarios ya incorporados a la A.C.J.M., los que por circunstancias especiales rehuyan el pertenecer a la U.N.E.C., los estudiantes de aquellos lugares en que dicha organización no haya sido implantada y los casos de urgente necesidad para la A.C.J.M. de contar con elementos universitarios para la mejor dirección de sus grupos”.

III.—En cuanto a la ARMONIA:

“Tanto la A.C.J.M. como la U.N.E.C. deberán ayudarse con el espíritu de caridad y unión que es el alma de la A.C.M. A ese fin, los Comités Nacionales y Diocesanos se reunirán algunas veces durante el año y procurarán, cuando las circunstancias lo aconsejen, hasta organizar algunos servicios comunes, por ejemplo, el de publicidad y propaganda”.

“Es de gran importancia que existan relaciones cordiales entre los miembros de ambas organizaciones, a fin de que, terminados sus es-

tudios, pasen los de la U.N.E.C. a la A.C.J.M. y a la U.C.M., conforme a los Estatutos Generales de la A.C.M. y a los particulares de dichas organizaciones”.

“IV.—Por lo que ve al RECLUTAMIENTO en las Escuelas Secundarias:

“Marchando en perfecta armonía las dos instituciones podrá existir gran comprensión y flexibilidad, a fin de que una y otra aseguren el reclutamiento indispensable para sus Vanguardias, pudiéndolo hacer aún de mutuo acuerdo, para el mejor éxito de sus trabajos.

“Creo conveniente, por último, manifestar cuán de mi agrado ha sido siempre el buen espíritu, tanto de la A.C.J.M. como de la U.N.E.C. y que en apoyo de ambas organizaciones estarán muy bien empleados todos nuestros esfuerzos.

“México, D. F., a 9 de marzo de 1936.

“Pascual, Arz. de México y Director Pontificio de la A.C.M.” (22).

XI

RENACIMIENTO

Daniel Kuri Breña fue el III Presidente de la UNEC, electo, como los anteriores, por aclamación, en el III Congreso Nacional, celebrado en septiembre de 1936, con un tema central que reflejaba ciertas inquietudes del momento: "El Estado y el Derecho de Rebelión".

Secretario General de aquel Comité fue Islas García y, sus miembros, Jesús Pérez Sandi quien ocupó la Presidencia Interinamente en una ausencia temporal de Daniel; Uribe Michel, Landerreche Obregón, Hernández Díaz, Casares Nicolín, Roberto Carriedo y Armando Ramírez, de anteriores Comités; y Carlos Septién García, Alfonso de Robina, Francisco García Jimeno, Diego Tinoco Ariza, Gonzalo Peimbert, Manuel Cantú Méndez, Alberto Delgado Pastor y Luis Calderón Vega.

Este renovado equipo recibió una UNEC pujante que contaba con un Comité Regional del Distrito Federal de gran capacidad de trabajo y que presidieron sucesivamente Gonzalo Peimbert, Porfirio Martínez Peñaloza y José Luis Sandoval (23).

Para aquel "ejercicio" Don Ramón trazaba su segundo paso: la organización de los post-graduados y, con ellos y los cuadros estudiantiles, la formación de una poderosa corriente cultural que fortaleciera el magisterio universitario, renovara los equipos profesoriales de los ciclos preparatorios y secundarios y penetrara en las instituciones y formaciones sociales, especialmente en dos direcciones: hacia la cristianización de los ambientes empresariales y sindicales y hacia la moralización de la vida y organizaciones profesionales, para la vigencia del honor y del servicio en todas las ramas de la vida profesional.

Pero el hombre propone y Dios... y la Compañía de Jesús disponen. Don Ramón estaba destinado a otra misión: organizar y regir el nuevo Seminario Interdiocesano de Montezuma.

Con toda la realista y profunda sencillez de un soldado que entrega la guardia a su relevo, Don Ramón entregó su obra a su sucesor y nos dejó, por los primeros meses del año de 1937.

Don Jaime Castiello y Fernández del Valle, S.J. recibió la UNEC.

“Un medio día visitó el viejo “cuartel general” de la UNEC —escribí en aquellos días—. Sesionaba el Comité Ejecutivo Nacional de la Corporación. El era como una esponja, absorbiendo hasta la última palabra, extrañas todas para él y distintas de las que había escuchado... Habló poco: ¡para pedimos estadísticas!... Ninguna teníamos de la UNEC... Nos pareció azorado. Le juzgamos teórico y contra él cundió el recelo...”

Comentando esta cita, Xavier Ortiz Monasterio, en su magnífica biografía de Don Jaime, dice: “Un mes después era el Jefe de la UNEC. Tenía en su contra aquella primera impresión de teorizante; tenía, sobre todo, la enorme personalidad de su predecesor que era un ídolo entre los universitarios. No se amilanó por ello; comprendió que tenía mucho que aprender y abrió todos los poros de su cuerpo a la experiencia...” (24).

Así fue. Así recibimos a aquel hombre quienes no le conocíamos sino por la referencia —y muy a pesar de ésta— de ser el autor del estudio “La Universidad” que tanto manejábamos. De quienes le conocían, como nuestros compañeros que le encontraron en Roma, he aquí un testimonio —que Antonio Gómez Robledo escribió para la citada biografía de Xavier—:

“Cuando le vi por primera vez fue en Roma y en el acto de oírle dar su espléndida conferencia sobre la Universidad, ante los miembros del Primer Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos, en diciembre de 1933. Allí estábamos entre los mexicanos, García Robles, Santiago López, Toral Moreno, Garay, Islas García, todos colgados de su voz... La Universidad había sido para Don Jaime, después de su comunidad y su cotidiana convivencia de religioso con Cristo sacramen-

tado, su verdadero hogar, el centro de su inteligencia y de su corazón, y hubiera sido, si Dios nos lo hubiera conservado más tiempo, el campo de su apostolado. Y la Universidad estaba allí mientras él hablaba, en su historia y en su esencia, cautivante y arrebatadora, como la forma sensible más plena y más bella que por ventura puede en este mundo asumir el espíritu.

"Fue una vivencia aquélla que no olvidaré jamás y que he revivido con los años una y otra vez al leer aquella pieza magistral, muy superior para mí, digo como cristiano, a esos otros ensayos sobre la Universidad que más curso han tenido: el de Jaspers, el de Ortega, el mismo de Newman. En Newman se había inspirado en gran parte y lo declaraba lealmente así Jaime Castiello; pero afortunadamente tenía también no sólo su educación británica, sino, en la última etapa de su formación, sus estudios en Alemania y, sobre todo esto, su fondo ecuménico hispanoamericano y pudo por todo ello tener de la Universidad una visión más amplia que la del gran Cardenal. . .

"Así era el hombre que nos hablaba de la Universidad aquella mañana luminosa de aquel invierno en la Ciudad Eterna, con profundidad germánica, con flexibilidad británica, con cordialidad hispanoamericana, moviéndose libre y desembarasadamente por todos los territorios de la cultura y unificándolos armoniosamente en la idea de la Universidad. . ." (25).

¿El Padre Castiello tenía opinión formada de la UNEC? . . . Por allí, en el perdido archivo de la UNEC, andaba una carta de él en la que se expresaba en esta forma de la Delegación mexicana que conoció en Roma:

"Muy bien dotada en lo intelectual, agresiva, realista, de formas sociales algo medianejas, de mucho corazón y muy respetuosa de la autoridad eclesiástica; peleonera, impulsiva y desaliñada". En Roma misma, con el Padre Martínez Silva, convino en que nuestros muchachos necesitaban, sobre todo, "una unión más vital con Jesucristo, un conocerle *más personalmente* y un realizar su presencia entre nosotros de un modo más intenso y eficaz".

Don Jaime significó el renacimiento de la UNEC en más de un sentido.

Una renovación de espíritu trajo consigo.

El ansia intelectual, dirigida al fin apologético y apostólico y a la cimentación del criterio católico que despertó en la UNEC Don Ramón, venía a completarse con un nuevo matiz: el anhelo de sabiduría para encontrar, en la bondad intrínseca de ésta, la sabiduría y la bondad de Dios.

Por otra parte, los fértiles 38 años de Don Jaime traían prendido a su birrete de doctorado de Bonn los últimos fulgores nuevos del pensamiento europeo, frescos aún por la emoción del descubrimiento.

Y, en la entraña, ese acendrado amor por México, fresco y mañana amor que, como las auroras, nace en el confín de las perspectivas cuando se vive en la lejanía de la Patria: amor presentado en el contacto con la tierra hermana de Nicaragua, donde él fue maestro de esa brillantísima generación que empieza con Pablo Antonio Cuadra y José Coronel Urtecho.

De este renacimiento hablé como se habla de aquel universal que fue expresión y expansión de la vitalidad europea acumulada por la Edad Media. Y esta semejanza —si alguna puede establecerse entre las cosas grandes y las cosas pequeñas— dio origen, sin duda, a que algún ingenio expresara: “Don Ramón fue la Edad Media, Don Jaime, el Renacimiento y Don Julio, la Revolución”.

Renació la vida intelectual corporativa que las luchas universitarias habían hecho intermitente. Se abrieron otra vez los Círculos de Estudio, cuatro de los cuales tenían a Don Jaime como mantenedor. Recuerdo, por ejemplo un cursillo sobre “Propiedad” al que concurrían doctos posgraduados, como Gómez Robledo, y adolescentes muchachos de Comercio, como Polo González y, no obstante, no había un solo oyente que no supiera oír en su propio lenguaje y asimilar fácilmente las nociones más abstractas de la metafísica de la propiedad.

Su Círculo de Filosofía fue naturalmente al que entregó sus más aquilatados afanes. Acostumbrados a la lógica de Don Ramón, qué ligero discurrir nos pareció el de Don Jaime y más que eso; no cátedra aquélla, sino juego; un brillante malabarismo de conceptos, un gracioso desmontar, pieza por pieza, todo un sistema ideológico, y una elegante

reconstrucción sintética, hecha en unos cuantos trazos, con el color de algunos grafismos de lenguaje. Pero, cuando llegamos al tercero o cuarto obligado comentario, nos dimos cuenta del inmenso camino recorrido, de la hondura de la enseñanza. Nadie, como él ni después de él, ha enseñado, entre nosotros, por ejemplo, el idealismo alemán y, más concretamente —como recuerda Gómez Robledo en otra parte de su citado testimonio—, la filosofía de Hegel. Y tal vez haya sido, con el maestro Caso, el que mejor conocía a Husserl. Con Vasconcelos, quizá, llegó, pero mucho mejor que éste, a la más mística y metafísica concepción de la Estética.

La egregia personalidad de este universitario atrajo a Cuba 88 a otros universitarios. Recuerdo a Don Angel y a María Caso, a Gabriel García Rojas. Tal vez por este tiempo se desarrolló el brillante ciclo de conferencias, en memoria de Chesterton, dictadas por Joaquín García Pimentel, Antonio Brambila y Jesús Guiza y Azevedo, por éste último editadas.

No fue ésta, sin embargo, la tarea fundamental de Don Jaime. Paralela a la promoción intelectual, la formación del hombre. “Me gusta escribir libros; pero más me gusta formar hombres”. Y se dedicó a formar a los muchachos. Desde luego introdujo en la formación personal de éstos una disciplina que ciertamente estaban muy lejos de tener, simplemente porque las correrías por los cafés de chinos, para espantar el hambre, y las luchas universitarias no dejaban tiempo —y me sospecho que tampoco humor— para pensar en un método. Había que hacer muchas cosas y se hacían; pero casi siempre improvisadamente. Don Jaime empezó por combatir la improvisación. Nos puso a estudiar y, previamente, a elegir nuestro método, el apropiado a cada quien. Y a adoptar un principio de disciplina personal en todas nuestras cosas.

Ni qué decir que en éstas y otras tareas bien pronto estableció la más cordial y estrecha relación entre nuestras gentes. Y esta era una de sus metas. La armonía para la convivencia, la *compartición* de afanes, de conocimientos, la “unión de entendimiento y de corazón”. Su afán universitario era ver que ni los particularismos profesionales, ni las especializaciones científicas, ni menos la mera adscripción a una

u otra Facultad, lesionaran la concepción armónica de la vida y de la cultura, ni la convivencia diaria, armoniosa de los hombres. No concebía al hombre avestruz ni al hombre caracol. El quería a todos los hombres universales y sociales.

Don de caridad, unión de pensamiento y corazón sembraba; pero no en una "culpable neutralidad". Apasionados afanes, grávidos de pureza, le llevaban a adoptar posiciones polémicas. Como una memorable y graciosa...

A Hernández Díaz le había encomendado dos retratos monumentales que, por varios años, tuvimos en las paredes del amplio cubo de la escalera: un recio San Ignacio y una encantadora Santa Rosa de Lima, pintado éste en fuertes tonos azules su rostro macerado y leproso y la toga religiosa, y en rojos vívidos las cinco rosas de su símbolo. La obra había sido realizada para que presidiera la ceremonia de la consagración de las organizaciones estudiantiles —UNEC y UFEC— a la Santa limeña. En la Catedral sería la función con asistencia del H. Cuerpo Diplomático, razón por la cual tenía especial empeño en ella el Embajador del Perú en México, Dr. Rafael Belaúnde.

La víspera de la función, Belaúnde y Don Jaime llegaron a Cuba 88, a primeras horas de la tarde, a recoger el cuadro. Sólo dos o tres muchachos de Prepa y Comercio había en la casa. Y Embajador y jesuíta, con el más juvenil espíritu, cargaron el cuadro. Los chicos —la "palomilla" más "malora" que por aquella casa había pasado— les dejaron llegar hasta la puerta, y por igual se divertían éstos y aquéllos.

Fue una jornada de lo más festiva el tránsito de la Plaza de Santo Domingo a la Catedral. Cada vez que el cuadro se tambaleaba en las manos de los muchachos, diplomático y religioso se precipitaban con los brazos en alto para evitar que la pintura se raspara en la pared o en un poste. Y aquellos guasones —Cuevitas, Polo, Bernabé, Luque— intencionadamente hacían oscilar el cuadro para reír al unísono con los maestros.

En Catedral fueron recibidos por el señor Canónigo encargado de ello. Y en la puerta o el corredor de la Sacristía, tuvo lugar la discusión menos académica de su género: el señor Canónigo impedía el

paso del cuadro porque aquello "no era una Santa sino una artista de cine"; y el jesuita universitario y el culto diplomático en vano hacían esfuerzos por convencer al señor Canónigo de la evolución pictórica, de la protección que la Iglesia ha dado siempre a los valores artísticos nuevos, de las novedades revolucionarias que significaron en su tiempo los frescos de la Capilla Sixtina o las obras del Museo Vaticano. Todo inútil. El cuadro entró, pero sólo para ser colocado como vergonzante, no dentro del presbiterio del altar mayor, sino en una columna lateral y un tanto escondida.

Cuando, durante su sermón —alto ensayo de Derecho Internacional Cristiano—, Don Jaime evocaba o mencionaba a Santa Rosa, su mirada o ademán —en los que algo había de travesura— no iba a la escultura "oficial" de la ceremonia, sino a "su" Santa escondida, allá atrás, por disposición de un señor Canónigo.

XII

DA MIHI TARASCOS

La mirada nueva de Don Jaime redescubrió una de nuestras olvidadas figuras prodigiosas: Don Vasco de Quiroga, y quiso hacerla símbolo de un renacimiento nacional.

Fue a Michoacán a buscar las huellas sagradas, y a dar un abrazo a aquellos valientes muchachos que, en medio de la más pedestre intolerancia universitaria, daban testimonio de su Fe Católica.

Presidía nuestro Comité Regional Rafael Jacobo y de su grupo recuerdo a Andrés Morales, "el Cachiro" Díaz Barriga, Jesús Huacuja, Enrique Barrera, José Vega, Rubén Magaña, Señalveda, Roberto Melchor, Anacleto Tapia y un grupo de muchachas de virtud ejemplar y, a veces, heroica.

Dieciocho militantes de este grupo habían sido expulsados de la Universidad Socialista de San Nicolás, "por estar desarrollando una campaña religiosa y antirevolucionaria en el seno de la Casa de Estudios". Esto era por principio del 37. ¡Era la misma insana fobia décimonónica de mis paisanos, capitalizada políticamente por la minoría de jóvenes nutridos por el Estado! Era, con ello, el mismo silencio y la misma complicidad de quienes, dentro de la Universidad, ya en las cátedras, ya en el Consejo, ya en la tertulia de los cafés políticos, callaban su inconformidad, por inconsciencia, por miedo o por "hacer méritos revolucionarios". Tal vez por este tiempo, deba hacerse en justicia, la excepción de dos maestros: "El Profesor Rafael C. Haro y Alberto Sánchez Vázquez —escribe en sus "Memorias Estudiantiles" un gran camarada contemporáneo—: con criterios diferentes a los nuestros, pero sin establecer dogmatismos culturales, valoraron el pensamiento católico con laudable honradez intelectual".

"El 11 de octubre de 1937 —se leen en las mismas "Memorias"— el Padre Ibarrolla nos llamaba urgentemente por teléfono... A las 4

de la tarde los miembros del grupo que don Ramón llamara alguna vez "grupo fantasma", estábamos reunidos con las señoritas Reyes, Pepe Cardona, del D. F., los licenciados Estrada Iturbide y Chávez González y el propio Padre Guillermo. Con nosotros, Pepe Canapillo, líder capitalino que nos informó de su reciente conquista de la Vice-Presidencia de la FEU. Después de él, Don Jaime nos habló de Don Vasco y de su alma civilizadora. Creo que para todos fue una revelación aquella charla sencilla y llena de entusiasmo...

"El día 12 salimos en cuatro automóviles rumbo a Pátzcuaro. De la A.C.J.M. nos acompañaban José Martínez Peñaloza, Luis Torres, Jesús Montoya y Gerardo Martínez. Nos detuvimos en Tzintzuntzan, donde Don Jaime quiso retratarse al pie de los olivos que plantó Don Vasco... A medio día llegamos a la casa del "Viejo" Mendoza, en Pátzcuaro. Visitamos la Basílica, vimos los restos de "Tata" Obispo, en su gran bronce; sus sandalias y la campanita prodigiosa que ahuyentaba las tempestades. Volvimos a comer a la casa de los Mendoza.

"Don Jaime empleó la tarde en entrevistar al Ilmo. Sr. Abad, a varios Canónigos y a las seis dio una plática a los muchachos de la A.C.J.M. de aquel centro... Bajo una copiosa lluvia nos dirigimos después al "Estribo"... Allí en lo alto, en aquella contemplación arrobadora, surgió la idea: llevar a Don Vasco a los altares...

"El grueso de la tropa pernoctó en la casa del "Viejo" Mendoza. Al día siguiente, después de oída la Santa Misa en la Basílica, nos embarcamos en dos grandes lanchones, rumbo a Janitzio, Santa Fe y Erongarícuaro. En Janitzio convocamos al pueblo y, desbordante de gozo y emoción, Don Jaime les habló, en la iglesia, sobre el mismo tema: Don Vasco...

"Seguimos a Santa Fe de la Laguna. Con verdadera devoción visitamos el Hospital, aposento, capilla y corredores que santificó con su presencia aquel santo varón. Don Jaime descolgó el histórico cuadro de "Tata" Vasco para poder fotografiarlo. Allí pronunció aquellas palabras que serían proféticas: "Le estamos quitando a Don Vasco el polvo de los siglos", y amorosamente lo sacudía con su pañuelo... Habló después, con mucha ternura, a todos los inditos congregados en la capilla del Hospital.

“Cruzamos el lago para visitar Erongarícuaro. Ocupada la casa parroquial por la Escuela Oficial, el profesor quiso impedirnos la entrada, pero cedió ante aquel maestro al que preguntó, con tono agresivo:

“—¿Quién es usted?

“—El Doctor Castiello, de la Universidad de Bonn —al mismo tiempo que le tendía la mano.

“Recorrimos el pueblo y regresamos. En la estación de Pátzcuaro, en el restorán de “La Güera”, comimos el sabroso pescado blanco. A media tarde emprendimos la vuelta a Morelia. . .

“Aquí tuvimos una reunión al día siguiente, 14, en la casa del Lic. Estrada Iturbide, en donde Don Jaime empezó a planear más en firme la celebración de un Congreso en Pátzcuaro. Buscaba algún acontecimiento importante en la vida del santo Obispo y, de pronto, al hojear una Enciclopedia, se encontró con el dato que le hacía falta: en 1938 se cumpliría el IV Centenario de la consagración episcopal de Don Vasco. ¡Era la fecha providencial!

“El 17 Don Jaime regresó a Pátzcuaro, predicó en la Basílica y regresó a México. Pero volvió a Morelia nuevamente, en diciembre, no sin antes haber ido también a Pátzcuaro y otros pueblecillos del lago. Me parece que le acompañaba el Chino Hernández Díaz. El día 12 de diciembre dejó Morelia. Nadie imaginó, al verle marchar tan alegre, que viviría tan sólo 15 días más. . .”

Don Jaime relata a su padre las impresiones de aquellas visitas, en una carta cuyos párrafos tomo de la citada biografía de Ortiz Monasterio:

“Acabo de pasar unos días en Morelia y Pátzcuaro. ¡Aquello fue una revelación! ¡Cómo dejó huella en aquel país Don Vasco de Quiroga! ¡Qué obra de cristianización y de cultura no realizó este fortísimo y santísimo varón!

“Quedamos tan entusiasmados los muchachos y yo que decidimos que el Congreso de la UNEC, el año próximo, será en Pátzcuaro y, el tema: “Don Vasco de Quiroga y el Problema de la Cultura Indígena” (26).

Pero Don Jaime ya no pudo coronar su obra a la que canalizó sus últimos y mejores empeños.

Su idea era congregar a la más selecta intelectualidad alrededor de la figura egregia, reencenderla como un símbolo de la nacionalidad y reemprender la obra colonizadora que dejó trunca el México liberal: la cristianización de los indios, "la incorporación indígena a la cultura occidental". Esta planeación requería, desde luego, el estudio de la zona tarasca, fundamentalmente; pero, al mismo tiempo, el de las otras muchas zonas indígenas. Para iniciar el trazo de su programa, Don Jaime se lanzó a la aventura de enardecer para la empresa a hombres de muy distintos meridianos espirituales y culturales y los unió a su anhelo: Fernando Ocaranza, José Elguero, González Montesinos, García Pimentel, García Granados, Manuel Gamio... Su plan era punto de partida para proyecciones de alcances nacionales.

El día 28 de diciembre, Don Jaime y nuestros compañeros Jesús S. Sodi, Fernando Goitia, José Campillo y Luis Islas García, volvían de Tampico, donde habían realizado una formidable labor en la Semana para estudiantes y obreros. "Recogieron el "Mercedes" en Ciudad Valles... —cuenta Ortiz Monasterio—. A la caída de la tarde, cuando empezaba a oscurecer, estaban aproximadamente a la altura de Zimapán, Hgo., a unos 200 kilómetros de México. Venían en silencio, escuchando la sinfonía clásica que tocaba el radio. Jaime, que iba al volante, tarareaba a media voz... Avanzaban por una recta larga, sobre la carretera de grava, en muy buenas condiciones. Poco antes del fin de la recta, un columpio, detrás de cuya segunda cima empezaba la curva, podía engañar fácilmente a quien no conociera el camino... En el columpio el auto cogió velocidad, de modo que, al llegar a la curva inesperada, iban a más de cien kilómetros por hora. Alguno de los muchachos le hizo notar a Jaime que el camino daba vuelta y aquél torció la dirección bruscamente. El auto, fuera de control, derrapó primero a un lado y luego al otro, cosa que indicaba que Jaime trató de corregir la patinada con el volante. Lo trágico vino cuando instintivamente clavó el pie sobre el freno, porque entonces empezaron las volteretas... Los tripulantes botaron en todas direcciones. Jaime murió instantáneamente, con el cráneo fracturado. Jesús Sodi falleció tres días después, también con la cabeza destrozada, sin haber podido ser

trasladado a México, a causa de la gravedad de las heridas. Luis Islas y Fernando Goitia sufrieron lesiones de gravedad. Sólo José Campillo, que salió disparado del carro junto con el cojín del asiento delantero y cayó encima de él, sobre la carretera, resultó ileso.

“Así se quebró —bruscamente, dolorosamente— la línea fecunda de la vida de Jaime...”

“Dos días antes de emprender el viaje a Tampico, había dicho en conversación íntima a su amigo y compañero de armas, Don Julio J. Vértiz: “Yo quiero morir como los toros: embistiendo”. Y así murió: en campaña, en pleno afán de “construir la Jerusalén Eterna con adobe mexicano” (27).

En México se recibió la noticia el mismo día 28 y... no se creía. Era el día de los Santos Inocentes y las llamadas telefónicas se tomaban como pesada broma de algún guasón, de los que nunca faltan.

El día 29 de diciembre, al medio día, Miguel Estrada Iturbide y yo, encontramos frente al Casino de Morelia a Jesús Rodríguez Gómez, Felipe Tena Ramírez y Graciano Contreras, quienes nos invitaron a tomar una copa. Entramos al Casino y, apenas sentados, Miguel recibió un llamado telefónico. Cinco minutos después volvía a nuestra mesa, con una impresionante palidez: “Luis, Don Jaime ha muerto”.

Horas después tomamos el pullman para asistir al sepelio a la mañana siguiente; pero el tren se retrasó y sólo encontramos el cortejo, ya de salida del Cementerio de Dolores.

El día último del año, en el “Buick” de Fernando Menéndez, acompañé a Ramírez Zetina, Pacheco Moreno y Antonio Alvarez Urquiza a Zimapán, para recoger el cadáver de Chucho Sodi, al que continuamente habían velado, desde el día 28, Porfirio Martínez Peñaloza y Gonzalo Chapela. Cerca de Pachuca se nos cruzó la ambulancia que traía a Chucho y, tras ella, el auto de la familia Sodi.

Esa noche —noche de Año Nuevo— la pasamos en la Casa Alcázar de pompas fúnebres y el día 1º de enero despedimos el cadáver de nuestro compañero.

* * *

Al Padre Julio J. Vértiz le correspondió continuar la obra de Don Jaime y bien sabe Dios —y algo sabemos nosotros— que puso todo y

aún más de lo que tenía de su parte para cumplir la dura tarea que aceptó en una sesión casi luctuosa del Comité Ejecutivo, a la que asistían para fortalecer nuestra ánima, como verdaderos amigos a un pésame, los Padres Iglesias, Heredia, de la Peza y José Antonio Romero.

Siendo, pues, el tercer Asistente Eclesiástico de la UNEC —y por grata coincidencia, Sub-Asistente General de la A.C.J.M.— y siendo Presidente nuestro, Jesús Hernández Díaz, se llevó a cabo la “Semana de Estudios Pro Tarascos”, conforme al pensamiento de Don Jaime.

El IV Congreso, que eligió a Hernández Díaz, estudió con especial cuidado y como un grato deber impuesto por el Asistente muerto, el tema que éste había previsto: “Don Vasco de Quiroga y el Problema de la Cultura Indígena”. Fue Presidente de la Comisión redactora Javier Guzmán Rangel (28) que lo era de la Delegación Michoacana, y consultor de aquella, el P. José Mier y Terán —por largos años, misionero en la Tarahumara, como ya se dijo—. Entre los principales colaboradores de la Comisión recuerdo a Gonzalo Chapela, David Casares y Aguayo Spencer.

Pero el estudio de este tema era ya el resultado de las observaciones realizadas por dos Brigadas preparatorias. La primera se debió al entusiasmo y devoción que en la obra y el estudio de Don Vasco puso Rafael Aguayo. Salió de la capital acompañado de José Uribe Michel y José Kuri Breña. “Llegaron a Morelia en los primeros meses de 1938. Hablaron con el Ilmo. Sr. Ruiz y Flores y otras personas interesadas en aquellos trabajos; salieron a Pátzcuaro, visitaron varios pueblos ribereños, especialmente Santa Fe de La Laguna y Santa Clara del Cobre.

“Los datos y experiencias de esta jira fueron, sin duda, de gran utilidad para lo que después habría de realizarse (particularmente por Aguayo, quien ya planeaba la reedición del magnífico libro del Lic. Juan José Moreno sobre la vida de Don Vasco).

“La segunda Brigada fue obra exclusiva del dinamismo de los muchachos de Morelia. Estuvo integrada por Andrés Ochoa García, Guillermo Gutiérrez Elizarrarás, Javier Guzmán y Luis Valle Torres.

Era el mes de junio de 1938... Recorrieron paso a paso los pueblos... , dieron pláticas sobre Don Vasco y su obra social, a las gentes congregadas en los templos, capillas, plazas... El material informativo que se recogió fue abundante y de primera mano. La labor fue también de propaganda sobre el futuro Congreso..."

Un mes después del Congreso UNEC, el Secretario General de ésta se fue a Morelia, llevando en el bolsillo solamente su pasaje. Pero aún contaba Morelia con el Excmo. Sr. Ruiz y Flores y a éste acudió.

"—¿Podría Su Excelencia recomendar a los señores Curas de la Diócesis la presentación de informes sobre la situación actual de los pueblos de sus Parroquias?

"—No sólo recomendaremos, sino que ordenaremos la asistencia de todos los Párrocos de los pueblos tarascos a la Semana de Estudios.

"—¿Tendría su Excelencia inconveniente en darnos una carta de presentación para los Exceletísimos Señores de Zamora y Tacámbaro?

"—Llamaremos por teléfono al señor Fulcheri y te daremos la carta para el Señor Pío López.

"—¿Podría su Excelencia sugerirles su cooperación económica para la Semana?... Porque, sabe..."

"—¡Bien sabemos cómo andan nuestros estudiantes!... Por nuestra parte cooperaremos con esto... para los viajes y misiones preparatorias.

"—Quisiéramos, Excelencia, tener alguna oración oficial para los trabajos y..."

"—¡Muy feliz idea, hijo!... Haremos la oración y la llenaremos de indulgencias... Y con mucho gusto iremos a dar nuestra bendición a los congresistas..."

¡Aquél era un gran señor! Daba más de lo que se le pedía. Siempre dio más. Y por ello, es más, mucho más insultante aquella imbecil versión de algunos amargados que llegaron a tener la insana e insensata idea de que el señor Ruiz y Flores "era amigo" y "se entendía" con Calles, el perseguidor. ¿De dónde vino esta absurda versión?...

“¡Yo, Luis, yo ví con estos ojos que se ha de comer la tierra, yo ví el retrato de Plutarco en la mesa de trabapo del Delegado, allá en San Antonio, como se tiene el retrato de una persona querida a la que se quiere recordar con frecuencia! . . .”

¡Sí, yo también ví el retrato de Calles sobre el escritorio “de cortina” del Excelentísimo Señor! Todo aquel que era recibido por él, allí en aquel despacho de su casa de las Calles de Corregidora, de Morelia, pudo ver el pequeño retrato. Y sí: allí estaba “como el de una persona querida a la que se quiere recordar frecuentemente”. Sí: como santo, el señor Ruiz y Flores había hecho del amor cristiano a Calles un motivo de diaria y repetida plegaria para que aquel perseguidor se salvara . . . Era la oveja extraviada, por cuya alma, la Iglesia, perseguida por él, rezaba en los labios del Prelado, perseguido por él.

Vimos al Señor Fulcheri y Prietasanta. Vimos al señor Pío López y, de acuerdo con el P. Ibarrola, Asistente al mismo tiempo de la UNEC y de la ACJM de Morelia, preparamos las brigadas y un buen día telegrafiamos a Don Julio Vértiz: “Desde Día Revolución, listas nuestras brigadas para emprenderla”.

Al mismo tiempo publicamos la Convocatoria a la oración y a los trabajos en memoria del Primer Obispo de Michoacán y el Plan de la Semana. Aquélla decía:

“Yas kuinchícuaro Naná Yuríxeri huchari, Sespícuaraco, Pátzcuarro anapo, miángantati Tata Vasco de Quiroga, caxípecua hingún, engui andángutos thamo ciento uéxirin engui únchacuarangaca Caszirecua ca hucápari únégaca Michoacán anapo.

“Chátzi miáxinega Vascuni: Cha nomen marícurixungatsi imán engisxin íntzcua san curinda karímacuaro, imán enguixin uinápecua íntzcuahéacani éngisxin mátero kurípoecha no sea nitámatarango . . .

“Kuínchícuaro Naná Yuríxeri Sea Picuáraracu, comarípecue exqui Tata Vasco mintzícuarrecua hingún andángarhicutaca Teoxi ca exqui hurámuti Santa Iglesiasieri, corhéndaro uaca chieti tateni ca píche-cuani Tata Vasco, engui quin comarhépechaca hiní auándaro ca nimen hurácuaca cuálesni cheti hundúrhecuchani.

"Purénperacua uandátziperaca hingun Cúrparacuero Huréndi guarecheri Xanda aúrecheri Hacácuticha Mexico anapo. Ca Unca tunbícheri..." (29).

El Plan de la Semana era, sintéticamente: "A.—*Misiones Culturales* para revisar en los indios la memoria y el amor a Don Vasco de Quiroga..." B.—*Misiones Religioso-Sociales* que "el P. Julio J. Vértiz dará en Morelia y Pátzcuaro durante la primera quincena de Diciembre";... C.—*Semana de Estudios* (del 8 al 16 de diciembre), cuyo objeto será: 1) Estudiar la obra social de Don Vasco de Quiroga, 2) Estudiar los Problemas actuales de los Pueblos Tarascos, 3) Buscar las Soluciones Prácticas de Aquéllos, 4) Organizar un Instituto Permanente cuyo Fin Será Investigar las Necesidades de Toda la Población Indígena y la Manera de Satisfacerlas... III.—*Rogativas*: Para el mayor éxito de estos trabajos, se ha pedido a todos los Excelentísimos Prelados de la República que dispongan que, en los días del 8 al 16 de diciembre, en todos los templos del país, los Sacerdotes, expliquen la grandeza de la obra de Don Vasco de Quiroga, y ellos y sus fieles hagan rogativas por el alma de Don Vasco, por la elevación espiritual y material de los indios de México, por la Canonización de Don Vasco, por el éxito de nuestras Misiones y Semana de Estudios..."

Este programa, del que he transcrito sólo puntos principales, está firmado por la UNEC y por la A.C.J.M. y aprobado por el Excmo. Sr. Ruiz y Flores, con fecha 14 de Noviembre de 1938.

Un movimiento de reencuentro de Don Vasco se puso en marcha. La laguna, la cañana, la sierra, las tres zonas características del país tarasco, fueron removidas espiritualmente.

Quién sabe dónde esté el valioso archivo de esta Semana. Pero a mano tenemos las "Memorias Estudiantiles", tan claras y tan vivas, que hemos venido citando.

"Días antes del Congreso de Pátzcuaro, tres Brigadas recorrieron parte muy importante de la región tarasca (30).

"Ceñidas a cuestionarios previamente elaborados, realizaron una esencial encuesta auxiliados por los señores Curas de la región. Recuerdo con especial afecto a aquéllos que mucho nos ayudaron en nues-

tra investigación y propaganda, en primer término, al señor Cura de Uruapan, Don Celestino Fernández (hoy Dignísimo Obispo de Huajuapán de León) y al Padre Gonzalo Navarro, Asistente de la A.C.J.M. del lugar; al P. Arcadio Martínez, Párroco de Copácuaro y San Lorenzo, hombre de mucho temple y gran simpatía; P. Luna, Cura de Paracho; P. Moisés Chávez, de Terán; P. Vargas Romero, de Tziracua-retiro y San Angel; señor Cura Pineda, de Tingambato y P. Adolfo Soriano, de Tzintzuntzan. Más tarde tuvimos el gusto de saludar a varios más, en el Congreso, entre los que vimos al Padre Francisco Javier Hernández, ejemplar misionero de esa región, varón de gran caridad y celo por la salvación de las almas de los inditos y que vivía en eximia pobreza...

El día 6 de diciembre empezaron a llegar los congresistas. De los primeros, Antonio Gómez Robledo, invitado especial. El día 7, en camiones, los grupos UNEC de Puebla, Querétaro y México, con el Padre Cordero a la cabeza. Por tren, el mismo día, Aguayo Spencer y Jesús Pérez Sandi. Poco más tarde, en los coches del Padre Vértiz y de Cuba, piloteados por los ingenieros Jesús Manzano y Luis Hinojosa, nuestro Asistente, su hermana Lupita, la Nena García Naranjo y otra chica "Cadete de Cristo", el P. Iglesias y Gonzalo Chapela.

Pátzcuaro estaba de fiesta. Lucía el tradicional adorno de las fiestas de diciembre; pero, además, la alegría de reunir aquel puñado de juventud dedicada a estudiar y amar la obra y la figura de Don Vasco. El Santo Obispo "se dejó" retratar por el lápiz del Chino Hernández, en unos carteles que se veían en todas las esquinas, ventanas y escaparates. Pátzcuaro festejaba la "Semana de Don Vasco" muy especialmente en la intimidad de las cocinas y de las "piezas de costura", donde las chicas de Juventud Católica, encabezadas por Luza Mendoza, hoy de Chapela, preparaban las comidas de los sesenta muchachos alojados en una casa rentada exprofeso, frente a la Basílica, y las familias, en sus ricas o modestas, pero siempre señoriales casonas, daban hospitalidad a los visitantes distinguidos y a los Padres Asistentes y, para mejor honrar a sus huéspedes, congregaban a los cien familiares que cada una tenía en la ciudad. No olvidaremos entre estas familias a las siempre gentiles señoritas Mendoza Arriaga, ni a esa otra familia tan

entrañablemente nuestra, como lo eran de la UNEC dos de sus muchachos —Antonio y Felipe— Mendoza Díaz Barriga, en cuya casa fueron alojados los Padres Iglesias y Vértiz. Algún desvelo tuvieron con esta distinción ya que, estando en la misma casa un grupo de muchachas encantadoras, los “gallos” menudearon y no eran suficientes las guitarras de Chapela, Pimentel y Javier Guzmán. Por cierto que, a la mañana siguiente, camino de la casa de los Mendoza a la de la “Troya Tarasca”, el Padre Vértiz interrogó a Calderón Vega muy insistentemente sobre la conducta de la muchachada durante la noche anterior.

—¡Ninguna novedad, licenciado!... Todo en orden: sueño tranquilo y reparador de todos.

—¡Mira, hijo!... —comentó Don Julio—: a pesar de los gritos de los sesenta majaderos que os acompañaban, son inconfundibles, en una noche patzcuareense, las espantosas voces de los compadres Aguayo, Calderón y Chapela!

“Importantes fueron los temas presentados en el Congreso —siquen diciendo las “Memorias”— ... Aguayo, Islas, Sidaoui, fueron los autores; pero creo que el más importante de todos los estudios fue el del Lic. Chapela (tercer tema), titulado “Don Vasco y el Problema de la Cultura Indígena”... Estupenda síntesis en la que aprovechó el autor su larga experiencia personal y la labor inmediata de las Brigadas.

“... Don Julio y el P. Iglesias iban y venían de Morelia a Pátzcuaro, donde simultáneamente sustentaban conferencias...”

No narra el autor de las “Memorias” dos incidentes que recuerdo vivamente. Uno, cuando vino a cuento la carta “Inter Caetera” de Alejandro VI, sobre la “Donación Apostólica de América”, documento tan desconocido como calumniado. En su interpretación o sentido se enredaron los Padres Iglesias y Vértiz en apasionante polémica, con participación de algunos estudiantes. Y no sé si se hubiera terminado aquéllo de no intervenir Gómez Robledo. Ponderadamente y con exquisita inteligencia hizo una exégesis completa de esa y otras Cartas.

El otro incidente tuvo lugar la misma tarde. Como el señor Cura Francisco Javier Hernández tuviera que volver a su Parroquia, así lo explicó a la Asamblea y, con humildad conmovedora, subió al presi-

dium, se arrodilló ante el Padre Vértiz y le pidió la bendición. Un silencio cargado de lágrimas presenció la escena y la mano temblorosa de Don Julio ("¡Imagínate!. . . ¡Vértiz bendiciendo a un santo!. . .") . . . Al salir el Padre Hernández y volver la mirada a la concurrencia, ésta prorrumpió en el aplauso más cálido que se oyó en aquellas Jornadas.

El día 14, Centenario de la Consagración Episcopal de Don Vasco, se celebraron funerales por el alma del Santo Obispo. El Padre Iglesias subió al púlpito de la Basílica para producir la oración fúnebre más elegante y bella que yo he oído.

Cerramos la jornada con una Velada celebrada en el gran patio de la casa de la familia Mendoza Arciga, teniendo como maestro de ceremonias, austero y alegre, al señor Canónigo Escamilla. Presidían varios Prelados. El Excmo. Sr. Ruiz y Flores, desde luego. Una veintena de Sacerdotes formaba el Estado Mayor.

Allí el vate Mendoza Hinojosa dedicó un poema a la figura egregia; Calderón Vega habló en representación de los organizadores de aquella campaña; Rafael Aguayo Spencer leyó aquel bellísimo trabajo que tituló "Don Vasco de Quiroga y el Dogma de la Comunión de los Santos" que más tarde presentó como parte de su prólogo a la biografía que del Santo Primer Obispo de Michoacán escribió el Lic. Moreno y reeditó el propio Aguayo, como fruto de nuestra Semana.

El Padre Vértiz habló a nombre de todos, desenvolviendo una tesis central: Don Vasco como puente de generaciones y como bandera de nacionalidad que los jóvenes de México proponían al País, tal como fue el deseo de quien de la efigie de Don Vasco sacudió "el polvo de los siglos": Don Jaime Castiello.

Aún no se acallaba el aplauso de Don Julio, cuando el Excelentísimo Señor Ruiz y Flores se levantó para hacer el ofrecimiento emocionado —el más maduro fruto de la Semana—:

—¡Yo quiero convertirme en el promotor de la canonización de Don Vasco!

Pátzcuaro lloró de alegría y ha prolongado con gozo la esperanza, siempre renovada, de aquella canonización.

XIII

APOGEO

Jesús Hernández Díaz había sido electo, como se ha dicho, IV Presidente de la UNEC el 18 de septiembre de 1938.

El Chino Hernández recibía una Unión transida de problemas a los que no eran ajenas la salida de Don Ramón, primero, y la muerte de Don Jaime, después. Una institución tan fuertemente golpeada en la cabeza no podía menos que sufrir una conmoción general que, si no llegó a parálisis, en el caso, antes por el contrario, sirvió para depurar cuadros, fortalecer grupos y extender más la organización, se debió a la calidad humana de aquel Presidente, al empuje siempre generoso del Padre Vértiz y a la evidente asistencia divina.

La elección de Hernández Díaz fue ya el resultado —o mejor dicho, la solución— de un problema: el de la sucesión presidencial. Esta nunca se había planteado en términos de problema. Una libérrima decisión del Congreso Nacional, orientado por las opiniones de “los de México” nos había dado tres magníficos Presidentes. Pero, he aquí que, por primera vez, “los de México” plantearon problema. No sólo no se pusieron de acuerdo entre sí, sino que surgió un grupo que quiso, no reelección sino continuidad y un cambio total de sistema y de espíritu: la designación, no de un Presidente, sino de un Gerente.

Claro está que para nosotros eso era una verdadera barbaridad. Y, bien vistas las cosas —y nosotros no las veíamos bien—, no había tal. La experiencia de otras naciones y de otros movimientos sociales demuestra que muchas veces el secreto del éxito estriba en la presencia de una persona idónea que se entregue “full time” a esa empresa y de la que, por tanto, viva, porque “quien al altar sirve, del altar” etcétera.

¿Era Carlos Ramírez Zetina esta persona idónea para la UNEC? ... Creo que sí, lo digo ahora. Y quizá el rumbo que hubieran tomado las cosas hubiese coincidido mejor con el espíritu de los tiempos. Además, Carlos había sido siempre un esforzado universitario, con inquebrantable lealtad a la UNEC.

Pero no le conocíamos entonces suficientemente y, aunque le hubiésemos conocido, el método que se nos proponía era tan poco pariente del tradicional y, el espíritu que gobernaba aquella innovación, tan contradictorio del que gobernó siempre nuestras decisiones, que el intento fracasó por la cerrada oposición encontrada. Por primera vez el Comité Nacional se dividía en una cuestión de importancia. Y dividido llegó al Congreso, con tres candidatos que se redujeron a dos: Carlos Septién García, que no quiso dar pábulo a un escándalo, enfrentándose a lo que llamábamos "grupo imponcionista"; Alberto Delgado Pastor que, al fin, contó con el apoyo de toda "la oposición", y Carlos Ramírez Zetina.

Por fortuna —y en ella andaba la Providencia— llegó Don Ramón y ... abrió un tercer frente que envolvía a mayoría y minoría. Jesús Hernández Díaz fue el candidato y Presidente electo por la unanimidad del Congreso, no sin cierta sorda oposición de algunos "intelectuales", muchachos de nuevo ingreso que procedían de escuelas particulares, quienes no veían con buenos ojos al nuevo jefe humilde y que, al fin de cuentas, resultaron "conejos".

Hernández Díaz se echó a trabajar. Volvió a animar Cuba 88 y puso en movimiento todos los Comités de la República, contando con el apoyo de un equipo directivo que integraba Luis Calderón Vega, en la Secretaría General y, en las de despacho, José Uribe Michel, Alfonso de Robina, Ricardo López Barajas, Manuel Cantú Méndez, Salvador Guandique, Alfonso González Segovia, Rigoberto López Valdivia, Pedro Vargas Basauri, Carlos Septién García, Jesús Juárez García (muerto poco después, dramáticamente, en el mar de Acapulco), y Roberto Guajardo; y como Sub-Secretarios, Fernando González Berazueta, que era el General, Saúl Alba Leyva, Carlos Arce, Sergio Carrera Ramos, Armando Cuevas, Carlos Gómez Chico, Adolfo Christlieb, Salvador Navarro, Santiago Oñate, Hipólito González, Bernabé Molina, Rafael Ortiz y Mariano Siller.

Por dos medios principales emprendió este Comité el fortalecimiento y la extensión de sus cuadros: viajes y Semanas de Estudio.

Nos hemos referido ya, en los primeros capítulos, al sentido que los viajes tenían, dentro del espíritu educador de Don Ramón. Tal sentido no se perdió, por el contrario, fue acendrándose al punto que puede decirse que viajando aprendimos a vivir y a luchar.

Claro está que la simple perspectiva del viaje era ya un placer. Pero no eran los nuestros viajes de placer, sino de trabajo y cuántas veces de verdadero sacrificio. El viaje empezaba antes de la salida: primero se entraba en contacto con los grupos que habrían de visitarse, con los términos de sus problemas, con la calidad humana de sus componentes y, sobre todo, con la grave unción a la que tenía que acogerse el espíritu ante la responsabilidad que significaba ir a "dar orientaciones" a los jóvenes de México. Después venía la elaboración de los temas, la formulación de programas, la afinación de criterios de acción, el método para resolver tal o cual problema local que, algunas veces, era de lucha electoral, pero otras, se presentaba en términos de conflicto moral, en que se debatían algunos compañeros, o como encuentro de corrientes intelectuales o filosóficas, surgidas en el seno de un grupo estudiantil —recuerdo, por ejemplo, los conflictos en que nos colocó el malinterpretado o confuso personalismo mariteniano—.

Así se preparaban los dirigentes de la UNEC que emprendían un viaje. No digo yo que no hubiera habido "turistas". Por supuesto que los hubo; pero nunca tal ligereza pudo atribuirse a los responsables de una expedición.

Y venía el viaje. Generalmente sin dinero y casi siempre apoyado en la generosidad de familias que, aquí o allá, en todas partes, alojaban a nuestros visitantes. No deseo mencionar a ninguna de aquéllas por no olvidar a muchas. Pero es justo decir que, sin tales apoyos, difícilmente hubiéramos realizado nuestras jiras.

Algunas de éstas se hicieron mediante métodos muy ilustrativos. Por ejemplo, una del Padre Vértiz a quien me tocó acompañar, con el fin de depurar de toda "conejería" a nuestros Comités.

Salimos con billete de segunda clase, por ferrocarril, a Querétaro. Aquí nos recibieron nuestras gentes que, espléndidas, nos pusieron en el tren, con destino a León, ya en vagón de primera. En León, Don Julio fue invitado a algún sermón, con lo que "ganó" lo suficiente para seguir en pulman, creo que a Aguascalientes o a San Luis. En alguna de estas partes, combinando nuestros trabajos UNEC con sus sermones y mis conferencias, Don Julio haciendo triduos y yo charlas sobre temas sociales, obtuvimos lo necesario y aún más para continuar en primeras clases de transportes.

De estos viajes surgía, fortalecida, la UNEC. Y el fortalecimiento cuajaba y la unanimidad de criterios y de acción se producía en el seno de las Semanas de Estudios, métodos de formación en cuyos resultados más confiaba Don Ramón, cuya técnica de trabajo mejoró notablemente Don Jaime y que dieron a la UNEC nada menos que su unidad de estilo y de criterios y su cohesión orgánica.

Don Ramón realizó por lo menos cuatro Semanas, de gran trascendencia, en Torreón, Chihuahua, Morelia y Tierra Nueva (San Luis Potosí).

La primera fue por agosto de 1935. La presencia en Torreón del P. Samuel Ginori, S.J. era ya una garantía. La ciudad tenía fácil acceso y, sobre todo, estaba iniciando un poderoso robustecimiento de su catolicismo —alma de él, el P. Ginori— y se creyó necesario cooperar con él. El P. Martínez Silva se presentó acompañado de Daniel Kuri Breña, Armando Ramírez, los hermanos Fernández del Valle, Ignacio Sáenz y Manuel Cusi. Se contó también con la asistencia del P. Vértiz, con quien Don Ramón sostuvo una "espectacular polémica", según lo recuerda Meouchi. Este encabezaba al grupo de Chihuahua. También acudieron grupos de Durango, Saltillo y Tampico.

En el Colegio de Villa Matell fueron las sesiones. Situado a buena distancia de Torreón, Lerdo y Gómez Palacio, era ideal retiro. Porque, además, de "retiro" se trataba, en el sentido del método ascético: rompimiento total con el mundo circundante y las ocupaciones habituales y preocupación y entrega total a asuntos espirituales e intelectuales. Esta entrega, por otra parte, exigía una entrega a Dios, un ofrecerle to-

dos los trabajos e intenciones y mirar todas las cosas "en tanto cuanto que" están a Su servicio.

Para la Semana de Morelia (finales de 1936), el P. Martínez Silva llevó a Islas, Hernández Díaz, Calderón Vega, Marco Aurelio Torres, Antonio Alvarez, Fernando García Valdés y Manuel Cusi. A ellos se sumaron Estrada Iturbide y Chapela, de Morelia, y claro está, aquellos cuatro jóvenes Sacerdotes que tuvieron en sus manos la UNEC moreliana: José Bárcenas, Francisco Alday, Tarsicio Romo y Guillermo Ibarrola. Los visitantes se alojaron en casas particulares y las reuniones se tuvieron en el anexo del templo de San José y en el ex-convento del Carmen. A ellas asistían tanto los muchachos de la UNEC como los de la A.C.J.M.

Nuestro camarada moreliano cuyas "Memorias" hemos aprovechado, nos deja estos breves recuerdos de la Semana:

"Conocí al grupo de Rafael Jacobo una noche en el anexo del templo de San José... Me extrañó ver reunido aquel grupo de nicolaitas en tal sitio y con tal fin. Comprendí entonces la trascendencia de la obra UNEC en la Universidad. Llegué un poco tarde a esa reunión, que era de la Clausura de la Semana, y sólo tuve oportunidad de presenciar la "sesión espírita" dirigida por el P. Carlitos Heredia, S. J., y oír un fogoso discurso de Luis Islas García... Desde aquel día quedé incorporado a aquellas huestes universitarias".

Al final de aquella Semana, un inesperado paseo: una tarde, casi al anochecer, habíamos ido a la estación del ferrocarril a despedir a alguno de los visitantes, en el último tren de pasajeros. Y después de su partida, llegó un carguero con destino a Uruapan. Y tentó la aventura, para la que no eran reacios los Padres Martínez Silva e Ibarrola. El método fue el del polizón... previo amistoso trato con el conductor del carguero. En un carro-caja hicimos el viaje, intermitente, lento, agotante para otros, pero no para aquellos extraños viajeros que no tenían ni la posibilidad de abrir las puertas, por la lluvia torrencial que caía... o por temor a ser descubiertos por algún escrupuloso jefe de estación.

Todo fue broma, todo inusitado, todo imprevisto, aun aquel Rosario que dirigió Don Ramón, sólo interrumpido por las descargas de la tormenta. Rosario que nadie ha olvidado, menos aquel muchacho que esa noche volvió a la Fe Católica. "Lenin" le llamaban en la Universidad; "Lenin" le seguimos llamando. Pero él era uno antes del viaje; fue otro después de éste. El rezo militar, "de campaña" dijo mucho a su carácter de soldado. Hoy es un distinguido oficial que no ha olvidado aquel viaje, menos aquel Rosario, bajo aquella tormenta, dentro de aquel vagón, con aquellos capitanes de la Compañía de Jesús y del clero vallisoletano.

A Chihuahua (1936) fueron Manuel Pacheco Moreno, Gonzalo Chapela, Daniel Kuri, Armando Ramírez, Hernández Díaz, invitados por el señor Espino a una Semana de Acción Católica. De la Semana pasaron al problema de la lucha contra el comunismo en el Estado y enfocaron sus baterías a los centros de trabajo, especialmente. Asambleas, conferencias, círculos, tertulias privadas. Y para todo estaba la guía y el estímulo del Padre Emiliano Soria, michoacano cuyo temple corre parejas con la sobriedad, altivez y simplicidad del chihuahuense. De regreso de aquellos trabajos, los jefes de la UNEC se detuvieron en Saltillo donde ya estaba Cantú Méndez enviado de México, para apoyar la huelga del Ateneo contra Rodríguez Triana.

En Tierra Nueva (S.L.P.), en fin, la Semana revistió caracteres especialmente valiosos. Fue la fisonomía del lugar: pueblecillo cristianísimo, con un párroco joven, de alta calidad espiritual y temple de misionero —el P. Teófilo Cisneros—; fue la presencia de los Padres Martínez Silva, Julio J. Vértiz, Eduardo Iglesias, Carlitos Heredia, "el mejor equipo" de la Compañía, y la de los Sacerdotes diocesanos Manuel Lazcano y Vicente Echarri; fue la "unión de ideas y de corazones" en la convivencia de todos en la casa parroquial que alojó a cuarenta muchachos de San Luis, Aguascalientes, Torreón, Monterrey y México (éstos eran Islas, Hernández Díaz, el Chepo Macías, Carlos Athié, Casares Nicolín y Calderón Vega); cuarenta bocas glotonas que el pueblo entero gustosamente satisfacía con los regalos que mañana a mañana llevaban hasta la puerta del curato: quesos, chivos, frascos de miel, sacos de harina, de azúcar, canastas de huevo, botes de leche...

Jornada de intenso sentido comunitario, religioso e intelectual, yo sé que dejó huellas, aún vívidas, en el espíritu de muchos de aquellos jóvenes. Y aún el propio Excelentísimo señor Tristchler, Arzobispo entonces de San Luis, que nos acompañó un día a un paseo al río —sin agua, pero con árboles de acuarela en sus riberas—, guardó recuerdo de aquella inusitada presencia del espíritu universitario católico en uno de sus pueblos diocesanos... Fue en febrero de 1937.

Era natural que la experiencia en la organización práctica y en la pedagogía de estas reuniones hicieran mejorar cada Semana subsiguiente. Como fue natural que Don Jaime entendiera la importancia de aquellos trabajos y les diera una planeación más formal.

Nada de improvisaciones, había dicho, y fue más estricto en este principio cuando de Semanas se trataba. Para la segunda en Chihuahua, por ejemplo, dedicó muy buenos ratos a estructurar sus esquemas y sus tesis, con Carlos Septién García, Francisco García Jimeno y José Campillo, para quienes tenía planes de liderato. Y no andaba errado. Entre los varios cientos de tarjetas en las que Don Jaime registró —“número, peso y medida”— a cada una de las personas que trató, destacan las anotaciones en los registros de estos muchachos.

En el período de Hernández, tres Semanas se efectuaron: una doble, Saltillo-Monterrey y dos en Morelia, frutos del resurgimiento en varias partes y del florecimiento, en todas, de la vitalidad de los Comités Regionales.

Volvamos a Morelia.

A pesar de la expulsión de los muchachos a que antes se ha hecho referencia, la UNEC resurgía. Era natural: la UNEC siempre fue fermento, grano de mostaza. Sembrarlo fue siempre una victoria segura.

“Había quedado —dicen las “Memorias” de nuestro compañero— una cabeza de puente dentro la Universidad, suficiente para recomenzar la lucha. Pronto se integró un nuevo comando, bajo la jefatura de Javier Guzmán Rangel, ayudado muy de cerca por Anacleto Tapia, quien había escapado de la “depuración”, y José Luis Farfán.

A este grupo pertenecieron, además, Francisco Cervantes Romero, Andrés Ochoa García, Miguel Guzmán Rangel, Guillermo Gutiérrez Elizarrarás, Ramón Suárez Mendoza, Jesús Pedraza, Miguel Villalón Ruiz y Luis Valle Torres. Tuvo este grupo a dos colaboradoras inteligentes y activas: Alicia y Carmen Reyes.

"Dos años más tarde aumentó el contingente unécico con Armando Gutiérrez, Humberto Villalón, Héctor Núñez, José Ayala Morelos, Hilario Ortiz, Crisanto Esquivel, Leonardo Ortiz, Efraín Dávalos, Agustín Arriaga Rivera (31), Galo García de León, Julián Rangel, Luis Estrada, Samuel Sanguino Montero, Ramón Fernández... El grupo femenino se fortaleció con el ingreso de Josefina Cervantes, Esperanza Calderón Vega, Ofelia García de León y Consuelo Arriaga...

"Siempre trabajamos muy unidos con los grupos de la A.C.J.M. Recuerdo especialmente la jefatura Diocesana de Fernando Ibarrola y Gabriel Pérez Gil. De los muchachos, los más ligados a nosotros, Raúl Zepeda, Luis Torres, Angel Loza Gordillo, Enrique Delgado Hurtado, Felipe Rangel, Pablo Loeza, Raúl Chávez, Eduardo Coló y José N. Chávez González..."

Con aquel grupo, Hernández Díaz organizó su primera Semana, del 14 al 24 de julio de 1939. Así lo resume la crónica:

"Brigada: P. Julio J. Vértiz, Luis Calderón Vega, Lic. Gonzalo Chapela y B., José Campillo y Carlos Septién García... Se llevó a cabo en el ex-convento del Carmen. Asistieron: los Padres Alday y Tarsicio Romo, M. Sp. S. y los Lics. Estrada Iturbide y Francisco Chávez González. Cerca de cuarenta muchachos de la UNEC y el grupo de universitarias..."

"Un paseo a Pátzcuaro, en el Studebaker del P. Ibarrola. De regreso, poco después de Quiroga, en un tramo con revestimiento de chapopote, el carro patinó y salió disparado a la cuneta. Se estrelló por la parte trasera en una roca y quedó literalmente deshecho. Conducía Don Guillermo Ibarrola y viajaban con él Don Julio, Campillo y Septién García. Este último se torció un pie, a Don Julio se le rompieron los anteojos y los demás, sólo golpes, aunque de consideración. Total, nada serio. Sólo Pildo (quien pocos minutos antes se había pasado al coche del P. Vértiz, que venía atrás) hubo de lamentar la pérdida

de su guitarra valenciana que quedó hecha añicos, después de un último acorde, como despedida, cuando Don Julio, medio prensado por la carrocería, como todos los ocupantes, daba una absolución general... por si las dudas".

Del 9 al 14 de septiembre del mismo año del 39, se reunió la Semana de Estudios en Saltillo, en el anexo del templo de San Juan. Cuatro oradores: Hernández Díaz, Edmundo Meouchi, Calderón Vega y el Jefe, P. Vértiz.

El eje y promotor de nuestros trabajos en Saltillo era Ignacio Muriel de la Maza y su señorial casona (32).

Este aguerrido equipo de Saltillo libró batallas de juventud de las que no fue la menos importante la huelga contra el Gobernador Rodríguez Triana y sus "defensas agrarias" que rodearon el Ateneo, movimiento apoyado por el equipo UNEC que había trabajado en Chihuahua en la Semana de Estudios.

Tengo un saliente recuerdo de la semana de Saltillo: por las mañanas, terminada la Misa, Hernández Díaz y yo "bajábamos" a la Plaza para comprar el periódico y, leyéndolo en una banca del jardín, seguimos los pasos de la Convención fundacional del Partido Acción Nacional.

A la Semana de Saltillo concurrieron estudiantes de Monterrey, a donde nos trasladamos después para repetir nuestros Temas. Monterrey resurgía como grupo fuerte, encabezado por un muchacho extraordinario: Gonzalo Guajardo Hernández, con el que colaboraba un selecto grupo (33).

Como Monterrey, ¡todo era resurgimiento!... Aguascalientes reiniciaba un poderoso movimiento con Armando Avila Sotomayor. Torreón reestablecía su Comité, con Vichara Giacoman, por fines del 39 y se gestaba allí un grupo que más tarde sería de los más luchadores. San Luis Potosí apoyaba esta exultación unéctica. Aún se conservaba unido el viejo equipo UNEC que habían dirigido Eduardo Chenhalls, Antonio Rosillo, Ezequiel y Carlos Perea (el primero de éstos, más tarde Rector del Seminario), y a ellos se había unido, en una segunda generación Zeferino Sánchez Hidalgo, Luis I. Martínez Narezo, J. Trinidad Tovar ("el Teco") y, por algún tiempo, Nacho Gómez del Campo y Manuel Calvillo.

Y cómo no iban a tener importancia los trabajos que uno, diez, veinte muchachos en cada ciudad, formaban la avanzada de nuestras ideas en el ambiente estudiantil y que, durante la Presidencia de Hernández Díaz y la siguiente de Calderón Vega, mantuvieron casi todos, la vida de la UNEC: en Celaya, el estupendo grupo de jóvenes, casi adolescentes, que promovieron Manuel Orozco Yrigoyen, Mariano Gállego, Ernesto Balderas, Francisco Orozco, Leopoldo Gutiérrez, Luis Córdoba, Adolfo Corral jr.; en Colima, el P. Emeterio Covarrubias, con Miguel Cruz Cabrera; en Chihuahua, Francisco García López, Presidente del siempre numeroso Comité; en Irapuato, los muchachos del Padre Patricio Arroyo, con Ricardo Vega al frente; en Jalapa, Manuel Luengas y Manuel Acevedo, colaboradores del padre Abascal (actualmente, Obispo Auxiliar de Puebla); en Laredo, los compañeros de Vizcaya, citado atrás; en León, tan entrañablemente nuestro, Agustín, Francisco y Carlos Araujo, Manuel y Salvador Betancourt, Salvador Castaño, Francisco Cisneros, Benjamín Gallo A., los hermanos Salvador y Jorge González, Antonio Reséndiz Obdulio López Valdivia, Alfonso López H., Ramón Navarro, Leopoldo López Herrera, Gilberto Ojeda, Fidel Hernández, Jesús Ochoa Ríos, Rafael Sáenz Gutiérrez, Felipe y Juan Villegas, casi todos los cuales pronto reforzarían en México nuestros cuadros de la Universidad; en Mazatlán, José Luis Chávez; en Mérida, Francisco A. Laviada, en Oaxaca, Mario Ramírez, con el P. Bulmaro Ramírez; en Orizaba, el siempre joven Padre Rafael Rúa Alvarez, con aquellos incansables muchachos entre los que recordamos a Federico Mantilla, Mario Yáñez, Salvador Gómez y los hermanos y primos Jorge y Pablo, Agustín y Mario Aguilar, y las hermanas Susa y Magdalena; en Puebla, con el P. Roberto de la Paz, del Centro "Scientia", Ignacio Rivero Blumenkron; en Querétaro, Arturo y José de la Isla, José Luis Septién, Carlos García Michaus y Manuel García Mancebo, con el Sr. Cabrera; en Toluca, nuestro siempre cordial enlace, Dr. Arratia; en Veracruz, Mario Méndez Sayde, Lino García y Carlos Deschamps, con el P. Rafael Rosas; en Tampico y Matamoros, Alberto M. Zorrilla, José Luis Hernández y Juan del Río, con los P. Evaristo Figueroa y Genaro Alamilla, joven decidido y valiente con un comité que, a la desaparición de la UNEC, siguió siéndolo con el mismo acendrado espíritu, por disposición expresa del Excmo. Sr. Obispo Armora, uno de los grandes

amigos de la UNEC; en Zacatecas, en fin, con José Herrera Alvarez, Manuel Casas, Antonio Aguilar, Jesús Campos y una magnífica muchacha de la UFEC, Julieta Franco.

No menos importantes, por supuesto, eran los movimientos de fortalecimiento de Grupos del Distrito Federal. Además de los muchos ya citados en otros capítulos, debemos añadir los consolidados o de reciente fundación en todas las Escuelas y Facultades de la Universidad, en la ESIME y en los Colegios Particulares "Cristóbal Colón", Bachilleratos y Francés-Morelos y, por especial dedicación de Hernández Díaz, en el Instituto Politécnico Nacional, donde teníamos a dos magníficos compañeros: Hipólito González y Eduardo Aztegui.

A estos grupos se añadían los "Grupos Regionales", fundados por el propio Chino Hernández, que en la capital congregaban y hacían actuar fuertemente a los grupos de provincianos.

Pero, además, una célula vigorosa iba ya germinando, cultivada por el P. Enrique Torroella, S. J., a quien debía su nacimiento: la VUNEC (Vanguardia de la UNEC). Este grupo —muy numeroso— fue una obra que todos veíamos con delicado compañerismo y aún con ternura; pero sobre el que, en lo personal, teníamos una opinión indecisa, en el principio. No nos satisfacía —preciso es confesarlo— el sello parsimonioso, a nuestro entender, y tan lleno de fórmulas pietistas que le estaba imprimiendo nuestro Asesor Eclesiástico. Veíamos a los chicos ingenuamente entusiasmados en el adorno del altar de nuestra Capilla, en el ensayo de un coro religioso, en la práctica de un gesto de ceremonial social. . . , todo esto hecho —y esto era, según nosotros, lo negativo— muy al margen del espíritu UNEC.

Pero, he aquí que, como salta de la punta de un pino a otro pino la llama del incendio de una sierra, así saltó la mística de la UNEC del estrato superior de nuestra tradición a la frente juvenil de los *vunec*. Y, enriquecidos antes por el sello de humildad que les imprimiera su fundador, pudieron darnos una inapreciada colaboración y forjar una estupenda generación que aún pudo aprovechar la UNEC como pequeña levadura en la Universidad y en los Colegios particulares.

Meritoria y original fue la obra de un selecto grupo de Maestras: reclutaron a los muchachos Vunec en las Secundarias oficiales y tenían que empezar por prepararlos para su primera Comunión. Sin embargo, los frutos fueron enormes: muchachos cristianotes salieron aquéllos y de ellos, un Sacerdote cuajó —de las varias vocaciones allí provocadas—: el Padre Gonzalo Burgos que hizo sus estudios teológicos en el Seminario de México y, ya Sacerdote, murió por el 56 (34).

Con todos estos elementos, Hernández Díaz pudo emprender una acertada labor de formación.

—“Los Círculos de Estudios —en las Regiones y en el Distrito Federal (nos dice aquél en su Informe)— han sido especialmente atendidos, en primer lugar, por los propios Asistentes Eclesiásticos y, los que por su índole particular requirieron elementos especializados, fueron servidos por post-graduados de la UNEC y profesionales amigos. Debemos agradecer a los señores Doctores Benjamín Bandera, Antonio Sordo Noriega, Leopoldo Escobar, Julio Chávez Montes y Gonzalo Peimbert; a los Licenciados Jesús Toral Moreno, Gabriel García Rojas, Manuel Ulloa y Gonzalo Chapela, y a los Reverendos Padres Félix Lanteri, Joaquín Cordero y Alfonso Castiello, el interés que pusieron en la formación intelectual católica de nuestros compañeros del Distrito Federal. Las clases de Apologética estuvieron atendidas por Don Julio J. Vértiz quien semanalmente dictó la conferencia general y, además, los Círculos especializados que algunos grupos solicitaron. Más tarde, el P. Torroella, por ausencia de Don Julio, se hizo cargo de los Círculos.

“Nuestra Revista “Proa” recibió especial dedicación... Contamos, además, en algunas regiones de la República, con Revistas en las cuales nuestros elementos difunden la doctrina UNEC. Son de mencionarse “Alcázar”, de los compañeros yucatecos; “Cima”, de los compañeros de León; “Criterio”, de los compañeros de Oaxaca, y “Ateneo”, de los compañeros de Saltillo...”

XIV

LA ACCION CATOLICA Y NOSOTROS

A dos problemas particulares tuvo que hacer frente el cuarto Comité de la UNEC. Fue el primero el de sus relaciones con la Acción Católica Mexicana para la cual la UNEC era una desconocida, no obstante serle Confederada.

Parece lo más probable que en el nombramiento del P. Vértiz como Sub-Asistente General de la A.C.J.M., cuando era Asistente de la UNEC, haya habido un propósito de coordinación de las actividades de las dos instituciones.

Ciertas son dos cosas: primera, que por su parte, Don Julio puso todo lo que podía poner para lograr aquel propósito, y segunda, que no lo logró.

Sí hicimos sinceros esfuerzos por armonizar nuestros trabajos dentro de acciones de interés común. Por ejemplo, presentamos un plan de acción social obrera; pero nos fue rechazado por la A.C.J.M. porque "era de espíritu revolucionario" —aquél, no ésta—. Sin embargo, en cada acción concreta que planeamos y respecto de la que sabíamos el interés de los muchachos acejotaemeros, les invitamos a la acción en colaboración. Ellos nos dieron su concurso en algunos trabajos, por ejemplo en alguna elección estudiantil. Pero nada más. La actitud real, el ánimo, no cambió.

A pesar de tener vividos más de diez años de Acción Católica, los dirigentes de la A.C.J.M. —me refiero a los Asesores Eclesiásticos, en primer lugar y, en segundo, a los grupos que se sucedieron en el Comité Central— seguían actuando de acuerdo con un propósito circunstancial que pesó decisivamente en la fundación de la ACM: el de *unificación*.

La razón fundamental de los "arreglos" de la situación religiosa de 1929 fue la misma que pesó en la mente de los fundadores de la A. C.: la necesidad de salvar la unidad católica del país. Para esto hubo que hacer tabla rasa de los organismos existentes hasta entonces —viciados, por más o por menos, según lo entendían los fundadores acemistas— y crear un organismo central y centralista bajo la inmediata y estricta vigilancia de la Autoridad Eclesiástica que, a todas luces, fuera la única expresión de los seglares autorizada por la Iglesia. Tan grave pareció esta necesidad entonces que aún se olvidaron la meta y los fines del Secretariado Social Mexicano y se barrió también con este organismo fundado precisamente para coordinar y promover la acción de los católicos en los órdenes religioso, social y cívico (35).

No se trataba, porque no era el caso, de aplicar el pensamiento pontificio: "unir pero no unificar; coordinar pero no destruir"; se trataba precisamente de unificar, es decir, de hacer una, rígida, como lo pedían las circunstancias, la organización de los católicos.

Este criterio explica, a mi modo de ver, las dos actitudes encontradas: la de los acejotaemeros, por conservar, contra toda especialización, el campo estudiantil, como jurisdicción propia, y la de la UNEC por defender su derecho a hacer el bien a los estudiantes y obtener para ello el necesario espaldarazo oficial de la AC. Aquella cosa que hoy me parece francamente absurda, la de la "exclusividad", no era sino consecuencia natural de este conflicto de derechos.

Mas, por la otra parte, la UNEC —nacida posteriormente y constituida con otros elementos morales— había superado la etapa de "unificación" y se adelantaba hacia la de diferenciación o especialización en que, por fortuna, ya está colocada la mente actual de la Acción Católica.

Lo cierto es que, después de aquella Asamblea del 33, en que se planteó el conflicto UNEC-ACJM, el problema no volvió a ser puesto sobre el tapete de la discusión. Pero el problema estaba latente, vivo. ¿Dónde?... La pregunta y su respuesta son pertinentes porque dan la medida de una equivocada planteación de los problemas. Se piensa y se dice que "fuera de México todo es Cuautitlán" y por ello las realidades de la provincia suelen escapar, con demasiada frecuencia, a nuestros directores del Distrito Federal y los "planes nacionales" suelen con-

feccionarse para todo el país con los ingredientes y dimensiones del Distrito Federal.

Esto también sucedió al plantearse nuestro conflicto, que he llamado "el pleito grande" aunque, en realidad, era cosa de pequeñeces. El tal conflicto jamás se planteó en provincia, salvo contadísimas y poco honrosas excepciones. El problema siempre pudo localizarse y reducirse a los términos del Distrito Federal y casi sería más exacto decir de la Ciudad de México. Por el contrario, entre los Comités Regionales de la UNEC y los Diocesanos de la A.C.J.M., hubo dos actitudes generalizadas: la más general, la de una eficaz y espontánea colaboración expresada en el entusiasmo con que, en casi todas partes, eran recibidos por los grupos de la A.C.J.M. los dirigentes de la UNEC que con frecuencia visitaban la provincia y llevaban siempre en su programa la charla o conferencia para aquellos jóvenes; y la otra actitud, en algunas partes y épocas, la de la indiferencia absoluta de grupo a grupo, nacida de una triste ignorancia mutua de las respectivas actividades, indiferencia que es bandera de la mexicanísima "política de campanario" y resultado de la lamentable y habitual carencia de un Directorio Católico que coordine actividades o, por lo menos, registre las existentes para un elemental servicio de información técnica.

No dejaban de filtrarse hacia la provincia las filias y las fobias capitalinas; pero en el D. F. llegaban al encono, disimulado oficialmente por diplomáticas actitudes y declaraciones, con valor de salvavidas. Sin embargo, y con toda claridad aunque sin publicidad, como era lógico, en el seno de la Acción Católica se estaba discutiendo el porvenir de la UNEC. Dos tesis se sostenían contra ésta: que su espíritu no era el de la Acción Católica y que "hacia política", lo que en aquellos tiempos era un pecado capital.

Esta situación vino a agravarse con la salida del Padre Vértiz —otro golpe a la cabeza— que acentuó la crisis de nuestros grupos en el Distrito Federal. El movimiento continuo de la población estudiantil había operado substituciones radicales de personas; los nombres conocidos en nuestras filas naturalmente ya no sonaban. Una nueva generación, casi adolescente, componía nuestros grupos que, por los cambios en la Asistencia Eclesiástica, ya no tenían la solidez de generacio-

nes de otros tiempos. Cuestión de tiempo era el educarles y fortalecerles bajo las nuevas direcciones. Pero la Acción Católica tenía prisa.

Tan grave consideramos la situación que el Comité Nacional dirigió un "Informe" amplísimo al Excelentísimo Señor Arzobispo de México.

Después de exponer en sendos capítulos el "Motivo del Informe" y una "Breve Historia" de la UNEC, se expone la "Naturaleza" de ésta:

1.—La UNEC es parte de la A.C.M. a la que pertenece como Organización Confederada.

2.—La UNEC es una Organización *completa, distinta e importante*...

A) *Es completa*.—La UNEC busca la formación cabal del estudiante atendiendo al fin primordial de la A.C. . . B) *Es distinta*. Las necesidades de la vida estudiantil y la recomendación fundamental de la A. C.: "El apostolado del semejante por el semejante", hacen indispensable una organización especializada que conozca y entienda a fondo los problemas y psicología del estudiante. . . C) *Es importante*.—La razón la da Su Santidad Pío XI en un Discurso a un grupo de Sacerdotes argentinos, el 6 de junio de 1930 (Ed. de la "Documentation Catholique": "L'Action Catholique", pág. 180): "Hay líneas fundamentales que deben siempre y en todas partes mantenerse. En Italia, por ejemplo, la Acción Católica está dividida, con una división natural, en hombres, jóvenes y universitarios; señoras, señoritas y universitarias. *Es cierto que los universitarios podrían ir con la Juventud Católica Masculina y las universitarias con la Juventud Católica Femenina; pero las exigencias de su formación especializada requieren distinta agrupación.* Todavía es preciso hacer notar que de los universitarios salen los directores de la sociedad; *por lo cual es preciso darles formación particular*".

"En México esto adquiere especial importancia porque:

1º—La clase directora impía que, a través de nuestra Historia, ha demostrado ser la mayor enemiga de la Iglesia, ha salido de las Univer-

sidades abandonadas por los católicos a las influencias descristianizadoras;

2º—Es cada vez mayor la influencia de los intelectuales salidos de la Universidad, en los diversos campos de la vida nacional... Urge, por tanto, continuar con mayor ahinco la labor iniciada de formación y adiestramiento de la juventud universitaria para obtener frutos dentro de la Escuela y, fuera de ella posteriormente, en la vida de la Patria...”

El “Informe” dedica el capítulo IV al “Campo de Trabajo de la UNEC”, el V, a la “Formación y Acción” y el VI, a “La Política y la UNEC”...

“B-1.—Lo que se llama “política universitaria” es el ejercicio de derechos y deberes que engendran las corporaciones de maestros y alumnos que integran la Universidad... 3.—Y, así como la adecuada integración de los organismos de maestros y alumnos redundará y prepara el beneficio del fin último de la Universidad, así también un defectuoso funcionamiento de esos órganos constitutivos entorpecerá la misión universitaria. Y, si los órganos universitarios, además de funcionar defectuosamente, se hallan en manos de impreparados, ambiciosos o perversos, el fin de la Universidad seguramente queda desvirtuado... 5.—A remediar este mal acude la UNEC. La Universidad debe ser la organización del saber y debe aspirar al conocimiento de Dios, como fuente de toda ciencia. La Acción Católica en la Universidad debe reestablecer este principio fundamental utilizando para ello todos los medios lícitos. No hay peligro de violar las normas de la A.C. porque la UNEC no trata de hacer “política de partido” ni mezclarse en “partidos políticos”... Basta ejercitar los derechos y obligaciones que se derivan de la propia esencia y constitución universitarias. Basta, en fin, vivir la Universidad, en lo cultural y en lo orgánico. 6.—Sólo que esto no lo habían hecho antes de la UNEC los estudiantes católicos. Lo habían practicado, en cambio, los izquierdistas, los comunistas, los liberales y aún los indiferentes... ”

“C.—Y, sin embargo, la UNEC no ha actuado como tal en la actividad orgánica de la Universidad. Han sido siempre sus miembros quienes la han realizado, desde las posiciones logradas dentro del claus-

tro, y la UNEC nunca ha sido comprometida como Institución en los incidentes universitarios. . .”

El último capítulo de este “Informe” se titula: “Consecuencias de que se Mutilara o Restringiera la Actividad de la UNEC:

“1.—*Abandono de las Universidades.*

“Mutilada o modificada la UNEC, los universitarios católicos de la República perderían su órgano específico de acción y formación que es la UNEC, en la cual han encontrado. . . la satisfacción de sus necesidades espirituales, culturales y de acción, sobre la base de una sólida preparación católica. . . Ha formado en esta lucha un robusto cuerpo de doctrina que la impulsa y ha manifestado en todo momento su responsabilidad ante la Jerarquía y su espíritu de A.C.

“En una UNEC modificada no encontrarían ya los numerosos estudiantes que la forman *el espíritu y el estilo que han asimilado durante largos años de preparación y de acción que significan un gran caudal de sacrificios constantes y de renunciación continua*, a más de una acumulada energía derrochada en la UNEC por Sacerdotes abnegados, sabios y virtuosos como son y han sido los Asistentes Generales y Regionales. Todo lo CUAL ENTRAÑA LOS GRAVISIMOS PELIGROS DE LA DESBANDADA QUE CON ELLO SE ORIGINARIA.

“Por otra parte, una restricción a la actividad de la UNEC, impidiéndole cumplir con su fin esencial de acción universitaria, significa *el desmantelamiento, la desmovilización automática de una obra nacional*, con la inmediata consecuencia del abandono de las posiciones logradas en larga lucha dentro de veinte Institutos Superiores de Cultura. Podríamos citar numerosos ejemplos de ello. . . La prensa en los últimos años es elocuente testimonio de las luchas y unidad existente entre los universitarios de la República, unidad explicable solamente en función de ese aglutinante, de esa dirección y centralización orgánica que significa la UNEC. . .

“Pudiera objetarse que, al dejar la UNEC el campo de la acción universitaria en el seno de los organismos estudiantiles de los Institutos del país, alguna otra organización católica substituiría en aquéllos la dirección y el control que ahora tiene la UNEC. A esto contesta la

realidad: *un espíritu, un estilo, un método de trabajo no tienen posible substitución en lo social, sin lesionar gravemente la Obra que se trata de salvar...* (y además), el tránsito —dificilísimo entre jóvenes— de un espíritu corporativo a otro *posible* desorientaría profundamente, inutilizando lamentablemente energías y quebrando resistencias.

"2.—*Defección, Indiferentismo, Equivocación.*

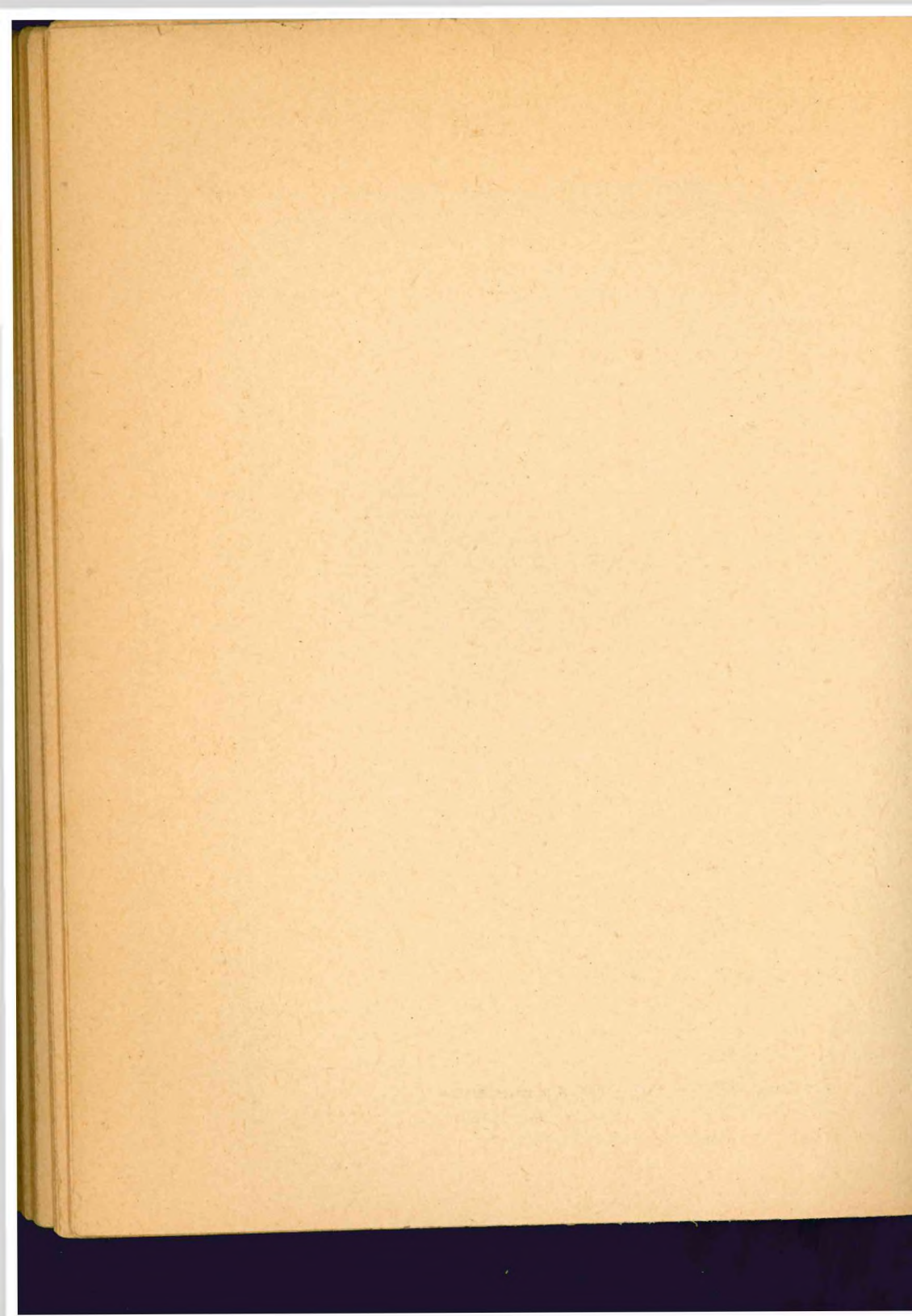
"La actividad juvenil busca siempre acción en la que desfogarse. No encontrando en una UNEC modificada esta satisfacción, la juventud buscaría otros caminos. Y puede fácilmente caer:

A.—*En el indiferentismo.*—En casi todos los Institutos del país, la UNEC ha luchado, en primer término, contra la indiferencia, la abulia para actuar, el respeto humano, resabios todos de la larga dominación liberal. Ha tenido que borrar en muchos la desconfianza hacia el Sacerdote, el torpe puntillo que impide el cumplimiento de los deberes religiosos, el sutil desprecio hacia las cosas y los hombres de la Iglesia... La desaparición de la UNEC de la acción universitaria entraña el grave peligro del retorno a ese modo de pensar de muchos elementos no totalmente asimilados, a más del recrudescimiento, en donde existe, de la indiferencia, la desconfianza a lo católico...

"b.—*En el campo contrario.*—Son bastantes y halagadoras las solicitudes que del lado anticatólico se ofrecen a los jóvenes que logran destacarse en la Universidad. Bien sea por medio de empleos o puestos remunerados en el Gobierno, bien a través de ofrecimientos de porvenir político, bien con atractivos de comisiones, distinciones, etc., lo cierto es que por esos medios y otros más se ha tratado en toda ocasión de ganar para otras causas a los jóvenes. La UNEC ha preservado a sus miembros de estos peligros y, en muchas ocasiones, indirectamente aún a los que no lo son. Y es una de las más cristianas páginas de la UNEC la vida de constantes sacrificios individuales de la mayoría de sus miembros, entre los cuales se encuentran verdaderos ejemplos de propia renunciación y de olvido de los legítimos intereses personales, en aras de los fines y actitudes católicas universitarias.

"C.—*En organizaciones dudosas...*"

Pero éstas merecen capítulo especial.



LOS "TECOS" Y LOS "CONEJOS"

Los "conejos" fueron el otro problema al que se enfrentó resueltamente la UNEC.

Era viejo su origen.

La primera noticia sobre organizaciones secretas católicas me la dió el Güero Cuesta Gallardo.

Como ya fue mencionado en "Convenciones Fundacionales", Carlos Cuesta Gallardo asistió a éllas como Delegado de Jalisco. Ya andaba obsesionado por su tema de masones y judíos. "Los Protocolos de los Sabios de Sión", "El Judío Internacional" y toda la serie de obras de caballería conejil parecen haber sido sus libros de cabecera. La generalizada sensación de frustración y de impotencia era propicia para la fantasía y la conspiración.

Con un cordial y sincero "hasta pronto", nos despedimos aquel diciembre de 1931. Pero francamente no creí nunca que el *pronto* fuese tan inmediato.

En las primeras semanas del 32 teníamos al Güero Cuesta en Morelia. Su misteriosa llamada telefónica me puso los pelos de punta, pues, apenas nos identificamos, empezó a hablarme de incomprensibles transacciones mercantiles, para sugerirme, con sutileza incomparable, que nos reuniésemos en una esquina de la Plaza de Armas, a las 8 de la noche.

Dimos vueltas provincianamente en torno del kiosko, con incontables encuentros con quienes daban vuelta en sentido contrario. Cada vez que algún paseante se acercaba, Carlos suspendía su tema y seguía con sus operaciones mercantiles; pero volvía tenazmente sobre él.

En substancia, su asunto era la creación o extensión —no lo recuerdo bien— de una organización secreta de jóvenes católicos, única forma de contrarrestar el poderío omnímodo y omnipresente, según Carlos, de la organización secreta judío-masónica.

Intenté exponerle mis puntos de vista; pero francamente no sé hablar en taquigrafía, ni puedo hilar una idea si me van tirando de la manga cada segundo.

Total, se fue con el mismo disimulo de su llegada. No he vuelto a verle. Pero desde entonces, empecé a saber más de la existencia ya de una, ya de otra organización secreta. Estaban de moda.

Por aquellos días el espíritu de lucha de la resistencia se fragmentó y se transformó en variados focos y formas de conspiración. Estos focos, sucitados algunos por gente valiosa y de buena fe, se enriquecían con la contribución de timoratos y cobardes. Incapaces éstos de dar cara al peligro —yo lo tenía bien aprendido durante los años de la Cruzada Cristera—, encontraban muy cómodo conspirar y hacer el bien bajo cuerda (“sursum corda”, como dicen que dijo algún Ministro de la época).

Naturalmente las organizaciones católicas de banderas desplegadas tenían que tropezar en este campo de tuzas y la UNEC mucho tuvo que andar por aquellos campos minados. Numerosos de sus miembros fueron adhiriéndose a las Legiones, base subterránea del Sinarquismo original y, cuando éste apareció con apariencia de espontánea fuerza mística propia, pero en realidad por la fuerza de aquella base de sustentación, algunos unécicos se convirtieron al sinarquismo: mas muchos de ellos abandonaron las Legiones cuando la UNEC tuvo que reaccionar en defensa de sus propios cuadros y disciplina. No tuvimos mayores problemas con esta sección subterránea (36); pero sí los tuvimos con otras dos sectas secretas: los “conejos” de México y los “tecos” de Guadalajara.

Como se recordará, ésta fue la primera ciudad universitaria donde prendió con gran aliento el ideario UNEC. Durante dos o tres años, ésta se mantuvo desarrollando una extensa y valiosa obra de formación cultural, especialmente en el curso del 32 y 33, bajo la Presidencia de Antonio Gómez Robledo y de Francisco López González, sucesivamente.

Pero la idea del Güero Cuesta había prendido también y se constituyó una verdadera masonería blanca, con sede en la Universidad Autónoma de Guadalajara.

La Autonomía había costado un inmenso y jubiloso esfuerzo a toda la juventud y a toda la ciudad. Unánime, ésta apoyó, sin reservas, a los universitarios que, para salvar el decoro de la cultura en la lucha contra el Estado opresor, no encontraron mejor camino que abandonar la vieja Universidad, convertida en Socialista de Occidente. La ciudad, hecha un solo gesto de altivez, abasteció de recursos morales, culturales y económicos la aventura que el éxito coronó.

Activamente, brillantemente el equipo UNEC, con los universitarios más destacados, participó en el movimiento, haciendo actuar en acciones solidarias de escala nacional a los grupos esparcidos por todo el país. Armando Chávez Camacho, entonces Presidente de la C.N.C., se empeñó personalmente en la empresa, y él y José Alvarado —¡sí, el que fue Rector de la Universidad de N. León!— fueron a sumarse al movimiento de Jalisco, parando con sus huesos en la cárcel de Guadalajara.

Más tarde fue la lucha en el Consejo de la Universidad Nacional, para que la gesta estudiantil tapatía fuera reconocida y oficializada por la UNAM. También entonces vio la UNEC que sus gentes se hacían solidarias de los estudiantes tapatíos y que obtenían el espaldarazo de la Universidad Nacional.

Y todo aquello vino a caer en manos de una mafia. En vano quisieron mantener la libertad los mejores estudiantes y maestros a quienes se debía la Autonomía. Los jóvenes católicos encuevados tachaban a éstos mejores de demasiado católicos. Y fueron eliminados poco a poco. Aquí un rechazo de certificado de estudios, ora un retardo en la inscripción, allá una pérdida de expediente, aquí la negación de una constancia de examen. Todo, sin aparecer un responsable, oculto detrás del telón de las intrigas. Las armas más innobles son las usuales, como la malévola insinuación, la calumnia y la infamia, la violencia psicológica contra los juramentos para someterlos a un grupillo dominante dentro de la Autonomía Universitaria nugatoria y frustrada como conquista de la Ciudad.

Ningún principio moral les detiene. Constituidos en supremos definidores de las tesis cristianas, hacen de éstas caprichosas fórmulas para justificaciones bajo pedido.

Y naturalmente inventan teorías para explicar su origen y filiación y para ampararse en nombres ilustres. Queriendo escudarse en el del Excmo. Sr. Arzobispo Martínez, se fingieron algún tiempo herederos de aquella famosa cuanto desconocida y perniciosa "U", organización secreta michoacana en la que algo tuvo que ver el Prelado desaparecido; pero cuyos miembros sobrevivientes y conocidos dan, con su intachable vida privada y prestigio, un claro testimonio de que muy otro era el espíritu de aquella "U" y de que ningún parentesco pueden tener con ella los juramentados feligreses tapatíos que tienen una denominación peyorativa: "tecos" (37).

A pesar de las perforaciones abiertas por las células subterráneas en el Grupo Regional de la UNEC, ésta pudo haber continuado, pues contaba con la lealtad de selectos estudiantes. Pero, de pronto, López González se encontró con la ingrata sorpresa de que el Superior de los Padres jesuitas en el Instituto de Ciencias, semillero y apoyo de la UNEC, olvidaba a ésta para tolerar y en cierto modo tutelar la masonería blanca. Cuando el P. Martínez Aguirre, que era el Superior mencionado, salió de Guadalajara y fue puesto al frente del Instituto Patria, de la ciudad de México —donde, se ha sabido después, fomentó la infiltración subterránea, a base de los descendientes de los "tecos" tapatíos—, Guadalajara y la UNEC creyeron que las células secretas habían perdido la partida. Pero la sorpresa de la UNEC fue en aumento, pues comprobó que el Padre Figueroa, que fue a substituir al anterior, no sólo miraba con simpatía el movimiento secreto, sino que se convirtió en su más decidido defensor cuantas veces las gentes más idóneas de Guadalajara condenaron las inmoralidades de los jóvenes juramentados.

Sutilmente los Padres habían sido envueltos poco a poco por las mallas subterráneas, a punto tal que éstas han podido hacer y deshacer en aquel Instituto de la Compañía, con los procedimientos más vergonzosos y condenables, entre los que señalan los enterados la utilización de publicaciones anónimas que, cargadas a la cuenta de otros —como

la masonería, por ejemplo— constituyen ataques a la Iglesia y a sus instituciones —la Compañía de Jesús, por ejemplo— y, todavía más maquiavélicamente, atacan a los propios conspiradores que, con ello, intentan —y han logrado más de una vez— provocar el descontento de la masa que dirigen para capitalizarlo después en acciones demagógicas.

¿Creían los Padres que este movimiento secretista era una mera muchachada que podrían corregir?... Nada de muchachos hay en esto. Por el contrario, un agudo y perverso espíritu les guía. Tan aparentemente cristiano y aún apostólico que, como a los religiosos mencionados, ha llegado muy hondo a jóvenes inteligencias a las que ata no sólo por el juramento ante el Cristo del sacrilegio, sino por el ambiente del aparato ritualista que da a sus ceremonias.

Ignacio González Gollaz, en un valiente folleto difundido en Guadalajara, explica ese aparato “kukluskanesco”, sí, pero terriblemente impresionante para el temperamento de nuestros jóvenes. El juramento —ante un Cristo, una calavera y un puñal, en la penumbra y con juegos de luces en el curso de la ceremonia— es semejante al de otras entidades de este tipo, pero siempre revelador:

—“Juro por Dios y por mi honor guardar absoluto secreto con los extraños a esta Agrupación, de su existencia y de la personalidad de sus integrantes y de los asuntos que en ella se traten. Juro asimismo disciplinarme a los acuerdos que en ella tome el Consejo Supremo de la Organización. Juro también considerar a nuestra Agrupación como fundamental en todas mis actividades sociales, políticas, *religiosas* y culturales”.

Naturalmente, como todos los grupos secretos, éste posee sus infras y super estructuras, por las que van pasando los neófitos, cada vez más comprometidos por su curiosidad y su conocimiento de las interioridades de la Organización y más ganados por la fuerza mística que entraña la psicología subterránea, tan fuerte, tan incisiva que algunos y muy respetados personajes están envueltos por ese clima que es ya característico en Guadalajara porque las numerosas generaciones de profesionales egresados y sellados por el juramento, matizan e influyen en organismos y formaciones sociales de muy diverso tipo. Muchas células desplazadas a otras ciudades, como en México y Puebla, y en algunos

"frentes" universitarios aparentemente independientes, propagan este cáncer.

Antes, por los años del 35 y 36, Cuesta Gallardo planeó la conquista de las zonas nortes estudiantiles. Un buen día se apareció en la UNEC de San Luis Potosí, con su cohorte de misterios. Pero, por un lado, nuestros muchachos potosinos tenían ya criterio seguro sobre el particular y, por otro, rápidamente nos consultaron. Respondimos que obrasen con la mayor energía.

Y mucha energía tenían los muchachos y buen humor. Encomendaron el asunto a Trinidad Tovar, un buen guasón, a la medida de las circunstancias. Tovar tenía, además, un agravio personal: desde mucho tiempo atrás era conocido por el sobrenombre de "Teco" y estaba orgulloso de él. ¡Venirle ahora con la peor usurpación de su apodo; saber él que "tecos" se llamaban aquellos subterráneos personajes!... Y una curiosa confusión de dos universitarios —casi amigos de tan enemigos que fueron de la UNEC— favoreció la represión "teca". Es el caso que Ramón Alcorta y Raúl Cardiel, que siempre estaban vigilantes de lo que hacía o dejaba de hacer la UNEC, creyeron que los "tecos" tapatíos eran una forma de nuestra penetración y esa enemiga dio al traste con los planes de Cuesta. A la primera cita misteriosa que le hizo a Trinidad, aquél fue aprehendido. Se le dieron doce horas para salir de la ciudad. Debe haber creído el pobre Carlos que toda la judería estaba sobre él. Porque salió en el primer tren. Naturalmente, ni pensar en enfrentarse a nuestros Grupos de Tampico, Monterrey, Matamoros, etc. Por lo demás, ya teníamos prevenidas a nuestras gentes de toda la zona norte.

Sería prolijo recordar algunas otras operaciones de "comando" de esta naturaleza. Baste decir que estábamos recogiendo el fruto de la desconfianza sembrada por las organizaciones secretas —de todos los tipos—. Habían lesionado muy seriamente la solidaridad de la clase estudiantil católica —y de otras clases—. Pronto aparecerían en México los retoños de esta mala yerba: los "conejos".

Venían de las escuelas particulares y, dicho sea previamente, en justicia y en verdad, lejos estaban de parecerse y, por lo menos la mayoría de quienes conocí, lejos también de la mala fe e inmoralidades de los juramentados de Jalisco.

En la minoría de quienes aprovecharon la organización secreta para fines y métodos inconfesables, cuenta el grupo que fue a Morelia en el año de 1939, con el aparente y único fin de fundar el Penthatlón Deportivo Universitario, organismo éste, si no fundado y manejado por los "conejos", sí decisivamente influido por ellos en aquellos años. El grupo sorprendió a los muchachos de Morelia quienes facilitaron a aquéllos los contactos para organizar conferencias y reuniones y aún les cubrieron el costo de su alojamiento, hasta que los UNEC recibieron instrucciones en contrario.

Algunos de nuestros muchachos eran vigilados estrechamente por elementos comunistas de la Universidad de San Nicolás; pero éstos, a su vez, eran vigilados por los nuestros. Por esta razón pudieron darse cuenta de que algunos izquierdizantes y jacobinos estuvieron dos veces en el Hotel Valencia, con los "conejos". Unos días más tarde, la Universidad tenía perfectamente identificados a todos los miembros de nuestro Grupo. ¿Coincidencias?... De éstas está empedrada la historia del maquiavelismo conejil.

No sé precisar cuándo aparecieron estos grupos. Tengo la referencia, quizá la primera, de que, cuando Don Jaime Castiello nos citaba a Sesión del Comité, decíamos en broma: "vamos a conejear". Y, en septiembre del 38, durante nuestro IV Congreso Nacional, algunos Delegados nuestros fueron invitados a una "reunión secreta" en casa de uno de nuestros desleales miembros, agente del grupo. Allí "se acordó" no hacer nada contra la UNEC, pues les era persona grata el integérrimo Carlos Septién García que aquéllos esperaban resultase Presidente. Por lo que se ve, ya por estas fechas nos habían perforado algunos Grupos, como el de Ciencias Químicas, en donde sólo el tesón y el furibundo anticonejismo de Pedro González Jáuregui y Carlos Arce pudieron conservar el núcleo fundamental UNEC.

Sabíamos otra cosa poco grata. Que, con gran espíritu de caridad y siguiendo instrucciones del Prelado metropolitano y de sus Superiores, nuestro Asistente Eclesiástico, P. Julio J. Vértiz, venía teniendo conversaciones con muchachos de escuelas particulares, con el fin de coordinar acciones y suavizar diferencias. No obstante, con gran sorpresa, el propio Padre Vértiz, ganado su corazón generosísimo por los

inteligentes muchachos que se propusieron cercarle, se empeñó decididamente (dentro de la inigualable libertad que siempre tuvimos para elegir a nuestros dirigentes) en que designáramos como Secretarios del Comité Nacional a dos universitarios que nos eran absolutamente desconocidos. Aún no sabíamos que eran conejos; pero ya estábamos seguros de que lo eran los muchachos que nos fueron propuestos para ser apoyados como candidatos a los puestos directivos en el Congreso de la Confederación Nacional de Estudiantes, en Oaxaca. Nos constaba de éstos su calidad universitaria y su ortodoxa orientación. Eso garantizaba, a nuestro modo de ver, una acción fecunda de la C.N.C., en caso de obtener para aquéllos el triunfo. Y triunfamos, pese a que sólo con gran esfuerzo y gracias al espíritu de nuestros muchachos de provincia, éstos se disciplinaron a nuestra decisión. Habrá que aclarar que aquellos candidatos hubieran perdido rotundamente sin el apoyo de nuestros equipos del país, como, ya en su gestión de dirigentes, perdieron todas las oportunidades que estaban teniendo, simplemente porque nada hacían aquéllos, dilapidando una herencia que nada les había costado.

Hernández Díaz, Presidente de nuestro Comité, me telegrafió un día a Morelia, ordenándome volviera a México. Cuba 88 era un hervidero de indignación. Se había descubierto el plan de los "conejos" para acabar con la UNEC. "Ha llegado nuestra oportunidad", habían declarado secretamente. Así, sencillamente, ellos que, a pesar de nuestras advertencias, habían perdido una a una todas las posiciones que les habíamos entregado y de las que se envanecían como de triunfos propios, batiéndose en retirada derrotados por la izquierda en todas partes y demostrando una vez más que la burguesía no sabe luchar.

Dos chicos de nuevo ingreso a nuestros Grupos habían sido invitados a sumarse a los juramentados. Su aparente entusiasmo por "la causa", les valió llegar rápidamente a puestos claves, guiados en forma misteriosa —con uso de capuchas, salas oscuras y Crucifijos, impresionantemente iluminados, para la juramentación—.

Así supieron los planes e inmediatamente los comunicaron a Hernández Díaz. El Comité reprobó el procedimiento de aquéllos; pero se reunió con decisión de defender la integridad de la UNEC. El obstáculo era... ¡nuestro propio Asistente!

Pero no conocíamos bien a éste.

Ya presentes todos, le esperábamos en el "salón de los espejos" dispuestos a presentar nuestra renuncia, si Don Julio se oponía a la lucha frontal contra los "consejos".

Llegó recto, apresurado y ceñudo; se mantuvo tras su asiento, de pie y, tras las preces de rigor, disparó:

—Se muy bien lo que os disponéis a hacer. Pero, antes de que lo hagáis, ved aquí mi sombrero: o me dáis un voto de confianza, o seré yo quien se retire.

—¡No, Padre! —interrumpió Hernández Díaz bruscamente—. . . Ya no es tiempo de dramatizar. . .

Pero no se qué gesto de elocuencia tuvo Don Julio, al repetir:

—¡Os exijo un voto de confianza!

Y. . . ¡el Comité nunca "les falló" a sus Asistentes! Le dimos el voto de confianza y escuchamos a continuación, ya sentado el Padre:

—Bien, hijos: hasta hoy veníamos buscando, con sinceridad, una colaboración. . . Desde hoy, hemos de decir: esta batalla es nuestra batalla. Solos la hemos de ganar.

Unos minutos después entraban dos de los dirigentes juramentados para decirnos:

—Este es un momento crítico. Dejemos a un lado diferencias y decidamos quién tendrá el mando único: o ustedes o nosotros.

La respuesta de Hernández es histórica:

—Aquí ya no hay "ustedes y nosotros". Hay solo UNEC, la que va a continuar su pelea. Yo no sé qué harán ustedes, ni nos importa. Si se nos ponen enfrente, los combatiremos y sabemos que ustedes perderán, como han perdido todo.

Unos cuantos minutos después salían, no dos, sino cuatro muchachos juramentados, para no volver a entrar a Cuba 88.

He aquí cómo informó Hernández Díaz del incidente y del criterio y doctrina que nos guió —y que aquél recoge del "Informe" que, en el capítulo anterior, empezamos a transcribir y que aquí aparece con doble entrecomillado:

“... *Organizacionnes Dudosas.*—Ha aparecido de algún tiempo a esta parte, en diversos campos, una forma de actividad de católicos que, saliéndose de las normas de la A.C., organizan su acción en forma de juramento secreto y de obediencia a jefes ocultos. También en el campo universitario ha aparecido este sistema que no vacilamos en calificar, siguiendo el criterio de la Santa Sede al respecto, de grandemente dañino para los intereses católicos, en general, y para la juventud en particular, por las siguientes razones:

“1.—*Irresponsabilidad.*—Toda organización secreta y juramentada es prácticamente irresponsable. La Jerarquía no tienen ningún medio cierto —como la Asistencia Eclesiástica— para asegurarse de la recta aplicación del Dogma y de la doctrina. El solo hecho del secreto independiza a la organización de la Autoridad Eclesiástica. Faltando, por tanto, la autocritica libre, en virtud de la obediencia ciega, y el control legítimo de la Autoridad que, en el seno de una organización católica, depuran y perfeccionan la acción a la luz de los principios, aparece la deformación de la contemporización y del relajamiento de la autoridad en la selección de los medios.

“Y nace la cómoda, inconsciente fórmula de “el fin justifica todo”. Llega así un momento en el cual los grupos secretos pierden su impulso inicial, más o menos ajustado a los principios, y se extravían en el remolino de la acción momentánea e inmediata. Fácilmente se cofunde entonces el sostenimiento de la posición material lograda, con el sostenimiento del principio, lo que trae como consecuencia la deformación de éste... hostilizando, en primer término, a las legítimas organizaciones católicas y no vacilando aún en hacer componendas con los enemigos, con el fin de sostener las situaciones momentáneas favorables.

“Como resultado, ante los ojos de los no católicos que observan esta conducta, el Catolicismo se va asimilando a una serie de pequeñas maniobras, de hipocresías y aún de indignidades, ya que generalmente los católicos que trabajan secretamente, no tienen ni muchos deseos ni mucha fuerza para aparecer como tales y para proclamar los principios...

“2.—*Deformación Individual.*—Es positivamente desastroso el resultado que para un espíritu juvenil produce la organización secreta.

Comienza por suprimir el sentido de la responsabilidad ante la conciencia, para supeditarla al de la sanción por el incumplimiento del juramento o de la orden. Diluida la responsabilidad, rasgo distintivo del joven en plenitud, viene la disminución del libre albedrío que sale muy maltrecho de un juramento por el cual el individuo se obliga a obedecer a jefes ocultos, sin discusión. Continúa acostumbrando sus miembros a tareas de espionaje, en las cuales se requiere desdoblarse la personalidad en esfuerzo de falsía para engañar al espionado. El resultado es la disminución o atenuación de las cualidades juveniles: dignidad, honor, rectitud. Pues no se concibe integridad en un joven que tiende la mano y acompaña y halaga con el sólo fin de fiscalizar los actos del vigilado, en provecho de un conciliábulo desconocido. Ni se entiende la rectitud de quien es capaz de pasarse las horas muertas, en acecho aún de los actos más triviales de una organización, simulando amistad, lealtad o camaradería. Y, si todo esto se disculpa cuando se trata de acechar en el campo contrario, no tiene atenuación ninguna cuando tal actividad se ejerce precisamente en contra de organizaciones católicas legítimamente constituídas, con responsabilidad, jerarquía y unidad.

““Todo esto lo hemos palpado en la UNEC cuando la organización ha tratado de atraerse a los jóvenes de grupos de esa índole. Siempre se ha tropezado con una falsa disposición que, a la larga, se convierte en espionaje y en reblandecimiento de los cuadros, en momentos difíciles. E independientemente del perjuicio que se cause a las organizaciones, permanece el grave mal, la deformación, el disimulo, la falsía que aprenden en tal escuela los jóvenes. Y lo más grave es que tales métodos torcidos, con toda la consecuencia de actos incontrolables e incontrolados, tratan de justificarse a nombre de Cristo.

““3.—*Ilegitimidad*.—... Su ilegitimidad está declarada de mucho tiempo atrás, en el Decreto del Santo Oficio del 18 de mayo de 1884, que afirma:

““... los católicos deben alejarse no solamente de las sectas masonicas, sino aun de aquéllas que exigen de sus adeptos un secreto que no pueden revelar a nadie y una obediencia ciega a jefes ocultos. No existen, en efecto, sino dos sociedades independientes y perfectas, se-

gún el derecho natural y el derecho divino revelado: la Iglesia y el Estado; una sociedad secreta, cualquiera que ella sea, por el mismo hecho de su secreto, se hace independiente de la Iglesia y del Estado que no tienen ningún medio de control relativamente a su fin, su organización y su acción: es, pues, ilegítima. . . .”

““Antes, el 21 de septiembre de 1850, una declaración de la Sagrada Penitenciaría había fijado la extensión de las Bulas Pontificales lanzadas contra las sociedades secretas de este género:

“Las asociaciones que profesan no hacer complot contra la religión y el Estado y, sin embargo, forman una sociedad secreta oculta, confirmada por un juramento, están comprendidas en estas Bulas” (Dictionnaire Apologetique de la Foi Catholique, T. II, Pág. 127) (38). Hasta aquí la cita del “Informe al Excmo. Arzobispo de México.

“El Comité Ejecutivo Nacional de la UNEC, con su Asistente Eclesiástico General, R.P. Vértiz —continúa el Informe de Hernández Díaz al V Congreso— trató, sin embargo, de poner las bases para un entendimiento con los miembros de dicho grupo secreto, por dos motivos fundamentales: para evitar la división de las fuerzas católicas actuantes en la Universidad y, segundo, para que, conociendo a nuestra Organización en plenitud, sin los prejuicios que la leyenda ha formado en torno de ella, pudieran dichos elementos incrustarse lentamente en sus filas.

“Dichos compañeros contaron con nuestra lealtad más absoluta. Nuestro desinterés fue claramente demostrado en varias ocasiones. Fue nuestra primera colaboración el Congreso de la C.N.E. en Oaxaca. . . . Más tarde, en las luchas parciales por las directivas de las Sociedades de Alumnos, repetimos la colaboración. Desgraciadamente y a pesar de nuestra intención unificadora demostrada continuamente, descubrimos que, en el seno de nuestra Organización, ellos realizaban tareas de zapa. En el propio Comité Ejecutivo Nacional y en los puestos importantes de las Secretarías del Distrito Federal y de Organización, se encontraban elementos que usaron su posición para sabotear a la UNEC, encuadrando a nuestros compañeros en su organización secreta, celebrando juntas a las cuales se invitaba a nuestros camaradas y en las que se criticaba duramente el presente y el pasado de la UNEC.

a los jefes antiguos y a los actuales, con gravísima mengua para la disciplina de nuestros cuadros estudiantiles. Varios compañeros nuestros se acercaron al Comité Ejecutivo Nacional y al propio Padre Vértiz, para denunciar tan innoble labor.

“Nuestras ideas sobre la unidad estudiantil católica nunca implicaron el abandono de la defensa de nuestra amada Organización. Tuvo, pues, el Comité la obligación de separar de sus puestos en el mismo a los compañeros que en forma tan desleal trabajaron en contra de la Organización; de igual manera, tuvimos que limpiar nuestros Grupos de elementos que ponían en riesgo nuestra distintiva disciplina y el éxito de las tareas encomendadas a nuestros militantes (39).

“Asumo, camaradas del V Consejo Nacional, la responsabilidad absoluta de la línea de colaboración con dicho grupo secreto y de las consecuencias que de ello se dedujeron. Ustedes tienen la obligación y el derecho de juzgar los actos que, como Jefe de la UNEC, realicé. Creo haber obrado con lealtad de caballero y de católico siempre, y supuse ingenuamente —este fue mi error— que los elementos con los cuales trataba responderían en igual forma. Por desgracia, no fue así. Tengo la seguridad de que los jefes futuros de la UNEC aprovecharán mi experiencia para las labores que la Organización emprenda en el porvenir. . .

“En el mes de agosto de este año (1940), el P. Vértiz dejó la Asistencia Eclesiástico de la UNEC. . .”

DON JULIO J. VERTIZ

...Y Don Julio fue la Revolución”.

Había pasado ya aquel inusitado fervor intelectual, la época de sistematización de los fundamentos culturales, sólida, lógica, escolástica: la creación del estilo UNEC, teocéntrico. Fue Don Ramón el Medio Evo. Y Don Jaime, el Renacimiento: "el ansia más o menos consciente de unidad orgánica", el entusiasmo filosófico, con la apertura de los nuevos horizontes que de Europa traía él en su dintorno, la sed de descubrimientos, la erección, en figura simbólica nacional, del hombre aquél, renacentista, de la Utopía de Tomás Moro, que fue Don Vasco de Quiroga.

Ahora era la Revolución, la mística social del descontento, la vindicación de propios derechos substantivos, la transformación de nuestro mundo, el tránsito hacia otras formas estructurales y a otros sistemas de trabajo.

No era sólo que Don Julio sostuviera las más avanzadas tesis en materia social, como ya era célebre por las polémicas que, en algunos Congresos, había sostenido con los Reverendos Padres Iglesias y Joaquín Sáenz, tesis que, en un Congreso Eucarístico de Orizaba, concretó en el apotegma: "nadie tiene derecho a más del mínimo, en tanto todos no tengan el mínimo".

No era solamente que Don Julio mismo fuera una contradicción de su propio mundo. Su despacho, lleno de ceniceros, pisapapeles, carpetas, tinteros y plumas de metales relucientes y de ediciones primorosamente empastadas, daba la sensación de pertenecer a un atildado

aristócrata; y ciertamente su gusto, su inclinación tendían hacia allá; pero los desviaba su convicción: ganaba el duelo su corazón magnánimo y cristiano y su estilo intelectual revolucionario. Se rodeaba de las "Cadetes de Cristo" y departía largamente con muchachos que cultivaban la anécdota subrealista; mas, para las horas decisivas y las luchas, buscaba la tropa de la UNEC, "medianeja de formas sociales", según el decir de Don Jaime. Se divertía con la polémica espinosa de jóvenes que andaban en los límites del Dogma e incursionaban en los terrenos volterianos; pero prefería a aquellos "cuatro compadres majaderos" que dirigían la UNEC, en quienes encontraba siempre la férrea fidelidad a las enseñanzas tradicionales de la Iglesia. Tenía una modernísima concepción del arte, pero, cuando estuvo frente a los cuadros de San Ignacio y Santa "Rosa, Soror Nostra" de Hernández Díaz, no se contuvo y exclamó: "Un San Ignacio con cara de Lenin y una So... horror... Rosa Nostra".

A pesar de su inconfundible carácter sacerdotal, su rostro revelaba su ascendencia liberal. Así lo descubrió el Chato Manjarrés, Director que fue de "El Nacional", quien moría en su residencia de Cuernavaca. Su alejamiento de la religión y los grupos masónicos que le rodeaban hacían imposible la asistencia de un Sacerdote. Pero llegó Don Julio, pudo romper el cerco masónico y pararse frente a Manjarrés. Y fue su nariz el instrumento divino:

—¡Tú eres Vértiz por la nariz!

—Soy el Padre Vértiz, de la Compañía de Jesús.

—Pues, con un hijo de liberal sí me confieso.

Y se confesó.

No hijo, sino bisnieto de Don Valentín Gómez Farías fue Don Julio, quien, en alguna ocasión habría de exclamar: "El canalla de mi abuelo tuvo todos los defectos, menos el de ser ladrón".

No era Don Julio el tipo adecuado para los besamanos. Tenía pasión por la verdad. Y la exponía desnuda, sin las pudibundeces con que suelen vestirla en sociedad. Así sucedió, creo que en la Votiva, en una función organizada por todas las Ordenes Pontificias de Caballería. Estas obsequiaban una bella Imagen de Nuestra Señora de

Guadalupe para no recuerdo qué capilla, altar o templo que se dedicaría a la Guadalupana en Roma. Invitaron al Padre Vértiz a predicar en la función y bendecir la Imagen; pero rehusó "porque se sentía nervioso" y sólo aceptó decir "algunas palabras" en el ejercicio del Rosario.

Semanas antes, el Padre, por encargo del Excmo. Sr. Arzobispo Martínez, había intentado la organización de los padres de familia en un movimiento que presionara sobre el Gobierno para alcanzar algunas rectificaciones a la política educativa, a través de la reglamentación del Artículo 3º Constitucional que se estaba elaborando. El Padre Vértiz encontró cerradas todas las puertas, incluso las de la A.C.M., motivo por el que se cruzó algunas cartas un poco duras con el Excmo. Señor Arzobispo de Puebla, Director Pontificio de la A.C.M. Al final de cuentas, la situación tensa que este conflicto le creó sería decisiva para la suerte de la UNEC y para la salida del propio Padre, en "misión parroquial" a Lady Guadalupe Church, de San Diego.

La tarde de nuestra anécdota, el Padre subió al púlpito revestido con una sotana de seda negra, sin mangas, por lo que se destacaban las café-quemado de la chaqueta de su traje de calle. Desde el púlpito, debe haber sido impresionante el panorama de venerables y porfirianas calvas de cientos de caballeros en traje de gala y con espadas relucientes, que ocupaban el templo. Y las bancas empezaron a rechinar apenas pronunciada la primera frase:

—"Lo menos malo del Porfirismo fue Don Porfirio Díaz..."

Debe de haber venido a cuento el juicio histórico; pero no recuerdo el tema que apuntó. Ya en mitad del desarrollo del asunto, Don Julio hizo alarde de una de sus más bellas cualidades oratorias: el pictorismo de sus palabras, la maestría de sus descripciones, la belleza plástica y la viveza de sus narraciones. Hizo desfilar a los más célebres caballeros de la Historia y de la Literatura, citando sus hazañas y describiendo los tajos de sus espadas que blandían sobre moros, y sarracenos y judíos, en rescate del Santo Sepulcro y en defensa de sus reyes y sus reinas... Era un reluciente juego de espadas en combate, tintas en sangre de infieles, que después eran depositadas devotamente a los pies de sus soberanos del Cielo y de la tierra...

—... ¡pero no conozco un caballero mexicano que haya desenvainado esos... espadines cortesanos para defender la conciencia de sus hijos!...

Etcétera, etcétera.

Y su comentario, al salir, con los muchachos que le acompañaban!

—Creo que estuve un poco majadero, ¿no?

* * *

Tenía una diamantina devoción por la lealtad, por el honor caballeresco. Nada hería tanto su sensibilidad como el deshonor y la falsía. ¡Cómo sufrió, crucificado entre la orden de sus superiores para intentar la colaboración con las sectas secretas estudiantiles y su aversión a los desleales mimetismos de éstas! ¡Cómo se desgarró entre su simpatía a la brillantez intelectual de algunos de los muchachos juramentados y su deslealtad, entre la generosidad de su corazón que quería acercarlos a él, y la consumada burla que de él hicieron!

Todos sus esfuerzos por lograr la unidad de la UNEC con estos grupos se trocó en pasión por depurarla de las penetraciones de los juramentos. Largas semanas le acompañé por el país, vigilando la ortodoxia social de nuestros Comités. Y, en todos esos viajes, él iba profundizando el tema de la rectitud de conciencia, del honor como flor de la dignidad humana.

Esa pasión por la lealtad le hacía inaceptable la figura de Don Agustín de Iturbide que, tras el pacto de la Profesa, prometió lealtad al Virrey y contra él volvió las tropas que a su mando puso. Tal tesis la disparó, con gran sorpresa de las gentes, en una Velada organizada en Morelia.

Una vez viajábamos con él, en segunda clase de ferrocarril —“porque no había tercera”, explicaba Chapela—, éste, Islas y yo. Nos detuvimos en San Luis Potosí, donde se nos alojó en la casa de la familia Chenhalls. La víspera de salir a Aguascalientes, nos advirtió que, en caso de perder el tren, no contaríamos con alojamiento ni recursos. Mi mala estrella me hizo perderlo: llegué a la estación ya cuando los Padres del Espíritu Santo, que entonces tenían la UNEC potosina, y

algunos compañeros volvían de despedir al Padre Vértiz. Con la *fortinga* de Eduardo Chenhalls intenté un recurso desesperado: alcanzar el tren, si tenía la fortuna de que se detuviera en un cambio de agujas, a unos tres kilómetros de la ciudad, precisamente en el paso a desnivel de una carretera en brecha. La fortuna nos sonrió. A gatas subí el terraplén y Chenhalls alcanzó a echarme la maleta por el último vagón. Cuando entré al que ocupaban mis compañeros, el Padre, de pie, dirigía una filípica a Islas y Chapela quienes, uno frente al otro, sentados con toda humildad —y un reprimido gozo por la situación— recibían el chaparrón. Al verme, Don Julio quedó sorprendido y terminó su filípica: “¡Majaderos!... ¡Ni el tren los deja a ustedes!”

Llegamos a Aguascalientes. Nos alojamos en otra casa particular y Don Julio nos dio un billete de diez pesos para poner un telegrama que nos costaba un peso sesenta centavos. El calor era intenso y se impuso una cerveza... que fueron dos. Al volver a casa, el Padre me rendaba al extremo de una larga mesa. Nos sentamos en el extremo opuesto, temiendo la traición por el olfato. Era larga la nariz de Don Julio, pidió cuentas y Chapela se enredó en una pormenorizada explicación del caso: “Sabe usted, licenciado, que aquí, en el clásico jardín de San Marcos, venden una nieve exquisita... ¿no la ha probado usted?... y, como hace calor... ¿no lo siente usted?...”

Acaso ésta fue la única vez que de veras se molestó con nosotros Don Julio. *Apechugamos* con la situación y nos fuimos a Catedral, donde habríamos de desarrollar cada uno un tema prefijado. Yo no sé si la cerveza, el calor o la ocasión lo hicieron, pero lo cierto es que fueron tres intervenciones ¡hasta brillantes, qué caray, que la humildad es la verdad!

Salimos al filo de las 11 de la noche y quiso el buen Padre Escoto acompañarnos; pero Don Julio le explicó que tenía un asunto con nosotros.

—Al General Grant —empezó— le gustaban los copetines y eran muchos los que, envidiosos de sus batallas, aprovechaban aquella flaqueza del General para ir con *chismorrrreos* al oído del Presidente Lincoln. Este, cansado de murmuradores, un día preguntó a algunos de

ellos: "Decidme, ¿de qué marca es la bebida del General Grant que le hace ganar tan buenas batallas?"...

Le contestamos a una:

—!... Dos Equis, licenciado!

—¡Majaderos!... ¡Vamos a tomarnos otra!... ¡Pero creo que es hora mejor para un café!... Allí veo uno...

Preparando el V Congreso UNEC, convinimos Juan José Gutiérrez Mendoza —del grupo de Comercio— y yo en componer el Himno de la UNEC: él la música, yo la letra.

¡Qué recia, marcial, vibrante la música de nuestro Himno que escribió Juan José! Por mi parte, envié al Padre Vértiz algo que le indicara ritmo, acento y medida, y de San Diego nos remitió esta letra que fue declarada oficial y que se transcribe con las anotaciones originales de Don Julio:

CORO

Altavoz del Vicario de Cristo,
Vibración de la Eterna Verdad,
Soy la UNEC: luchando conquisto
Para Cristo la Universidad.

Estrofas (o cosa parecida)

Es la Fe mi viril armadura,
Es mi hierro cortante el Honor,
Es mi limpio pendón la Cultura,
Es mi sueño una Patria mejor.

Capitanes bizarros ¡Presentes!
Paladines bizoños ¡venid!
"¡A la Luz por la Cruz!", reverentes,
Exclamad y volad a la lid...

Con su sangre la ruta bendita
Al caer nos trazó el Padre Pro,
Donde vive Don Jaime y palpita,
Donde Sodi a su lado, cayó.

Nuestra ruta, triunfal caballero,
En cien lides marcó Don Ramón,
Y Don Julio nos dijo: "¡Primero
Perecer que entregar mi pendón!"

En Aquino, Verdad luminosa,
En Loyola, indomable valor,
Pero Dios nos ha dado una Rosa
Que es perfume y leyenda y amor.

Una Virgen Trigueña en el monte
Con sus ojos brillando de amor,
Ve surgir del lejano horizonte
La silueta de un mundo mejor...

"Nota.—No existe derecho de propiedad. Cualquiera puede corregir o variar las dichas estrofas o el dicho coro, particularmente si se hallan contra la Moral, la Política, la Decencia o alguna otra bellaquería.

"Encuentro que hay muchos *ones* en estos versos. Convendría suprimir algunos. En los versos y en la realidad".

Algunas semanas más tarde, me contestaba otra carta:

"Del Himno de la UNEC, no tienes nada qué agradecerme: hice otras estrofas que no mandé porque me parecieron poco oficiales...

"En cambio, cualquiera de las que siguen me parece propia para terminar el Himno... para que no haya tantos... *ones*:

"A la luz por la Cruz": en el monte
Una Virgen, con ojos de luz

—o "en los ojos, profética luz,—
Ve surgir del lejano horizonte
Una Patria que besa la Cruz...

(¿no es éste el delirio de la UNEC: hacer que la Patria vuelva a besar la Cruz? Y, ¿no es la Virgen la que puede anticipar la realización de ese ideal?...)

“Sobre un viejo retablo de España,
Una Virgen Morena, de pie...
¡Un ardor de combate en la entraña
Y en los labios un grito de Fe!...”

(¿no es ésta la mejor *estereotipación* de la UNEC?...)

“Tuyo, en Dmo. para los *reatazos*, J.J.V., S.J.”

En la misma carta, refiriéndose a un “*sablazo*” que le lancé para solventar los gastos de un Congreso, dice:

“Pildo evanescente y fantasmagórico, sólo real ante el pescado de la Güera”.—Pátzcuaro, Mich.

“Ya mano en la mejilla, pensaba yo en lo espantoso de mi suplicio: contemplar cómo la vorágine se traga al hombre, cómo esta monstruosa maquinación cosmopolita se traga al mexicano... Para distraerme, me puse a escribir un poema:

“México, tierra clásica de los machos,
es un torpe desfile de orangutanes
que salmodia grotesco con los Camachos
y perdona, cobarde, a los Almazanes.

El compromiso triunfa: nuestra política
no sabe de derechos ni de decencias...”

“Pero me pareció que, si seguía por este camino, podía llegar a escribir algo fuerte...”

“Entonces pensé en contestar tu carta que acababa de recibir. ¡Hombre, es más peligrosa que el agua tofana de Florencia, diáfana y venenosa! Mejor, puesto que para metáforas estamos, un puñalito de Benvenuto bajo el cual aparecen los filos del sable mexicano... Pero ¡a buena parte vienes, Pildo!... Nunca más sumido en la miseria que ahora. Lo poco que tenía lo gasté en libros y ahora no me queda sino el recuerdo... (¿cómo es el dinero?...)

“Te suplico me des informes pormenorizados acerca del gran negocio... Allí los quería ver!... ¿Cómo se presentan las cosas?... Escríbeme mentando por su nombre a cada hijo de su madre. A ésta no es menester que la nombres”.

Y, como nota final manuscrita:

“Para un apuro subido, ¿por qué no ves a Carmen Correa y le explicas la situación?... Ella sola vale un ejército y es maravillosamente discreta, inteligente y apostólica”.

Voy a citar otra carta y lamento que no sea *publicable* íntegramente. Se comprendería mejor su inmenso valor humano. Esta carta, fechada el 15 de mayo de 1939, me la dirigió a Lima, donde estábamos esperando el II Congreso de la CIDEC:

“...Viniendo al mero mole: aunque tengo la más ilimitada con fianza en su manera de pensar, en su valor indomable, en su lealtad a toda prueba, todavía —¡son tan especiales las circunstancias!— quiero manifestarles clara y brutalmente mi manera de pensar.

“Es evidentísimo que los E.U. tratan... de afirmar su hegemonía sobre la totalidad de América Latina y no vacilan en el empleo de los medios. Uno de los que han adoptado a últimas fechas es el de valerse de la influencia de sus propios católicos. Tienen los ojos puestos en el catolicismo latinoamericano y creen que lo van a engañar nuevamente... El P. Edmundo Walsh, S.J., tristemente célebre en nuestros “arreglos religiosos”, acaba de abogar —en una movidísima sesión del Senado Estadounidense— por “la inteligente pero integral aplicación de la Doctrina Monroe”... ¿Qué significa esto? Ya, con sus finísimas antenas, lo había presentado Vasconcelos: los EE. UU. quieren explotar el catolicismo sin raíces de sus católicos, para embaucar a nuestras naciones.

“Es probable que algún Monseñor americano desorejado, secundado por algún Prelado con sangre de chufas y algún diplomático de los que no conocen más agua que la de borrajas, trate de obtener alguna declaración más o menos velada acerca del *Panamericanismo*.

"Uds. —confío absolutamente en que son hijos de mártires— se opondrán cortés, pero resuelta e irreductiblemente —hasta abandonar el salón de sesiones, si es preciso— a *toda declaración explícita o implícita que quiera considerar el Panamericanismo como lazo de cultura católico-universitaria entre nuestros pueblos y el mercader del Norte*. La proximidad geográfica no significa nada. La víctima está próxima al verdugo. Los estudiantes católicos de los E. U. no tienen privilegios sobre los de China o los de Japón. . .

"En cambio, debe pronunciarse muy alto, enfática, agresivamente, que *la hispanidad* sí es lazo apretadísimo y *vínculo universitario natural y providencial entre la madre España y sus hijas de aquende el Atlántico*. El único cauce que reconocemos —como *divino*—, la única forma posible de la confederación de nuestras juventudes. . .

"Quisiéramos que fuesen más allá —Uds. calcularán—: con la acre, plena fulminante condenación del *monroismo*, que es una *pecado en acto*. . .

"Espero simplemente que cumplirán Uds. como buenos, sabiendo que México, con todos sus dolores, habla un momento por sus labios juveniles.

"Cuando vengan, verán maravillas y se sentirán dichosos de haber nacido donde los jóvenes limpios "no pueden ser bueyes castrados" —aquellos bueyes castrados que eran la abominación de Don Jaime—, sino toros de raza que mueren empitonando. Mi bendición y mi cariño.—Julio J. Vértiz, sj."

Y ciertamente México habló por nuestros labios indignos, en una conferencia especial que, con el título "Historia del Catolicismo Mexicano", o algo así, pronuncié una tarde, con la presencia del Delegado americano, Edward Kirchner, entonces Vice-Presidente de Pax Romana y desde entonces fraternal amigo. Al terminar la conferencia, Edward se dirigió a su Embajada en Lima para hacer presente su protesta por las intervenciones americanas en México.

Con estas ideas, ni fue extraño que el Padre, estando en San Diego, un Día Panamericano, echara a vuelo las campanas de Lady of Guadalupe Church, reuniera a parte de sus ciento cincuenta mil fe-

ligreses mexicanos, en un parque, lanzara una de sus más vibrantes cartilinas contra el Panamericanismo, o mejor dicho, por la exaltación de la Comunidad Hispánica, y saliera de los Estados Unidos poco después.

Al cruzar la frontera por C. Juárez, bajó al andén y se encontró el primer "peladito" y le pidió:

—Hijo, decidme una picardía.

El "peladito" hizo mutis, alarmado. Apareció otro:

—Hijo, decidme una picardía.

Mutis. Un tercero:

—Decidme una picardía.

—¿Qué?...

—Hijo, decidme una picardía.

—¡Vaya usted a la...!

—¡Gracias, hijo, así se dice!... ¡Esto es México y como México no hay dos!... ¡Toma, échate una fría a mi salud!

Y volvió, tranquilo, al pullman.

Ya en México, le fue vedado el hablar sobre cualquier tema político. Creo que sus superiores le dedicaron a dirigir ejercicios para religiosas.

Un buen día unos españoles le invitaron a que diera la Primera Comunión a un niño. Por aquellos días la prensa peninsular volvía a recordar al mundo, con singular tesón, que Gibraltar es español.

La solemne Misa fue en Enrico Martínez. Don Julio, de espaldas al altar, ya el Cáliz oferente a la inocencia del niño, se dirigió a éste: un sermoncito bellísimo como sólo sabía hacerlo aquel poeta que también era teólogo. Y, al final, la excitativa:

—“Hijito, éste es el día más grande de tu vida... El Niño-Dios será hoy más generoso contigo. Pídele, desde luego, que te conserve a tus papacitos, que siempre te conserve puro a ti... Y pídele algo de

lo que más te guste. Por ejemplo, un pastel, pero un pastel tan grande, ¡tan grande como el Peñón de Gibraltar con la bandera de España encima! . . .

Pero ¿es que Don Julio era sólo anécdota? No.

Por la anécdota se le puede captar. En ella se expresaba, en un momento de expansión, con toda la gravidez de sus mundos. Estaba lleno de espíritu, de ideas que se le escapaban a chispazos. Pensaba en poesía. Y hacía arte de su lógica segura, de su filosofía aguda, filosa, de su implacable e incansable discurrir.

Pensaba fuerte. Sustentó cátedras irrepitibles. Recuerdo, con especial claridad, tres conferencias sobre el problema del conocimiento y otras cinco, quizás, sobre el problema del ser. A la calidad intelectual incomparable que exigía la profundidad de la materia, él unía la belleza de su estilo saturado de esos elocuentes y finísimos juegos dialécticos que tanto y tan profundamente usó Chesterton: la paradoja. No, Don Julio no era chestertoniano. Acaso sólo en aquéllo se parecía al inmenso y cristianísimo escritor inglés. El Padre era, a mi modo de ver, inasimilable a cualquier escuela. Era Vértiz.

Y Vértiz era, todo él, conflicto y drama —como el más vibrante prototipo humano—, en los más pequeños actos de su vida santificada. Sí; hilaba esta sutil trama, la de su santificación. Y, pues, su sensibilidad le arrastraba fuera de este camino, el dominio de su sensibilidad constituía, tal vez, uno de sus recursos santificantes. Ora era el gesto de dominio del hervor de una violencia. Se veía iniciarse ésta y, de pronto, un gesto interior, como una balsa de aceite. Ora era el asalto súbito de una rebeldía, y, súbitamente también, la cabeza se inclinaba y nacía la paz en la humildad.

Y . . . lo contó Don Jaime. Que en el leproso, un moribundo se negaba a confesarse porque, contra la humildad del sacramento se acumulaban todos los resentimientos que en su vida le fueron sembrando los desprecios y los ascos por su enfermedad. Y he aquí que el Sacerdote, Don Julio, se inclinó a besar las llagas nauseabundas. La sorpresa del leproso se tornó en angustia, y llanto y arrepentimiento saludable.

Me tocó en gracia vivir asociado a él en esta etapa de su drama de santificación. Porque, aunque discreto, era comunicativo con quienes sabía preparados y fieles para la confidencia. Y, además, el temor de la desaparición de la UNEC nos unía y nos unía el sentimiento de rebeldía contra una frustración —¡una más!— de nuestra Obra. Y él nos enseñó a decir: "Como el Almirante Darlan, ¡hundo mi flota pero no la entrego!". Mas, con el ejemplo, nos enseñó también a entregar a Dios las obras, porque de El son y de sus mandatarios.

El salió de la UNEC; pero —lo sé muy bien— jamás salió de nuestro corazón. Alejados, cada quien en su trinchera, siempre que necesité reencender mis rebeldías contra las formas merengues que esta etapa histórica nos ha impuesto, a él recurrí y de su despacho siempre salí con nuevos dardos en la aljiba y más humildad en el corazón.

Le ví por última vez en su despacho del Paseo de la Reforma, cuando acompañé a Jenaro Borrego a consultarle las tesis de teología moral, para fundamentación de un estudio jurídico que Jenaro preparaba sobre la inseminación artificial humana.

Nunca más le ví. Ni tendido en el catafalco en que le condujimos al sepulcro la tarde del viernes 5 de abril de 1957.

Al enterrarlo, tuve el dolor de enterrar otra vez a mi padre y a un juvenil compañero de armas, capitán de mi propia Compañía. Pero, sobre todo, tuve la insólita sensación que se tendría al colgar, en un rincón, una espada invencible, porque un bando municipal ha prohibido el uso de la espada.

XVII

LA REFORMA

Al Padre Enrique Torroella, S.J. y a mí nos tocó la dura misión de reformar la UNEC.

El V Congreso Nacional, iniciado el 26 de diciembre de 1940, me concedió el más alto honor que he tenido en mi vida: eligirme Presidente Nacional de la UNEC, en el último Pleno del 2 de enero de 1941, recibiendo del camarada Hernández Díaz una organización tan extensa como jamás antes había estado, pero con problemas tan difíciles como nunca los había tenido.

El Plan de Trabajos que el Congreso había votado quedaba encuadrado dentro de las tres esferas determinadas por los tres Temas, objeto de aquél: Acción Católica Universitaria, Universidad e Hispanidad, cuya dirección había señalado la convocatoria respectiva.

Me tocó en suerte contar con un excelente Comité Ejecutivo: Fernando González Barazueta, dinámico Secretario General; los Secretarios de Cartera, Carlos Arce Gómez, Alberto Barajas, Guillermo Castilla Hernández, Miguel Castro Ruiz, Sergio Carrera Ramos, Hipólito González, Rafael Hernández Ortiz, Jesús Juárez García, Guillermo Lombera, Luis Guilebaldo Murillo, Trinidad Mercado, Jorge Aguilar, Armando Cuevas, Saúl Alba Leyva, Jorge Delgado, Leopoldo González, Eduardo Aztegui, Carlos Hernández Esquivel, Bernabé Molina, Jorge López Santibáñez, Enrique López Aztorquiza, Mario del Valle, Carlos García Michaus, Fernando Goitia, José Saucedo Siller y Mariano Siller Malacara. Como Secretarios sin Cartera Jesús Hernández Díaz, Carlos Septién García, Edmundo Meouchi y Manuel Cantú Méndez.

Todos estos jóvenes eran ya fruto maduro de la UNEC. En su mayoría habían sido jefes de fila en sus Comités Regionales: Arce, en Querétaro; Juárez García, Saucedo, Castilla, Siller, en Saltillo; Hernández Ortiz, en León; Mercado y Alba Leyba, en Aguascalientes... Todos valían. Y la presencia de Luis Guilebaldo Murillo, muchacho magnífico, demostraba mi firme deseo de ajustarme a las instrucciones prelaticias: Luis era "conejo"; él lo negaba; pero yo lo sabía. Empero, sabía también que en él prevalecía, más que el interés de su grupito, el interés de la causa católica y su anhelo de unidad de los esfuerzos estudiantiles. En sus reservas mentales había el retorcimiento espiritual, fruto del secretismo; pero esto constituía un drama de su conciencia que era un imperativo de rectitud. Conmigo fue siempre leal camarada y excelente amigo.

No era difícil, con este equipo, continuar el desenvolvimiento que a la UNEC dio el Chino Hernández cuya colaboración seguíamos teniendo. El "Boletín Mensual" que editó los años 41 y 42 registra con bastante fidelidad los trabajos que todos los Comités mantuvieron e intensificaron.

Desde luego, la vida cultural se fortaleció con los Círculos de Estudios —como el de Acción Católica, al que dimos mayor importancia—. En varias partes se normalizaron ejemplarmente.

Y la vida religiosa maduró más por la sistemática celebración de nuestra Misa Dominical; la mayor amplitud de los Ejercicios Espirituales y la esmerada atención que los Asistentes Eclesiásticos dieron a la vida espiritual y personal de los muchachos, en los principales Comités.

En las visitas que con frecuencia hicimos a los Grupos y en las cuatro Semanas de Estudio que se organizaron, con fuerte e inquebrantable decisión orientamos a todos hacia el entusiasmo intelectual y hacia el fervor religioso, fungiendo aún de doctores... y confesores allí donde eventualmente no había Asistente o éste no tenía tiempo suficiente para atender a nuestros estudiantes. Pero valga aclarar que fue este tiempo cuando contamos con mayor número de Asistentes.

Más que lo que entonces se hizo, importa saber cómo y por qué

se hizo y nada más vivo y fiel, entre lo que a mano tengo escrito, a pesar de sus defectos, que el Informe que leí en el VI Congreso Nacional de la UNEC, que iré citando y glosando oportunamente:

“... Jesús Hernández Díaz... nos transmitió el mando en los momentos en que los Jefes Supremos de nuestra Corporación ordenaban la maniobra colectiva para un cambio de rumbo, en el instante en que sobre el suelo nacional surgían graves acontecimientos...”

“Parecería a simple vista que muchas posibilidades fueron suprimidas de una plumada cuando hace dos años y medio los Superiores Jerárquicos de la Organización ordenaron un cambio de táctica, consistente en la abstención de nuestra Organización en la llamada “política universitaria”.

“Sea cual fuere la valoración intelectual que se haga de esta orden y que, naturalmente, todos hemos hecho (por aquel rasgo esencial que señala el Excmo. Sr. Canovai, de la mentalidad universitaria: “una aspiración viva a la autonomía intelectual y a la crítica y una necesidad de apreciar personalmente cuanto se nos propone admitir y de tener una justificación lógica de toda afirmación”), otra vez proclamamos nuestra adhesión profunda y entusiasta a la Santa Iglesia, a su Jerarquía y a sus Poderes, y reconocemos a la Autoridad Eclesiástica de México el indiscutible derecho de trazar los lineamientos de la Acción Católica Estudiantil...”

“Según reiteradas y amplias afirmaciones hechas por el Excmo. Sr. Arzobispo de México, tanto a los superiores de la Compañía de Jesús, como a los Comités Nacionales de la UNEC y al que habla, ese “nuevo orden” para la UNEC no prescribe la abstención personal de nuestros militantes, esto es, la deserción vergonzosa de sus deberes estudiantiles. Habla simplemente, sencillamente a la formalidad oficial de esta acción y, si hay una continuidad lógica en el pensamiento de la Acción Católica Mexicana, habla más concretamente de aquellas “circunstancias de lucha”, de aquella “visibilidad de acción” a que se referían tan claramente los Excmos. Señores Delegado Apostólico y Arzobispo Don Pascual Díaz...” (en el documento citado atrás).

“En enero anterior (de 1941) el que habla creyó necesario presentarse a recibir las instrucciones más claras, más concretas y más directas de su Prelado. En aquella ocasión, sobre dos temas esencialísimos pedimos orientación: sobre el apostolado universitario en el seno de las organizaciones estudiantiles (neutras o antirreligiosas) y sobre la política que deberíamos seguir respecto a las organizaciones de tan extralógica moda en México, de carácter secreto y exóticamente deformante. Sobre esto último recordamos la frase de Su Excelencia que señala toda una orientación práctica, cuyas consecuencias hemos tratado de llevar a sus últimos términos: “Las organizaciones secretas son apenas tolerables; de ninguna manera recomendables”. Sobre el primer punto se nos ratificó la doctrina expuesta anteriormente, añadiéndose que, cualquier transformación debería hacerse con la graduación prudente y necesaria para no lesionar ni los legítimos intereses, ni las estratégicas posiciones conquistadas a base de tan duros y prolongados esfuerzos...”

En la ocasión mencionada me presenté solo, aunque había solicitado audiencia para todo mi Comité.

—¿Qué pasó con los muchachos?

—Pensé que Su Excelencia preferiría que hablásemos sin... público, de los temas que deseo exponerle.

—¡Ah, caray!... ¿Tan serios son?

—Sí, señor; pero sobre todo, quisiera tratárselos... ¡a lo pelón!

—¡Pues, a lo pelón hablaremos!... Vamos a acomodarnos bien v... ¿qué te parece un habano?

—Prefiero mis “elegantes”.

Y hablamos “a lo pelón” e hicimos un pacto de caballeros. Y él estuvo seguro siempre de que yo no faltaría a mi palabra. Y no falté.

Aquella entrevista tuvo su segunda parte algunos meses después, en otra entrevista, muy llena de recuerdos, con el Superior de la Residencia de Enrico Martínez, el Padre Eduardo de la Peza. Muy diplomática y suave conversación al principio, llegó a tal climax que el Padre se levantó a cerrar la puerta. Desfilieron por el encendido diálogo

todos los criterios que sobre la UNEC se habían formulado, organizado e inventado —que de todo había—. Por mi parte, hice pasar revista a todas las realidades y actualidades de la UNEC, un tanto desconocidas por el Padre y deformadas por otros y que ilustré con la abundante documentación preparada al efecto, pues ya sabía de antemano los términos en que podía desarrollarse la entrevista. Salí de ella convencido de que el Padre era un gran jesuita. Creo que él se quedó convencido de que yo era efectivamente el Presidente de la UNEC.

Yo había jugado mis dos únicas cartas de aquel decisivo juego. Si gané o perdí, sólo Dios lo sabe. Pero yo estaba tranquilo.

Me eché a andar al lado del Padre Torroella, quien sabía como yo que nuestros Superiores exigían la transformación de la UNEC, en sentido de mayor espíritu religioso y acemista —entonces no se decía así—, y de abstención universitaria. Pero el Padre entendía las cosas de modo muy distinto del que yo las veía y creo que no hubiéramos llegado a ninguna parte si ambos no hubiésemos puesto mucho por coordinar —si no unificar— nuestros puntos de vista.

Todo esto lo digo con el hondo cariño que le tengo al Padre Torroella, con mi sincera gratitud por su apoyo a mis trabajos dentro del margen que le dejaban las reducciones que se nos habían impuesto. Y lo digo con la misma lealtad con que informé al Congreso de 1942:

“... Con qué entusiasmo nuestras gentes del Distrito Federal secundaron la obra del Padre Torroella en torno de la Congregación Mariana de Estudiantes (agregada a la Prima de Roma) y con cuánto gusto vimos aumentar mes a mes las comuniones semanarias que muchos convirtieron en diaria práctica eucarística. Pero hay una cosa sutil y delicada que hemos mirado con especial atención y que esperamos ver florecer con la mayor pujanza y con más seguro desarrollo. Me refiero a la dedicación especialísima de nuestro Asistente Eclesiástico a la vida litúrgica de nuestros actos colectivos...”

Pudieron regularizarse entonces las Misas dominicales con creciente asistencia de estudiantes ganados, sin duda, por el ejemplo que Armando Chávez Camacho y Lolita, su esposa, nos dieron en la pri-

mera Misa a la que les invitamos formalmente. La invitación fue insistente, explicando que se trataba de una Comunión General. La cita, en la Enseñanza. Resultado: asistimos una veintena de estudiantes... y sólo Armando y Lolita comulgaron.

Su lección fue pródiga. Aquella veintena de muchachos nunca más faltó a las Comuniones generales y fue fermento milagroso... Y, sin duda, cuenta abonada a aquellos esposos y a los esfuerzos de la UNEC por vivir más y mejor su espíritu religioso.

Claro que la UNEC tuvo otros premios. En este tiempo, uno entrañable: Javier Guzmán Rangel, capitán de los más bizarros de nuestros Comités, muchacho hecho y modelado en la UNEC, nos dio la sorpresa de optar por la vida religiosa. Ingresó a la Compañía de Jesús. Hasta la puerta de la residencia de sus Superiores le acompañamos Chapela, Cuevitas y yo.

No es aquél el único religioso salido de la UNEC: Dios eligió a varios muchachos que, en nuestras luchas, hallaron su vocación. Tal vez el primero de los nuestros que vistió la sotana del jesuita haya sido, según recuerdan algunos, Jesús Flores: cambió la medicina por la teología. Le siguió Carlos Carstensen, graduado en la Escuela Nacional de Odontología. Nuestro Chato de la Rosa también abandonó la patología y las clínicas por la vida ascética y apostólica. Alberto Reyes ingresó a la Compañía por la misma época de Javier Guzmán. Y aún ya liquidada la UNEC, su espíritu encendía entusiasmos apostólicos. En el equipo que Hernández Díaz mantuvo en cohesión por varios años, encontró su vocación Juan Martens, religioso de aquella Orden.

Ya antes, en la provincia, Martín Martínez, de Monterrey, se había hecho jesuita. Y "el bachiller" Luis Rodríguez del Río, de Saltillo, es ya Sacerdote del Seminario de Montezuma, quien, como Martens, mucho de su vocación lo debe —como él lo confiesa— a la influencia del espíritu UNEC latente aún después de desaparecida.

Otros camaradas han abandonado familia y hacienda para seguir a Cristo con hábitos religiosos. Mariano Siller Malacara, Francisco Humberto Molina y Armando Cuevas ingresaron en la Congregación de Misioneros del Espíritu Santo; Pablo Aguilar, con los Hermanos Ma-

ristas y Alfredo Verduzco, de nuestros últimos muchachos de Saltillo, es ahora humilde religioso franciscano.

“Pero el acento religioso —continúa el Informe— fue marcado también vivamente en la Provincia. Por nuestra parte, ha sido tema de todas nuestras Semanas de Estudio la formulación de trabajos para alentar la vida religiosa corporativa... En los informes que hemos recogido de los diferentes Comités, tenemos consignadas las relaciones de prácticas piadosas que se han traducido inequívocamente en un aumento de vitalidad. Así, por ejemplo, hacemos especial mención del Comité de San Luis Potosí...”

San Luis Potosí, como lo hemos dicho atrás, resurgió en el período de Hernández Díaz, apoyado en la primera generación UNEC potosina que se mantenía fiel a nuestro ideario y la que había conquistado a Manuel González Hinojosa, alma de este último resurgimiento (40).

Con este equipo celebramos la Semana de Estudios de Venado. He aquí una crónica del tiempo, publicada en nuestro Boletín:

“Aun no se había olvidado en San Luis la Semana celebrada en Tierra Nueva (1937)..., cuando otra vez, debido al empuje de los compañeros potosinos y a la generosidad, por una parte, del Asistente de San Luis, Padre Echarri (“el charro”) y, por otra, a la del señor Cura de Venado, Padre Escamé, y de su Párroco Padre Roberto Muñrieta (al que por supuesto, llamamos de inmediato “muñrieta”), pudimos reunirnos en este humildísimo pueblecito del Estado, del 10 al 17 del mes de enero próximo pasado (1941).

“... Bien valía la pena recorrer con grandes sacrificios y esfuerzos económicos las grandes distancias que separan Venado de Oaxaca, México, Zacatecas, Aguascalientes, Torreón, Tampico y Saltillo... (ciudades de donde asistieron grupos de muchachos).

“Desde el domingo 11 se puso el primer jalón de vida espiritual que habríamos de recorrer aquellos días, con una Comunión conmovedora para muchos de nosotros. Desde entonces, todos los días comulgamos y, en aquel ambiente sin igual, nos pareció a todos que revivíamos nuestra vida más pura de los días de la “primera infancia”...”

“Y es verdad que volvíamos a la infancia... Cuántos, en aquella espontánea Comunión unécica, encontramos el eco del llamado de

Dios que no habíamos oído hacía mucho tiempo, ni en más formales reuniones... Yo supe que tres compañeros, varios años hacía alejados del Sacramento, se acercaron al Banquete Místico desde los primeros días de aquella inolvidable Semana...

"El tema central fue "La Acción Católica Universitaria"... El "Servicio Social" fue el segundo y, el tercero, ... "La Doctrina de la Guerra y de la Paz"... Lealtad, libertad, inteligencia denotaban en cada palabra González Berazueta, Calderón Vega, Chenhalls, Mercado, Martínez Narezo y otros compañeros, y los Padres Murrieta y ... ¡José Jiménez!

"¡El Padre Jiménez con nosotros!... Dios tiene sus caminos. Los primeros tres días una sombra turbaba nuestras alegrías: que los Padres de la Compañía de Jesús no pudieron asistir, por distintas causas... Pero, Dios nos envió al Padre Jiménez (quien pocos días antes, gracias a las gestiones de su defensor, Lic. Guilebaldo Murillo, había abandonado la Penitenciaría de México, donde estuvo más de diez años en prisión "por haber bendecido la pistola de José de León Toral")... Entre él y el Padre Murrieta hicieron triunfar la Semana. A los compañeros de Oaxaca, que invitaron al Padre Jiménez, debemos esta presencia...

"Con una barbacoa clausuramos nuestros trabajos. Nos la invitó y sirvió, con gran espíritu de solidaridad y de servicio, el Presidente Municipal, en una reunión campestre que las autoridades civiles y religiosas presidieron... Y una procesión por el pueblo, con el Santísimo fue el último homenaje que no olvidaremos los cincuenta unécicos que, en aquella jornada, como las mejores, buscamos "la Luz por la Cruz".

Otras dos Semanas habíamos realizado antes de la reseñada: una en Monterrey y otra en Aguascalientes.

Monterrey también se había fortalecido bajo la Presidencia de Gonzalo Guajardo Hernández y del Padre Severiano Martínez, entusiasta apóstol de gran celo y espíritu salesiano.

Rumbo a Monterrey salimos el día 10 de septiembre de 1941 Hernández Díaz, González Berazueta, Armando Cuevas (nuestro insustituible secretario particular), Castilla Hernández y yo. Al llegar nos

encontramos ya presentes a seis muchachos de Tampico; al día siguiente llegaron los de Saltillo, con el R.P. Francisco Valdés Orozco S.J., su Asistente; Mercado Aguirre y Manuel Rosillo, de San Luis, y Francisco Borrego y Ezequiel Calderón, de Torreón.

El día 13 fue la inauguración, hecha por el Excmo. Sr. Tristchler, quien acababa de tomar posesión de aquella Diócesis y no faltó a ninguna de nuestras reuniones. En aquella primera sesión, el P. Severiano Martínez nos dio una charla sencilla y profunda sobre la "Misa Sacrificio".

Castilla Hernández dictó una conferencia sobre la Carta-Encíclica "No es Muy Conocida" y Hernández Díaz pronunció aquel magnífico discurso sobre el espíritu de la UNEC que "superó su estilo —dice el Boletín del que tomo estas notas— y, sobre todo, ahondó con fuego, en nosotros, el alma unécica". Calderón Vega expuso el tema "La Universidad" y, días más tarde, el de "Hispanidad". González Berazueta, organizador de las Semanas, dictó instrucciones concretas y prácticas de encuadramiento de socios y selección de los mismos en la UNEC.

"El día 16 de septiembre, una Misa, una Hora Santa y una plática del P. Martínez ("La Vida Interior como Base del Estudiante Católico"), y llegamos a la sesión de clausura. Hablaron los Presidentes de las Delegaciones y habló Calderón Vega, dando las orientaciones generales para la nueva lucha".

Como invitadas por los organizadores de Monterrey, asistían algunas distinguidas personas de la ciudad. Después de la conferencia sobre Hispanidad, algunas de aquéllas sugirieron al señor Tristchler la conveniencia de celebrar "conferencias abiertas" e invitar a otras personas más. El Prelado nos preguntó nuestro parecer, le expusimos nuestra impreparación para sustentar conferencias de "gran público" y que, si acaso, pudiera interesar a éste una charla mía sobre la historia del movimiento social católico de México. Se aceptó esta sugerencia y, perdóneme Dios —y el señor Tristchler, que de Aquel estará gozando—, yo cogí la ocasión por el único pelo que tenía.

Había estos antecedentes. Algunos de nuestros invitados y varios de nuestros muchachos eran miembros de las Legiones, organización subterránea que estaba de modo. Además, en nuestro último Con-

greso habíamos tratado, naturalmente en público, la doctrina sobre las organizaciones secretas católicas que estaban afectando nuestros cuadros. Como el asunto interesaba y figuraba en el esquema de mi libreta de conferencias —que nunca me abandonaba—, me lancé a exponerlo cuando el discurso lo pidió. La reacción fue inmediata: ojos de sorpresa, movimientos nerviosos, cuchicheos, inocultable malestar. Simplemente porque estaba llamando a las cosas por su nombre y exponiendo la doctrina que sintéticamente expuse en el capítulo sobre “tecos” y “conejos”. Por su parte, el señor Tristchler estuvo perforando con sus pequeños ojos de saeta rutilante los rostros de los congregados. Y, como la cosa había sido fuerte, tuve que clarificar la situación con estas o parecidas palabras:

—“Excelentísimo Señor: He expuesto algunos puntos de doctrina y de historia que no sé por qué razón o costumbre han sido siempre callados en público. Me refiero a la doctrina y a la historia de las organizaciones secretas que, por lo demás, son poco secretas. Y, como lo dicho pudiera dar lugar a escándalo o a errónea interpretación de las cosas, yo ruego a Su Excelencia que, ante el mismo auditorio que me ha escuchado, tenga la bondad de corregir los errores doctrinales o históricos en que haya incurrido...”

—“¡No, señor, creo que no ha habido error, ni doctrinario ni histórico..., aunque sí un poquillo de calor al exponer... ¿no?... ¡Y vámonos porque ya es tarde!”

Salimos al patio —aquel inolvidable de la Iglesia de Nuestra Señora de El Roble—, yo detrás del señor Tristchler y, de pronto, después de guardarse en el bolsillo de la sotana el enorme pañuelo con que solía limpiarse la larga nariz ítala, me sacudió por una oreja diciéndome:

—¡Esto fue un cuatro ranchero, muchacho, esto fue un cuatro! ...¿No te das cuenta de que allí estaban algunas personas a quienes calentaste las orejas de lo lindo?... ¡Te voy a desorejar!...

Y ya que al caso viene, completaré el anecdotario de mis relaciones con el santo señor, recordando un incidente ocurrido en Roma. Allá estaba el señor Tristchler cuando celebramos el IV Congreso CIDEC (1950) y con gusto aceptó celebrar la Santa Misa en Santa María la Mayor. Ofrecimos pasar por él; pero González Barazueta y

yo llegamos apenas quince minutos antes de la hora en que la Misa debería comenzar —problemas de tránsito—. En una capilla del Colegio Pío Latinoamericano, donde el señor se hospedaba, ya iba éste por el “confiteor Deo”. Al concluirlo, se dio cuenta de nuestra presencia, se arrodilló un momento y, con sorpresa del teólogo que acolitaba, se retiró a la sacristía a quitarse los ornamentos. Y salió. En el corredor me sacudió por la otra oreja que me dejara buena en Monterrey y me dijo:

—¡Tenías que ser tú, precisamente tú, otra vez!... ¡Tú me has obligado a interrumpir una Misa! ¡por primera vez desde mi Ordenación Sacerdotal!...

¡Oh, inmenso señor que aquella mañana nos hizo ver, con sus ojos de santo y de artista, las glorias muertas y vivas de Roma!

Siguiendo el impulso dado por Hernández Díaz, Torreón resurgía también, con el Padre Leobardo Fernández, S.J., quien allá substituyó al P. Ginori, del que se ha hablado. Por su extraordinario parecido al diplomático de este nombre, “Castillo Nájera” llamaban los muchachos al P. Fernández y así le seguimos llamando.

Aquel grupo empezó a reintegrarse por el año de 40 y siguió leal a la UNEC hasta más allá del 44. Gabriel de Alba, Luis Peña Velázquez, Gonzalo del Castillo Negrete, Ezequiel Calderón, Eduardo Guzmán Valdivia, Manuel Cervantes, Manuel Ortiz Camacho, Francisco Borrego, David Cruz y, acaso en la siguiente promoción, José María Iduñate, Rafael de Alba, Fernando Salinas, Jorge Castillo, Gustavo Llamas, fueron los principales promotores de este movimiento.

Simultáneamente a los anteriores grupos, Aguascalientes volvía a encenderse y a Aguascalientes nos fuimos, una vez terminados los trabajos en Monterrey. Ya estaban presentes los compañeros de León y Querétaro. Más tarde llegaron los grupos de Zacatecas y el de México.

Temas de esta Semana: Hispanidad, Espíritu de la UNEC, Doctrina Social de la Iglesia, expuestos por Calderón Vega, los dos primeros y, el último, por el Padre Torroella. Pendiente de exponerse **El Problema Agrario de México**, el Padre Ramón Martínez, Asistente de Querétaro, a quien allí conocimos, nos dio la sorpresa de hacerlo con extraordinario acopio de información. El Padre Aguilar, Asistente de

Zacatecas, nos dio una bella charla sobre la liturgia de la Misa y González Berazueta dictó las instrucciones prácticas de trabajo. El domingo 21 de septiembre volvimos a la Capital.

Aquel grupo de Aguascalientes merece especial mención. La URECA (Unión Regional de Estudiantes Católicos Aguascalentenses), fundada en 1933, como ya se dijo, había enviado a México un fuerte contingente de estudiantes que colaboraba en los trabajos del Distrito Federal. Una brillante y generosa promoción venía a rehacer la historia de la URECA, en cuya Presidencia estuvieron durante éste y los últimos tiempos sucesivos, Armando Avila Sotomayor, J. Trinidad Mercado, Jesús Antonio de la Torre, Jorge de la Torre Macías, Arturo Díaz de León, Efrén Mayagoitia. Con estos... ¡legiones! de las que recuerdo a Alfonso López Aparicio, José Maldonado Núñez, Genaro, Ernesto y Godofredo Díaz de León, Salvador Mata, Luis y Manuel Navarro Sotomayor, Jesús Barajas Bernal, Carlos Ortiz González, Jesús e Ignacio Romo Armería y... ¡Llamas, Varela, Macías Villalpando, López Cuellar, Serna Valdivia!...

A estos grupos tocó la más dura embestida demagógica contra su Instituto, emprendida por el cardenista Gobernador Juan Alvarado. Un hijo de éste, estudiante, logró temporalmente escindir las filas del Círculo de Estudiantes del Instituto, único y sólido hasta entonces, y fundar el Bloque de Estudiantes Revolucionarios, muy a la moda ideológica.

Dominada la situación por el Círculo contra el Bloque y contra sus apoyos extrauniversitarios, los muchachos se lanzaron al movimiento de Autonomía del Instituto. Este movimiento triunfó en 1941 y el decreto de Autonomía es de fecha 1942. Pero los tesoneros trabajos de los muchachos, desde 1939 y 40, cuando todo parecía en contra y ningún recurso de lucha tenían, deben ser consignados. De estos trabajos meritísimos, una anécdota es elocuente.

Dos de estos chicos, validos de su carácter de conscriptos —bajo el régimen especial de ejercicios y marchas mañaneras—, una noche tomaron el tren rumbo a México para buscar el apoyo de la C.N.E. Les pareció fácil hacerse pasar por soldados de la escolta. Y... ¡en la estación de León los echaron a tierra... “¡sin un quinto, mano!”

Confiaban en su buena estrella y ésta se les apareció en la persona de Alfonso López Aparicio, quien tuvo que pagarles el pasaje hasta México.

Ya aquí visitaron a Roberto Ibáñez, Secretario General de la Confederación Nacional de Estudiantes. Sin mayores antecedentes sobre el movimiento de Aguascalientes y sin conocer a los muchachos —más extraños y sospechosos por el uniforme, única ropa que tenían, pues en escolta no se explica un equipaje—, Ibáñez no hizo caso de la petición de conectarlos con el Licenciado Brito Foucher, candidato a la Rectoría de la UNAM, y les pidió que volvieran, pues tenía que asistir a una cena con el propio Brito y unos amigos. Uno de los “hidrocálidos” se pegó mañosamente a Ibáñez y le acompañó hasta el restaurante de la cena. El grupo que esperaba a la puerta quedó extrañado también de la presencia de aquel soldadito pegado a los talones de Roberto, visiblemente molesto por no haber podido darle esquinazo. Pero yo sí conocía al soldado y en el acto le presenté a los compañeros.

Llegó el Licenciado Brito.

—Vente —dije al camarada.

—¡Pero, Pildo, si no traigo ni un quinto!

—¡Yo tampoco; pero alguien tendrá que pagar por los dos!

Brito ofreció su apoyo al Círculo de Estudiante y ello fue decisivo para la autonomía del Instituto.

* * *

El año de 1941 obtuvimos para México la Presidencia de la CIDECA en el Congreso de Bogotá y esto me alejó, por algunos meses, del país, circunstancia que me ahorró la angustia de ver cómo se desmontaba la casa de Cuba 88 y la UNEC se trasladaba a Hidalgo 120.

A mi regreso pudimos celebrar la última Semana de Estudios, en Orizaba, bajo la dirección espiritual del Padre Rúa Alvarez y con el entusiasmo de aquel grupo presidido por Federico Mantilla y apoyado por Jorge y Pablo Aguilar —cuya madre amable me dio hospitalidad— y el grupo de muchachas encabezadas por Susa Aguilar.

“Orizaba representa otro de los jalones que este año pudimos dar para nuestro entroncamiento intelectual y moral con los muchachos de aquella Provincia —releo en el Informe—. . . Decir Orizaba, en el tiempo de nuestra Semana de Estudios, era decir Padre Rúa, Sacerdote y líder, padre y amigo, piedra angular en la vida social y religiosa de Orizaba y clave de la solución de graves conflictos obrero-patronales de la Pluviosilla. Gracias a él pudimos reunirnos allí, por primera vez, en una Semana de Estudios, con los compañeros de Xalapa, cuyo Comité hemos visto consolidarse seriamente, y con los del Puerto, cuya delegación presente aquí es manifiesta prueba de su vitalidad que tanto tiempo habíamos deseado para nuestro Grupo porteño. . .”

En el despacho del Padre Rúa, allá en la vieja Parroquia orizabeña, planeamos en grande el futuro de la UNEC. Todos nuestros Grupos estaban en pleno trabajo: una nueva conciencia empezaba a germinar en la nueva generación y la fuerza de su movimiento, **espiritual e intelectual** —que venía dragando en el alma de la juventud universitaria desde el año de 31— envolvía a los Asistentes Eclesiásticos, muchos de ellos jóvenes Sacerdotes que empezaban a sentir, como nosotros, las angustias y los problemas universitarios y el gozo inmenso de rescatar para la Iglesia a la clase estudiantil mexicana.

Pero. . .

XVIII

LA ENTREGA DE LA FLOTA

Ya estaba decretada la entrega de la flota.

“...Por razones especiales y, entendemos que por disposición expresa del Excelentísimo Señor Obispo, fue reducido nuestro Comité Regional de Querétaro a “Círculo Estudiantil de la A.C.J.M.”... Sin embargo... bastó una charla amistosa del Presidente de la UNEC con el Padre Martínez para que no se perdiera la continuidad de espíritu ni de trabajo con los muchachos de Querétaro... y este último ejemplo demuestra que la buena fe y el sentido apostólico inteligente habrán de prevalecer algún día sobre todas las dificultades...”. Así informé al Congreso.

¿Qué había pasado?

Deseos no me faltan de decir con el viejo Ortega y Gasset: “He aquí el instante prudente para levantar la pluma dejando alzar su vuelo de grullas a una bandada de interrogaciones”. Pero, si de algo han de servir estos apuntes —y aspiran a servir, claro está— sólo será a condición de decir las cosas con toda la claridad que me permite mi leal saber y entender.

La Jerarquía, con pleno derecho, aceptó y autorizó los planes de sus consejeros de Acción Católica y nuevamente lanzó a la Benemérita A.C.J.M. al campo estudiantil donde otras veces había fracasado tan rotundamente como ha triunfado y sigue triunfando entre campesinos y juventud terciaria. En otras palabras: la Dirección Pontificia de la A.C.M., en 1936 entendió que la UNEC era Rama Fundamental de

la A.C.M., con exclusividad en el campo estudiantil “que desde los comienzos de la A.C. le fue concedida”; y, en 1941, por razones que a la UNEC no se le dieron a conocer, se modificó el alto criterio y se creó, con exclusividad del mismo campo, el MEP (Movimiento Estudiantil y Profesional) de la A.C.J.M.

La situación de la UNEC no podía ser más clara: una organización a la que el Episcopado le retiraba su reconocimiento y apoyo. O, de otro modo: una organización desautorizada.

La decisión colocaba a la Compañía de Jesús en una más difícil situación de la que ya sufría. Desde hacía tiempo no le era fácil sostener su Obra por la sencilla razón de que no tenía Padres a quienes dedicar a ella, pues quienes estaban en disponibilidad eran necesarios para el plan de educación universitaria que se iniciaba. En la grave disyuntiva de Universidad Católica o UNEC, lamentablemente optó por la primera y mantuvo en la segunda, con poco entusiasmo, al P. Torroella. Este entusiasmo se perdió totalmente con la decisión episcopal aconsejada y aplaudida por algunos de nuestros Padres ignacianos. Continuar la Obra era crear un conflicto que no era de desearse.

Y... aquí sí llegó ya “el instante prudente para levantar la pluma”.

Con tamaño peso en el corazón convocamos a nuestro VI Congreso Nacional y pusimos en la empresa todo lo que teníamos para su éxito. Total ¡aquí no ha pasado nada! El conflicto no era nuestro propiamente. Mucho menos su decisión. Las decisiones competen a los Estados Mayores. A nosotros sólo nos correspondía jugarlos todo, a cara o cruz, por mantener un imaginario “paralelo 38”. Muy claro era nuestro deber de servicio y preservación de la fuerza estudiantil que Dios había puesto en nuestras manos. “En tanto cuanto que” pudiéramos —¡y poco más!— teníamos que llevar adelante nuestra empresa.

Levantándonos sobre nuestros domésticos conflictos, enfocamos la mira hacia la crisis universal y los problemas que de ella se derivan para nosotros. ¡Nuestra convocatoria ennoblecía nuestro momento!

“Siendo la crisis de la cultura —que esta Guerra exacerbó hasta la angustia— una crisis moral y una crisis de la inteligencia desencadenadas antes que la contienda armada y el desequilibrio político, la paz del futuro presupone, ante todo, la ordenación del espíritu, el equilibrio de los valores en el hombre, la formulación de un orden indestructible en la inteligencia y la realización integral de un orden moral que, siendo primeramente esencia de la conducta personal, sea después natural y espontáneo régimen vigente en todas las estructuras sociales y políticas. . .

“Late ya en la misma planteación del problema la idea y el ansia de Dios. . . Pero, transida todavía la razón de orgullos y de angustias, ha caído comunmente en un peligroso racionalismo teológico comprometido en los conflictos de la hora y alejado prácticamente de la vida sobrenatural e íntima de la Iglesia. Y lo que es más grave, en la intelectualidad católica el conflicto político está roturando desviaciones nacidas de una sofística libertad de apreciación de los más elementales principios. . .

“Frente a estos hechos que están provocando el reblandecimiento moral y la confusión doctrinaria, necesitados de aclarar criterios y fortalecer en ellos las direcciones para la vida diaria. . . , hemos creído que el VI Congreso Nacional de la UNEC debe establecer su propia responsabilidad y la de la juventud militante, afirmando con humilde pero decidido espíritu aquellas directrices fundamentales y oportunas, sobre los problemas centrales de la crisis presente, como la de la doctrina sobre la naturaleza y fines del Estado y de la Sociedad, en cuyos ámbitos y por cuyas determinaciones concretas se desarrollan los conflictos personales y colectivos. . .

“Pero hay más: teniendo en cuenta que la crisis del mundo se ha debido al orgullo de la razón que, poco a poco, fue alejándose de la Revelación Divina y del Magisterio Universal de la Iglesia, queremos que nuestra Asamblea sea un acto nacional de entusiasta, expresa y práctica aceptación intelectual y moral de la Autoridad de la Santa Sede.

“De aquí, que, por estas necesidades. . . y para ejemplaridad cristiana, nuestros propósitos sean, en relación con el tema central propuesto,

la valiente y clara proclamación de la doctrina pontificia, subrayando los criterios fundamentales, eficaces y oportunos para fijar la orientación general para la corrección de los errores y exageraciones más comunes en la presente realidad mexicana.

“Pero otros temas exigen también nuestra atención.

“La posición de México en el conflicto internacional tiene para nosotros, estudiantes, la inmediata consecuencia de nuestra efectiva colaboración al Bien Común, en la forma de Servicio Militar... , el ejercicio del apostolado dentro de los cuadros de jóvenes movilizados y el del derecho de ciudadanos cristianos.

“Más aún: cualesquiera que sean las circunstancias y las contingencias de la Guerra y de la anormalidad nacional —por más graves que se consideren, siempre serán episódicas y contingentes—, no ha de perder la UNEC, ni su línea general de acción ni sus objetivos específicos. De acuerdo con la exigencia cada año mayor de extender nuestro apostolado a otros núcleos estudiantiles, queremos que la voluntad general de nuestra Organización determine y concrete los criterios de trabajo sobre el tema “La Educación Católica y las Escuelas Técnicas”...

Firmaban esta Convocatoria, con el viejo y amado lema “Ad Lucem Per Crucem”, Luis Calderón Vega, Presidente, Fernando González Berazueta, Secretario General y J. Trinidad Mercado, Secretario de Organización.

Del 25 al 30 de diciembre de 1942, en la Sala “Eugenia” que nosotros construimos en la Avenida Hidalgo 120, se reunieron veintidós Delegaciones UNEC, en su VI Congreso Nacional. Muchos viejos rostros de viejos militantes estaban allí. Varias decenas de jóvenes, apenas llegados a nuestras filas, seguían fervorosamente los incidentes de la Asamblea. Diez o quince representaciones de Grupos de Facultades y Escuelas del Distrito Federal estaban asimismo integrados por bisoños que hacían sus primeras armas entre nosotros.

Porque lo cierto es que el promedio de edades de nuestros militantes de aquel tiempo estaba sensiblemente por debajo del promedio en tiempos anteriores. Esto es, una auténtica nueva generación ve-

nía a ocupar nuestros puestos. En el último Congreso de la UNEC todo era prometedora y limpia juventud.

Nos acompañó en el presidium del Congreso una inolvidable camarada: Isabel Robalino, hija del Embajador del Ecuador en México, que allí tenía un título más: Secretaria General de la CIDECA, compañera que había sido y lo sería después en varias Asambleas Internacionales en que defendimos una común posición. En aquel Congreso ella se constituyó en animadora de varias Comisiones de Estudios y más de una polémica provocó —¿cuál no, en nuestros Congresos?—.

Por cierto que, cuando el P. Iglesias, quien por allí andaba intentando que “los politécnicos se organizaron por el sistema secreto de decurias”, se enteró de que Chabela incluía en su estudio un capítulo sobre “Partidos Políticos”, anunció que se presentaría en el Pleno a impugnar “la misma dañosa existencia de Partidos”. El anuncio bastó para que muchos de los antiguos dirigentes UNEC, ya abogados, llenaran la primera fila de butacas del palco superior de nuestra sala —que desde luego se le llamó “barra de abogados”—. Pero el Padre no se presentó.

Nuestros estudios fueron interrumpidos por un acontecimiento doloroso para todos: el día 30 de diciembre, cuando debería dictar la última Conferencia, murió el Padre José Mier y Terán, S.J., Asistente de la UFEC. Nuestra Sesión siguió su curso, después de recoger la pena de la UFEC, expresada al Congreso con la valiente presencia de la Presidenta, Emma Velarde.

Como siempre, la sucesión presidencial no fue problema en aquel Congreso. Mucho discutimos en sesiones de Comité Nacional las posibles candidaturas. Y la opinión del Congreso fue casi unánime.

Manuel Cantú Méndez fue electo por aclamación VI Presidente Nacional de la UNEC. Viejo camarada, con una brillante hoja de servicios, desde los tiempos de la UEPOC que llegó a presidir con el Chato de la Rosa, en la más dura lucha anticomunista; siempre leal a la UNEC, que con ella vivió la misión providencial y específica que le fue confiada —la derrota del comunismo en la Universidad—, llegaba por méritos propios al mando supremo de la Unión.

En sus manos entregué la antorcha, en ellas segura.

Con Cantú Méndez constituyeron el Comité Ejecutivo Nacional Carlos Arce Gómez, Eduardo Aztegui, Vicente Celis, Armando Cuevas, Angel Escalante, J. Trinidad Mercado, Leopoldo González, Federico García Peña, Carlos García Michaus, Miguel Castro Ruiz, Guillermo Castilla Hernández, Enrique Delgado Hurtado, Ignacio Muriel de la Maza, Miguel Valle y Bueno, Alfonso Rubio y Rubio, Rigoberto López Valdivia y Eliseo Torres González. Como Secretarios sin Cartera, Hernández Díaz y Calderón Vega.

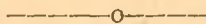
El día 31 de diciembre de 1942 partí para Morelia.

El día 3 de enero de 1943 recibí este telegrama de Armando Cuevas: "Peligro grave UNEC. Urge tu presencia inmediata Comité".

Volví a México. Se reunió el Comité electo en Congreso Nacional. Se expuso el problema: nuestro Asistente Eclesiástico consideraba inadecuada la integración del Comité y, por tanto, pedía la renuncia de Manuel Cantú Méndez a la Presidencia y de Hernández Díaz y Calderón Vega a las Secretarías.

Hernández Díaz y Calderón Vega renunciaron el Comité. Cantú Méndez, a la UNEC.

Ese día, roto el orden jurídico, la tradición y el espíritu, la UNEC moría en México.



Guillermo Castilla Hernández fue designado Presidente el 6 de enero de 1943 y continuaron en el Comité casi todos los miembros electos.

No faltaron méritos a la labor desarrollada. Este Comité reeditó por última vez "Proa", bajo la dirección de Miguel Castro Ruiz, Alfonso Rubio y Vicente Celis. Con el entusiasmo del Padre David Mayagoitia, S.J., nombrado Sub-Asistente General, reanudó los Círculos de Estudios —de Historia y de Encíclicas, especialmente—, se hicieron algunas jiras y, quizá la mejor empresa, una Semana de Estudios en Santa Fe de Guanajuato, del 14 al 17 de abril de 1943.

En el Cine Palacio de aquella españolísima ciudad se desarrollaron las Conferencias públicas —tema central: el Liberalismo—, se vindicó la memoria de la egregia figura de Lucas Alamán, a la manera de Vasconcelos y, ante el Rector de la Universidad del Estado, Lic. Cortés Herrera, quien compartió el presidium con los Padres Mayagoitia, Estanislao Velázquez y Padilla, se expuso la doctrina Castiello sobre la Universidad y un análisis de los sistemas de enseñanza en México que interesó a un grupo de Profesores y estudiantes de la Escuela Normal que asistían en plan polémico.

Magnífica Semana ésta, ofrecía a quienes querían verlo un dato extraordinariamente revelador: la vitalidad de aquel grupo de muchachos que, por primera vez, creaba un vigoroso Comité Regional de la UNEC en Guanajuato, sacudiendo hasta sus raíces el liberalismo guanajuatense, contra el que por largos años trabajó Eduardo Lanbarri Baquedano, como un francotirador de la UNEC. Aquel año, el Comité de Guanajuato, encabezado por Manuel Orozco y Mariano Gállego, era ya fruto maduro del vigor de la UNEC.

Una última concentración nacional de estudiantes católicos iba a tenerse a convocatoria del Comité de Castilla: la de Jefes de Comités, en septiembre de 1944. Ella reveló también que, a pesar de todo, la UNEC conservaba enorme vitalidad y que una valiosa generación empezaba a abrirse paso. Para no citar sino unos cuantos de esta generación, recordemos a Fernando Fuentes, Angel Escalante, y Luis Weckman, de la Universidad Nacional; a José Audiffred, de Oaxaca, a Ramón Zorrilla, de Tampico, entonces en la "Prepa" Nacional.

Algún día podrá valorarse con justicia la obra generosa de estos muchachos que, dispersos, sin apoyos, llevando a cuestras una UNEC decapitada, todavía pudieron alentar el espíritu de ésta. Activos aún en la Universidad, aquí y allá, recogieron la tradición y la insuflaron en el espíritu de muchos estudiantes a los que años después conocimos e identificamos por el sello inconfundible.

Pero el Padre Mayagoitia pronto tuvo que alejarse del país y Castilla Hernández salió de la Capital para hacer su "servicio social". Ello obligó una vez más a modificar la composición del Comité Nacio-

nal. En reunión informal de sus últimos miembros, Mario Aguilar fue designado Presidente sustituto.

Por este tiempo, Enrique Delgado Hurtado y otros compañeros, con el único recurso de su entusiasmo y buena voluntad, iniciaron la organización de una "Acción Estudiantil Mexicana" (AEM) que no alcanzó consistencia.

Otros grupos del Distrito Federal —Prepa, Medicina, Ingeniería, Derecho, por ejemplo— se mantuvieron participando activamente en los trabajos universitarios y a ellos les tocó enfrentarse a problemas muy serios cuya solución requería una recia unidad del movimiento estudiantil. No la había ya, de ningún modo. Prácticamente el Padre Torroella se había dedicado a otras obras y al frente de la UNEC había quedado de Sub-Asistente Carlos H. de la Peña, joven religioso S.J., aún no sacerdote, cargado de ideales y de ímpetus, pero inmaturo y sin ninguna experiencia. Su excesivo ejercicio de autoridad —aun en materias que no le competían— dividió más los grupos.

Uno de estos seguía a la Directiva de Mario Auilar. Otros se dedicaron a la acción de sus Sociedades de Alumnos. Otros más pensaron en la creación de una nueva central estudiantil católica, muy distinta de la de Delgado Hurtado y después de una serie de intentos, acabaron por aliarse a los "conejos" y aún algunos se afiliaron a éstos con el fin de coordinar esfuerzos.

Durante su último año, el Padre Torroella era empujado a mantener la UNEC por la fuerza de los Comités Regionales, varios de los cuales proseguían sus programas de trabajo y su coherencia esperanzada en una reestructuración del Comité Nacional y una decisión favorable del Episcopado.

Pero el Padre Torroella acabó por dejar la UNEC. "Espero dejar la UNEC pronto —decía en una carta que me dirigió a Lima, en agosto de 1944—. Me ha hecho sufrir mucho; pero la he querido mucho también. Que Dios nuestro Señor conserve la UNEC. *Cursum consumavi*, como diría San Pablo. No sé si podría añadir con el Apóstol que merecí la corona —eso no—; pero mi conciencia sí me dice

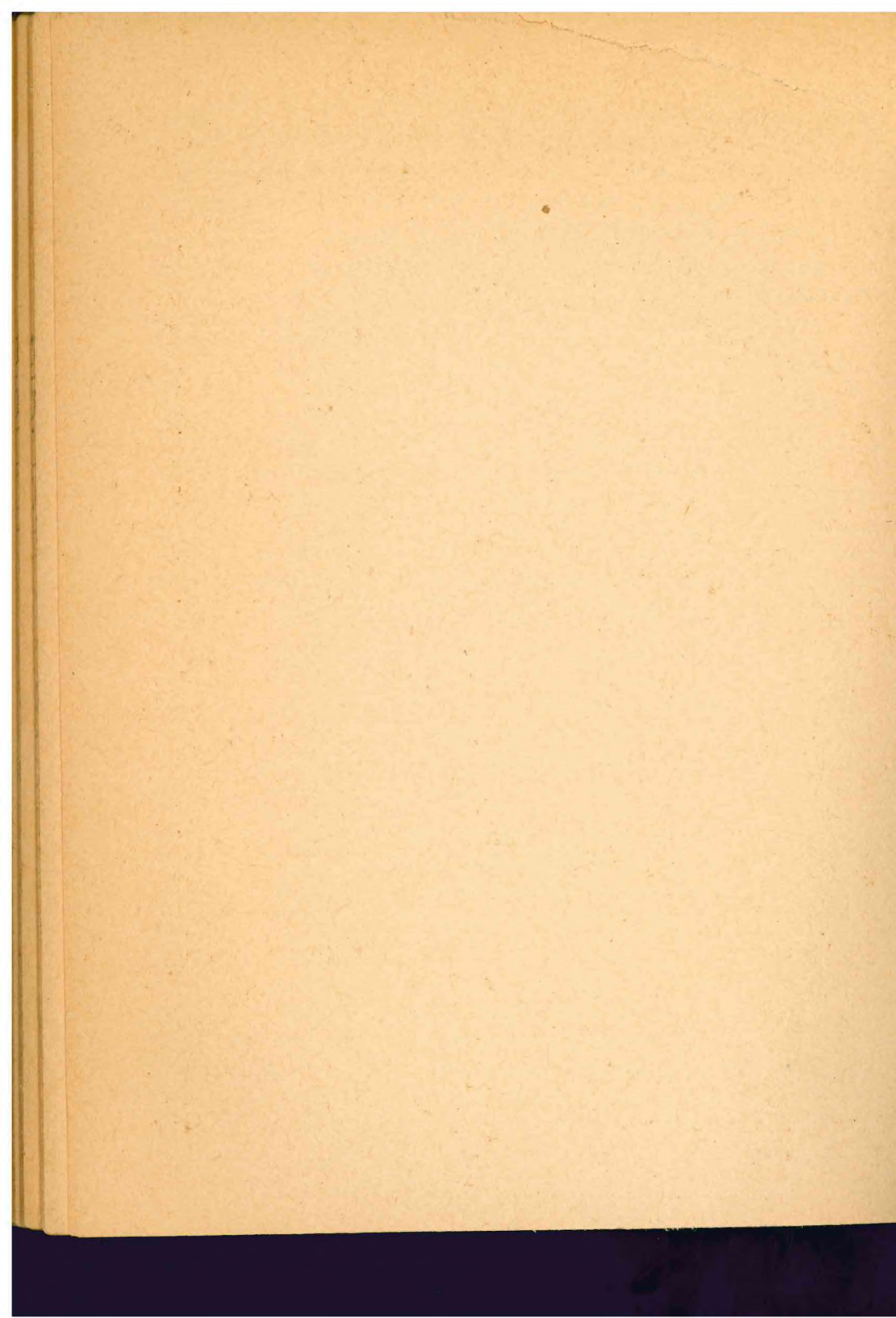
que lo que estuvo en mi mano, siguiendo la dirección de la obediencia, lo cumplí. Y fuí leal a la Institución. Siervos somos inútiles y seguiremos trabajando en lo que se nos mande. . .”

Por nuestra parte podemos decir: nosotros entregamos una flota de alta capacidad de combate.

Y la flota, anclada en su base y en disponibilidad, fue echada a pique.

Sea por Dios.

F I N



N O T A S

1) RIVERO DEL VAL, Luis. "Entre las Patas de los Caballos", 2ª Ed. JUS, 1954, páginas 25-30, 47 y 56-57

2) "El Estudiante", órgano del Centro de Estudiantes Católicos, Núm. 1. Sept. 1911, revista que me facilitó el Dr. Raúl Velasco Zimbrón, relata en estos términos la organización de aquella Central:

"...Fue en junio de 1911. La Liga Nacional de Estudiantes Católicos empezó a organizarse y, a pesar de la falta de recursos, ...se ha desarrollado, extendiéndose actualmente por casi todas las principales ciudades de la República y contando ya por millares sus asociados...

"La acción de la Liga en México ha sido desde un principio bastante intensa. Empezó ayudando en sus luchas al Partido Católico Nacional, al que prestó buenos servicios en diversas ocasiones...; pero en los días en que las contiendas políticas dejaban libres, ni un momento cesó la Liga de trabajar atendiendo a sus intereses y fines propios. La juventud era su objetivo principal y a ello ha venido consagrándose cada día más completamente, hasta abandonar todo fin político, entrando de lleno al campo social.

"Dos años trabajó para fundar un Centro de reunión en que sus miembros tuvieran algunos atractivos y en donde, principalmente, pudiera poner en práctica los proyectos que desde sus comienzos acariciaba de llevar a cabo una obra de educación... Esta obra debía de consistir en la cristianización de los jóvenes...

"Esta es la misión del Centro de Estudiantes Católicos y para eso se fundó..."

En números posteriores continúa la crónica de "El Estudiante":

"A mediados del mes pasado (abril de 1913) se desarrolló con gran esplendor... el Primer Congreso de las Congregaciones Marianas... Uno de los delegados de nuestro Centro disertó sobre el fin, organización, etc. de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana que acaba de fundarse, proponiendo que las Congregaciones entraran a formar parte de dicha Asociación..."

La Liga fue fundada por el R.P. Carlitos Heredia, S.J., y fue Asesor del Centro el R.P. Bernardo Bergoend, S.J. El Centro tenía por lema el que heredó la A.C.J.M.: "Por Dios y Por la Patria" y, entre sus socios dirigentes figuraron (por el año de 14 cuando, dados de alta muchos de ellos, para combatir al invasor yanqui

en Veracruz, fueron enviados a reprimir a Zapata en Morelos): Pedro Durán, José Mendoza, Luis Barquera, Luis B. Beltrán, Jorge Prieto Laurens, Bernardo Fernández Grajales, Agustín García Vega, Julio Jiménez Rueda (Director de la Revista), Francisco Meneses, Armando María y Campos, Rafael Capetillo, Mariano Alcocer y Manuel Herrera y Lasso (cf. BELTRAN Y MENDOZA, Luis.—“Conferencia” a la XII Asamblea General. “Juventud Católica”, Nov.-Dic. 1961).

3) Llevaba el Padre en sus maletas 14 Memoriales de Obispos Mexicanos, copias fotostáticas de la solicitud de reformas a las leyes formulada por los más altos juristas del país y apoyada por dos millones de firmas, y otros documentos. Iba a hacer presente ante la Santa Sede el criterio de lucha del pueblo perseguido y su “derecho a defenderse” y así lo expresó a Monseñor Pizzardo (aún no Cardenal), en una entrevista que duró dos horas; a Su Eminencia el Cardenal Gasparri, en dos audiencias y, en fin, a Su Santidad Pío XI, en otras dos audiencias privadas de una hora cada una.

En la travesía, Don Ramón conoció al P. Edmundo Walsh S.J., intermediario americano que venía presionando fuertemente para que se celebraran los “arreglos religiosos”. Largas horas discutieron los dos Padres.

Pero en Roma el P. Martínez Silva ya se encontró una decisión tomada. El P. Walsh había triunfado —triste triunfo de la Escuela Diplomática de Georgetown, católica, de la que aquél era el Decano!—. Cuando, pasados algunos meses, volvieron a encontrarse los dos religiosos, en la Ciudad Eterna, Don Ramón acompañaba al Excmo. Sr. Orozco y Jiménez. Este le indicó un tanto molesto —víctima de los “arreglos”—:

—¡Pregúntele, Padre Ramón, pregúntele al Padre Walsh cuál era la garantía de los arreglos!

Y el Padre Walsh respondió, más molesto aún:

—¡Morrow!... ¡Pero Morrow se nos murió!

4) El P. Iglesias (✠ Mayo de 1962) fue el creador de las Legiones (decurias y centurias), base subterránea del Sinarquismo, mucho tiempo dirigidas por dos altos exconsejeros de la Banca oficial y por el Ing. Antonio Santacruz, hoy excomulgado, y por un acaudalado empresario.

5) Fundados: Lex, por el P. Bergoend, S.J., y Bios, por el P. Amozurrutia, S.J.

6) (pág. 30).—Actualmente, Secretario de nuestra Embajada en París.

6-6 (pp. 31 y 32).—Temas no tratados.

7) Varias formas habría de adoptar “Proa”. Manteniendo su mensaje sustantivo fue, ante todo, un periódico protéico en sus formas gráficas y en su estilo.

En la I Epoca, con siete números quincenales correspondientes a los meses de septiembre a diciembre de 1931, se editó en cuatro páginas de 30 x 40 centímetros.

El Comité Regional de la UNEC de Jalisco, editor de "Proa", cedió su periódico al Comité Nacional salido de la Convención del 31 y, de la calle de Independencia 1304, en Guadalajara, las oficinas del periódico pasaron a Motolinía 8, en México, bajo la dirección de Luis Islas García, teniendo como primer Jefe de Redacción a José de Jesús Rojas Garcidueñas (el Bachiller), después a Juan Landerreche Obregón, Carlos Trejo M. y Rafael Aguayo Spencer, sucesivamente. Como Jefes de Publicidad estuvieron Lorenzo Alvarado y Raúl Moreno y, más tarde, Rafael Castañeda Fenelón.

En la II Época, se hace desde 8 hasta 16 páginas, en 25 x 35 centímetros. El título, de letras negras, abierto, ágil, de la primera época, se cambia por uno de letras vaciadas, pesadas, cerradas. Contra el tradicional empleo de las mayúsculas, entra a la moda de "cabecear" con minúsculas. A veces reduce a un mínimo, esquinado, la cabeza; aparece cada mes y agrega a su primigenia bandera la definición "por estudiantes-para estudiantes". Su aparición va de febrero de 1932 a diciembre de 1933.

Hay una III Época breve, que no podía serlo más: un solo número, de agosto de 1935, bajo la misma dirección y teniendo como Jefe de Redacción a Porfirio Martínez Peñaloza y, de Circulación, a Enrique Langenscheidt. La cabeza de esta edición de bolsillo —17 x 23— se vacía más, hasta tener solamente calidad de silueta. Esto es un brevial capricho de Islas secundado por Hernández Díaz, que dibuja.

Como el numen del mar, desaparece "Proa" por un año y pico, entre las turbulencias de la lucha estudiantil, para reaparecer con otro nombre, "Vértice", en julio de 1937. El nombre original le había sido plagiado por alguna revista marinera. Se publica por todo ese año; después, un número especial dedicado a la memoria del Padre Jaime Castiello y Jesús S. Sodi, en febrero de 1938, y otros dos números, en marzo y abril siguientes. Se edita en varias páginas de 24 x 35, bajo la dirección de Luis Calderón Vega; como Administrador, Jesús S. Sodi y, Jefe de Redacción, Alberto Delgado Pastor, excepto los tres últimos números que administra Hernández Díaz y dirige, el último, Manuel Cantú Méndez.

En agosto de 1938 nuestro periódico readquiere su nombre, bajo la dirección de Diego Tinoco Ariza, teniendo como Jefe de Redacción a Porfirio Martínez Peñaloza y, Administrador, a Fernando González Berazueta. Se publica en agosto, septiembre y octubre de dicho año, con el Directorio mencionado y, durante los meses de mayo, junio, julio y agosto de 1939, teniendo en la Redacción a Gabriel Robles G. de C., en la Gerencia a Bertrand Wood, en Publicidad a Manuel Creixell y, en Circulación, a Plácido Díaz Barriga y Pedro Muriel.

"Proa" tiene un glorioso resurgimiento de noviembre de 1939 a diciembre de 1940 y, por tres números más en 1941. Se presenta en pastas negras e impresos en oro el título, la fecha y el blasón —una nave barroca de velas hinchadas—. Su tamaño es de 20 x 27 y su volumen, de 44 páginas. En el Indicador figuran, pri-

mero Diego Tinoco y Carlos Septián García, como Directores; Carlos Gómez Chico A., en la Gerencia; Bertrand Wood y Mariano Noriega, en Publicidad; Manuel Creixell, Plácido Díaz Barriga y Pedro Muriel, en Circulación. Este último departamento y sus titulares desaparecen del Indicador en el tercer número y, desde el cuarto, figura Sergio Ramos Carrera como Gerente. En diciembre de 1940 se anuncia a Armando Cuevas S. como Administrador y, por último, en 1941, componen el Cuerpo Consultivo: Lic. Luis de Garay, Carlos Septián García y Diego Tinoco Ariza; Administrador, Víctor Guzmán H.; Redacción, Adolfo Pimentel Mejía y Antonio Diego Fernández.

En esta revista —ágil, universitaria, orientadora— fue donde se reveló la madurez, hondura y alegría del periodista consumado que fue Carlos Septián García, muerto en misión de prensa, en un accidente de aviación el día en que los Presidentes de México y de los Estados Unidos inauguraron la Presa Internacional "Falcón", el 19 de octubre de 1953. El nombre de Carlos lo llevan ahora la Escuela de Periodismo de la Acción Católica, en México, y un Premio creado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, para un Concurso de trabajos periodísticos.

Su postrer salida la hace "Proa" en 1943, en tamaño de 35 x 45. Se mantiene a flote por cinco o seis números, y se hunde, por fin, en el ancho mar. Dirige esta Epoca —según vemos en el Directorio del Número 5, de junio de 1943— Miguel Castro Ruiz, con la Jefatura de Redacción de Alfonso Rubio y Rubio y la Administración de Vicente Celis.

Esta es la historia sucinta, "sin dialéctica de calamar", pero con fuerza de Proa, que vivió "Proa".

Si Gómez Robledo abrió sus páginas con un bellissimo Mensaje Guadalupano —"Por Mi Raza Habló una Mujer"— y les dio exquisitez intelectual con sus "Presencias y Ausencias de Gog" y su ensayo tan cabal, tan certero y tan breve sobre "La Novela Moderna", con Islas, en México, "Proa" ingresó a la Universidad combatiendo, y Castro Ruiz puso punto final con la crónica escrita por Guillermo Castilla, del cambio de casa de la UNEC, de Cuba 88 a Hidalgo 120.

En su primera Epoca, la tapatía, fue "Proa" el "periódico organizador nacional" de las Convenciones y sobre éstas, su dirección y contenido cargó el acento "Disciplina de Unidad", de López González, "La Convención como Liberación de Espíritu", de Garcilita Partida. En esos días escribe Junco "La Santa Osadía", José Álvarez define la "Posición Ante el Norte" y de Garay y Toral presentan las nuevas orientaciones del Derecho contemporáneo.

En su segunda Epoca, Islas abrió "Proa" con "Panamericanismo, Iberoamericanismo y Sociedad de las Naciones ante el Derecho Tradicional Cristiano", escribe mes a mes unas notas sobre la "Realidad Nacional" y, con "Indicador", ametralla las desviaciones universitarias. Una nutrida bibliografía, con breves comentarios de Pérez Sandí, orienta la lectura y abre horizontes nuevos.

Con Carlos Septián García, desde que escribe en "Vértice", se llena de aliento hispánico con aquel su "Maestu, Caballero de la Hispanidad, Ha muerto", o con

los versos de López Manjarrés "Cinco Flechas"; revive la epopeya de los Cristeros con "Non Ommis Moriar", el soneto-saeta del Padre Vértiz a la momia del joven Manuel Acuña Rodríguez, fusilado en Coahuila el 17 de enero de 1927; vindica las glorias de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana con un homenaje al Padre Bergoend; pone el acento en graves cuestiones modernas, como "El Caso de la Action Francaise", de Antonio Gómez Robledo, o en la intimidad de la vida religiosa, con los apuntes que éste escribió sobre "Ejercicios Espirituales"; da guiones culturales con Pardinas, páginas jurídicas de Radbruck y Del Vecchio, con Toral y Aguayo o, en fin, difunde el mensaje de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos, como lo hace en el último número de la V Epoca, o lanza a la publicidad la música y letra del Himno de la UNEC...

Siempre la tónica vital, en cada cuestión con gran libertad, con gran alegría. Sin prisas, con síntesis, con modernidad. Valga un botón de muestra de una página breve, casi una viñeta, alta y definida como un friso, una concepción arquitectónica de la filosofía de nuestra vida, unas "Ideas" de Enrique de la Mora, en el número 1 de febrero de 1932:

"Hemos sido cortados de la tradición.

"Arquitectura pre-cortesiana y arquitectura colonial. Arquitecturas muertas. Para revivirlas, instituyamos de nuevo los sacrificios humanos y la inquisición. Imitarlas es hacer arquitectura más cara, teatral, arqueológica. La arqueología, a los museos. Estudiémoslas racionalmente, en su medio. Tomémoslas como lección. Nada más.

Siglo XIX: siglo sin orientación, sin cultura, extranjerizado, se alza entre la tradición y nosotros, separándonos. No hay fisonomía. Sin arquitectura.

"Siglo XX: fierro, concreto, cambio constructivo. Revolución. Cambio social.

"Nada queda de la tradición.

"Unico apoyo: la necesidad, la lógica y la técnica.

"Nuestro papel: precursor y orientador".

• • •

De 1931 en adelante, cada aparición de "Proa" sera un acicate, un rompehielos "en los mares de inercia".

Y, con el periódico, sus ediciones, tan valientes como "El Catolicismo y la Burguesía Mexicana", de Islas, o las mismas Conclusiones de la Convención Iberoamericana; tan novedosas como la plaqueta de la I Exposición de "Siete Pintores Jóvenes", organizada por "Proa": (Alvarado, Blancas, Cruz, Hernández, Montero, Moreno, Peña en diciembre de 1932, cuando "mientras otros clausuraban centros de enseñanza —decía la plaqueta— nosotros, perseguidos, organizamos Exposiciones"); y tan transcendentales como la Carta a los estudiantes mexicanos que escribió Georges Goyau, o "La Universidad —Estudio Filosófico-Histórico" del Padre Castiello, obra de obligada referencia en todos los numerosos estudios posteriores sobre Universidad, texto de me-

ditación en círculos de varias organizaciones universitarias sudamericanas, bella edición que pretendieron ignorar "por razones que no vienen a cuento" quienes, bajo el signo de Pax Romana, la editaron "por primera vez" en esta misma ciudad"... ¡quince años después que nosotros!

8) Eran, además de los citados: de Guadalajara, Silviano y Vicente Camberos Vizcaíno, Carlos Cuesta Gallardo, Juan Fernández de la Vega, José Díaz Morales, Ramón Garcilita Partida, Alfonso Gutiérrez Hermosillo, Carlos Gómez Lomeli, Francisco López González, José María Partida y Guillermo Villalobos; de Morelia, Luis Calderón Vega, Juan Ibarrola Bahul, Ernesto Rodríguez y Pedro Sánchez Castillo; de Mérida, Rafael Regil y Joaquín y Francisco Casasús; de Monterrey, Felipe García Guajardo, Luis Hinojosa Berrones y Francisco Flores Meyer; de Puebla, Agustín Cid, Javier Macotela, Aurelio Nuño, Pedro Padierna y José Antonio Pérez Rivero; de México, Distrito Federal, Luis de Garay, Julio Chávez Montes, Jesús Valencia, José Uribe Michel, Jesús Toral Moreno, Juan Landerreche, Jesús Pérez Sandi, Guillermo Gargollo, José Cardona, Benjamín Ayala, Guillermo Cárdenas Pérez, Rivero del Val, Fernando y Jaime Cortina, Federico Mariscal, Juan Manuel Sánchez, con muchos más de Labor, y Luis Beltrán, ¡cómo no, el viejo amigo de los estudiantes!... Entre los representantes de la A.C., de la Juventud Femenina y de Cultura Femenina, Aurora de la Lama, Sofía del Valle, María Luisa Herrasti, María Isabel del Paso, Rosaura y Paz Marrón Alonso, María Robles González Cosío, Paz Ortega Espinosa. Y representaciones de Colegios, Noviciados y otras muchas instituciones católicas.

9) Figuraban textuales en el Apéndice de nuestra primera edición.

10) EL SIDEC trabajó desde luego y es todavía grato hojear su selecto Boletín mensual que contiene actualísima información del mundo estudiantil y de los movimientos intelectuales.

Por circunstancias políticas locales, el Congreso no pudo celebrarse en Lima —a pesar del magnífico grupo de distinguidos organizadores—, y fue realizado en Roma, del 10 al 29 de Diciembre de 1933, y de él salió una vigorosa CIDECA (Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos).

La Presidencia de la CIDECA quedó en manos de un chileno. En el II Congreso, celebrado en mayo de 1939, en Lima, en el que representaron a México Carlos Sep-tién García, Daniel Kuri Breña y Luis Calderón Vega, la Presidencia pasó a manos de un peruano. El III Congreso, que tuvo lugar en Bogotá, en junio de 1941, entregó la Presidencia a Luis Calderón Vega.

Pero México ya no contaba con su pujante organización estudiantil y el Comité CIDECA sólo pudo organizar tres recorridos por Centro y Sudamérica para fortalecer las organizaciones estudiantiles, colaborar en la realización de la Semana de Estudios "CIDECA-PAX ROMANA", de Santiago de Chile (marzo de 1944) y asistir a entregar la Jefatura al IV Congreso, reunido en Roma (julio de 1950). Este IV

Congreso reformó el Estatuto, principalmente para incluir en la Confederación a los universitarios post-graduados y a sus organizaciones (a lo que, por cierto, se opuso empeñosa y extrañamente la sección europea de Pax Romana). A pesar de que en México ya no contaba la CIDUC con base de sustentación, este IV Congreso reeligió al Presidente.

Este mantuvo con duro esfuerzo personal y el de unos pocos colaboradores una oficina de servicio; intentó por todos los medios a su alcance el apoyo moral de las organizaciones católicas y de las autoridades eclesidísticas, cosa que no llegó a obtener, muy a pesar de que Su Santidad Pío XII (en respuesta a las gestiones que el Presidente hizo en Roma, personalmente, en varias audiencias con S. E. Roma. Cardenal Pizzardo y el Excmo. Sr. Montini, Secretario de Estado Substituto, para contrarrestar las influencias celosas del H. Comendatore Veronese, personaje influyente de los círculos vaticanos y representante oficial y muy oficioso de Pax Romana), se había dignado designar Asistente Eclesidístico General de la CIDUC a Su Eminencia Reverendísima Carlos María de la Torre, Cardenal de Quito, lo que constituía la oficialización más evidente de la CIDUC por el Vaticano.

Al considerar que México no estaba interesado ya en el movimiento universitario católico iberoamericano que había creado, el Presidente de la CIDUC puso la suerte de ésta en manos de la Delegación Apostólica en México para que corriera el trámite correspondiente (enero de 1953).

11) Aquel fracaso financiero no era ciertamente característico de los laboristas. Negocios iniciados allí, en Cuba 88, son ahora sociedades de éxito. Baste citar a CYR, integrada entonces por Manuel González Flores ("descimbrar cimbrando" y "pilotes de control"), Kurt Groenwold, Carlos Franco, Vicente Cordero, Carlos Olvera, Ignacio Cortina, Ernesto Velasco, Luis y Guillermo Gargollo, Carlos Lezama, Luis Rivero del Val.

Allí, en Cuba 88, se afamaron dentistas como Carstensen, hoy Sacerdote jesuita; el Chino Segura ("el más artista de los toreros"), Fernando Pardo Valenzuela, Carlos Furiás de la Garza, Edmundo Ovando y Olea, Joaquín Casasús... De Labor fueron también Karl P. Bellinhausen, José Luis Morales, Rafael y Agustín Cid, Jorge Sesma, Enrique Langenscheidt (¡qué bella casa le puso a Nuestra Señora de la Piedad!), Fernando y Juan Cortina Portilla, Jaime e Ignacio Cortina Bermejillo, Juan Manuel Sánchez, Vicente Juaristi (perito automovilista muerto en un cruce a nivel porque "se le mató el motor"), Jesús Manzano, Luis Hinojosa González, José Creixell, José Murga, Juan Fernández de la Vega; ...posteriormente otras brillantes promociones como las de Antonio Alvarez Urquiza, Fernando Valdés, Nacho Sáenz, Mario del Valle, Braulio y Juan José López Mendoza, el Flaco Ambia, Alejandro Olavarria, Gabriel Avila, los Fernández del Valle. Y antes, con los ya citados, Carlos Lazo que fuera Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, muerto trágicamente en misión profesional, y Jorge Luis López Collado, muerto como Carlos, fiel a su trabajo, en el Desierto del Altar, cuando trazaba la ruta del Ferrocarril Sonora-Baja California y

a quien Múgica, entonces Secretario de la SCOP, presentó como ejemplo de revolucionario muerto por los ideales de la Revolución (!Jorge, tan cristiano y tan alegre, cómo hubiera gozado con el cuento del General!)..

12) *Del monroismo de aquellos tiempos a la política de buena vecindad rusveltiana y a la de socios de Eisenhower hay ciertamente gran distancia teórica y práctica. Muchos intereses comunes a los Estados Unidos y a México han surgido frente a problemas fundamentales de escala internacional que nos obligan a ser solidarios de aquellos, en muchos órdenes. Este hecho ha llevado a algunos a considerar a los Estados Unidos como "la espada de Occidente". En todo caso, es una espada de dos filos, tanto más peligrosa cuanto que, a título de "protección", suele volverse contra nuestras "defendidas" naciones indefensas.*

Sin embargo, poco a poco va siendo más favorable para Iberoamérica la mentalidad de los leaders, no sólo del Gobierno de Washington, sino de grandes sectores del pueblo norteamericano. En éste, el muy común afán de aprendizaje del castellano y, con ello, el conocimiento de nuestra producción intelectual; la dedicación de muchos especialistas —entre ellos, muy significados católicos— que han escrito obras de gran aliento sobre las veinte naciones de estirpe hispánica, y, en el Gobierno mismo de la Casa Blanca, la simpatía, el contacto vivo de muchos de sus funcionarios y el conocimiento de nuestra realidad que les imponen sus propios programas internacionales (la Alianza para el Progreso, por ejemplo), son factores positivos que van tendiendo puentes sobre el Río Bravo a Iberoamérica, y que es preciso conservar y multiplicar.

Al respecto, creo que la Confederación Nacional de Estudiantes ha expresado acertadamente la nueva posición que debe guardarse. Me refiero a los siguientes párrafos del Tema Número Cuatro "Misión de los Estudiantes frente a las Corrientes Sociales y Políticas de Nuestro Tiempo", votados en el XIX Congreso de la Confederación, celebrado en Monterrey en el año de 1951 y aparecidos en el folleto publicado por aquella bajo el título "Mensaje a la Juventud" (México, 1952):

"En esta hora, pese a todo lo que de verdad y de mentira pueda recordar o sugerir esa propaganda (la soviética que fomenta y auspicia toda clase de suspicacias frente a la acción internacional de los Estados Unidos"), los Estados Unidos representan el más activo y potente núcleo de fuerza que puede y, por tanto, debe defender a las naciones occidentales, a la civilización y a los principios de libertad y dignidad del ser humano.

"México es ahora un pueblo libre. Con la dominación soviética, que es un peligro incomparablemente mayor y más sombrío que cualesquiera otros que pudieran aducirse, México dejaría de serlo en lo interno y en lo exterior. Esta es la verdad histórica y los estudiantes, con resuelta franqueza lo hacen patente a la Nación...

"Pero, con la misma claridad, denuncian el peligro históricamente repetido: la utilización de esa capitania de los Estados Unidos para la penetración de sus intereses capitalistas y la de su fuerza para la dominación de Gobiernos y de pueblos. Por la

lealtad a la Civilización Occidental, México debe alinearse con aquel pueblo, que es baluarte y garantía de esa Civilización; pero, por lealtad a su propio pueblo y a los principios de dignidad y libertad, México debe postular una sincera y cauta política de defensa contra flaquezas y defecciones de los Estados Unidos".

Cf. S. S. Juan XXIII, "Mater et Magistra", Parte III, "Exigencias de Justicia en las Relaciones entre Naciones en Grado diverso de Desarrollo Económico" Ed. Paulinas, 1961, p. 42-46.

13) ¿Podrá afirmarse, acaso, que hay autenticidad y congruencia en el intelectualismo de los pequeñoburgueses que actualmente ejercen en la Universidad el "socialismo científico" de profesores a tiempo completo, el "materialismo histórico" de empleados del Estado, el "marxismo-leninismo" hispano-cubano experimentado in anima vili y doblemente fracasado y criminal?...

No creo que hubieran podido clasificarse en estas categorías ni todos, ni siquiera la mayoría de las gentes de izquierda de mi generación. En aquel entonces poseían alguna nobleza. En todo caso, cierto aire de idealismo las alentaba. Por eso dejo intactos estos renglones de la versión original.

Pero ahora, esa gente es distinta, es gente "de partido" bien pagada, equivocados a sueldo, sin justificación, que han llevado la Universidad a extremos inimaginables.

Ya era lamentable esta situación con el Rector Eli de Gortari que convirtió la Universidad descaradamente en organismo propagandístico del Partido Comunista, mediatizado por su filial P.P.S. Pero se ha empeorado con el régimen introducido por el nuevo Rector, Lic. Alberto Bremauntz que preside un curioso "combinado al natural" de comunismo pepino y comunismo priista.

El Lic. Bremauntz fue elegido, entre muchos, al decir de la prensa de mediados de marzo y según comentarios oficiales, como el más ponderado para volver la Universidad al orden jurídico e institucional y para promover "la paz universitaria".

El conflicto universitario originado el 1º de febrero de 1963, con un manifiesto público firmado por 75 Profesores de la Universidad Michoacana, de variadas confesiones políticas y de contradictorios matices religiosos, vino a reflejar ante la opinión y ante sus propios componentes, el lamentable estado al que el comunista de Gortari condujo a la Universidad.

Con un estilo típicamente nicolaita, el manifiesto puntualizó, sin lugar a dudas, los objetos perseguidos por el grupo —mayoritario— de Profesores universitarios:

"Los maestros que suscribimos —dice el manifiesto "A los Universitarios de Michoacán y a la Opinión Pública"— hemos resuelto examinar la situación en que se halla la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo a consecuencia de

los graves errores en que ha incurrido la administración que preside el Rector Eli de Gortari, y que comprometen seriamente los altos intereses y el prestigio de nuestra Institución..., para solucionar en forma definitiva el problema vital que nos preocupa...

"Desde el comienzo de su gestión, el Rector se ostentó como abanderado de los principios sociales que se consagran en nuestra Ley, como un arte para conseguir su estabilidad, pues, en realidad, esa postura no pasó más allá de un trivial recurso para conservar el puesto que desempeña,...

"Otro de los recursos igualmente condenables consistió en que el Rector pretendió presentar la Universidad ante la opinión general, en un estado de depresión y bancarrota institucional... queriendo producir la impresión de que su labor sería marcadamente constructiva..., exhibió al profesorado ante la nación, por medio de la prensa, radio y televisión, como irresponsable de sus obligaciones docentes...

"...Cierto que puede anotarse (a favor del Rector) el establecimiento de la Facultad de Altos Estudios, que durante mucho tiempo permaneció como mero proyecto... Pero la incipiente Facultad está muy lejos de justificar su misión por encontrarse desprovista de maestros capaces, pues el Rector designó, por motivos meramente personales de amistad, parentesco o confianza, a personas que se encuentran por abajo de la mediocridad, con los más altos sueldos de \$5,000.00 mensuales que se pagan en la Universidad...

"Habremos de señalar desde este momento la fobia con que el Rector ha tratado a maestros respetables y ameritados de nuestra Casa de Estudios... Los ha extorsionado para excluirlos del ámbito universitario...: al Profesor de Filosofía Enrique González Rojo, amigo suyo y promotor de su designación, lo separó para sustituirlo con un pariente suyo de menos que mediana capacidad docente y sin seriedad personal...; el maestro Juan Díaz Vázquez, Doctor Honoris Causa y Decano de la Universidad... fue retirado; el Profesor Alfredo Zalce, artista de categoría nacional, fundador de la Escuela de Pintura, siguió la misma suerte; el Ingeniero Jaime Trejo, (fue) depuesto de la Dirección de la Facultad de Ingeniería...; al Doctor Mario Alvizouri... investigador científico... lo degradó como Profesor de Carrera; al Doctor Julio Macouzet, Diplomado en Bioquímica... se denegó el nombramiento de Maestro de Planta...; al Doctor Héctor Vázquez, postgraduado en Farmacología y Catedrático de tiempo completo... lo despojó arbitrariamente de sus percepciones...; al Doctor Héctor Solís Quiroga, traído para fundar un Centro de Investigaciones Criminológicas... le presentó obstáculos que frustraron el proyecto, sólo por una ciega indisposición a la Facultad (de Derecho)...; al Licenciado Alberto Lozano Vázquez, actual Procurador de Justicia en el Estado, le entretuvo la reexpedición de su nombramiento como Profesor de tiempo completo...; a la Srta. Enfermera Maurilia González..., organizadora de la Escuela de Enfermería, la destituyó por haber practicado en una ceremonia de imposición de cofias el tradi-

cional Juramento de la Enfermera de Florencia, Nightingale, ritual académico de uso universal, equivalente al de Hipócrates, evocador de Apolo, por disgustarle (a de Gortari) que, como en éste, se hiciera una mención a la deidad; al Doctor Brigido Ayala... se le negó la designación de profesor calificado de que venía disfrutando, solucionando la reclamación que hicieron sus alumnos, con una jubilación que no fue pedida... Existen otros casos más que no podemos agotar, de violaciones a derechos docentes y agravios a la dignidad personal, como los de los Profesores Lic. Anastasio Zamudio Fraga, Ing. David Hernández Huéramo, Dr. Mario Tapia, Dr. Esteban Figueroa. Pero debemos señalar en forma especial, con pena, el del profesor Roberto Cárdenas, quien fuera Director del Departamento Escolar, por muchos años, funcionario ejemplar..., cesado sin la menor justificación..., quedando ahora el Departamento en manos inexpertas de incondicionales del Rector, donde podrán realizarse las irregularidades y anomalías con que habitualmente procede, lo que es demasiado grave porque en esa Oficina se lleva el control de los estudios..."

Y, otro capítulo:

"Con un espíritu autocrático, al margen de la ley, haciendo prevalecer su voluntad en el Consejo Universitario...:

"Se asignó un sueldo sin precedente de nueve mil pesos mensuales y, además, dispone de sumas considerables de dinero, para lo cual no obtiene la aprobación que se requiere legalmente del Consejo...; hace gastos dispendiosos a cargo de la Tesorería de la Institución, aparte de sueldos que asigna a sus familiares y amigos de su casa. Una auditoría garantizada e idónea pondría al descubierto la forma ilegítima en que ha manejado los fondos de la Universidad y atropellado el ejercicio del presupuesto..."

Según publicación hecha en abril con el título "Saqueo en la Universidad Michoacana", el Rector Bremauntz, designó al C.P.T., Jorge Cervantes, de la Secretaría de Hacienda para revisar las cuentas de la Universidad, auditoría que comprobó "graves latrocinios".

La misma publicación condensa, en columna aparte, los siguientes datos: 1.—Ganaba (de Gortari), como Rector, \$15,000.00 Mensuales.— 2.—Falseó el presupuesto de 1962, considerando como partida del mismo, el remanente del año de 1961, por la suma de \$134,288.99, cuando en realidad era de \$472,701.73.— 3.—De acuerdo con lo anterior, no se consideró en el presupuesto de 1962 la suma de \$338,412.74. ¿Qué se hizo ese dinero?— 4.—En banquetes y viajes de 1962, se gastó \$115,306.00. 5.—Aplicó en "cuentas especiales" (?), no presupuestadas, un total de \$822,791.05.— 6.—En "compensación de servicios" (?) el Consejo Universitario autorizó la suma de..... \$30,000.00 en 1962, y el Dr. Eli de Gortari gastó \$307,701.17, esto es, el 1,000% más de lo legalmente aprobado.— 7.—Por "gastos imprevistos" se le autorizaron \$40,000.00, y gastó \$231,987.91.— 8.—Entregó, "por probables compromisos contraídos con la F.E.U.M., (Federación Estudiantil Universitaria de Michoacán), un total de.....

\$208,236.44.— 9.—Por “gastos del Movimiento Universitario”, dilapidó, en el mes de febrero de 1963, \$144,766.82.

No obstante todo ello, con fecha 17 de julio, el Consejo Universitario de Bremauntz, ya en plena euforia y en público consorcio con los amigos del ex-Rector de Gortari, exoneró a éste de toda culpa al respecto, declarando paladinamente que “no aparece acreditada ninguna distracción de fondos para fines extrauniversitarios... Como una consecuencia de lo sostenido en las proposiciones que anteceden, consideramos que no aparece acreditado que el señor Dr. Eli de Gortari haya dispuesto en provecho propio o de persona alguna de los fondos propiedad de esta Institución...”

Continúan los Profesores universitarios:

“Nombró al actual Secretario de la Universidad (Alfonso Espitia) sin que éste reuniera el requisito que señala la Ley de tener un grado académico equivalente o superior a la licenciatura...”

“Usurpando las facultades del Consejo Universitario en materia de regulación de colegiaturas, aumentó en general el monto de éstas...”

“En el año de 1961 se destinó aproximadamente la cantidad de ochenta mil pesos a la Facultad de Ingeniería para equipos de laboratorio y únicamente se aplicaron a su objeto veinte mil...”

“Se vulneró la ley al extender nombramiento de la actual Directora de la Escuela de Enfermería (Sra. Victoria Calderón de Sumbra)...”

“Designó como “representante” de la Universidad en la ciudad de México, a sueldo, a un cuñado suyo...”

“La Universidad Michoacana obtuvo aproximadamente veinticinco mil pesos de una Institución... para financiar una investigación sobre cáncer... Cuando hace días se presentó a la Tesorería la persona... autorizada para efectuar (los) gastos... fue informada por el Tesorero que ese dinero ya había sido empleado en otros gastos...”

Y se concluye:

“En orden a todo lo que hemos expuesto, invitamos a todos los universitarios, profesores y alumnos, a examinar con responsabilidad el problema que confrontamos y a reclamar la destitución inmediata del Doctor Eli de Gortari como Rector de la Universidad, por exigirle así los más caros intereses de la Institución...”

Los Profesores universitarios firmantes de esta pública y ya histórica denuncia fueron la Srita. Enfermera Maurilia González Campos, los Ingenieros David Hernández Huéramo, Manuel Rodríguez Morales, J. Jesús Castillo Janacua, Nabor Ballesteros Tena, Ramón Fernández Loaiza, Luis G. Meza, José Guzmán Cedeño y Joaquín Delgado Reyes; los Licenciados Juan Díaz Ponce de León, J. Jesús Aguilar

Ferreira, Gonzalo Dorantes R., Rafael Mendoza Valencia, Anastasio Zamudio Fraga, Gregorio Torres Fraga, José Amezcua Manjarrez, Luis Manuel Rojas, Rodolfo Murillo Alvarez, Humberto Aguilar Cortés, Arturo Vega Villagómez, J. Jesús Vázquez Pallares, Mariano Domínguez Martínez y Roberto Valenzuela Jurado; los Profesores Leonel Santoyo Rojas, Emilio Vázquez García, Antonio Martínez Gutiérrez, Abel Valdovinos Hernández, M^o Guadalupe Núñez, Alfonso Correa V., José Alfonso Mier Suárez, Apolinar Juárez Caballero, M^o Salud Vázquez Fernández, Gregorio Mata López, Josefina Gómez Trillo, José González García, M^o Dolores Pacheco M., Ignacio Magaña Estrada, Adolfo Alvarez y Alvarez, Faustino Martínez Pérez, Mauro Sánchez López, Alfonso Urbina Molina, Amador Gallegos Bautista, Armando Guzmán y Aurora Núñez González, y los Doctores en Medicina Mario Alvizouri Muñoz, Luis Mora Serrato, Lauro Viveros Chávez, José M^o Pineda Ortuño, Onofre Chávez Fraga, Arturo Alvarado Torres Valle, Antonio Gutiérrez Arroyo, Eliseo Mendoza Gutiérrez, Yolanda Cuevas Zavala, Mario Tapia Sandoval, Antonio Rubio Linares, Juan Fabián Ruiz, Gabriel Avila Galinzoga, José Luis González Galván, Enrique Sotomayor Huerta, Alfonso Guzmán Carreón, Eduardo Plaza Pérez, M^o Concepción Quijas Huerta, Guillermo Corona Díaz, Adán Lozano Vázquez, Virgilio Murillo Ortiz, Ponciano Tenorio Montes, José Núñez Martínez, Emilio Bolaños Guzmán, Julio Macouzet Tron, Rodolfo Anguiano López, José Sierra Rosiles, Francisco Esquivel Rodríguez, Ubaldo Martínez Gutiérrez, Cecilio Páez jr. y Roberto Rico Pantoja.

Entre estos firmantes los hay marxistas, pseudo marxistas, católicos, semi católicos, liberales, neoliberales, socialistas románticos y socialistas presupuestivos, clericales paternalistas y anticlericales de profesión, arriaguistas de corazón y antiarriaguistas por vocación, damasistas incatalogables y lazaristas bien catalogados... Un mosaico de criterios y de filosofías, una gama de diferentes y aún encontrados intereses personales, un museo de banderines políticos, una compleja orografía de posiciones.

Cabía preguntar: ¿era posible una victoria que sólo se alcanza con unidad de metas y de métodos?, ¿qué posible coincidencia de objetivos podría darse?... Aunque parezca increíble, un simple objetivo llevó al triunfo a este abigarrado grupo: la elemental defensa del claro y alto interés universitario.

Primero fue el triunfo en el espíritu estudiantil. Desde el principio, los profesores contaron con la mayoría absoluta de los estudiantes de Ingeniería, de Enfermería, y de Odontología. En el transcurso de los 15 primeros días, el movimiento se enriqueció con fuertes contingentes, mayoritarios unos, como en la Facultad de Derecho y de Medicina, y minoritarios otros, como en la Secundaria, Preparatoria y Escuela de Contabilidad y Administración. Prácticamente en estas tres últimas escuelas contó el Rector con los muchachos pensionados por la propia Universidad, vilmente presionados por ese medio; y en las otras escuelas, con los grupos minoritarios de comunistas que, en el transcurso de la lucha, se vieron fortalecidos por equipos adiestrados de jóvenes y no jóvenes del Partido Comunista, del PPS,

del Movimiento de Liberación Nacional y aún de la Central Campesina Independiente.

Después de haber sido "tomado" el edificio del Colegio de San Nicolás por los antidegortaristas, y de habérselos arrebatado los amigos del Rector, poco después, éstos convirtieron el edificio venerable en cuartel de milicias organizadas por la técnica de lucha prescrita por el castro-cardenismo: "Batallón 501", "Batallón Estrella Roja", "Batallón Lenin", "Batallón guarachudos veloces" (tal vez aludiendo al grupo de líderes campesinos del Movimiento de Liberación que vinieron a "defender" el Colegio, algunos de los cuales fueron inscritos como alumnos en diversas escuelas para legalizar las democráticas votaciones). Por los altavoces colocados en los balcones del Colegio, constantemente escuchaba la ciudad las marchas y las arengas de los guerrilleros cubanos o se entonaba patéticamente la "Bella Chao", de los guerrilleros italianos. La bandera negra y el lema "Universidad o Muerte" pusieron tinte trágico en el conflicto.

Como desde los primeros días de febrero el Rector, señor y árbitro del Consejo Universitario, primero consignó a los firmantes del manifiesto por considerarlo "subversivo" y, después, decretó la expulsión de 34 Profesores y 13 estudiantes atropellando todo procedimiento legal, un clima de ardor y de violencia alentó la lucha; los mitines, ya dentro de las escuelas, ya en las plazuelas públicas, se sucedieron, cada día con más frecuencia y, como las agresiones y trastornos del orden también aumentasen, la presencia de las fuerzas militares y policíacas vino a crear una tensión general en la ciudad.

Esto provocó que, si al principio el conflicto sólo interesó a los universitarios, la ciudad entera fuera interviniendo espontánea, desorganizada y gradualmente en lo que se convirtió en un serio problema de Morelia: por un lado, un grupo respetable de Profesores universitarios y una mayoría de muchachos, hijos de la ciudad y del Estado, defendiendo el derecho a la libertad y a la cultura en la Universidad; del otro lado, un grupo minoritario de comunistas, usando todas las armas de la técnica de agitación, de asalto, de maniobra política, apoderado de los órganos del gobierno universitario y de los edificios principales de la Universidad, valiéndose de los recursos de ésta, no sólo para defender su posición interna, sino para atacar metódicamente la ciudad y los valores de la ciudad; y como aparente mediador en el conflicto, respetuoso de la autonomía universitaria (de que nunca ha gozado la Universidad, en la práctica), el Gobierno del Estado, moviendo las fuerzas públicas no para conservar el orden sino para proteger, como protegió hasta el último momento, a los grupos comunistas, los realmente subversivos, que hicieron creer al Gobierno que estaban siendo atacados por concentraciones "reaccionarias". Elocuente evidencia de ello fueron el patrullaje por las garitas de la ciudad y, entre otras acciones militares, la del grupo del ejército, al mando directo de jefes de alta graduación, que la noche del 14 al 15 de marzo se encontraba "guardando el orden" cerca de la Facultad de Medicina y que se negó a proteger a los estudiantes antidegortaristas que ocupaban el edificio y que estaban amenazados por el grueso

de los degortaristas, armados y ebrios, que se disponían a asaltar la Facultad; la ausencia de fuerzas de seguridad, la misma noche, en las cercanías de la Facultad de Ingeniería, donde el núcleo de los principales dirigentes estudiantiles y profesoraes antidegortaristas que se habían reunido en asamblea deliberante fue sistemáticamente balaceado durante aproximadamente dos horas y media por los grupos de asalto de los degortaristas, a pesar de la presencia, dentro de la Facultad —indefensa, como un escaparate—, de varias señoras, madres de familia, que habían ido en busca de sus hijos.

Atentado incalificable sufrió la ciudad, en las personas respetables de las madres de familia de todas las clases sociales que, acompañadas por algunos de sus hijos estudiantes y de sus esposos, quedaron en considerable número "haciendo guardia", frente al Palacio de Gobierno, la madrugada del domingo 10 de marzo. La víspera se habían presentado, por millares a pedir al Gobernador la solución del conflicto y aquél, emotivamente, ofreció una pronta solución y pidió calma, no sin recordar que ningún precio es suficiente para pagar una vida humana.

No hubo entonces pérdida de vida alguna. Pero sí una pérdida total del sentido común en el mando de aquella "operación". Sin que mediara provocación alguna, la fuerza policiaca, preparada para el asalto, se lanzó al ataque —protegida, eso sí, por las bayonetas militares que avanzaban cubriéndole la espalda— sobre los grupos que acampaban en la Plaza Ocampo. Un sistemático, técnico, despiadado bombardeo de gases que victoriosamente hizo retroceder a los grupos y después ponerse en fuga; y aún, con máxima estrategia envolvente: acorralarlos para pistollear, rendir a culatazos y encarcelar a aquellos que hicieron resistencia verbal, perseguir a los grupos hasta los barrios de la ciudad, hasta humildes vecindades, en alguna de las cuales las bombas lesionaron peligrosamente a un recién nacido; metódicamente, por la calle principal, hasta Villalongín, barrer con gases para amedrentar a la ciudad, con sublevante inmunidad.

El asalto rufianesco —al que se negó, según dicen y ojalá sea cierto, el General Álvarez, de la Policía— pudo tener gravísimas consecuencias, pues, algunos jóvenes subieron a los campanarios de los templos y tocaron a rebato. Y bien comprendieron las altas autoridades, que, ocultas, giraban sus órdenes nerviosamente, que habían cometido la grave equivocación. Y no fue el temor lo que contuvo a la ciudad para una respuesta adecuada a la agresión, sino la influencia moral que pudimos ejercer sobre el pueblo quienes, deliberadamente lejos del conflicto —aunque los galopines de la demagogia crean lo contrario—, tuvimos que echarnos a la calle a calmar al pueblo, evitando un episodio sangriento que aún y siempre pesaría en la conciencia del señor Gobernador.

Nada hay que justifique la torpeza oficial que dejó prolongar el conflicto hasta estos extremos incalificables, cuando desde el primer momento en que asumió gravedad se tuvo el recurso del que tardíamente se echó mano.

El decreto del Congreso Estatal por el que se derogó la Ley Orgánica de la Universidad y se dio una nueva, facultando al Gobierno del Estado para designar, por esta vez, a los miembros de la Junta de Gobierno de la Universidad, pudo ser el inicio de una etapa de renovación. Pero no fue así.

Era de esperarse la reacción de quienes hasta entonces, apoyados y aún protegidos por la fuerza del Estado, ensoberbecidos por su inmunidad, se veían, al parecer, excluidos de la tutela pródiga y paternal del Estado. Pudo preverse la reacción violenta y, tal vez evitarse sus consecuencias de sangre. Y no se hizo. Las fuerzas públicas sólo tenían experiencia en acciones contra el pueblo inerme.

En cambio, los agitadores comunistas tienen un largo historial de crímenes sociales. Qué les importaba un asalto más a una negociación, si en ésta podían armarse, o, qué les importaba una víctima más, ya fuera Manuel Oropeza García, el estudiante que ellos mismos sacrificaron, de un balazo de pistola que cualesquiera de ellos pudo robar y disparar, ya fueran los otros dos estudiantes, o el oficial o el soldado, heridos en la balacera que los líderes promovieron contra las escoltas apostadas en las cercanías del Colegio de San Nicolás, la mañana del 15 de marzo.

Antonio Martínez Báez, Gabino Fraga, Enrique Arreguín jr., J. Jesús Romero Flores, Carlos García de León y Raúl Arriola Cortés, gobernadores de la Universidad, tuvieron en sus manos, en aquellos graves momentos, el honor de salvarla. No lo hicieron.

Pedía el momento histórico un hombre de gran calidad, con alta vocación jurídica y cultural y un noble sentido de armonía y de humanismo, para hacer que la Universidad Michoacana volviera al orden institucional y, lograda la paz, reparadas las injusticias, pusiera las bases indispensables para el cumplimiento de la nobilísima misión universitaria. Sobre este criterio que debió guiar la elección de Rector, prevalecieron las fobias decimonónicas y socializantes.

El hombre que se necesitaba ciertamente no lo es el Lic. Alberto Bremauntz. Sincero revolucionario, incansable luchador de izquierda, esta definición humana no encaja en una tarea rectora; de ardiente pasión antirreligiosa, de obsesionados criterios marxistas que él sabe expresar más claramente como un facismo alrevés, no puede pedírsele el tolerante equilibrio intelectual que exige la esencia misma de la Universidad.

"Vengo a manejar la Universidad con criterio revolucionario y ustedes son reaccionarios. Continuaré la política del compañero de Gortari" —afirma uno de los dirigentes antidegortaristas que esta fue una privada declaración del señor Bremauntz en el principio de su rectoría.

Y es, en el fondo, la misma profesión de fe que hizo al inaugurar el nuevo Consejo Universitario. Y parece que lo ha cumplido. "Su falta de ponderación, la intolerancia partidista que lo posee, dieron al traste con todo germen o posibilidad

de restablecer y la concordia y la armonía, condición prima de un clima propicio a la investigación y difusión de la Ciencia. Fracaso, pues, en lo que consistió su tarea fundamental: reimplantar la normalidad en la vida docente universitaria", escribe el Licenciado Anastasio Zamudio Fraga, en el N° 3 de "Fraternidad Nicolaita", del 6 de julio de 1963.

Es evidente que su primer acto de gobierno debió ser reparar la injusticia cometida contra los 34 Profesores y los 13 estudiantes, a todas luces injustamente expulsado por de Gortari. En vez de hacerlo, permitió artificiales asambleas democráticas, desconoció auténticas decisiones estudiantiles, seleccionó a contrario sensu a funcionarios y representantes y logró un "orden universitario" hecho a la medida para sancionar a voluntad a quienes tiene catalogados como "reaccionarios irredentos", orden que cuenta con el instrumento de un Consejo cuya composición difiere de la del Consejo degortarista en que, a los comunistas del PPS en aquél, se suman hoy los comunistas del PRI, que en éste predominan, sirviendo a aquéllos.

El resultado ha sido evidente: un Consejo Político —de nulidad académica e intelectual— que, en lugar de restablecer la justicia y la paz, a secas, ha creado un régimen de "paz y de justicia socialista y democrática", cerró todas las puertas de conciliación a Profesores y estudiantes expulsados y les obligó ir al "paro", como única defensa y en exigencia de justicia que el Rector, ya ex-jurista, les ha negado y, a continuación, creyendo tener una base de justificación, los consignó y expulsó, porque, al decir de un diario de los que la ciudad padece, "no atendieron la exhortación que se les hizo para que suspendieran su "paro" ilegal que realizan...

"De la Escuela de Leyes —dice el "Heraldo", del 2 de julio— fueron consignados los licenciados Guillermo Morales Ossorio y Anastasio Zamudio Fraga. De Odontología los doctores José Núñez Martínez, Eduardo Plaza Pérez, Jorge Rodríguez, Alberto Aragón y la doctora María Concepción Quijas H.

"De la Escuela de Medicina, cuyos alumnos están a punto de perder el año por culpa de la criminal actitud de los Profesores, fueron consignados al Tribunal Universitario los galenos Adrían Rodríguez, Alberto Aragón, Jesús Herrera, Francisco Fernández L., José María Pineda, José Sierra Rosiles, Virgilio Murillo, Juan Fabian, Rafael Morelos Valdés (diputado panista), Francisco Esquivel, Cecilio Paéz jr., Jorge Rodríguez, Gabriel Avila, Adán Lozano, Emilio Bolaños, Ponciano Tenorio, Félix Contreras, Efraín Dávalos, Enrique Sotomayor, Antonio Rubio, José Santos Ramírez, Manuel Martínez Estrada, Onofre Chávez Fraga, José Luis González Galván y las farmacobiólogas María Salud Vázquez y María Guadalupe Núñez..."

De los profesionales citados, fueron expulsados, por el mismo Consejo Universitario y en la misma sesión del 17 de julio que encontró limpio de todo latrocinio y malversación de fondos al ex-Rector de Gortari, los licenciados Anastasio Zamudio y Gaspar Hernández; los Doctores José Núñez Martínez, Eduardo Plaza Pérez, Ma. Concepción Quijas, Jorge Rodríguez, Alberto Aragón, Adrían Rodríguez,

Jesús Herrera, Francisco Fernández, José Ma. Pineda, José Sierra Rosiles, Virgilio Murillo, Juan Fabián, Rafael Morelos Valdés, Francisco Esquivel, Cecilio Páez, Jorge Rodríguez, Jorge Vega Núñez, Gabriel Avila, Adán Lozano, Ponciano Tenorio, Félix Contreras, Enrique Sotomayor, José Santos Ramírez, Manuel Martínez Estrada, Onofre Chávez Fraga y José Luis González; y las Farmacéuticas Ma. Salud Vázquez y Ma. Guadalupe Núñez.

Con anterioridad, en junio anterior, se había iniciado esta colosal desvertebración de la Universidad con la expulsión de los Licenciados Gregorio Torres Fraga, líder del movimiento antidegortarista, y J. Jesús Aguilar Ferreira, los Doctores Mario Tapia, Mario Alvizouri, Ubaldo Martínez y Luis Mora Serrato, y el estudiante Longinos Hernández Peña. Y quedaron consignados y probablemente quedarán expulsados los Licenciados Guillermo Morales Ossorio y Luis Manuel Rojas y el Doctor Emilio Bolaños.

En otras palabras: que al señor Rector Bremauntz deberemos el desmantelamiento de las Facultades de Medicina y Odontología y la degradación de la de Derecho y Ciencias Sociales, que no otra cosa significa excluir de los claustros universitarios y del cuerpo docente al más selecto profesorado con que contaba la Universidad.

Hay otro aspecto también interesante entre los resultados de la genial solución del Gobierno al conflicto universitario.

La limpia fuerza estudiantil que, a veces, llegó a heroísmo en los duros momentos de la lucha, no pudo ni supo oponerse a las maniobras del Rector. Al respaldo gubernamental con que éste cuenta, vino a sumarse la confusión que, entre las filas de aquéllos introdujo la capitalización política por el partido oficial: los agentes de éste se dedicaron a cantar las alabanzas de la brillante solución del Gobierno, a identificar éste con el partido y, la política de los dos, con la gallarda actitud de los universitarios y, puesto que, entre bambalinas, los jóvenes priistas tienen entablado el duelo con los pepinos, han arrastrado a los muchachos que dieron la batalla contra de Gortari, a darla contra el PPS, pero dentro del frente priista. Explotando la esperanza estudiantil, han sido llevados a engrosar el sector juvenil del PRI.

Lo que nació y se desarrolló como lucha universitaria y precisamente para depurar la Universidad de las penetraciones extrauniversitarias, es capitalizado ahora por el partido oficial introduciéndose en las filas universitarias. O, lo que es lo mismo, corrompiendo la conciencia estudiantil mediante el espantapájaros del "Estado-providencia", de "papá-Gobierno", y desplazando el chambismo degortarista y pepino, por el chambismo de la burocracia política.

Por principio de mayo, en tanto a la media noche los pepinos mantenidos en las Casa del Estudiante pintarrajeaban asfalto y muros con "mueras" e insultos al Gobernador, los "pirrinos", manejando brigadas de jovencitos, salían al amanecer

a despintar calles y paredes, sin que faltaran los encuentros entre estos dos grupos antagónicos, con lo que, de este modo tan poco universitario, iban adquiriendo mayor "conciencia" de partido las huestes juveniles.

No porque sea habitual esta conducta de degradante aprovechamiento político puede justificarse. No porque se dé en niveles que hace mucho se mantienen dentro del llamado "realismo" político deja de quedar al margen de la más elemental ética.

Y es tanto más grave esta conducta cuanto que la corrupción opera sobre el espíritu indefenso y noble de los jóvenes.

Todo esto parece satisfacer al Rector y a las altas autoridades.

Pero no satisface ni aprovecha a la Ciudad ni al Estado, cuya integración económica tanto preocupa al señor Gobernador quien, para llevarla a cabo, ha tenido que importar personal especializado y técnicos que la Universidad —dedicada hace años a satisfacer filias y fobias y a teorizar sobre la revolución y los revolucionarios—, no ha sido capaz de promover mediante la creación de un ambiente cultural moderno y de una aptitud espiritual suficiente, siquiera, para formar una conciencia, humilde pero clara, de las elementales carencias populares.

No hubo, pues, la tan elogiada "genial" solución al "conflicto universitario". No hubo siquiera una simple, honrosa solución, sino una complicación y un agravamiento de los problemas universitarios, debido a la torpeza, la ceguera y la demagogia trasnochada.

En los momentos de cerrar esta nota (julio 18) la "Fraternidad Nicolaita" hacía circular en Morelia un manifiesto dirigido a la Junta de Gobierno de la Universidad y a la Opinión, en el que, abundando en los datos y reflexiones que hemos hecho, resume:

"De esta manera el Rector se ha apartado de la obra constructiva que la Universidad tanto necesita y, en cambio, la ha sumido en el desorden y el desastre académico, imponiendo rumbos equivocados, contrarios a sus nobles finalidades. Y esta situación se ofrece más lamentable mientras se contempla el creciente ritmo de prosperidad con que avanza en nuestra Patria la educación popular y superior, bajo el impulso generoso que le imprime el Gobierno de la República, y entre tanto nos llega el ejemplo edificante de que Francia y Alemania se intercambian estudiantes de esos dos países en un afán de superar, en la fraternidad de la cultura, la que queda de ancestrales rivalidades de su historia; cuando aquí, en la noble Casa de Hidalgo, imperan las fuerzas oscuras del odio y de la destrucción..."

Firman este manifiesto los integrantes de la Directiva de la "Fraternidad Nicolaita", que son: Lic. Gregorio Torres Fraga; Lic. Guillermo Morales Ossorio; Dr. Ponciano Tenorio, Dr. Emilio Bolaños; Dr. Francisco Esquivel; Lic. Anastasio Zamudio Fraga; Dr. Adán Lozano; Ing. Nabor Ballesteros; Dr. Ubaldo Martínez; Dr.

Mario Alvizouri; Lic. Humberto Aguilar; Ing. Jesús Castillo Janacua; Dr. Eduardo Plaza; Prof. Apolinar Juárez Caballero.—Estudiantes: Pedro Acosta; Ricardo Eguía; Juan Manuel Santillán; Carlos Velasco; Constantino Rojas; Amador Gallegos; Jesús Ramírez; Trinidad González; Rafael Protasio Ramírez; José Luis Tinoco; José Luis Miranda; Joaquín Castellanos; René Sosa; José Luis Ramírez y César Palafox.

14) De la primera generación leonesa me suenan los nombres de alguno de los hermanos Zermeño y Trueba Olivares y, posteriormente y de ejemplar fidelidad, tengo gratos recuerdos de José Luis Sandoval y Roberto Arenas. En Querétaro, adolescentes aún, Carlos Septián García y la tropa de sus primos José González Jáuregui, Francisco García Jimeno y "Paducha" Sánchez Septián, cuyos respectivos y numerosos hermanos figurarían en generaciones posteriores de la UNEC.

15) Quienes la iniciaron con Francisco Alcalá, Gabriel López Martínez, Rubén de Lira, Antonio, Rubén y Guillermo Alba, Salvador Salas Henares y, en una inmediata generación, Luis López Martínez, Manuel Guerrero Murillo, Joaquín Cruz Ramírez, Francisco Carrera Hernández, Pascual Rodríguez Gómez, Felipe Reynoso, Salvador Bata Padilla, Saúl de Alba... Fueron Presidentes de los primeros Comités Francisco Alcalá, De Lira, Gabriel y Luis López Martínez y Felipe Reynoso.

16) Creo que a través de Julio Chávez se estableció el contacto formal con este grupo. Lo cierto es que, entre sus organizadores destacaron Jesús de Anda, Gabriel Aguirre y Armando Ramírez y además, entre los miembros fundadores, Alfonso Arronte, Roberto Ordóñez, Enrique Miller, Manuel Collado, "el rorro" Uranga, Carlos Aguirre, los hermanos Heiras, Carlos Zuloaga, Pedro Madero y, más tarde, Oscar Gutiérrez y Alfonso Esparza.

17) Reciente estaba el Congreso Nacional de la C.N.E., en Toluca, en el que un pequeño número de Delegados, que fueron Luis de Garay, Ernesto Santiago López, Armando Chávez Camacho —"identificado" éste por aquéllos allí— y Ricardo Cortés Tamayo, quien después militó en el comunismo, postuló la Bandera de Principios, la primera de la Confederación con inspiración equilibrada y fuerte sentido universitario. Luis Martínez Mezquida y el "Pipiacó" Gutiérrez Zamora no pudieron sino apoyar aquella Bandera, aun en contra del grupo comunista que, por ello abandonó la Sesión del Consejo. No obstante este gesto, los dirigentes de la C.N.E. seguían actuando como agentes de la izquierda.

18) Estos profesores eran: Antonio Caso, Manuel Gómez Morín, Mariano Azuela, jr., Miguel Palacios Macedo, Roberto A. Esteva Ruiz, Luis Chico Goerne, Trinidad García, Gabriel García Rojas, Manuel Borja Soriano, Ricardo José Zevada, Enrique González Aparicio —;también!—, Manuel Sánchez Cuén, Vicente Peniche López, Agustín García López, Daniel Cosío Villegas —;también!—, José Rivera, P.C., Salvador Azuela, Juan José Bremer, José Hernández Delgado, Hilario Medina, Ricardo Cortés, Octavio Medellín Ostos, Francisco González de la Vega, Antonio Carrillo

Flores, Manuel Gual Vidal, Andrés Sierra Rojas, Luis Garrido, Rafael Rojo de la Vega, Angel Caso, Eduardo Villaseñor, Emilio Pardo Aspe, Mario Souza, Jesús Castorena, Manuel Avilés y José Aguilar y Maya, enumerados en el mismo orden de sus firmas que aparecen en la renuncia que presentaron el 10 de octubre de 1933.

19) Debe ser conocido el hecho de que los Profesores de Artes Plásticas publicaron entonces un Manifiesto en apoyo del Director de la Escuela, que era Lombardo. Entre los firmantes figura el Ing. Antonio Santa Cruz, que ya era de la Base subterránea de las "Legiones", Director del Sinarquismo y Hermano de la Congregación Mariana de San Francisco.

20) Pronto nuevas promociones de muchachas ensanchan la base de la UFEC y no tardaron las post-graduadas de la Unión en fundar su Bloque de Profesionistas, debido al celo y actividad de Rebeca Bucheli, María Uribe Jasso, Irene Talamás, principalmente y del que se recuerdan, en la Sección de Filosofía, a Zayda Falcón, Evelia Pavón, Flor de María y Delfina Esmeralda López Sarrelangue, Estela Palacios Ayusso; entre las Preparatorias, a Esperanza y Guillermina Pavón, Graciela y Olivia López Sarrelangue, Elena Prat, Esther Aguilera, Reyna y Alma Ruiz; del Politécnico, a Cuca Balcázar y Antonieta Medina; de la Normal, a Enriqueta Ramírez, Jovita Moia y Lola Corona.

En tiempos de la UNEC ocuparon también la Presidencia UFEC María Angelina Servín de la Mora (1937-39), Delfina Esmeralda López Sarrelangue (1939-42), Emma Verduzco Velarde (1942-43) y Carmen Aguayo que fue electa en este último año.

A riesgo de no citar a muchas chicas que merecerían ser citadas por su ejemplo y sus trabajos —y a quienes pido perdón por la involuntaria omisión— es necesario mencionar algunas. En el equipo de María Angelina se contaban María Teresa Méndez, Zayda Falcón, Carmela Sargeant, Rebeca Bucheli; en el de Delfina Esmeralda, sus hermanas Graciela y Flor de María, Enriqueta López Becerril (de Leyes), y Conchita Gálvez Monroy, María Teresa Frost, Josefina Campos, Betriz Aguilera, Amelia Villegas, Ana Luisa Morlet, Alicia Amor y Villalpando, Rebeca Tello, Emma Verduzco y Carmen Aguayo; en el de éstas últimas, varias de las citadas anteriormente y Magdalena Juárez, Lola Macías, María Antonieta Doneau, Socorro Ornelas, Lucía Carrasco, Pilarica Menchero y María Enriqueta López Sarrelangue.

21) "Voces". Estudiantil Nicolaita. Morelia, Mich., Octubre de 1934.

22) Las palabras que Su Santidad Pío XI escribió en elogio de la UNEC, la única organización estudiantil de Acción Católica de los años treinta, en la Carta "Firmissima Constantia", dirigida al Episcopado Mexicano, sobre la situación religiosa, hablan elocuentemente del acierto y de la eficacia de la posición UNEC, de finida, por cierto, en dos párrafos anteriores de la misma Carta:

"...Grandes esperanzas de un porvenir mejor en Méjico nos hacen concebir los jóvenes universitarios que trabajan en la Acción Católica... Es evidente que ellos forman parte, y parte muy importante, de esta Acción Católica... Estos universitarios no solamente forman, como acabamos de decir, la más firme esperanza de un mañana mejor, sino que ya ahora mismo pueden ofrecer efectivos servicios a la Iglesia y a la Patria..." ("Firmissima Constantia, Roma, 28 de marzo de 1937.—Ed. del Comité Central Méx. MCMXXXVIII, parágrafos 30, 31 y 32, págs. 10-11).

23) Secundados, con muchísimos otros, por supuesto, por Horacio Caballero Palacios, José González Jáuregui, Manuel Altamirano, Enrique Miller, Clemente Herrera, Enrique Alvarez, José Pérez Sandi, Joaquín Izquierdo, Mauricio Martínez, Salvador Ibarrola, Roberto Arenas, Carlos Hernández Esquivel, Agustín Aguilera, en Medicina; Rafael Aguayo Spencer, Efraín Mota Salazar, Manuel Cantú, Santiago Oñate, José Campillo, José Ortiz Paniagua, José Sáenz, Carlos Athié, Adalberto Torres, Rigoberto López Valdivia, José Macías Villaseñor, Jesús de Anda, Nicolás González Jáuregui, en Derecho; Antonio Alvarez Urquiza, Fernando García Valdés, Ignacio Sáenz, Fermín Athié, Teodoro Schumacher, René Etcharren, los hermanos López Mendoza y todo el siempre en disponibilidad grupo Labor, en Ingeniería; Juan González Jáuregui y José Higareda, en Odontología; Pedro González Jáuregui, Gabriel Avila y Salazar Sada, en Ciencias Químicas; un estupendo grupo promovido por Jesús S. Sodi, en las Preparatorias Diurna y Nocturna: Antonio Hidalgo, Alfonso Salgado Matehuala, Quirino Jiménez Herrera, Luis Conrado Cerda, Manuel Bulnes, Antonio Bravo, Antonio Grawell, Arturo Narro, Enrique Núñez, Martínez Parente, Angel Escalante, Jorge y José Luis Amante, Jorge Velasco, Carlos Chico Alatorre, Salvador Macías, etc.; "la palomilla", que con gente de Comercio encabezaban Bernabé Molina, Enrique López Astorquiza, Guillermo Lombera, Jorge López Santibáñez, Leopoldo González, Mario Luque, Miguel Alarcón, a quienes después se les sumaron Armando Cuevas, Alberto Salgado, Gonzalo Nieto y el Chato Eugenio Espinoza, quien todavía en Salina Cruz alienta el espíritu UNEC; entre los líderes de los Colegios Particulares, Jaime y José Cárdenas, Fernando Goitia, Antonio Diego Fernández, Gabriel Robles; en la Escuela Libre de Derecho, Gumersindo Galván, Manuel Gómez Linares, Alfonso Martínez, José Sáenz Arroyo, Francisco Solís, José Kuri Breña, Adolfo Pimentel, Enrique Galland, Juan Vidal, Eduardo Facha, José Arce, Francisco García Jimeno, Edmundo Meouchi, los morelianos Zeferino Calderón, Rafael Murillo, José Vicente Torres, Adolfo Contreras. A estos últimos se sumaron un poco más tarde los regiomontanos de gran calidad Roberto Guajardo, Alfonso González Segovia, Emilio Guzmán Lozano, Efraín Roel Villarreal, Francisco González y, con ellos, sus contemporáneos Pedro Vargas Basauri, José Hernández, Sergio Carrera Ramos, y otros morelianos de la siguiente generación: Miguel Castro Ruiz, Vicente Celis, Manuel García Rojas, Alfonso Fernández, Efrén Delgado y Alfonso Rubio y Rubio.

24) Ortiz Monasterio, Xavier, "Jaime Castiello — Maestro y Guía de la Juventud Universitaria—", Ed. Jus. Méx., 1956, págs. 278 y 279.

25) *Idem*, págs. 326 y sigs.

26) *Op. cit.*

27) *Op. cit.*

28) *Hoy activísimo Sacerdote de la Compañía de Jesús, quien sigue trabajando con estudiantes.*

29) "Durante las fiestas de la Virgencita Nuestra Señora de la Salud, de Pátzcuaro, se recordará, en forma brillante a Don Vasco de Quiroga, en el IV Centenario de su Consagración como Primer Obispo de Michoacán.

"Vosotros recordáis a Don Vasco: ¡Tata Vasco! Vosotros no olvidaréis nunca a quien os dio un pedazo de pan cuando tuvisteis hambre, ni a quien os dio consuelo cuando os hacían sufrir hombres que ofendían a Dios.

"Para el natural de Michoacán, para quien pasa la vida metiendo y sacando su chinchorro, o abriendo con el arado las entrañas de la tierra, o labrando el cobre y las jicaras en busca de sustento diario, Don Vasco de Quiroga fue padre y amigo...

"También Don Vasco, al darse cuenta de que los naturales purépecha tenían necesidad de creer en algo alegre y dulce y santo y que sirviera de consuelo en sus penas, les enseñó a rezar a Jesucristo Dios y Señor y Padre de todos, y les dejó, al irse al cielo para que les protegiera y ayudara, a la Virgencita de la Salud..." (versión muy libre).

30) La primera estuvo integrada por Alejandro Espinosa Pitman, Secretario General de la A.C.J.M. (Comité Central), como jefe, y Adolfo Pimentel Mejía, Miguel Villalón Ruiz, Miguel Lozano, y J. Antonio García Zepeda, de la A.C.J.M.; la segunda, por Alberto Gómez, jefe, con Gabriel Pérez Gil, Guillermo Gutiérrez Elizarrarás, Luis Valle Torres y Rafael Ornelas; la tercera, por Jesús Hernández Díaz, Presidente Nacional de la UNEC, con Salvador Navarro, Javier Guzmán Rangel y Jesús Pedraza...

31) Desde que apareció "Cuba 88" (mayo de 1959) y, en este párrafo, el nombre de Agustín Arriaga Rivera, los radicales han tratado de convertir mis "memorias" en argumento contra el "revolucionarismo" de Agustín. Cuando éste apareció como "pre-candidato" del partido oficial al Gobierno de Michoacán, los ataques se convirtieron en campaña promovida por los amigos de los tres fugitivos mosqueteros, autopre-candidatos también a la misma y única lamentable primera magistratura del Estado: Natalio Vázquez Pallares, Emilio Romero y Enrique Bravo Valencia, y esta página fue leída en el kiosco de la Plaza de Armas de Morelia, en un mitin "de unidad revolucionaria", por supuesto, previos graciosos cuanto malcriados calificativos para mí, que los oradores creyeron como definitivamente abrumadores.

Bien sabe Agustín —y así lo entiende, según me lo dijo en amistosa entrevista del mismo año del 59— qué ajenas estaban mis "memorias" a cualquier intención contra él (o contra alguno de los 800 personajes y personajitos que cito); pero sabe también que el libro, en vez de perjudicarlo, le ha ayudado (lo cual también, lo

confieso, era ajeno a mis propósitos, como, estoy cierto, lo ha podido suponer). Pues, seguro de que en sus poderosos padrinos no harían mella los ataques de "reaccionario" que se le lanzaron, no sólo no me ha desmentido sino que "casualmente" concurrió, cuando era "precandidato" a una reunión de ex-alumnos salesianos y "casualmente" publicó la prensa de México una foto de Agustín, del "conejo" Figaredo y otros concurrentes a dicha reunión, fotografía que, como sobre la roja muleta de un mataor magistral, se echaron encima sus impugnadores, la reprodujeron y con profusión la pegaron por las calles morelianas, con el "casual" resultado apetecido: ganarse la confianza del capitalismo rampante y liberaloide y de la burguesía reccionaria de Morelia y de los riquillos pueblerinos, esos supervivientes caricaturescos de nuestro farisaico y pseudoreligioso feudalismo rural, peones de estribo de los decadentes hacendados de ayer, pero peones de estribo también de cualquier gobernante de hoy que les proteja.

Por supuesto olvidaron estos grupos reaccionarios que, entre la época a que se refiere este párrafo y la campaña electoral de 1962, (en la que, contra Agustín, contendió un ex-salesiano también, compañero de banca de Agustín, pero de diamantino y recta línea espiritual, Jorge Eugenio Ortiz), mucha agua ha corrido bajo los puentes, y que ni la amistad, ni el parentesco están sobre los superiores intereses de la comunidad.

Quisiera equivocarme, por el bien de esta comunidad y el propio de Agustín; pero cada día estoy más seguro de que, si éste si sabe a dónde va y lo que quiere y busca, la pequeña burguesía que lo apoya y que lo halaga, otra vez ha dado la espalda a su pueblo y a su historia para salvar sus pequeños intereses y sus pequeñas vanidades, sin saber y sin importarle a dónde va, ni siquiera qué es lo que busca y quiere. La engañosa solución al conflicto universitario y la sistemática capitalización política de obras y actos del Gobierno, en favor del partido oficial son lecciones elocuentes de corrupción.

En los últimos meses —abril y mayo de 1963— y, como colofón a la lucha universitaria, a la que ya nos referimos en nota aparte, en varias ocasiones, los comunistas del PPS han imputado al Gobernador el "asesinato" del estudiante Manuel Oropeza García, y, entre los numerosos invitados a la gran fiesta del 8 de Mayo, en la Universidad, hicieron circular un pasquín, en forma de escuela luctuosa, en una de cuyas caras se lee: "Agustín Arriaga Rivera, Asesino de Estudiantes, Traidor a la Universidad... En 1939 huyó de nuestra Casa de Estudios cuando iba a ser expulsado por pertenecer a un grupo reaccionario..."

Para probar dicha infamia, reproducen, en la otra cara impresa del pasquín, la página 192 de la primera edición de este libro, a cuyo texto corresponde esta nota.

Por supuesto, mis apuntes no prueban nada de lo que allí se afirmaba por una inexistente o totalmente ignorada "Fraternidad Nicolaita del Distrito Federal", cuya rúbrica en el pasquín mencionado quiere encubrir, pero, por el contrario constituye prueba plena de la bajeza de los autores de la imputación.

No me molestaría en mencionarlo siquiera de no parecerme de estricta justicia rechazar rotundamente, ante quienes tienen la gentileza, la curiosidad o el coraje de leer este libro, la imputación que miserablemente se hace a Agustín Arriaga, como rechazaría toda injusticia o infamia lanzada, de modo tan poco viril y con tan asquerosa publicidad, contra alguno de mis muchos distinguidos amigos.

Muy otros son los autores del asesinato. No el Gobernador, no el Ejército. Ni siquiera los jóvenes que dispararon contra el Ejército las pistolas robadas. Los verdaderos responsables, sin nombre lo suficientemente enérgico, son los mentecatos y cobardes que, a la sombra de la Rectoría y del anonimato, nutridos con los recursos de la Universidad, azuzaron a la muchachada para que hiciera propio — en beneficio de los emboscados intelectuales filo-castro-cardenistas— el lema de su lucha (?) que sería grotesco si no hubiera sido ya trágico: "Universidad o Muerte".

32) Con Nacho, Pablo Cadena, Guillermo Castilla, Javier y Mario de la Riva, José Cruz Escobedo, Federico García Peña, Indalecio González, Francisco Imperial, Noé de León, Humberto Molina, Roberto Maltos, Arturo y Roberto Narro, (éste último, aún en fecundos trabajos apostólicos), Samuel Oropeza, Mauricio Rodríguez, Mario y Segundo Rodríguez, Salvador Recio, Federico Siller, Mariano Siller Malacara, José Isaac Saucedo, Miguel Valle y Bueno, Salvador Delgado Cepeda (un gigantón, magnífico amigo, a quien llamábamos "el chiquito" y le seguimos llamando aunque sigue creciendo en cuerpo y merecimientos) y otros muchachos venidos de Torreón, como Gabriel de Alba y Francisco González de la Garza. Todos ellos conectados a nosotros a través de Jesús Juárez García. Casi todos estos chicos pasaron después a la Capital donde fortalecieron el Comité Nacional.

33) En el que recuerdo a Isidro Vizcaya, Lencho y Oscar Morales, Luis Garza Vedia, los hermanos Ortiz, Sergio Francisco de la Garza, José García Izaguirre, Ricardo Treviño, Daniel Lozano. Vizcaya había sido la base del grupo que en Ciudad Juárez habían organizado Jesús de Anda y Carlos Septién García, en 1938.

34) Entre los chicos Presidentes de la YUNEC, de 1941 a 1944, señalamos a Luis Lozano, el primero, el propio Gonzalo Burgos, Enrique Wintergerst y, entre los demás muchachos, Pablo Escobar (organista del "Coro de Niños de la Cruz de Madeira"), Carlos Plata Salgado, Roberto Sánchez Dávalos, José Luis Cervantes Méndez, Mario Villagómez Ornelas, Enrique del Valle Toledo, Rafael Hernández, y Ortega, Luna, Arturo Cunillé, Emilio Carballido, Gérard...

35) "El Secretariado es una obra que debe ayudar a todas y no debe estorbar a ninguna; su objeto es prestar de una manera eficaz sistemática y ordenada los servicios que requieran las obras existentes o que hayan de fundarse en la República, de tal suerte que, bajo una dirección técnica común y con orientación social uniforme, puedan contrarrestar la corriente de anarquía social, animadas del espíritu católico y siguiendo métodos y procedimientos en armonía con los adelantos de la época y

con la índole peculiar del país... Como Organó del Episcopado debe ser no sólo el guardián de la catolicidad de las obras, sino también el intérprete de la doctrina católica en sus apreciaciones a la solución del referido problema social..." (Pastoral Colectiva. Episcopado Mexicano, 8-IV-23, págs. 5 y 6).

36) El P. Iglesias, q.ep.d., nos guardaba cierta simpatía y seguramente no olvidaba que un día tuvo el proyecto de convertir el Comité Nacional de la U.N.E.C. en Estado Mayor de las Legiones. La U.N.E.C. rechazó el proyecto.

38) Existe otro texto importante, al respecto, de la Encíclica "Humanus Genus" de León XIII (20 de abril de 1884): "Fuera de éstas (las masónicas) hay otras sectas prohibidas y que se deben evitar bajo pena de incurrir en grave culpa, entre las cuales deben colocarse todas aquéllas a cuyos socios se les exige un secreto que a nadie se manifiesta y obediencia absoluta a ocultos jefes, prestándolo con juramentos. Además, se ha de advertir que hay algunas Sociedades las cuales, aunque no tengan ese cierto Estatuto y pertenezcan o no a éstas que recordamos, sin embargo, están llenas de dudas y de peligro, tanto por las doctrinas que profesan como por la razón de obrar que siguen..."

39) Pocos meses más tarde, cuando preparábamos nuestros contingentes para el Congreso de la C.N.E. en Puebla, uno de cuyos temas era "El Artículo 3º Constitucional", que tuvo como resultado previo la conjugación de las fuerzas comunistas para defender su posición doctrinal, tuve una conversación con los dos ex-miembros del Comité Nacional de la UNEC, expulsados por su calidad de conejos. Así informé de ello al VI Congreso UNEC:

"...En esa inolvidable ocasión propusieron al que habla, después de aclarar, eso sí, "que sus sacrificios eran por la causa de Dios", que, puesto que sería contradecir peligrosamente el criterio gubernamental —lo cual era perder ocasión para nuestra mejor posición política— y, aunque ellos (mis dos interlocutores) pensaban como nosotros (la UNEC) que la educación es primordial facultad y derecho de los padres de familia, "deberíamos atenuar esta afirmación, subrayando, por el contrario, el derecho —"sostenidos por las más modernas teorías sobre el Estado" (según me informaron)— que sobre la educación de la juventud tiene el propio Poder Público".

"Nuestra situación en Puebla era, pues, clara: íbamos a luchar contra las fuerzas conjuntas de las dos Rectorías (México y Puebla), las delegaciones socialistas invitadas por el Rector de la Universidad Nacional (Mario de la Cueva), las fuerzas movilizadas por la Secretaría de Educación Pública (Sánchez Pontón), todas ellas aglutinadas por la maleable y viscosa emulsión de los grupos cuasi-secretos" (Informe al VI Congreso Nacional de la UNEC, 26 de diciembre de 1942).

37) Mucho después de haberse escrito estas páginas, la prensa del país dio cuenta del asalto consumado el 27 de mayo (1958) por un nutrido grupo de estudiantes de

la Universidad Autónoma de Guadalajara, armados de pistolas, hachas, cadenas y garrotes, contra el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, con el deliberado propósito de destruir lo que pudieran y "destruyeron máquinas de escribir, grabadoras de cinta magnetofónica, calculadoras, sillas, archivos; pizarrones, sanitarios y todos los vidrios". El asalto se inició a las 8 de la mañana ante los ojos de tres de los profesionales directores del Instituto, que estuvieron amagados y después fueron expulsados, por cuatro mozalbetes empistolados. El asalto se consumó al grito de "Muera González Luna".

Desde hace muchos años —precisamente desde que Efraín González Luna, uno de los más prestigiados maestros de la Universidad de Jalisco y de los más meritorios fundadores de la Autónoma de Guadalajara, no quiso someterse a la maffia que, de pronto, dominó ésta —la masonería blanca constituida por los "tecos" ha hecho de la infamia contra EGL una de las pasiones enfermizas y diabólicas que son esenciales en la mística negativista de quella organización universitaria subterránea. La integridad moral y el prestigio intelectual, nacional e internacional de EGL arde constantemente como una bofetada en el oculto o encaretado rostro de aquellos mentecatos. Parece ser el aprendizaje del odio a EGL la primera lección a los catecúmenos de la sociedad secreta —adolescentes, inermes, todos éstos—.

Y como quiera que ya son varias las generaciones "tecas" salidas de la Autónoma, sus egresados han penetrado en todas las formaciones y capas sociales y desde todas ellas han combatido al Lic. González Luna y las causas que éste representa.

A esa vesania inimaginable se debió, por ejemplo, la infamante maniobra del Ing. José María Sáinz Aldrete contra EGL, al que siguió proceso penal inicuo. El odio y la vanidad combinadas dieron publicidad costosa y desusada a la acusación. Sólo odio y vanidad la explican.

Quien quiera convencerse de esto y de los nexos del autor de este proceso con la organización secreta de la Autónoma de Guadalajara, sólo tiene que seguir las publicaciones que se sucedieron alrededor de este asalto de los "tecos" al Instituto Tecnológico de Occidente:

1º—Al día siguiente del atentado, en los balcones de la Autónoma aparecieron mantas con estas inscripciones: "¡Efraín a la... horca", "Muera la Maffia de González Luna". ¿Por qué?...

2º—El mismo día, una supuesta Confederación Nacional de Estudiantes (tan artificial que necesita agregar a su nombre las iniciales "A.C." que desmienten su calidad universitaria), explicaba y justificaba el asalto en los siguientes términos:

"El supuesto Instituto Tecnológico de Occidente es la culminación del mañoso plan urdido desde hace más de diez años por el Licenciado Efraín González Luna quien, habiendo fracasado en sus intentos de controlar a la Universidad Autónoma

de Guadalajara para uncirla a los intereses del Partido Acción Nacional, ha tratado de crear una tercera "universidad" que venga a servir a sus funestos intereses...

"Ante su fracaso, González Luna y su grupo han mantenido desde entonces una sistemática provocación en contra de la Universidad de Guadalajara y sus dirigentes, ... repitiendo con igual táctica intentos para desintegrar los cuadros de profesores de la Autónoma ... con el propósito de provocar la desunión de los alumnos y tratar de desacreditar a la Universidad...

"...por lo que se puede afirmar que esta provocación es más grave que la anterior y que la natural defensa de los universitarios tenía que desembocar en hechos lamentables...

"La Confederación Nacional de Estudiantes se ha dirigido al licenciado Yáñez pidiendo la inmediata libertad de los universitarios que han sido detenidos injustamente por oponerse a que la enseñanza superior sea supeditada a los intereses de facción". (Excelsior, 29-V-58).

Esta supuesta C.N.E. (integrada natural y exclusivamente por un grupito de "tecos") siguió haciendo publicaciones de este tipo, entre las que cuenta la del 30 de junio en que, invirtiendo hechos que fueron públicos y evidentes, habla de pedir la intervención del Presidente de la República "con el fin de que termine la injusta persecución de una Universidad..."

3º—El 29 de mayo, el entonces Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara Dr. Don José Garibi Rivera, hoy Eminentísimo primer Cardenal de México, dio a la prensa las siguientes declaraciones (Excelsior, mayo 30):

"Lamento y repruebo enérgicamente el atentado cometido por los estudiantes de la Universidad Autónoma de Guadalajara contra el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, el pasado martes. Es verdaderamente increíble que quienes se pregonan defensores de la libertad de Cátedra, en nombre de esa libertad cometan tales delitos.

"Pero, si me da gran pena el atentado, más me ha dolido que las primeras declaraciones de algunos dirigentes, que aparecieron en la prensa, en lugar de condenar el hecho, como era su deber hacerlo, se manifestaban inclinados a justificar lo sucedido. ¿Qué se puede esperar de tales educadores?

"Con estas cosas, quienes se dicen defensores de la Universidad Autónoma han echado sobre ella una mancha que difícilmente se puede borrar.

"Sepan los directores o instigadores de tales atentados que no podrán acercarse a los sacramentos mientras no restituyan la honra y los bienes que han dañado con la calumnia y los atropellos. Al decir esto, no quiero que se hagan confusiones: no se trata de excomunión; es otra cosa; estoy simplemente exponiendo los principios de la moral católica.

"Por lo demás, muy a mi pesar, ya que muchos de estos atentados se hacen con pretexto de defender la religión, me veo en la necesidad de declarar con mi autoridad episcopal que la Universidad Autónoma no reúne las condiciones para que sea una Universidad Católica.—Guadalajara, Jal., 29 de mayo de 1958.—José Garibi Rivera, Arz de Guadalajara".

4º—El día 30 de mayo, es decir, al siguiente día de aparecidas las declaraciones del Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, la prensa de aquella y de esta ciudad de México publicó en desplegado "La Universidad Autónoma de Guadalajara Se Defiende y Declara", inserción pagada en la que el Rector y los Vice-rectores de aquella, sostenían, en síntesis, que la Universidad Autónoma era víctima de la acechanza del Lic. González Luna, que éste provocó el incidente del asalto al ITESO, que no existe en realidad este Instituto y que las declaraciones del Excmo. Sr. Arzobispo se debieron a la influencia "pública y notoria que tiene en Jalisco el licenciado Efraim González Luna, principal enemigo de nuestra Universidad, con el señor Arzobispo Garibi Rivera".

5º—El día 31 de mayo fue dictada formal prisión para los 19 estudiantes detenidos por el atentado en el lugar de los hechos.

6º—El martes 3 de junio apareció en tres planas del diario "El Universal", un infame desplegado que, con el título "Monseñor Garibi Rivera, Efraim González Luna y el Fraude Contra Sáinz Aldrete y los Padres Salesianos"—"Pruebas", escrito y pagado por el mismo millonario Sáinz Aldrete, acusador inmoral de González Luna. Las únicas pruebas que el infeliz presentaba eran varias cartas dirigidas por él mismo al Excmo. Sr. Arzobispo, escritos insolentes, y las humildes respuestas del Padre a quien aquel amenazaba: "si la intervención de usted (el señor Arzobispo) se produce para intentar falsear la verdad en un vano esfuerzo por salvar al licenciado González Luna..., le comunico que estoy preparado para defenderme publicando, si es preciso, cuál es la dolorosa situación en que usted se encuentra, siendo moralmente prisionero de un grupo de personas a quienes usted ha confiado inexplicablemente muy fuertes intereses ministeriales..."

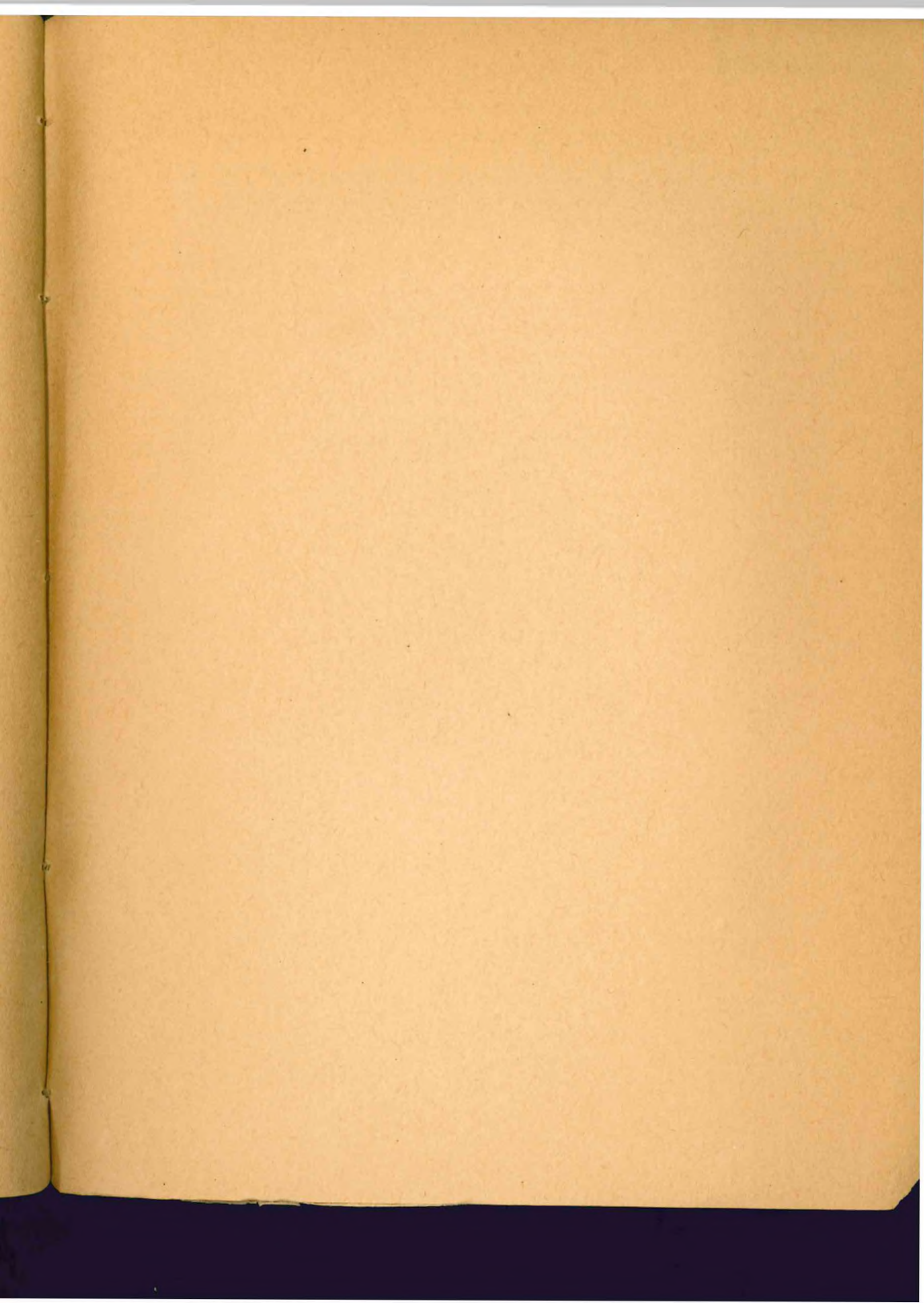
7º—En los momentos en que las prensas del diario citado imprimían el costoso desplegado (15 mil pesos por lo menos), el avión que salía a las 10.15 de la noche de Guadalajara caía incendiado, a la vista de aquella ciudad. Y en él viajaban, en misterioso viaje que sólo a su madre confió, el propio Sáinz Aldrete y —no era coincidencia, sino complicidad— el licenciado Dionisio Fernández, uno de los más decididos y tenebrosos fundadores y sostenedores de los "tecos".

8º—El 30 de Mayo, en la ciudad de Puebla, y a consecuencia de un padecimiento renal por el que había sido operado unos días antes, moría el Padre Figueroa, S.J., que tanto había hecho en defensa de la organización secreta.

Que Dios les haya perdonado.

(Cf. Vázquez Cisneros, Pedro: "Suicidio Universitario", *Excelsior*, mayo 31, y "Confirmación y Rectificación", *Exc.* junio 5 de 1958.—Además, editorial de *Excelsior*, 3 de mayo, y "Perifoneas" de *Ultimas Noticias*, junio 2).

40) Con él y el Padre Lazcano, primero, el Padre Alvarez, M. Sp. S., después, y en la última época, con el Padre Vicente Echarri, aragonés cordialísimo y tesorero, los potosinos rehicieron su grupo con Odilón Carrillo, Domingo Cervantes, Horacio Chenhalls, Víctor Gaytán, Roberto Guerra, Luis Jiménez Macías, Roberto Mercado, Luis Monroy, Nicolás Pérez Cerrillos, Salvador Pinilla, Ignacio Ramírez, Juan Francisco Ramírez, Antonio Ramírez, José Rosillo, José Romo, Ernesto Bdez Lozano, J. Jesús Rodríguez... El grupo alternaba sus luchas por la Federación con los Círculos de Estudio y las excursiones campestres que se hicieron célebres, como la fallida a Santo Domingo y la accidentada a la Estación de Santa María.



Precio del ejemplar \$15.00

PEDIDOS: AL AUTOR
OCAMPO 140
MORELIA, MICH.

ITAM - BIBLIOTÉCAS



3 3568 00015 0422